

**PEDRO  
HENRÍQUEZ  
UREÑA**

**OBRAS  
COMPLETAS**

**14 | 1941-1946 | II**

**MIGUEL D. MENA  
COMPILADOR | EDITOR**

## PLAN DE LAS OBRAS COMPLETAS

1. Teatro, poesía, narrativa
2. 1899-1910, I: *Ensayos críticos*  
*Horas de estudio*
3. 1899-1910, II: Memorias. Crónicas
4. 1911-1920, I: *La poesía castellana de versos fluctuantes*
5. 1911-1920, II: Crónicas periodísticas
6. 1911-1920, III: *La Universidad*  
*Tablas cronológicas*
7. 1921-1928, I: *En la orilla: mi España*  
*La utopía de América*  
*Seis ensayos en busca de nuestra expresión*
8. 1921-1928, II: *Apuntes sobre la novela en América*  
Política-Literatura-México
9. 1929-1935: *Observaciones sobre el español en América*  
Críticas y estudios
10. 1936-1940, I: *El español en Santo Domingo*  
*La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*
11. 1936-1940, II: *Plenitud de España*  
Temas hispanoamericanos
12. 1936-1940, III: *El español en México, los Estados Unidos y la América Central*  
*Para la historia de los indigenismos*  
Introducciones y críticas literarias
13. 1941-1946, I: *Las corrientes literarias en la América hispánica*  
*Historia de la cultura en la América hispánica*
14. 1941-1946, II: Historia y literatura.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA  
OBRAS COMPLETAS

14: 1941-1946, vol. II.

HISTORIA Y LITERATURA

Miguel D. Mena  
EDITOR

Editora Nacional  
Santo Domingo, República Dominicana  
2015

*Ministerio de Cultura de la República Dominicana*  
Ministro José Antonio Rodríguez Duvergé

*Obras Completas de Pedro Henríquez Ureña*  
*Tomo 14: 1941-1946, II.*  
*Compilador | Editor: Miguel D. Mena*

*Diseño y Arte Final: Aurelio Ross*  
*Portada: Edson Amín Toribio*  
*Coordinación General de la Edición: Luis O. Brea Franco*  
*Corrección de Pruebas: Armando Almánzar Botello / Editora Nacional*  
© Editora Nacional, abril, 2015.  
Ministerio de Cultura de la República Dominicana  
Todos los derechos reservados para esta edición.

ISBN OBRAS COMPLETAS:

ISBN para este tomo:

EDITORA NACIONAL  
Oficina de la Feria del Libro  
Plaza de la Cultura “Juan Pablo Duarte”  
Ave. Máximo Gómez con Ave. México,  
Santo Domingo, D. N.  
Tel. (809) 221-0736  
[www.cultura.gob.do](http://www.cultura.gob.do)  
Impreso y hecho en República Dominicana  
Printed and bound in the Dominican Republic

## ÍNDICE GENERAL

Presentación, 7

### HISTORIA Y LITERATURA

Las literaturas iberoamericanas. La República Dominicana, 13

Literatura de Puerto Rico, 24

Literatura de América Central, 35

Influencia del Descubrimiento en la literatura, 51

Dos momentos en la historia cultural de Santo Domingo, 55

Reseña de la historia cultural de la República Dominicana, 70

### FILOLOGÍA

El endecasílabo castellano, 91

Sobre la historia del alejandrino, 185

### RESEÑAS

*Concerning Latin American culture*, 199

José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, 203

*Revista de Literatura Mexicana*, 206

*La versificación de Heredia*, 210

Lloyd J. Read, *The Mexican historical novel, 1826-1910*, 213

Flérida de Nolasco, *La música en Santo Domingo y otros ensayos*, 216

Georgiana Goddard King, *Heart of Spain*, 218

Jorge Manrique, *Cancionero*, 222

J. Warshaw, *Jorge Isaacs' Library. Light on two "María" problems*, 224

Louis H. Gray, *Six romance etymologies*, 226

Los jueces de Castilla, 228

Horacio en México, 230

Emilio Rodríguez Demorizi, 231

Rufino José Cuervo, 333

*The English Poets in Pictures. Letters of John Keats*, 235

La cuaderna vía, 237

Remigio Hugo Pane, *English translations from the Spanish, 1484-1943*, 240

Lawrence B. Kiddle, *The Spanish word "jícara"*, 245

### VARIA

Tres notas, 251

La literatura en los periódicos argentinos, 253

Guillermo Valencia, 255

Sobre Victoria Ocampo, *Testimonios*, 257

Texto inédito, 260  
Desagravio a Borges, 262  
Pasado y presente, 263  
Que sobreviva y se reanime, 268

DEBATES SOCIOLOGICOS EN *SUR*:

En torno a "Defensa de la República", 269  
Sobre relaciones interamericanas, 271  
Comentario a "Los irresponsables", 275  
¿Tienen las Américas una historia común?, 278  
Moral y literatura, 280

ÍNDICE ONOMÁSTICO, 281

## SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN

Acceder a los últimos días de Pedro Henríquez Ureña es como asistir a un tumultuoso drama: ubicado en una ciudad de intensa vida intelectual —Buenos Aires—, rodeado de académicos, artistas y políticos de los más distintos espectros creativos y del pensamiento, a los que se agregarían los refugiados de dos guerras —la civil española y la segunda mundial—, un dominicano vive con su familia, proveniente de un intenso accionar en México, Minnesota, Madrid. Podría decirse que desde su más temprana edad estuvo sumergido en la creación de redes de acción, creación y pensamiento. Si de sus padres —Francisco Henríquez y Carvajal y Salomé Ureña— heredó la convicción de servicio social, de algunos de los tertulios familiares —José Martí y Eugenio María de Hostos—, habrá asumido esa vocación de lanzar puentes, vinculándonos tanto con lo que es *Nuestra América*, como ampliando el espectro —en el caso suyo— hasta incluir a España.

A pesar de su experiencia, tuvo que emplearse simultáneamente en los más dispersos oficios: docencia, investigación, lector y redactor —en Editorial Losada—, así como en colaboraciones periodísticas. A lo lejos, tanto en Santo Domingo como en Cuba, estaban sus familiares. De su país natal llegaban nuevas no siempre buenas: allí gobernaba desde 1930 con mano férrea Rafael L. Trujillo, un presidente que comenzó convocándolo para que reformara la educación dominicana en 1931, pero de quien pronto se desligaría al percibir sus aires dictatoriales.

Cansado, retraído a veces, atento a cada gesto, esas serían las sensaciones al contemplar sus fotografías. Así lo recuerdan estudiantes y colaboradores, como Ernesto Sábato<sup>1</sup> y Rafael Alberto Arrieta<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Véase su texto introductorio a *Pedro Henríquez Ureña*, antología preparada por Carmelina de Castellanos y Luis Alberto Castellanos, Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, 1967, luego incluido en *Apologías y rechazos*, Barcelona: Seix y Barral editores, 1979.

<sup>2</sup> Véase su ensayo *Pedro Henríquez Ureña, profesor en la Argentina*, México: Revista Iberoamericana, Vol. 21, núms. 41-42, pp. 85-98.

Jorge Luis Borges recreó en “El sueño de Pedro Henríquez Ureña”<sup>3</sup> sus últimos momentos de vida. Los textos reunidos en este último volumen de sus *Obras Completas* nos revelan el resto de aquellos tiempos: nos remiten a una *variedad* temática que podría confundirse con *dispersión*, a un estar pendiente de los encargos de revistas y enciclopedias, porque en la vida cotidiana las exigencias aumentaban y con ninguna fuente laboral por sí sola podía resolver sus compromisos familiares.

¿Pensar en el concepto clásico de “obra” o de “legado”? Ni hablar. En Pedro Henríquez Ureña estaba claro su papel de académico simple, de convocador de sabientes, de miembro de una comunidad de sentimiento y pensamiento.

La impartición de las lecciones magistrales de la Cátedra *Charles Eliot Norton*, dictadas en la Universidad de Harvard entre 1940-1941, marcarían el gran momento de su reconocimiento. Al fin llegaba del Norte un homenaje ya habitual en el Sur.<sup>4</sup> Como editor, publicista, estudioso, difusor, Pedro Henríquez Ureña era como José Martí o Rubén Darío decenios antes: vaso comunicante esencial dentro de la comunidad hispánica en ambos lados del Atlántico. A pesar de estas burbujas, las carencias económicas siempre lo zarandeaban.

Junto a las dos grandes obras que en su último lustro de vida se conciben —*Las corrientes literarias en la América hispánica* y la *Historia de la cultura de la América hispánica*—, encontramos otros textos, residuales, ciertamente, pero igualmente verdaderos hallazgos. Se advierte así la continuidad en temas como el endecasílabo o la versificación, preocupaciones de larga data.

La mayoría de los escritos que componen el presente volumen se quedaron en sus primeras ediciones. De los treinta y nueve textos que presentamos aquí, sólo diez fueron incluidos en las *Obras Completas* editadas por Juan Jacobo de Lara<sup>5</sup>.

Debido a la naturaleza de estos escritos y para facilitar su acceso, los ordenamos de la siguiente manera:

---

<sup>3</sup> En *El otro de los tigres*, Buenos Aires: Emecé editores, 1960.

<sup>4</sup> El diario uruguayo *El Día* del 18 de noviembre de 1925 lo saludó en su titular: “Es huésped de Montevideo un embajador intelectual”; el periodista V.A. Salaverri subtituló en el mismo diario la crónica de su gira: “El crítico que está necesitando la historia de la literatura hispano-americana”.

<sup>5</sup> Diez tomos, Universidad Pedro Henríquez Ureña, 1976-1980.

En el apartado titulado “Historia y literatura”, recogemos los trabajos encargados para la versión castellana de *Historia universal de la literatura*, de Giacomo (Santiago) Prampolini. Son las historias literarias de República Dominicana, Puerto Rico y América Central. Le sigue “Influencia del Descubrimiento en la literatura”, que si bien es la síntesis de un estudio que luego se integraría a *Las corrientes...*, se ha reproducido por la importancia de prestarle atención a la manera en que Henríquez Ureña va desarrollando sus estrategias discursivas. Los otros dos textos se refieren a su país natal. El primero, “Dos momentos en la historia cultural de Santo Domingo”, fue una conferencia ofrecida el 6 de mayo de 1944 en la Academia Nacional de la Argentina, en Buenos Aires, con motivo del centenario de la proclamación de la República Dominicana, publicado parcialmente en *La Nación*, bajo el título “Pasado y presente”, el 25 de febrero de 1945. El segundo, “Reseña de la historia cultural de la República Dominicana”, se funde con un artículo ya escrito en 1935 y que aparecerá como prólogo a la novela *Enriquillo*, Manuel de Jesús Galván, recogido en el número 28 de la *Colección Panamericana*, Editorial Jackson, de Buenos Aires.

Las reseñas bibliográficas aparecieron en la *Revista de Filología Hispánica* del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, a la que el maestro dominicano se integró luego de su estancia en Santo Domingo (1930-1931).

Dentro de los ensayos contenidos en el último apartado, destacamos dos. El primero, “Desagravio a Borges”, publicado a raíz de la no concesión a Jorge Luis Borges de un premio literario; el segundo, una apretada selección de sus intervenciones principales en los “Debates sociológicos” realizados por la revista *Sur* entre 1940 y 1945, que se convirtió en el primer diálogo a nivel continental, con carácter interdisciplinario y una visión bastante avanzada para su tiempo, sobre temas tan actuales como las relaciones interamericanas —y frente a II Guerra Mundial y los procesos de lucha anticolonial— y la posición del intelectual dentro de los procesos de modernización. Estos debates siempre fueron organizados por Pedro Henríquez Ureña. Los hemos recogido en su totalidad en la obra titulada *Debates en Sur 1940-1945*<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> Santo Domingo: Ediciones Cielonaranja, 2012.

Aunque el concepto de “Obra Completa” implique una totalidad que se debería ajustar a un tiempo preciso, nuestros criterios en torno a la ubicación y/o publicación de sus textos, estarán orientados por la pregunta sobre el posible sentido original de su autor y su eficacia dentro de su pensamiento. En algunos casos damos a conocer diferentes versiones de un escrito, porque de esta forma los cambios darán cuenta de la evolución de sus conceptos y métodos. En otros, como en el caso de la reseña del libro de Alexander Parker, publicada en 1943 y luego integrada a la segunda edición de *Plenitud de España* (1945), preferimos no incluirla en este volumen, debido a que en la mencionada incursión no hubo agregados, sino recortes. Por lo tanto, insertamos este texto en el volumen de los años 1936-1940, en el tomo contentivo de *Plenitud de España*.

Nadie fue mayor crítico y editor de su obra que el mismo Pedro Henríquez Ureña. Se sabe que nunca dejaba de corregir sus textos. Como esta edición quiere aunar rigor y a la vez claridad, no podremos dejar de asumir el riesgo de la redundancia en algunos casos, y en otros, la no necesaria ubicación cronológica.

Armar unas *Obras Completas* ajustadas a todos los parámetros —cronológicos, temáticos—, será labor babélica. No pretendemos —ni deseamos— repetir experiencias frecuentes, donde los libros a veces pierden la manejabilidad debido a sus dimensiones. Tampoco nos proponemos compilar una obra exclusivamente para especialistas. Presentar de una manera accesible la gran complejidad de su pensamiento, advirtiéndole su contexto y dándole seguimiento a sus desarrollos, ha sido la línea que hemos tratado de seguir en estos 14 tomos de las *Obras Completas* del dominicano Pedro Henríquez Ureña. Esperamos haberle hecho al fin justicia a un pensamiento que ya era hora de conocer en sus más amplios confines.

Reiteramos nuestro más sentido agradecimiento a Sonia Henríquez vda. Hlito por el apoyo que durante estos años de investigación y edición nos ha brindado.

Miguel D. Mena

Berlín, 4 de junio de 2014.

# LITERATURA E HISTORIA



## LITERATURA DE SANTO DOMINGO

La isla de Santo Domingo —territorio dividido ahora entre dos naciones pequeñas, la República Dominicana, de idioma español, y la República de Haití, de idioma francés—, antes del Descubrimiento estuvo poblada en su mayor parte por indios pacíficos que hablaban una de las muchas lenguas de la familia arahuaca, el taíno: sólo habían alcanzado cultura rudimentaria; su lengua desapareció, legando unos centenares de palabras al castellano de las Antillas, y de su poesía sólo quedan noticias. El *areíto* —palabra que los españoles pronunciaron después *areíto*— era su danza cantada; a juzgar por las descripciones del P. Las Casas y de Oviedo, los había rituales, históricos, festivos.

En países como México, Guatemala, el Perú, la poesía, la música, la danza, las representaciones dramáticas de los indios sobrevivieron y a veces se mezclaron con las que trajo el español. Nada de eso sucedió —que sepamos— en Santo Domingo. Los comienzos de literatura de que puede ocuparse la historia hay que buscarlos en los escritos de descubridores y conquistadores. La literatura de idioma castellano comienza para Santo Domingo con el Diario del viaje de Colón, en el extracto del P. Las Casas, y con las cartas —a los Reyes Católicos y a Sánchez y Santángel— en que narra el Descubrimiento. Contienen descripciones vivaces. Entre 1493 y 1494, el médico andaluz Diego Álvarez Chanca, en carta al Cabildo de Sevilla, da las primeras descripciones de fauna y flora de América, con intento de precisión científica; poco después el jerónimo catalán Fray Ramón Pané recoge observaciones sobre creencias religiosas de los indios.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> [Nota del editor: Los dos primeros párrafos de la edición de 1941 se sustituyen en la de 1957 por los siguientes, corregido por su hermano Max:

La segunda en extensión entre las Grandes Antillas, o sea, la que los españoles llamaron Isla de Santo Domingo, está hoy día dividida en dos naciones pequeñas, con idiomas diferentes: la República de Haití, que ocupa la parte occidental, es de lengua y cultura francesa, y sus escritores no apartan nunca sus ojos de la madre patria; la República

En diez años, los españoles sojuzgaron con poco esfuerzo a los indios, y para 1505 tenían fundadas diecisiete poblaciones de tipo europeo, sin contar las fortalezas: la Isla Española vino a ser el centro de la trasplantada cultura occidental durante treinta años, y su principal ciudad, Santo Domingo, fundada en 1496, fue la capital del Mar Caribe hasta mediados del siglo XVIII. Pronto se estableció allí el gobierno general de América: de 1509 a 1526, Diego Colón, hijo del Descubridor, obtuvo el cargo de virrey de las Indias con asiento en Santo Domingo; después de su muerte, la corona de España suprimió el virreinato y dividió la administración de las nuevas tierras. Santo Domingo, con su Real Audiencia, ejercía jurisdicción sobre las islas del Mar Caribe y parte de la costa septentrional de la América del Sur. De jurisdicción semejante disfrutaba, en el orden eclesiástico, su archidiócesis (obispado en 1503; arzobispado en 1545), primada de las Indias, y, en la cultura intelectual, su Universidad de Santo Tomás de

---

Dominicana, que ocupa la parte oriental y mayor, ha conservado pura y viva la tradición castellana.

La Isla, que durante algunos siglos llevó el nombre de La Española, estuvo habitada por indios que hablaban una de las muchas lenguas de la familia arahuaca, el *taíno*, lengua que transmitió un centenar de palabras al castellano de las Antillas, pero de la cual no nos ha llegado ningún texto. De su poesía sólo quedan noticias. El *areíto* —palabra que los españoles pronunciaron después *areíto*— era su danza cantada; a juzgar por las descripciones del padre Las Casas y de Oviedo, las había rituales, históricas y festivas.

Al hacer referencia a que la Rep. Dominicana “ocupa la parte oriental y mayor”, se inserta la siguiente nota, que por su contenido indica haberse escrito en 1940: “Su población actual pasa de los dos millones de habitantes; los mulatos se hallan en proporción de un setenta por ciento. La actual República Dominicana se declaró Estado independiente en 1844, y se encuentra, desde 1905, bajo la inspección financiera de los Estados Unidos; la capital Santo Domingo, que fue la primera fundada por europeos en América, se llama hoy Ciudad Trujillo”. La ocupación de las aduanas dominicanas por parte de los Estados Unidos comenzó en 1905, con el objetivo de destinar el 55 por ciento de su monto al pago de la deuda externa. Mediante un acuerdo firmado por el Presidente Rafael Trujillo y por Corder Hull, Secretario de Asuntos Exteriores de los Estados Unidos, el 24 de septiembre de 1940 y ratificado el 15 de febrero de 1941, conocido como Tratado Trujillo-Hull, el país recuperaba su soberanía aduanera. N.d.e.

Aquino, el antiguo colegio de los frailes dominicos, que desde 1538 adquirió categoría universitaria: junto a ella existió, con menor brillo, la de Santiago de la Paz, fundada en 1540. La ciudad se llamó pomposamente “Atenas del Nuevo Mundo”. Albergó, a veces por largo tiempo, a los grandes exploradores y conquistadores: Hernán Cortés —que fue escribano en la villa de Azua—, Diego Velázquez de Cuéllar, Juan Ponce de León, Rodrigo de Bastidas, Alonso de Hojeda, Vasco Núñez de Balboa, Pedro de Alvarado, Francisco Pizarro, Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Hubo allí eminentes obispos y arzobispos, desde el humanista italiano Alessandro Geraldini (1455-1524), a quien debemos los primeros versos en latín escritos en el Nuevo Mundo, hasta Fray Fernando de Carvajal y Rivera (1633-1701), buen prosador conceptista. El Convento de Predicadores tuvo vida gloriosa: dos de sus fundadores, Fray Pedro de Córdoba y Fray Antón de Montesinos, abrieron la campaña en favor de los indios; el episodio de los dos memorables sermones iniciales del segundo está relatado en la *Historia de las Indias*, del P. Las Casas. De allí salieron los fundadores de multitud de conventos en América: entre ellos, Fray Domingo de Betanzos, Fray Tomás Ortiz, Fray Tomás de Torres, Fray Tomás de San Martín, Fray Tomás de Berlanga, Fray Pedro de Angulo. Allí se inicia en la predicación, Fray Alonso de Cabrera, uno de los grandes oradores del siglo XVI. Allí profesó Fray Bartolomé de Las Casas, que recogió como herencia la campana de los fundadores. El convento de la Merced dio albergue al creador del Don Juan —Tirso de Molina—, que allí ejerció de maestro cerca de tres años (1616-1618). Hubo también erasmistas, como Lázaro Bejarano<sup>2</sup>, y hasta protestantes.

De los muchos escritores europeos que allí vivieron, los más unidos a la isla, los que más largamente escribieron sobre ella, fueron Fray Bartolomé de las Casas (1474-1566), con su *Historia de las Indias* y su *Apologetica historia* y Gonzalo Fernández de Oviedo (1479-1557), con su *Historia general y natural de las Indias* y el *Sumario* que la precedió (1526).

Desde el siglo XVI la isla produce escritores: los principales, Fray Alonso de Espinosa, de quien sólo sabemos que comentó el salmo

---

<sup>2</sup> En la edición de 1957 aparece agregado aquí el nombre de Diego Méndez, con la siguiente nota: “Bien estudiado por José Almoína en su libro *La Biblioteca erasmista de Diego Méndez*. (Ciudad Trujillo, 1945)”. N.d.e.

*Erucauit cor meum...*; <sup>3</sup> el canónigo Cristóbal de Liendo (1527-1584), hijo del arquitecto montañés Rodrigo Gil de Liendo; el predicador Fray Alonso Pacheco, provincial de los agustinos en el Perú; el mercedario erasmista Fray Diego Ramírez; el P. Cristóbal de Llerena, de quien nos queda un agudo entremés, que fue representado en la Catedral (1588) y contiene acerbas críticas de la vida pública de la colonia; las más antiguas poetisas de América, doña Elvira de Mendoza y Sor Leonor de Ovando (escribía desde antes de 1580; vivía aún en 1609), que sabía ascender hasta el más afinado conceptismo devoto:<sup>4</sup>

Y sé que por mí sola padeciera  
y a mí sola me hubiera redimido  
si sola en este mundo me criara..

Del siglo XVII conservamos pocos escritos, pero muchos nombres de escritores: entre ellos, Tomás Rodríguez de Sosa, Luis Jerónimo de Alcocer, Fray Diego Martínez, Baltasar Fernández de Castro, Tomasina de Leiva y Mosquera. Según Isaiah Thomas, el bibliógrafo norteamericano, entonces se introdujo allí la imprenta; pero sólo se conocen

<sup>3</sup> Largo tiempo se le ha confundido con su homónimo complutense, que recibió el hábito dominico en Guatemala y escribió en las Canarias el libro *Del origen y milagros de la Santa Imagen de Nuestra Señora de Candelaria que apareció en la isla de Tenerife, con la descripción de esta isla*, publicado en Sevilla, 1594. D. Agustín Millares dice haber comprobado que nació en Alcalá de Henares, según afirmaba Fray Juan de Marietta. No puede identificársele, como lo hacía Nicolás Antonio, con el nativo de Santo Domingo. Y ninguno de los dos es, como se creía, “el primer americano que publicó libro”.

<sup>4</sup> La edición de 1957 ofrece otra variante de este párrafo: “Desde el siglo XVI produjo escritores la isla. Descartando al autor de la obra titulada *Del origen y milagros de... Nuestra Señora de Candelaria*, Fray Alonso de Espinosa, recuérdense los nombres del canónigo Cristóbal de Liendo (1527-1584), hijo del arquitecto montañés Rodrigo Gil de Liendo; del predicador Fray Alonso Pacheco, provincial de los agustinos en el Perú; del mercedario erasmista Fray Diego Ramírez; del P. Cristóbal de Llerena”, agregándole una nota al referirse a Fray Alonso de Espinosa: “Véanse Pedro Henríquez Ureña, ‘El primer libro de escritor americano’, en *The Romanic Review*, 1916, páginas 284-287, y Agustín Millares Carlo, ‘Noticias acerca del escritor dominicano Fray Alonso de Espinosa’, en sus *Investigaciones bibliográficas iberoamericanas* (México, 1950), páginas 21-23.” Por la referencia al año 1950 puede colegirse que esta nota no pudo ser agregada por PHU. N.d.e.

impresos dominicanos muy posteriores.

En el siglo XVIII se distinguen Pedro Agustín Morell de Santa Cruz (1694-1768), autor del primer bosquejo, escrito en rica prosa, *Historia de la isla y catedral de Cuba*, donde fue obispo y tuvo valerosa actitud, bien recordada, ante los ingleses que invadieron La Habana en 1762; el P. Antonio Sánchez Valverde (1729-1790), que en su tratado *El predicador* (Madrid, 1782) intenta corregir los entonces frecuentes abusos de la oratoria sagrada (eran los tiempos de Fray Gerundio), y que en su *Idea del valor de la Isla Española* (Madrid, 1785) aboga en favor de su tierra, descuidada por la metrópoli; Jacobo de Villaurrutia (1757-1833), polígrafo a quien interesaron muchas de las grandes y de las pequeñas cuestiones típicas del siglo XVIII, desde el problema de la felicidad humana y la situación de los obreros hasta el progreso del teatro y de la prensa: sus variadas publicaciones abarcan desde una selección de pensamientos de Marco Aurelio (Madrid, 1786) hasta la traducción de una novela inglesa de Frances Sheridan (Alcalá de Henares, 1792); con Carlos María de Bustamante fundó el primer *Diario de México* (1805).

De 1795 a 1844 la isla sufre graves trastornos. Consecuencias: la porción francesa, Saint-Domingue, se hace independiente bajo el nombre de Haití (1804); la porción española, Santo Domingo, se hace independiente en 1821, la invaden los haitianos, recobra la independencia en 1844 y toma el nombre de República Dominicana. Durante esos cincuenta años de convulsión hubo emigraciones numerosas, principalmente a Cuba, adonde los dominicanos llevaron la cultura entonces superior de Santo Domingo: “Para el Camagüey y Oriente —dice el escritor cubano Manuel de la Cruz— fueron verdaderos civilizadores”. De las familias emigrantes proceden José María Heredia, el gran poeta de Cuba (y después su primo y homónimo el poeta cubano-francés), y Domingo Del Monte, que presidió durante años, con su cultura amplísima, la vida literaria de Cuba. Nativos de Santo Domingo eran, entre los muchos hombres de letras que pasaron la mayor parte de su vida fuera de su patria, José Francisco Heredia (1776-1820), cuyas *Memorias sobre las revoluciones de Venezuela* (1810-1815) cuentan entre los mejores libros históricos del período de luchas en favor de la independencia de América (era el padre del “cantor del Niágara”); Antonio Del Monte y Tejada (1783-1861), que escribió con elegante estilo una *Historia de Santo Domingo* (I, La Habana, 1853; completa,

Santo Domingo, 1890-1892); Esteban Pichardo (1799-1880), geógrafo y lexicógrafo, autor del primero —y uno de los mejores— entre los diccionarios de regionalismos de América; Francisco Muñoz Del Monte (1800-1865), poeta y ensayista de buena cultura filosófica; el naturalista Manuel de Monteverde (1795-1871), según el ilustre cubano Varona, “hombre de estupendo talento y saber enciclopédico”, que, entre otras cosas, escribió unas deliciosas cartas sobre el cultivo de las flores; Francisco Javier Foxá (1816-1865), el primero en fecha entre los dramaturgos románticos de América, con *Don Pedro de Castillo* (1836) y *El Templario* (1838): la noche del estreno del primer drama fue celebrada en Cuba como la del estreno de *El Trovador* en Madrid; José María Rojas (1793-1855), periodista y economista, fundador de una casa editorial en Caracas; José Núñez de Cáceres (1772-1864), jurista, periodista y poeta, que proclamó la independencia y presidió el Estado en 1821; había sido antes rector de la Universidad de Santo Tomás de Aquino. Contemporáneo de ellos es el egregio pintor Théodore Chasseriau (1819-1856), nacido en Santo Domingo bajo la dominación española.

Cuando, después de 1844, la República Dominicana trata de organizarse y asentarse, la obra es lenta y sólo empezará a dar frutos visibles treinta años después. La cultura se reconstruye poco a poco; le da grande impulso, desde 1880, con nuevas orientaciones, el eminente pensador puertorriqueño Eugenio María de Hostos (1839-1903). La literatura había empezado a levantarse con Félix María Del Monte (1819-1899), autor precisamente de himno de guerra contra los haitianos (1844), poeta y orador. Tanto él como Nicolás Ureña de Mendoza (1822-1875) y José María González Santín (1830-1863) escriben con sabor y delicadeza sobre temas criollos, campesinos o urbanos (desde 1855). Javier Angulo Guridi (1816-1884) introduce los temas indios con su drama *Iguaniona* (escrito en 1867) y su romance en “Escenas aborígenes”, y los temas de la leyenda local con novelas como *La Ciguapa* y *La Fantasma de Higüey*. Su hermano Alejandro (1818-1906) escribió principalmente sobre temas filosóficos y políticos. Entre todos ellos se distingue Del Monte, con el extraño acento de sus versos de amor: la “Dolora”, “Yo vi una flor en el vergel risueño”...; los sonetos que comienzan:

¿No hay en tu fosa suficiente hielo?

¿No hay en la eternidad bastante olvido?

o las octavas “Tú que en los sueños de mi edad primera”

Escucha, aquellos lazos que en la vida  
ligaron, a la tuya, extraña suerte,  
ya en su piedad los desató la muerte,  
purificando tu abatido ser.  
Retornas a mí: que en el espacio  
do flotan, sin chocarse, tantos mundos,  
sobreviven intensos y profundos  
los sentimientos del amor doquier.

Sí, sobrenadan en la esencia pura  
que a modo de torrentes de armonía  
en piélagos de ardiente simpatía  
la atmósfera circundan del Señor...  
No se alza de la tierra ni un deseo  
que no haya bendecido el Hacedor...

Ven a mí, saturada de la gloria  
en que nada tu espíritu divino ...  
Explícame esa ley aterradora  
que a perseguir tu sombra me condena.

Aparecen muchos prosistas. Como escritores políticos: Ulises Francisco Espaillat (1823-1878), gobernante ejemplar; Gregorio Luperón (1839-1897), Mariano Antonio Cestero (1838-1909). Como historiador, el primero que trata de abarcar todo el pasado y el presente cercano del país, José Gabriel García (1834-1910); Fernando Arturo de Meriño (1833-1906), majestuoso orador sagrado, que fue presidente de la República (1880-1882) —al igual que Espaillat y Luperón— y después arzobispo (1885); Emiliano Tejera, (1841-1923), sabio investigador de la época colonial y del idioma indígena de la isla, con estilo puro, y enérgico: en sus libros sobre el hallazgo de los restos de Colón en Santo Domingo (1877) hay páginas admirables de historia. El más puro hombre de letras es Manuel de Jesús Galván (1834-1910), autor de la gran novela histórica *Enriquillo*, escrita en prosa castiza, pulcra, de ritmo lento y solemne; ciñéndose unas veces a los hechos, otras innovando, da en amplio desarrollo el cuadro de la época de la conquista, desde la llegada de Ovando (1519) hasta la justa rebelión del último cacique de la isla en 1533, año en que termina con

generosa decisión de Carlos V.

Después de nuevos poetas estimables —Encarnación Echavarría de Del Monte (1821-1890), Josefa Antonia Perdomo y Heredia (1834-1896), Manuel de Jesús de Peña y Reinoso (1834-1915), Manuel Rodríguez Objío (1838-1871)— aparecen José Joaquín Pérez (1845-1900) y Salomé Ureña de Henríquez (1850-1897), a quienes define así Menéndez Pelayo, el más grande de los críticos españoles: “Para encontrar verdadera poesía en Santo Domingo hay que llegar a don José Joaquín Pérez y a doña Salomé Ureña de Henríquez; al autor de *El junco verde*, de *El voto de Anacaona* y de la abundantísima y florida *Quisqueyana*, en quien verdaderamente empiezan las *Fantasías indígenas*, interpoladas con los “Ecos del destierro” y con las efusiones de “La vuelta al hogar”; y a la egregia poetisa que sostiene con firmeza en sus brazos femeniles la lira de Quintana y de Gallego, arrancando de ella robustos sonos en loor de la patria y de la civilización, que no excluyen más suaves tonos para cantar deliciosamente “La llegada del invierno”, o para vaticinar sobre la cuna de su hijo primogénito. En la obra de Joaquín Pérez ocupa el centro la colección *Fantasías indígenas* (1877), poemas narrativos unos, como “El junco verde” y “El voto de Anacaona”; líricos otros, como el originalísimo “Areíto de las vírgenes de Marien”, en que el poeta transfigura la teogonía de los indios quisqueyanos apoyándose en los pobres datos del P. Ramón Pané, *La Quisqueyana* (1847), descripción de la naturaleza de la isla, podría servir como introducción a las *Fantasías*. Las poesías sueltas abarcan desde los “Ecos del destierro” (1872) y “La vuelta al hogar” (1874) hasta los “Contornos y relieves” (1879-1899), donde se advierte feliz contaminación con la poesía de fin de siglo. *El nuevo indígena* (1898) es una imagen del nuevo hombre de América, que ya no es el español ni el indio, sino una nueva estirpe con espíritu nuevo. Salomé Ureña de Henríquez escribió menos: le dio fama su poesía civil (1873-1880), con que “voló a combatir contra la guerra” y levantó el espíritu de la nación hacia los ideales de paz y progreso: en “contagio sublime, muchedumbre de almas adolescentes la seguía”. Cuando se convenció de que había pocas esperanzas de que mejorara pronto la vida pública, escribió la mejor de sus odas: “Sombras” (1881), y se dedicó a organizar la enseñanza superior de la mujer, bajo la orientación de Hostos. Al graduarse de maestras normales sus primeras discípulas —acontecimiento de gran resonancia en el país—, compuso, otra de sus

mejoras odas: “Mi ofrenda a la patria” (1887). Escribió, además, el poema “Anacaona”, de asunto indígena (1880), y versos de hogar que tituló *Páginas íntimas*.

A la misma generación pertenecen Francisco Gregorio Billini (1844-1898), escritor político y autor de la novela regional *Engracia y Antoñita* (1892); Federico Henríquez y Carvajal (1848-1952), orador, periodista y maestro, gran difundidor de cultura y de civismo; Francisco Henríquez y Carvajal (1859-1935), maestro y escritor político de severa doctrina, que, como Billini, ocupó la presidencia de la República (1916); César Nicolás Penson (1855-1901), el poeta del vigoroso cuadro *La víspera del combate* (1896) y el novelador de *Cosas añejas* (1891), relatos del pasado local; Federico García Godoy (1857-1924), autor de tres novelas históricas sobre los comienzos de la vida independiente del país, *Rufinito* (1908), *Alma dominicana* (1911), *Guanuma* (1914), y crítico de amplia cultura literaria y filosófica en *La hora que pasa* (1910) y *Páginas efímeras* (1912); los poetas Enrique Henríquez (1859-1940) y Emilio Prud’Homme (1856-1933); los historiadores Apolinar Tejera (1855-1922) y Casimiro Nemesio de Moya (1849-1915), investigadores del pasado colonial.

Aparece después Gastón Fernando Deligne (1861-1913), el más original de los poetas dominicanos, tanto en sus temas como en su forma, nueva siempre en sus expresiones eficaces. Desde temprano reveló su tendencia filosófica en composiciones como “Valle de lágrimas”. Para él, como para Browning, todo es problema: la estructura de sus mejores poemas es la del proceso espiritual que se bosqueja con brevedad, se desenvuelve con amplitud, culmina, con golpe resonante y se cierra, según la ocasión, rápida o lentamente, en síntesis de intención filosófica. El procedimiento comienza en historias de almas de mujer (*Angustias*, 1885; *Soledad*, 1887; *Confidencias de Cristina*, 1892), y después se aplica a casos variadísimos; el chatria que en el choque con la vida aprende a despreciarla y se acoge al nirvana (*Aniquilamiento*, 1895); la poetisa que se consagra al bien de la patria y mantiene “de una generación los ojos fijos en el grande ideal” (*iMuerta!*, 1897); el tirano, que después de hacerse “dueño de todo y de todos”, tropieza con la venganza popular (*Ololoi*, 1899); Jove Capitolino, que ve a la humanidad perder sus angustias y sus nuevas creencias, y para consolarlas le lleva el Pegaso y la Quimera (*Entremés olímpico*, 1907); singular entre todas, la historia de la choza abandonada y, en ruinas que las

plantas silvestres asaltan y convierten en tupida masa de flores (*En el botado*, 1897). Además, con sus versos sobre temas políticos (*Ololoi, del patíbulo*) se convirtió en poeta nacional de nuevo tipo: no poeta heroico, ni poeta civil, sino poeta que medita sobre los problemas de la patria.

Rafael Alfredo Deligne (1863-1902) fue ensayista a la manera antigua, que divaga sobre todos los temas que se le vienen a la pluma (*Cosas que fueron y cosas que son*), prosista de estilo muy suyo, y a la vez poeta de imaginación y sensibilidad en *Ella*, *Nupcias*, *Por las barcas*.

Contemporáneos de los Deligne son Arturo Pellerano Castro (1865-1916), poeta desigual, pero con notas vívidas en *Americana* (1896), *En el cementerio*, *Funeraria*, *¿Que se ha muerto el avaro?... No quieras penetrar nunca en su alma...* y en sus *Criollas* (1907), de rico sabor nativo; Virginia Elena Ortea (1866-1903), poetisa y escritora de estilo claro y terso, muy femenino, tan libre de afectación como de trivialidad, que al menos dejó una página de prosa de finas cadencias: *En la tumba del poeta*, y un cuento perfecto en su tipo: *Los diamantes*; el novelador y cuentista José Ramón López (1866-1922), que trató asuntos criollos del norte del país (*Nisia*, 1998; *Cuentos puertoplateños*, 1904); el orador y periodista Eugenio Deschamps (1861-1919); el poeta Bartolomé Olegario Pérez (1871-1900).

Escritores y poetas distinguidos que actualmente producen y publican son Américo Lugo (n. 1871), Fabio Fiallo (n. 1866), Andrejulio Aybar (n. 1873), Tulio Manuel Cestero (n. 1877). No pertenecen, pues, a la historia. Y, salvo una que otra excepción —la principal es Apolinar Perdomo (1883-1918), muy popular por sus delicados versos de amor— las generaciones posteriores a 1880 se mantienen completas. La gente de letras tiene larga vida, y ni siquiera en el trópico se quiebra la norma.<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> En la edición de 1957 el último párrafo de la edición de 1941 se sustituye por el siguiente: “A la generación siguiente pertenecen Fabio Fiallo (1866-1942), poeta neorromántico de la *Canción de la vida* (1927) y autor, asimismo, de excelentes narraciones que nada tienen de típicamente americano; Américo Lugo (1871); Andrejulio Aybar (1873); el delicado poeta de amor Apolinar Perdomo (1883-1918); el narrador Tulio Manuel Cestero (1877). Más jóvenes son el simbolista J. I. Jimenes Grullón, autor de poemas refinados en prosa (*Aguas de remanso*), el lírico —lleno de vivacidad— Domingo Moreno

---

Jimenes (1894), los narradores y ensayistas Juan E. Bosch (1909) y Ángel Rafael Lamarche; como críticos y filósofos se han granjeado amplia reputación Pedro (1884-1946) y Max (1885) Henríquez Ureña, hijos de la poetisa doña Salomé. La etapa más reciente de la evolución poética está caracterizada por la inclinación hacia los temas negros; en estos precisamente se han especializado Tomás Hernández Franco y Manuel del Cabral (1907), cuyo *Trópico negro* (1941) ofrece suntuosidad de imágenes y fervores de profunda simpatía. La literatura dominicana, en definitiva, ha recorrido en un siglo de vida un brillante camino”. N.d.e.

## LITERATURA DE PUERTO RICO

La isla de Puerto Rico, descubierta en el segundo viaje de Colón (1493) y colonizada desde 1509, estuvo poco poblada durante largo tiempo y en consecuencia tuvo escasa actividad de cultura. Allí residió breves años, como obispo, y allí murió (1627), el gran poeta hispano-mexicano Bernardo de Valbuena, que lleva la voz original de América en el concierto de la poesía barroca de su época: en el asalto que hicieron piratas holandeses a la ciudad de San Juan el año de 1625, incendiando el palacio episcopal, se perdieron cuatro obras suyas, según noticia de uno de sus admiradores. Poco después aparecen los primeros escritores nativos: el canónigo Diego de Torres Vargas (1590-1649), autor de una *Descripción de la isla y ciudad de Puerto Rico* (1647), y el poeta culterano Francisco Ayerra y Santa María (1630-1708), que fue rector del Seminario Tridentino y capellán del Convento de religiosas de Jesús María en México, donde publicó versos entre 1683 y 1702.<sup>1</sup> En México vivió también el aventurero Alonso Ramírez: yendo a las Filipinas cayó en poder de piratas ingleses; después, navegando solo, llegó a costas mexicanas. Sus *Infortunios* los escribió y publicó (1690) el ilustre hombre de ciencia y de letras mexicano Carlos de Sigüenza y Góngora, en sencilla prosa que puede estimarse como mero traslado de la narración oral de Ramírez.

En el siglo XVIII es digno de atención el catalán Fray Iñigo Abad y Lasierra (1745-1806), obispo de Barbastro y autor de la *Historia geográfica, civil y natural de la isla de Puerto Rico*, uno de esos tratados,

---

<sup>1</sup> Los escritos que se citan de Ayerra son la “Palestina literaria”, que figura en el *Triunfo parténico* de Carlos de Sigüenza y Góngora (1683) y los versos premiados en el certamen para la canonización de San Juan de Dios (1702). Hay además un soneto suyo en memoria de sor Juana Inés de la Cruz, publicado en el tomo de *Fama y obras póstumas* de la poetisa (1700). Cayetano Coll y Toste señala como primer escritor —no literario— de Puerto Rico al presbítero Juan Ponce de León, nieto del conquistador de igual nombre: debió de nacer hacia 1520 y redactó en 1582, en compañía del bachiller Antonio de Santa Clara, una “Memoria y descripción” de la isla.

comunes en la época colonial, en que se describe en todos sus aspectos una región de América (1788; reimpressa en 1831 y 1866). A este período pertenece el pintor José Campeche (1752-1809), que gozó de fama en toda la zona del Mar Caribe.

Para entonces había crecido mucho el número de habitantes de la isla, y el crecimiento persistió, hasta llegar a la superpoblación actual: caso muy raro en América. La cultura aumentaba a la vez: se ensancha y mejora la enseñanza; se introduce la imprenta en 1807, aparece la *Gazeta del Gobierno* en 1808 y el *Diario económico* en 1814. El primer teatro se construye en 1832. Al avanzar el tiempo, el desarrollo de la cultura se complica con los problemas políticos; a veces, los gobernadores españoles favorecen la instrucción pública —en particular Despujols— a veces la limitan, especialmente en sus formas superiores; la prensa tropieza con la falta de libertad. El deseo de independencia despunta desde que la América continental obtiene la suya; pero fracasan los movimientos que se inician —el más sonado fue el Grito de Lares (1868)— y la autonomía se obtiene demasiado tarde (1897). En 1898, como consecuencia de la guerra entre España y los Estados Unidos, la isla pasa a manos de la gran república del norte. El cambio no la ha favorecido: de país de pequeña propiedad se ha convertido en país de latifundios con dueño ausente, y gran parte de la población vive paupérrima; hay mejor higiene pública, pero no alcanza a suprimir las enfermedades que medran en la pobreza; hay más escuelas, pero no alcanzan para todos; hay universidad, creada en 1903, pero carreras como la de medicina deben cursarse fuera de la isla, al igual que en los tiempos de España.

Desde hace cien años, la vida espiritual se desarrolla, en parte, bajo la forma de lucha contra los regímenes políticos.

Hay movimiento literario desde poco antes de mediar el siglo XIX: se revela en 1843 con la aparición del primer *Aguinaldo Portorriqueño*, imitado luego, y durante mucho tiempo, en otros “Aguinaldos” y “Almanaques”. Las primeras colecciones de versos, el *Álbum puertorriqueño* (1844) y el *Cancionero de Borinquen*, se publican en Barcelona. Aparecen las primeras poetisas, Bibiana Benítez (1783-1875), autora del drama *La cruz del Morro* (1862), sobre el ataque de los piratas holandeses a San Juan en 1625, y Alejandrina Benítez Arce de Gautier (1819-1879), que escribió versos rotundos en sus odas “Al cable submarino en Puerto Rico” y “A Cuba, ante una estatua de

Colón”, y versos de tono suave en “El paseo solitario” y “Mi pensamiento y yo”. El fecundísimo Alejandro Tapia y Rivera (1827-1882) escribió *La Sataniada*, poema de asunto fantástico y sentido cosmológico, a la manera de los románticos trascendentalistas (publicado parcialmente en 1862, íntegro en 1878); muchas composiciones breves, entre ellas una curiosa égloga en memoria de Bernardo de Valbuena, donde, al contrario de su modelo, mezcla las plantas de América con las de Europa; los dramas *Guaironex*, de asunto indígena, libreto para la ópera de Felipe Gutiérrez Espinosa (1825-1900), *Bernardo de Palissy* (1857), *Camoens* (1868; refundido en 1878) y *Vasco Núñez de Balboa* (1873), en verso; *Roberto d’Evreux* (1856), *La cuarterona* (1867) y *La parte del león* (1880), en prosa; novelas cortas, como *La palma del cacique*, de asunto indígena (1852), y extensas como *La antigua sirena* (leyenda veneciana, 1862), *La leyenda de los veinte años* (1874), *Cofresí*, sobre el pirata puertorriqueño de principios del siglo XIX (1876), y *Póstumo*, la más original de todas, en dos partes (1872 y 1882), cada una de las cuales narra una transmigración; breves *Mesianas* (1862) y *Fantasías* en prosa poética; biografías del pintor Campeche (1854) y de Ramón Power, el diputado de Puerto Rico en las Cortes de Cádiz (1873); “Conferencias sobre estética y literatura” (1881), de buena orientación hegeliana. En sus dramas y novelas resultan ingenuos el desarrollo del argumento y la concepción de los caracteres; a veces logra escenas vivaces, como la de Cecil y Bristol en *Roberto d’Evreux*, que José Julián de Acosta señaló desde el estreno. Su prosa es superior, en general, a sus versos; pero hay buenas redondillas en sus dramas *Camoens* y *Palissy* y buenas octavas en *La Sataniada*. Publicó además una voluminosa colección de documentos, *Biblioteca histórica de Puerto Rico* (1854), y artículos de costumbres (1880). En este género tuvo mayor éxito su contemporáneo Manuel Antonio Alonso (1822-1889), cuyo volumen *El jíbaro* (1849; aumentado en 1882-1883) es fuente inevitable de consulta para el estudio de las costumbres isleñas y contiene cuadros pintorescos como “El sueño de mi compadre”, “La gallera”, “La pelea de gallos”, “Las carreras de San Juan”, “El bando de San Pedro” y “El baile de garabato”, en prosa fluida y amena. A veces los cuadros están en verso. Narciso Foxá (1822-1883), hijo de emigrados dominicanos, nació en Puerto Rico y floreció en Cuba (como su hermano, el dramaturgo Francisco José, nacido en Santo Domingo): poeta académico en su romance morisco

“Aliatar y Zaida” y en sus odas “Al comercio”, “Al descubrimiento de América” (1846) y “A la naturaleza de Cuba”, con reminiscencias de Heredia y de Bello.

El mejor poeta de este período es José Gualberto Padilla (1829-1896), que firmó sus populares versos de combate, en defensa de su isla natal contra ataques ajenos, con el seudónimo de “El Caribe”. Gran lector de la antigua poesía española. Su poema “Puerto Rico”, incompleto, contiene descripciones lozanas.

José Julián de Acosta (1825-1892), Román Baldorioty de Castro (1822-1889), Francisco Mariano Quiñones (1830-1907), Ramón Emerterio Betances (1827-1898), Segundo Ruiz Belvis (1829-1867) y Julián E. Blanco (1830-1905), hombres eminentes que orientaron la conciencia política de la isla, trabajando en favor de su autonomía (y aun, como Betances y Ruiz Belvis, en favor de su independencia), en pro de la instrucción del pueblo y la abolición de la esclavitud; fueron oradores, periodistas y escritores políticos. A ellos se debe la transformación espiritual de Puerto Rico. A veces cultivaban la literatura de imaginación: así Acosta escribió artículos de costumbres, Quiñones dos novelas de asunto persa, *Nadir Shan* (1875; segunda parte, *Fatima*, 1876) y *La Magofonía* (1875) y Betances la comedia *La botijuela* (1863) y, en francés, el cuento *La vierge de Borinquen* (1889); pero lo mejor de su obra versa sobre política y educación, y se halla especialmente en la severa prosa de Baldorioty, que en su trabajo sobre “América”, como parte de la memoria sobre la Exposición de París en 1867, tiene páginas profundas.

El ejemplo de tales maestros influye en el más ilustre de los escritores de Puerto Rico y uno de los más grandes de las Américas, Eugenio María Hostos (1839-1903). A diferencia de sus maestros, Hostos tuvo que hacer toda su obra de orientador político, de maestro y de escritor fuera de su isla natal, pero con el pensamiento fijo en ella. Recibe su educación superior en España (desde 1851), y allí se hace conocer, colaborando en preparar el advenimiento de la república y pidiendo la autonomía de Cuba y Puerto Rico dentro de una federación española. En 1868, cuando se inicia la transformación política de España, ve que se posterga el problema de las Antillas, se desliga de sus colaboradores en memorable discurso del Ateneo de Madrid y decide trabajar en favor de la independencia de Cuba, cuya “guerra de los diez años” ha comenzado (1868-1878), y del proyecto de confederación antillana:

recorre las Américas, y dondequiera que se encuentra trabaja, además, en pro de iniciativas de justicia y de progreso, como la defensa de los inmigrantes chinos en el Perú, el derecho de las mujeres a la educación universitaria en Chile, el Proyecto de ferrocarril trasandino en Buenos Aires. Después reside en Santo Domingo, donde funda la Escuela Normal (1880) e implanta los métodos pedagógicos modernos. Toma a su cargo también la cátedra universitaria de Derecho Constitucional. Su obra es revolucionaria y de enorme alcance. De 1888 a 1898 trabaja en Chile, tanto en la Universidad como en la enseñanza secundaria, donde hace innovaciones importantes. En 1898 acude a Washington a pedir —en vano— la independencia de Puerto Rico. Regresa en 1900 a Santo Domingo, donde emprende vasta reforma de todo el sistema de la enseñanza pública, y allí muere a fines de 1903.

Su obra escrita es vastísima, y con ocasión de su centenario se ha reunido en veinte volúmenes (1939). Es —como en otra ocasión he dicho— obra de maestro siempre: hasta cuando no es estrechamente didáctica, para uso de aulas, esclarece principios, adoctrina, aconseja. Y cuando la necesidad de las aulas no la hace meramente científica o pedagógica —como el precioso manual de *Geografía evolutiva* para las escuelas elementales de Chile— lleva enseñanza ética: su preocupación moral nunca está ausente. Todo, para este pensador, tiene sentido ético. Su concepción del mundo —su optimismo metafísico, como la llama Francisco García Calderón— está impregnada de ética. Y su ética es racional: cree que el conocimiento del bien lleva a la práctica del bien: el mal es errar (“en el fondo de este caos no hay más que ignorancia”). Está dentro de la tradición de Sócrates, fuera de la corriente de Kant; pero Kant influye en su rigurosa devoción al deber.

Como la razón es el fundamento de su moral, difundirá el culto de la razón y de su fruto maduro en los tiempos modernos, las ciencias de la naturaleza. Por eso, soñando con el bien humano, exalta la fe en la persecución y la adquisición de la verdad. “Dadme la verdad, y os doy el mundo. Vosotros, sin la verdad, destrozaráis el mundo; y yo con la verdad, con sólo la verdad, tantas veces reconstruiré el mundo cuantas veces lo hayáis vosotros destrozado”. Sólo lo asombra, a ratos, “la eternidad de esfuerzos que ha costado el sencillo propósito de hacer racional al único habitante de la Tierra que está dotado de razón”.

Y por eso, sus singulares dotes de artista, de escritor, los sacrifica, los esclaviza a los fines humanitarios: como Martí, para quien fue uno de

los pocos maestros (leyendo el *Plácido* de Hostos (1872) se reconoce el magisterio). Pero mientras para Martí arte y virtud, amor y verdad viven en feliz armonía (“todo es música y razón”), Hostos sospecha conflictos entre belleza y bien: resueltamente destierra de su república interior a los poetas si no se avienen a servir, a construir, a levantar corazones.

Hizo música, versos, teatro, para su intimidad personal y familiar; de sus novelas, la única conocida, *La peregrinación de Bayoán* (1863), es alegoría de su pasión: la justicia y la libertad en América. Pero el artista que él en sí mismo desdeñaba sobrevivía en la extraña fuerza de su estilo, sobreponiéndose a los hábitos didácticos, con su manía simétrica, de que lo contagiaron krausistas y positivistas. Hasta sus cartas salen escritas con espontánea perfección luminosa. Y, como gran apasionado, conservó el don oratorio.

De sus libros, el que mejor lo representa es la *Moral social* (1888). Demasiado lleno, Hostos, de preocupaciones humanas y sociales para filósofo puro u hombre de ciencia abstracta, sus intentos teóricos son cimientos apresurados donde asentar su casa de prédica. Sus dos breves tratados de *Sociología* (1883-1901) son esbozos para iniciar a estudiantes del magisterio en la consideración de los problemas de la sociedad humana: es ingeniosa su construcción, pero quedan fuera de los caminos actuales de la ciencia social, empeñada en acotar su campo y depurar sus datos antes de intentar de nuevo las generalizaciones teóricas a que ingenuamente se lanzó el siglo XIX; ofrecen, eso sí, agudas observaciones concretas, en particular las que tocan a nuestra América. En su curso de *Derecho Constitucional* (1887) expone audazmente su concepción política, desdeñando todo eclecticismo y desentendiéndose de la mera erudición —que poseía— de doctrinas y de historia: su propósito es convencer a lectores y oyentes de que la organización de los estados debe fundarse sobre principios de razón y normas éticas.

Y en la *Moral social* poco interesa la exposición de las tesis sobre “relaciones y deberes”; su fuerza y su brillo aparecen cuando discurre sobre “las actividades de la vida” —en especial sobre la política, las profesiones, la escuela, la industria— hasta culminar en la discusión sobre el uso del tiempo: la civilización sólo será real cuando haya enseñado a todos los hombres a hacer buen uso del tiempo que les sobre.

Junto a la *Moral social* hay que poner el extraordinario discurso que Hostos pronunció en la investidura de sus primeros discípulos (1884): en él declaró toda su fe, describiendo en síntesis, con singulares parábolas y relampagueantes apóstrofes, el ideal y el sacrificio de su vida, sus principios éticos y su concepto de la enseñanza como base de reforma espiritual y de mejoramiento social. Piensa Antonio Caso que este discurso es la obra maestra del pensamiento moral en la América española.<sup>2</sup> Otro gran discurso es el que pronunció en la investidura (1887) de las primeras maestras de Santo Domingo, discípulas de Salomé Ureña de Henríquez, que había adoptado los métodos de la Escuela Normal desde 1881.

Escribió Hostos, finalmente, gran número de artículos. Entre ellos se destacan las descripciones de puertos del Brasil y los juicios literarios, sobre todo el de *Hamlet* (1873): pocos hay, entre la multitud de estudios consagrados a Shakespeare, que lo igualen en agudeza psicológica y profundidad moral.

Mientras Hostos trabajaba fuera de Puerto Rico, allí se multiplicaban los escritores. Poetas: Ramón Marín (1832-1902); Francisco Álvarez (1847-1881); Rafael del Valle (1847-1917); José Gordils; Manuel Padilla Dávila (1847-1898); Eleuterio Derkes; José María Monge (1840-1891), que a pesar de su reputación de académico frío escribió aquella extraña evocación que termina: “¡Ciegos! no miran tu viviente sombra surgir del seno del revuelto mar” (en prosa dejó amenos artículos de periódico y unos dilatadísimos *Viajes por Italia*, 1887); Francisco Javier Amy (1837-1912), buen traductor del inglés al castellano y viceversa (*Ecos y notas*, 1884; *Musa bilingüe*, 1903); Manuel de Elzaburu (1851-1892), el benemérito fundador del Ateneo Puertorriqueño (1876), fino traductor de poetas franceses, especialmente de Théophile Gautier; Manuel María Sama (1850-1913), a quien además se recuerda como autor de la primera *Bibliografía puertorriqueña* (1887); el humorista José Mercado (1863-1911), “Momo”; Francisco Gonzalo Marín (1863-1897), que murió luchando por la independencia de Cuba y expresó la emoción de la libertad en buenos versos

---

<sup>2</sup> Este fragmento ya había sido publicado en un texto dedicado a Hostos, *Ciudadano de América*, publicado en *La Nación*, el 28 de abril de 1935, y que también serviría como prólogo a la edición de *Moral Social*, Losada. Bs. As., 1939, pp.7-13. N.d.e.

como los de “El ruiseñor”; y el más conocido de todos, José Gautier Benítez (1850-1880), especie de “poeta nacional” gracias a su canto “Puerto Rico”, que entre sus tintes opacos lleva toques delicados como la comparación de la isla con “una ciudad fantástica de espuma” y el doble elogio “Y tu mundo moral su encanto debe al dulce influjo de tu mundo externo”. Hay toques semejantes en “La barca”, “Una pregunta” (“¿Si estará pensando en mí como estoy pensando en ella?”), las redondillas “Puerto Rico: ausencia” (“hija del sol y del viento”) y las quintillas “Puerto Rico: regreso” (“Y yo estoy enamorado de la tierra en que nací”; “Que no he sabido vivir al dejarte de mirar”; “¡Tengo ganas de llorar! ¡Tengo ganas de besar la arena de sus orillas!”). Tradujo a Mickiewicz y a Petóefi, símbolos de pueblos oprimidos y sin esperanza, como el suyo. Dos poetisas: Carmen Hernández de Araujo (1832-1877), que además de versos líricos escribió dramas, como *Marín*, *Derkes*, *Sama* y *Álvarez* (*Obras dramáticas*, 1863), y Lola Rodríguez de Tió (1847-1925), que en su juventud supo alcanzar “inspiración delicada y castiza” —según el elogio de Menéndez Pelayo— en “La vuelta del pastor”, elocuencia en la oda “A Calderón” y en la Elegía a la muerte de Juan Isidro Ortea, ingenio y ternura a la vez en “A mi esposo ausente” (*Mis cantares*, 1876; *Claros y nieblas*, con estudio del pulcro escritor venezolano Cecilio Acosta; *Mi libro de Cuba*, 1895).

En prosa: Ana Roque de Duprey, la más antigua defensora de los derechos de la mujer, escribió estudios sociales y además cuentos y novelas; Federico Asenjo (1831-1893), entre sus trabajos históricos y pedagógicos, produjo el curioso viaje de circunvalación por la plaza principal (1870); Julio L. de Vizcarrondo (1830-1889), filántropo que libertó a sus propios esclavos, como Betances, y fundó asilos y hospitales, fue periodista activo y costumbrista; Mario Braschi (1840-1891) fue otro incansable periodista liberal; Sotero Figueroa redactó un copioso *Ensayo biográfico de puertorriqueños distinguidos* (1888); Eduardo Neumann Gandía (1851-1913) redactó otro más copioso aún, *Benefactores y hombres notables de Puerto Rico* (1896-1899) y una *Historia de la ciudad de Ponce* (1913), llena de la más variada y útil información; José Antonio Daubón fue costumbrista (1837-1922): *Cosas de Puerto Rico*, (1904-1905); Manuel Corchado (1840-1884) y Rosendo Matienzo Cintrón (1855-1914) fueron oradores y periodistas políticos de grande influencia: Corchado cultivó además la poesía lírica, el drama y la novela; Matienzo creó el personaje Pancho Ibero,

“tipo representativo de Hispano América”. Los dos más fecundos fueron Salvador Brau (1837-1912) y Cayetano Coll y Toste (1850-1930). Brau fue poeta, novelista, dramaturgo, historiador y periodista. Sus dramas, según Fernández Juncos, eran los mejores escritos en la isla; el último y más interesante de ellos, *Los horrores del triunfo* (1887), trata de las vísperas sicilianas. Su trabajo histórico de mayor aliento es *La colonización de Puerto Rico: 1493-1550* (publicado en 1908). Coll y Toste realizó vasta labor historiográfica y etnográfica como director del *Boletín Histórico de Puerto Rico* (1914-1926) y como autor de innumerables trabajos breves y de extensos estudios: tales, las conferencias sobre “Historia de Puerto Rico” (en el *Boletín*, 1922-1926), la *Historia de la instrucción pública en Puerto Rico* (1910), *Colón y Puerto Rico* (1894) y el esbozo de “Historia del desarrollo de la agricultura y de la propiedad territorial en Puerto Rico”. Es autor, además, de interesantes *Leyendas puertorriqueñas* (1925). El distinguido botánico Agustín Stahl (1842-1917) publicó también estudios históricos y etnográficos.

El escritor asturiano Manuel Fernández Juncos (1846-1928) residió en Puerto Rico desde joven y trabajó constantemente en pro de su cultura y sus letras. Fundó la *Revista Puertorriqueña* (1887-1893). Según parece, era también español Enrique Álvarez Pérez, ignorado precursor de la moderna actividad filológica en su “Ciencia del lenguaje” (en la *Revista Puertorriqueña*, 1887), su *Gramática histórico-comparativa de la lengua latina* (1889) y su *Gramática filosófica e historio-comparativo de la lengua castellana* (1893). En Puerto Rico residió también el novelista dominicano Francisco C. Ortea (“Dr. Franck”).

En España representó a Puerto Rico Rafael María de Labra (1843-1918), nacido en Cuba: figuró largos años en la vida pública y escribió extensamente y con buena doctrina sobre temas políticos. De origen puertorriqueño son Antonio Cortón (1854-1913), autor del conocido estudio sobre “Espronceda” (1906) y de otro ensayo sobre “Las letras en el siglo XIX”, en Europa y América (publicado en *La Vanguardia* de Barcelona, 1898), y, recientemente, Carmela Eulate Sanjurjo, novelista y traductora de poetas orientales. Singular entre estos transplantados es Luis Bonafoux (1855-1925); su padre, nacido ya en Puerto Rico, era hijo de francés y de india; su madre, venezolana. Temprano mostró la vena satírica y se le expulsó de la isla. Pasó la

mayor parte de su vida en París, escribiendo siempre para periódicos españoles. De cuando en cuando reunía artículos y cuentos en volúmenes, que pasaron de veinticinco. Tenía humorismo acre y osado, que los años agrandaron dándole plenitud de pesimismo sagaz. De su obra podría entresacarse una extraordinaria antología del absurdo humano, resumido en cuadros breves y agudos.

Representan el tránsito del siglo XIX al XX muchas nuevas figuras: los poetas Luis Rodríguez Cabrero (1860-1915), *Mangas y capirotos*, 1900); Virgilio Dávila (*Patria*, 1903; *Viviendo y amando*, 1912; *Aromas del terruño*, 1916; *Pueblito de antes*, 1917; *Un libro para mis nietos*, 1928); José Antonio y Quintín Negrón Sanjurjo, Ferdinand R. Cestero y Trinidad Padilla de Sanz (*La Hija del Caribe*, *De mi collar*, 1926); los novelistas Félix Matos Bernier (*Puesta de sol*, 1903) —también poeta—, Matías González García (1867-1929: *La primera cría*, 1892; *Cosas*, 1893; *El escándalo*, 1894; *Carmela*, 1903; *Ernesto*, 1895; *Gestación*, 1905; *El tesoro del Ausubal*, 1913; *Cosas de antaño y cosas de hogaño*, 1919-1922), y José González Ginorio (*Tanamá*, 1924); Federico Degetau González (1862-1914), de admirable constancia en sus iniciativas de bien social, como discípulo que fue de Giner (cultivó el cuento y la novela junto con los estudios sociales y pedagógicos); los periodistas Eugenio Astol (1872-1929) y Mariano Abril; y los dos más famosos por su actividad política, Luis Muñoz Rivera (1859-1916) y José de Diego (1866-1918), oradores brillantes, periodistas y poetas. La prosa política de ambos es clara y enérgica, especialmente la de Muñoz Rivera. En los versos hay notas de la naturaleza antillana (*Tropicales*, de Muñoz Rivera, 1902; *Pomarrosos y Jovillos*, de José de Diego, 1916). Desde el punto de vista puramente literario sobresale el novelista Manuel Zeno Gandía (1855-1930), autor de *Rosa de mármol* (1889), *Piccola* (1890), *La charca* (1894), *Garduña* (1896), *Redentores* y *El negocio* (1922). Está dentro de la corriente naturalista de origen francés, mezclada a la crítica social de tradición española, de Larra a Galdós, y pinta con agrio pincel el paisaje moral de la isla. *La charca* es una de las mejores novelas realistas de América.

En las generaciones del siglo XX hay muy buenos poetas y ensayistas y unos pocos cuentistas, noveladores y dramaturgos. La historia puede ya recoger los nombres de los muertos: Nemesio R. Canales (1923), novelador, dramaturgo y ensayista de talento original, con fino humorismo (*Paliques*, artículos, 1913; *Mi voluntad se ha muerto*, cuen-

to, 1921); José de Jesús Esteves (1882-1918), poeta delicado (*Crisálidas*, 1909; *Rosal de amor*, 1917); Antonio Salvador Pedreira (1899-1939), ensayista que dedicó páginas de severa meditación al estudio de la vida social de Puerto Rico en su libro *Insularismo*, escribió buenas biografías de Hostos (1932) y de José Celso Barbosa, y compiló una minuciosa *Bibliografía puertorriqueña* (1932), la más completa que existe sobre cualquier país de la América hispana.

► “Literatura de Santo Domingo y Puerto Rico”, *Historia universal de la literatura* de Santiago Prampolini, t. 12, Buenos Aires, 1957, pp. 77-95.

## LITERATURA DE AMÉRICA CENTRAL

La América Central nace para la historia moderna en 1502, cuando la descubre Colón en el cuarto y último de sus viajes. Adquiere importancia desde que Vasco Núñez de Balboa explora el Istmo de Panamá y descubre el Océano Pacífico (1513). La ciudad de Panamá, fundada en 1519, se convierte en centro de gobierno desde que se le asigna Real Audiencia en 1538. Los conquistadores del Imperio de los aztecas penetran mientras tanto en Guatemala: la capital que allí se funda (1524) gobernará todo el territorio que se extiende desde Chiapas, ahora perteneciente a México (desde 1824), hasta la frontera de la región ístmica. A principios del siglo XIX, Panamá queda fuera del dominio de España como parte de Colombia (1819) y la América Central se hace independiente como parte de México (1821), para separarse en seguida (1824) del antiguo virreinato y dividirse después (1838) en cinco repúblicas: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Panamá permaneció unida a Colombia —salvo la breve separación de 1840-1842— hasta que en 1903 se erige en república independiente.

La cultura y las letras españolas comienzan a implantarse allí poco después de la conquista. Desde temprano se fundan escuelas. En 1676, el Colegio de Santo Tomás de Aquino, establecido en Guatemala durante el siglo XVI a iniciativa del obispo Francisco Marroquín (muerto en 1563), se convierte en Universidad de San Carlos. En Panamá se organiza el Colegio Seminario hacia 1590. En León de Nicaragua se funda el Seminario Tridentino en 1680. La imprenta aparece en Guatemala en el siglo XVII: su primera producción conocida data de 1660 (sermón de Fray Francisco de Quiñones y Escobedo); la primera *Gaceta* se publicó en 1729. La historiografía comienza con las relaciones del conquistador Pedro de Alvarado; la ilustran después dos grandes figuras: Fray Bartolomé de las Casas, que residió como obispo en Chiapas, y Bernal Díaz del Castillo, que en su vejez redactó en Guatemala su incomparable *Relación de La conquista de México*. Ambos tratan de la América Central en sus obras. No son muchos, después, los escritores españoles que visitan la región: entre los poetas,

el extremeño Pedro de Liébana, deán de la Catedral de Guatemala, y los andaluces Juan de Mestanza, alcalde mayor de Sonsonate en 1589, a quien Cervantes elogia dos veces, una en el “Canto de Calíope”, de *La Galatea* (1584), y otra en el *Viaje del Parnaso* (1614), y Baltasar de Orena, natural de Jerez de la Frontera, alcalde de Guatemala en 1591, mencionado también en el “Canto de Calíope”. Todavía en el siglo XVII reside allí el fraile vasco Diego Sáenz Ovecuri, cuyo poema *Thomasiada* (1667), en honra del Doctor Angélico, es la más extensa de las obras en verso que se imprimieron en Guatemala durante la época colonial: complicada serie de combinaciones métricas raras, como “sonetos de ocho pies, romances mudos compuestos de figuras solas que hablan, laberintos esféricos”. Entre los prosistas, después del obispo Marroquín, del fraile dominico Domingo de Betanzos y del franciscano Pedro de Betanzos, fundadores de conventos, Fray Antonio de Remesal, autor de la *Historia general de las Indias Occidentales y especial de la gobernación de Chiapa y Guatemala* (1619-1620), que es principalmente, según reza el título interior, “Historia de la provincia de San Vicente, de Chiapa y Guatemala, de la Orden de Santo Domingo”, y en este aspecto valiosísima; Fray Alonso de Espinosa, que en Guatemala — según informa él mismo — vistió el hábito de dominico y en las Canarias escribió el curioso libro, joya etnográfica, *Del origen y milagros de la Santa Imagen de Nuestra Señora de Candelaria que apareció en la isla de Tenerife, con la descripción de esta isla* (Sevilla, 1594);<sup>1</sup> Fray Francisco Ximenes, dominico como los anteriores, andaluz de Ecija (n. 1666, m. 1729 o 1730), que escribió gramáticas del quiche, del cakchiquel y del zutbupil, el manual del *Perfecto párroco* en los tres idiomas, la “Historia natural del reino de Guatemala”, una nueva “Crónica” de su Orden y “Advertencias e impugnación” a la obra histórica del guatemalteco Vázquez: su celebridad la debe a su descubrimiento, en Chichicastenango, del manuscrito del *Popol Vuh* o *Popol Buj*, el libro de las tradiciones religiosas del pueblo quiche.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Remesal lo hace natural de Guatemala; Fray Alonso Fernández, de la isla de Santo Domingo; Fray Juan de Marietta, de Alcalá de Henares. Según indico en la sección relativa a Santo Domingo en esta obra, se dice que hay pruebas de que era complutense.

<sup>2</sup> La América Central tiene singular importancia en la literatura de lenguas indígenas, gracias al *Popol Vuh* —del cual existen ediciones, traducciones y

Como poeta y como prosista es interesante el madrileño Eugenio de Salazar (c. 1530-1602), oidor durante breve tiempo en la Audiencia de Guatemala (1580), entre sus siete años de Santo Domingo y sus diecisiete de México.

La literatura de la época colonial fue muy abundante, pero, como en todo el Nuevo Mundo, a excepción de México y el Perú, la que se conserva impresa o manuscrita es escasa. El bibliógrafo mexicano Beristáin registra en su *Biblioteca hispanoamericana septentrional* (1816-1821) más de ciento treinta escritores de Centro América. Fray Antonio de Arochena había redactado el *Catálogo y noticia* (que Eguiara y Beristáin aprovecharon) *de los escritores del Orden de San Francisco de la provincia de Guatemala*, con tres índices: de los que escribieron en latín, de los que escribieron en castellano y de los que escribieron en lenguas de los indios. Y ya se sabe que los dominicos y los jesuitas escribieron más que los franciscanos.

Desde el siglo XVI se habla de escritores de lengua castellana nacidos en la América Central: por ejemplo, el dominico guatemalteco Fray Ambrosio de la Madre de Dios (m. 1626 o 1627), apóstol de las Filipinas. En el siglo XVII hay muchos poetas en Guatemala: tales, Alonso de Artivillaga (m. 1724) e Ignacio de Azpeitia, jesuitas; Sor Juana de Maldonado (c. 1598-1638); Antonio de Cáceres y Fernando Valtierra, sacerdotes también. Poeta y prosista fue Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, descendiente de Bernal Díaz (m. 1699 o 1700): en verso escribió, entre otras obras, “El milagro de la América”, descripción de la Catedral de Guatemala, y una “Vida de Santa Teresa”; en

---

estudios en español, francés, inglés y alemán— y al *Rabinal Achí*, probablemente el único drama que conservamos del antiguo teatro de los indios: aunque no se recogió hasta el siglo XIX, tiene trazas de autenticidad en su forma arcaica, que no se asemeja a ninguna del teatro europeo, y en su final, que es la muerte en la piedra de los sacrificios, del guerrero vencido, y no se concibe lo imaginara ningún cristiano para hacerlo representar. Las lenguas indígenas se cultivaron literariamente, además, después de la conquista, escribiéndose en ellas libro religioso, poesías y dramas. Son muy importantes los *Anales de los Cakchiqueles* o *Memorial de Tecpan Atitlan* o *Anales de Xahilá*, escritos en el siglo XVI por Francisco Hernández Arana Xahilá y Francisco Díaz Gebuta Quej. Y en Nicaragua se ha recogido, entre los indios mangles, *El güegüence*, comedia danzante en lengua mixta de castellano y náhuatl, el idioma de los aztecas.

prosa, su obra principal, la excelente historia de su tierra nativa, *Recordación florida*. Otro gran cronista guatemalteco fue el franciscano Fray Francisco Vázquez (c. 1647-c. 1714), autor de la *Crónica de la provincia del Santísimo Nombre de Jesús, de Guatemala* (1714-1716), de la *Historia lauterana sobre la imagen de Nuestra Señora de Loreto en Guatemala* (imp. 1694), y de la “Historia del Venerable Pedro de Betancourt”; además escribió opúsculos teológicos en latín. De autor desconocido es la *Isagoge histórica apologética de las Indias Occidentales y especial de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala, de la Orden de Predicadores*, escrita hacia 1710 y derivada de Remesal, en gran parte. En Panamá floreció el pintor y poeta religioso Fernando de Rivera (1591-1646).

En el siglo XVIII crece la producción literaria. Así, de Balas Pineda de Polanco (c. 1640-c. 1737), se dice que escribió gran número de volúmenes sobre arqueología, lingüística, zoología y botánica. Antonio Paz Salgado se distinguió como humorista a la manera de Torres Villarroel en sus opúsculos *Verdades de grande importancia para todo género de personas* (1741), *El mosqueador añadido o abanico con visos de espejo para ahuyentar y representar todo género de tontos, moledores y majaderos* (1742) e *Instrucción de litigantes* (1742).

Entre los poetas, el dominico Fray Felipe Cadena publicó *Acto de contrición* (1779); el jesuita Antonio Portilla escribió odas y elegías en latín; Miguel de Taracena, en sus *Lágrimas de Aganipe* (1766), se muestra todavía —como tantos contemporáneos suyos de América— adepto del estilo barroco del siglo anterior. El mayor de todos fue el jesuita Rafael Landívar (1731-1793), autor de la *Rusticatio Mexicana* (1781), poema latino en que describe la naturaleza y las actividades del campo en México —donde el poeta se educó, en el maravilloso Convento de Tepozotlán y en su nativa Guatemala: pinta “los lagos de México, el volcán de Jorullo, las cataratas de Guatemala, los campos de Oaxaca; la labor y beneficio de la grana, de la púrpura y del añil; las costumbres y habitaciones de los castores; las minas de oro y de plata, y los procedimientos de la metalurgia; el cultivo de la caña de azúcar; la cría de los ganados y el aprovechamiento de las lanas; los ejercicios ecuestres, gimnásticos y venatorios; las fuentes termales y salutíferas; las aves y las fieras; los juegos populares y las corridas de toros”. Es ésta una de las obras más hermosas que ha producido la literatura de las Américas y una de las mejores de la poesía moderna en lengua

latina. El poeta muestra percepción aguda, delicada, para tantos temas que eran nuevos en poesía, y halla constantemente expresiones felices para transmitir la novedad.<sup>3</sup>

Antes del siglo XIX, las noticias sobre la actividad literaria en la América Central se limitan, salvo rarísimas excepciones, a Guatemala. En el período de transición de la colonia a la independencia, entre 1800 y 1821, se hallan hombres de letras en todas las regiones. El franciscano Fray José Antonio de Liendo Goicoechea (1735-1814), nativo de Costa Rica, residió en Guatemala y en México: original y activo, buen orador y gran filántropo, inició en la universidad de San Carlos, desde 1767, la enseñanza de la física experimental, combatió la escolástica y dedicó atención a los problemas sociales de América, como el trabajo de los indios y el remedio de la mendicidad (*Disertación*, 1797). El P. Florencio de Castillo (m. 1834), representó a Costa Rica en las Cortes de Cádiz y se le llamó “el Mirabeau centroamericano”. A Honduras pertenece José Cecilio del Valle (1780-1834), varón apostólico, orientador de movimientos políticos y culturales, maestro de saber variadísimo, que redactó su propia *Enciclopedia* y en ella puso admirables páginas sobre la ciencia y la educación, y escritor de expresión a veces muy original, como en el proyecto sobre la unión de la América española que intituló “Soñaba el Abad de San Pedro, y yo también sé soñar”. Y en Honduras floreció el P. José Trinidad Reyes (1797-1855),

<sup>3</sup> De la *Rusticatio Mexicana* hay por lo menos dos traducciones completas en español: una en verso del sacerdote mexicano Federico Escobedo (1924), y otra en prosa del latinista gallego Ignacio Loureda (1924). El obispo Pagaza, de México, parafraseó magistralmente el primer canto; Heredia, “el cantor del Niágara”, tradujo el episodio de la pelea de gallos; los escritores guatemaltecos Pío M. Riepele, de origen italiano, y José Domingo Diéguez, separadamente, la dedicatoria a la ciudad de Guatemala, y el poeta Juan Fermín Aycinena, en metro de romance, *La lidia de toros* del canto XI. El P. Manuel María (o Mariano) Iturriaga (1728-1814), teólogo, orador y poeta mexicano, que fue uno de los jesuitas refugiados en Italia después de la expulsión de 1767, enseñó retórica y filosofía en Guatemala. No era guatemalteco, como supuso Menéndez Pelayo, ni nació en 1744, fecha en que ingresó en la Compañía de Jesús, ni murió en 1810, fecha en la cual —observa Beristáin— vivía aún: se ve que el ilustre crítico español tomó apresurada-mente estas dos fechas —sin darse cuenta de a qué se referían— del libro (que menciona) de Ramón A. Salazar *Historia del desenvolvimiento intelectual de Guatemala* (Guatemala, 1897).

hombre de variada cultura, tratadista de física, orador, poeta, músico y dibujante, que introdujo la imprenta en su país y organizó la Universidad (1847): como músico, compuso misas; como poeta, villancicos y pastorelas, prolongando dentro del siglo XIX la forma tradicional española de los cantares y las representaciones dramáticas de Nochebuena. En El Salvador, el poeta Miguel Álvarez de Castro (c. 1795-1856). En Nicaragua el obispo Huerta Caso, el jurista Miguel Larreinaga (1771-1847) y el poeta y dramaturgo Francisco Quiñones Sunzín (*Poesías*, 1826). La antigua Capitanía General predomina todavía: el último de sus cronistas coloniales, el P. Domingo Juarros (1752-1820), publica en 1808-1810 su *Compendio de la historia de la ciudad de Guatemala*, que en su primera parte se inspira en la “Recordación florida” de Fuentes y Guzmán; el dominico Fray Matías de Córdoba (c. 1750-1828 o 1829), nativo de Chiapas, donde introdujo la imprenta, fue catedrático de la Universidad de San Carlos, innovador en la enseñanza, a ejemplo de Liendo Goicochea, filántropo favorecedor de los indios, teólogo, orador y maestro de elocuencia según los modelos latinos, poeta conocido sólo por su larga y pintoresca fábula *La tentativa del león y el éxito de su empresa*. Allí se había realizado, en el siglo XVIII, una renovación modernizadora de los estudios, que se prolongó hasta la terminación del período colonial: en ella tomaron parte, además de Liendo Goicochea, el iniciador, del P. Córdoba, de Larreinaga y de José Cecilio del Valle, el oidor dominicano Jacobo de Villaurrutia (1757-1833), fundador de la sociedad Económica de Amigos del País (1794); el botánico español José Longinos Martínez, fundador del primer museo de historia natural y jardín botánico (1796); el Dr. José F. Flores (1758-1814), de Chiapas, gran maestro de anatomía, que construyó tres famosos modelos humanos, uno de osteología, angiología y neurología, otro de miología y un tercero de esplanología; el médico José Antonio Córdoba (m. 1805) y el cirujano Narciso Esparragosa, procedente de Venezuela; el pintor Pedro Garci Aguirre, primer director de la Escuela de Bellas Artes (1797), y el P. José María Santa Eulalia, español, director de la primera orquesta.

El guatemalteco Antonio José de Irisarri (1786-1868) tuvo participación importante en la política de su país, en la de Chile y en la de Colombia: fue, dice Menéndez Pelayo, “uno de los hombres de más entendimiento, de más vasta cultura, de más energía política y de más

fuego en la polémica que América ha producido”; tenía “el conocimiento profundo de la lengua, la experiencia larga del mundo y de los hombres, la familiaridad con los mejores modelos, la valentía incontrastable para decir la verdad y el nativo desenfado de un genio cáustico, pero puesto casi siempre al servicio de las mejores causas y al lado de la justicia”. Este juicio del gran crítico español no lo comparte, en el aspecto político, el distinguido biógrafo chileno de Irisarri, Ricardo Donoso, En el aspecto literario, el juicio de Menéndez Pelayo será menos discutido. Irisarri fue poeta satírico y fabulista. Como escritor en prosa tiene mucho mayor importancia, gracias a su *Historia crítica del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho* (1846), su inconclusa novela autobiográfica *El cristiano errante* (1845-1847), su relato satírico *Historia del perínclito Epaminondas del Cauca* (1863) y sus *Cuestiones filológicas* (1861).

En Guatemala residió desde muy joven, y figuró como abogado distinguido, el ecuatoriano Rafael García Goyena (1766-1823): se le recuerda por sus fábulas, muy populares en Centro América. Otro fabulista contemporáneo suyo, Simón Bergaño y Villegas, que además fue periodista liberal, había nacido probablemente en Guatemala: al menos, así se entendía en México, en cuya prensa colaboró, como en la de Cuba; pero es curioso que en Guatemala se le llame —en boca de sus enemigos, es cierto— “joven de origen desconocido”. Otro distinguido abogado, Francisco Rivera Maestre (1791-1852), nacido en Guatemala, pero en los últimos años de su vida ciudadano y magistrado en España, cultivó la poesía satírica: en su “Epístola a Guatemala” obtiene curioso matiz local mediante la ingeniosa intercalación de palabras indígenas que corren en su patria. Era aquella una época de entrecruzamiento: en Andalucía nació, y se trasladó en la juventud a Guatemala, la poetisa María Josefa García Granados de Saborio (1796-1848); escribió sátiras —otro rasgo de época— y versos líricos.

Toda esta literatura satírica culmina en José Batres Montúfar (1809-1844) guatemalteco por sus padres y su residencia, si bien nacido en San Salvador. Próximo todavía a la época colonial, le descubre el color y el sabor, y los reproduce con ingenio y fantasía. Sus tres *Tradiciones de Guatemala* —“Las falsas apariencias”, “Don Pablo”, “El reloj”, inconclusa— son obras excepcionales, por el tema y la calidad, en la literatura de América: inician el poema humorístico de costumbres, en que hasta Bello fue discípulo de Batres. Sus poesías breves son pocas:

la mejor es la romántica descripción del desierto de San Juan de Nicaragua; su forma contrasta con la clasicista del siglo XVIII de las *Tradiciones*, cuyos modelos abarcan desde los cuentos de Casti hasta el *Don Juan* de Byron (no se olvide que Byron se consideró siempre discípulo del siglo XVIII, y que lo es realmente en el *Don Juan*). En las *Tradiciones*, el estilo de Batres se desenvuelve normalmente llano y fácil, pero se permite hábiles ondulaciones, y asciende hasta la exaltación patriótica o el suspiro sentimental. Sobresale en las descripciones, tanto de tipos cuanto de escenas, como la procesión de la bandera el día de Santa Cecilia.

Cuando comienza el movimiento romántico, entre 1830 y 1840, abundan los escritores y poetas en todos los países de la América Central. En Guatemala se señalaron Juan Diéguez (1813-1865), que entre muchos versos descuidados escribió no pocos finamente descriptivos en sus largas composiciones “La garza”, “A mi gallo”, “Las tardes de abril”, y su hermano Manuel (1821-1861), igualmente poeta; los historiadores Alejandro Marure (1806-1851), a quien se deben el *Bosquejo histórico de las revoluciones de Centroamérica desde 1811 hasta 1834* (1837), gran libro, según Arévalo Martínez; la útil *Tabla de los papeles periódicos* publicados en toda la región desde 1821 hasta 1842, y, en muy diverso campo, el *Cuadro de la literatura de los griegos* (1830), y Lorenzo Montúfar, cuya extensa *Reseña histórica de Centro América* ocupa siete volúmenes (1878-1887); el fecundo José Milla, que firmaba con el seudónimo de “Salomé Jil” (1822-1882) y publicó pintorescos cuadros de costumbres y de viaje, cinco novelas históricas, *El visitador*, *Los nazarenos* (1867), *La hija del Adelantado* (1866), *Memorias de un abogado* (1876) e *Historia de un Pepe*, una *Historia de la América Central* (1879-1882), y “Don Bonifacio”, cuento en verso a la manera de Batres; posteriormente, los poetas Ricardo Casanova y Estrada (1844-1913), Fernando Cruz (1845-1901), que además escribía discreta prosa, Francisco Lainfiesta (1837-1912), Juan José Micheo (1847-1869), traductor de Horacio, Eduardo Hall (1832-1885), traductor de Gray, Byron, Moore y Lamartine, Salvador Barrutia (1842-1889), que publicó una continuación de “El reloj” de Batres (1881) y poesías de asunto indígena, como Domingo Flores (1825-1864), autor de *Chinautla* y *El Xequijel*, y Juan Fermín de Aycinena (1838-1898), que firmó sus producciones L. D., Tamirio y Delius; entre otras muchas poetisas, Vicenta Laparra de Lacerda (1834-1905),

iniciadora del teatro moderno en su país; los historia-dores Agustín Gómez Carrillo, que terminó la obra de José Milla (1895-1905) y escribió estudios biográficos y literarios; Antonio Batres Jáuregui, que además de sus trabajos históricos *Bosquejo de Guatemala en su aspecto económico*, 1883; *Cristóbal Colón y el Nuevo Mundo*, 1892; *Los indios*, 1894; *La América Central ante la historia* (1915-1920), produjo gran número de trabajos gramaticales (*Vicios de lenguaje y provincialismos de Guatemala*, 1892; *El castellano en América*, 1904), críticos y bibliográficos (*Literatura americana*, 1879; *Estudios históricos y literarios*, 1887; *Literatura guatemaltecos*, 1896; *Bibliografía histórica guatemalteca*, 1908; *José Batres Montúfar, su tiempo y sus obras*, 1910; y Agustín Meneos Franco (m. 1902), biógrafo de Morazán y autor de las *Crónicas de la antigua Guatemala* (1894), comentadas por Valera.

En El Salvador: los poetas Ignacio Gómez, “Clitauro Itacense” entre los árcades de Roma (1813-1879), traductor de Metastasio, de Gray, de Byron, de Goethe, de Lamartine, periodista activo, costumbrista; Francisco Díaz (1812-1845), recordado por una extensa *Epístola clásica*, y Juan José Cañas (1826-1900), autor de los populares versos de *Se va el vapor*; posteriormente, Rafael Cabrera (1860-1885) y Ana Dolores Arias (1859-1888), *Los poetas novios de Cuscatlán*, el novelista y crítico Francisco Castañeda, el historiador, arqueólogo y filólogo Santiago Ignacio Barberena (1851-1916), los poetas Isaac Ruiz Araujo (1850-1881) costumbrista además; Francisco E. Galindo (1850-1900), autor del drama *Dos flores* (1872), Joaquín Aragón, dramaturgo también y autor de poemas de asuntos indígenas que intituló *Leyendas nacionales*, Calixto Velado y Carlos Arturo Imendia.

En Honduras: Carlos Gutiérrez y Lozano (1818-1892), autor de extenso estudio sobre *Fray Bartolomé de las Casas*, con prólogo de Castelar (1878); el periodista Álvaro Contreras (1839-1882); Adolfo Zúñiga (1835-1900), brillante orador y periodista liberal; el estadista Marco Aurelio Soto (1846-1907), que desempeñó con alta dignidad la presidencia de la República y escribió doctamente sobre política y economía (hizo también buenos versos); el ilustrado jurisconsulto y periodista Ramón Rosa (1848-1893), biógrafo de Morazán, de José Cecilio del Valle (1881), del P. José Trinidad Reyes (1891), y buen costumbrista en *Mi maestra Escolástica*; los poetas Manuel Molina Vigil (1853-1883) el de mayor popularidad local en su tiempo; Carlos F. Gutiérrez y Lardizábal (1861-1899), que además de sus versos

escribió la breve novela *Angelina* (1899), y José Antonio Domínguez (1869-1903) autor del *Himno a la materia*.

En Nicaragua, los historiadores Tomás Ayón (1821-1887): *Historia de Nicaragua* (en tres volúmenes, 1882-1889) y José Dolores Gámez *Historia de Nicaragua* (1889).

En Costa Rica, Manuel Arguello Mora (1834-1902), primer novelista local, con *La trinchera*, *Elisa Delmar*, y muchas narraciones más, por lo general breves, unas de asunto histórico, otras de asunto contemporáneo; los historiadores León Fernández, *Historia de Costa Rica*, (1899), Manuel de Jesús Jiménez (1854-1925) y Manuel María de Peralta (1847-1930); el poeta religioso José María Alfaro Cooper (1861-1938); el fabulista Juan Garita (1859-1912); y, el más interesante de todos, Pío Víquez (1850-1899), gran periodista persuasivo y a veces poeta de emoción simpática, como en los populares versos de *La torcaz*.

En Panamá, los poetas Tomás Martín Feuillet (1834-1862), Amelia Denis de Icaza (1836-1910), José María Alemán (1830-1887), autor de las pulcras liras *En el valle de Pacora*, y Federico Escobar (1861-1912), autor de lindos *Cantares panameños*; entre los prosistas, Gil Colunje (1831-1899) y Pablo Arosemena (1836-1920), de familia prominente en la política y en la vida cultural.

Al comenzar el movimiento literario que recibió el nombre de “modernista”, entre 1880 y 1890, la literatura de la América Central entra en extraordinaria actividad. Asumen papel de iniciadores Francisco Gavidia (n. 1863- vive aún), escritor y poeta salvadoreño de muy varia cultura, y Rubén Darío (1867-1916), que entre 1896 y 1910 será la figura central y dominadora en la poesía castellana de ambos mundos. Darío divide sus primeros veinte años entre su Nicaragua natal y El Salvador; pasa después a Chile, donde publica *Azul*, libro de prosas y versos (1888); regresa a la América Central, donde reside de 1890 a 1893, salvo el breve período de su primer viaje a España y Francia en 1892; se traslada a Buenos Aires, donde publica *Prosas profanas* (1896), obra central para la nueva poesía de entonces; se dirige a España en 1899, viaja por Europa, y reside en Madrid o en París, como periodista o como diplomático, hasta 1914. Entonces regresa al Nuevo Mundo, al cual sólo había hecho cortas visitas desde 1899, y muere en León de Nicaragua antes de cumplir los cincuenta años. Sus

funerales fueron extraordinarios: no los ha habido semejantes desde el entierro de Lope de Vega, para ningún otro escritor de lengua castellana.

Como Darío generalmente se ganó la vida escribiendo para periódicos, su producción en prosa y en verso, que se inicia en la adolescencia, es enorme, y no toda se ha recogido aún, a pesar del repetido intento de colección de Obras completas. El intento debe cumplirse, porque la significación histórica del autor lo exige. Entonces se podrá escoger, para colecciones selectas, la porción perdurable. Se dice que parte de la prosa firmada por él durante sus últimos años no es suya, sino obra de secretarios, por él retocada. De todos modos, de su obra en prosa tienen especial importancia los cuentos de *Azul*, los elogios ditirámicos de *Los raros* (1896), las páginas preliminares de *Prosas profanas* y de *Cantos de vida y esperanza* (1905), las crónicas de sus primeros años de residencia en Europa, y en particular las impresiones de *Tierras solares* (1904), *El viaje a Nicaragua* (1907), las *Dilucidaciones* (1907) sobre procedimientos literarios, y unos cuantos —no muchos— de los retratos de escritores. La *Autobiografía* tiene escasísimo valor.

*Azul* es uno de los primeros ensayos de “prosa artística” en castellano a la manera francesa del siglo XIX; se aparta por igual del complejo párrafo oratorio y de las fórmulas rutinariamente ingeniosas del estilo narrativo español. Ha envejecido ya en los pasajes de tono “boulevardier”; en otros conserva su limpidez expresiva. La prosa de *Los raros* resulta recargada en ocasiones. Después, Darío adquiere gran soltura y matiz personal, singularmente en *Tierras solares*. Y quizá su prosa más original, y la que dice más cosas esenciales, o al menos características, es la del prólogo de *Prosas profanas*.

En verso, de los catorce a los veinte años, Darío amontona reminiscencias de lecturas: españoles de los siglos de oro, románticos de Francia, de España y de América; después, Bécquer y los parnasianos; después todavía, los simbolistas, y sobre todos Verlaine. Sabe componer obra nueva con elementos muy varios. Ventura García Calderón ha señalado cómo de *Los Reales Sitios*, de Gertrudis Gómez de Avellaneda, toma Darío, junto con la forma métrica, el fondo pictórico de “Era un aire suave” (cuyo asunto, además, podría provenir del romance de Góngora “Desde Sansueña a París”). Otro caso semejante: el fondo pictórico de la “Sonatina” precede en parte de la “Primera página” de Gutiérrez Nájera (“Señora, ya está abierta la arábica venta-

na...”). Los “Dezires, Layes y canciones” son juegos de métrica arcaizante a la manera de Banville: el modelo de las estrofas lo halla en cuatro poetas aragoneses del siglo XV; el tono es moderno. La multitud de sus lecturas está demostrada en extenso libro de Arturo Marasso: si no todas, al menos buena parte de ellas dejaron sedimento en la obra. En otro libro, Mapes estudia las influencias de Francia como orientación general. Jesús Zavala rastrea las huellas del poeta de España y América en la obra de los primeros años. En suma, Darío tuvo una capacidad de absorción comparable a la de Lope. Y, como Lope, resultó siempre original, y la influencia que ejerció es mucho mayor que la recibida. Pero, además, desde los *Cantos de vida y esperanza* su estilo es íntegramente personal.

En la versificación, la riqueza de la obra de Darío es incomparable. Nunca había conocido nuestro idioma tanta variedad de formas. Cada época de la literatura castellana se había limitado a tres o a cuatro o a cinco tipos de verso; apenas desde fines del siglo XVIII se empiezan a usar seis o siete con regularidad. No cuentan, porque no corrían en la circulación general, los ensayos métricos individuales, siempre renovados, siempre olvidados. En Darío reaparecen todos los metros conocidos desde los comienzos del idioma, o punto menos. Ningún verso tiene en sus manos carácter de ensayo: todos los maneja con maestría, como si estuvieran domados por largo uso, y todos suenan estrictamente adecuados al tema y al tono de la poesía en que aparecen. En metros familiares como el endecasílabo y el alejandrino renueva las calidades sonoras con la modificación de los acentos. Reintroduce el verso fluctuante, de larga tradición española; adopta el pie multiplicado, junto con José Asunción Silva (“Una noche — una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de músicas de alas...”); ensaya —con inesperada timidez— el verso libre a la manera francesa, que la vanguardia del siglo XX multiplicará hasta lo infinito.

Su evolución, como creador, es constante. Cuando comienza, sus asuntos son los de todos los poetas de su tiempo, y no excluyen la actualidad política. Después se vuelve poeta preciosista, que suspira por Versalles, pretende detestar la vida y el tiempo en que le tocó nacer, declara que en América no hay poesía sino en el suntuoso pasado indígena, “en la corte del Inca sensual y fino, o en la del gran Moctezuma de la silla de oro”. Y agrega: “Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman”. Pero al ir a España siente la comunidad de la

cultura hispánica y se convierte en “el poeta de la raza”, que se exalta contra el imperialismo extranjero (“A Roosevelt”) y canta a los pueblos que son “sangre de Hispania fecunda”. Y el momento preciosista es mucho más americano de lo que se creía: el poeta de *Prosas profanas* habla de cortes y de palacios porque la riqueza y el refinamiento lujoso reaparecen en la América española entre 1880 y 1890; Versalles es, en realidad, la sublimación de la Buenos Aires de 1894. Y Buenos Aires aparece nominalmente en “Del campo” y “Canción de carnaval”.

De joven, Rubén Darío es optimista; la alegría de vivir, el goce de las maravillas del mundo, dan a sus versos ritmos ágiles, sonoridad, color, brillo, lujo, ingenio, gracia. En *Prosas profanas* es el poeta del momento feliz que vivía entonces la América Española. El sentimiento personal se disfraza en formas crípticas (“El poeta pregunta por Stella”). Pero ya, de rato en rato, empieza a descubrir la amargura (“Coloquio de los centauros”). Poco después, la poesía se le oscurece con el lamento de la juventud que “se va para no volver” (como ya lo había dicho el cubano José Joaquín Palma, a quien Darío trató en Centro América), el vacío del éxito, las ruinas de esperanzas no cumplidas. Por fin, la vanidad de todo y el terror de la muerte llenan su espíritu. Y su cuerpo, tempranamente deshecho. El poeta que dio a la lengua castellana sus versos más jocosos —con los del Góngora juvenil— le da ahora sus versos más amargos, con los del Quevedo envejecido.

La inmensa popularidad de Darío sufre ahora el inevitable eclipse pasajero de todas las grandes famas: los nuevos, como siempre, quieren novedad y se apartan del ayer cercano. Pero en su poesía hay dos momentos inmortales: el de la alegría ante la hermosura del mundo, en *Prosas profanas*; el de la amargura ante la vanidad de la existencia humana, en *Cantos de vida y esperanza* y en *Poema del otoño*.

Contemporáneo de Rubén Darío, Enrique Gómez Carrillo (1873-1927), nativo de Guatemala, residente en Francia desde su adolescencia hasta su muerte, tuvo papel histórico muy superior a su mérito absoluto. Durante treinta años fue el cronista de la actualidad de París para el mundo de habla española; y desde su punto de vista informó bien. Hombre de su tiempo, cuyos gustos tenían fecha, informó mucho mejor en la época en que Pierre Louys representaba la novedad que en la época en que la representaba Marcel Proust. Y en general hablaba mejor de tópicos frívolos que de problemas graves. Su estilo fácil, lúcido, de sintaxis clara, de párrafo breve, sin sombra de pesadez,

le sirvió a maravilla para sus propósitos, y ayudó a los demás en la tarea de clarificar la prosa castellana de fines del siglo XIX. De su incalculable producción (sus *Obras completas* se detuvieron, todavía muy lejos de justificar su título, en el tomo XXVI) deberá entresacarse para la posteridad una antología de muy buenas páginas, como las finas y agudas de “Lo bonito en las letras”, que lo revelan capaz de superar su propia frivolidad habitual, y las sombrías de “El palacio de Orestes”.

Otro gran contemporáneo de Rubén, Aquileo Echeverría (1866-1909), contrasta con Gómez Carrillo: nunca salió de su Costa Rica natal, y leyendo sus *Concherías* podríamos imaginar que ni siquiera existe Europa. No sólo Europa: las ciudades mismas apenas existen. Esta limitación, el poeta sabe convertirla en fuerza. Su mundo es sólo el campo de Costa Rica, pero es un mundo completo: naturaleza, hogar, comercio, política, lenguaje propio, sabroso lenguaje rural, de base castiza, con adiciones de vocabulario indígena. Todo, sentido con limpio efecto y juzgado con discreta filosofía humorística. Manuel González Zeledón (1864-1936), conocido bajo el seudónimo de Magón, es el Aquileo Echeverría de la prosa: sus cuentos son de los mejores de tipo regional, costumbrista, que en América se hayan escrito.

En la abundante literatura de la América Central a partir de 1890, son figuras interesantes, además, el salvadoreño Alberto Masferrer, ensayista que maduró largamente su pensamiento hasta darle grave hondura humana; el guatemalteco Domingo Estrada (c. 1858-1901), mejor conocido por sus excelentes traducciones de “Las campanas” de Poe, el “Acuérdate de mí” de Musset, y “Los duendes”, de Hugo; Justo A. Facio (1859-1931), nacido en Panamá, residente en Costa Rica, que alcanzó extraña intensidad en los versos de “Werther” y afinada delicadeza en los de “Mármol griego”; Santiago Arguello, de Nicaragua (1871-1940), poeta y escritor prolífico, desigual, a quien se recordará principalmente por versos como los de “El martirio de Santa Águeda”; Juan Ramón Molina, de Honduras (1875-1918), poeta de fantasía pictórica y sentimiento inquieto; Darío Herrera, de Panamá (1877-1914), cuentista de prosa pulcra y elegante; Lisímaco Chavarría, de Costa Rica (1877-1913), en cuyos versos hay coloridos apuntes de naturaleza y vida tropical (parte de su obra apareció bajo la firma de su mujer, Rosa Corrales de Chavarría); Román Mayorga Pavas, nacido en Nicaragua, residente en El Salvador, donde se distinguió como

periodista y escribió versos sobre temas de naturaleza americana; Ambrogi, salvadoreño, pintor de la vida local en sus *Libros del trópico* (1915-1916) y de cuadros de viajes a través de América, Europa y Asia; finalmente, los novelistas costarricenses Jenaro Cardona (n. 1863-1930) y Claudio González Rucavado (1878-1929); José María Cruz (1876-1915), de Guatemala, que además de sus versos escribió “Cartas” sobre su viaje a la India, Cristóbal Martínez (Simón Rivas), de Panamá (1867-1914), Vicente Acosta (m. 1908), de El Salvador, conocido por su *Brindis del bardo* y su *Lempira*, de asunto indígena, Jerónimo J. Reina (1876-1918) de Honduras, e Isaías Gamboa (1872-1904), colombiano que se naturalizó salvadoreño y alcanzó popularidad con su gracioso apunte “La sonrisa del retrato”; los dramaturgos costarricenses Eduardo Calsamiglia (1918) y Carlos Gagini (1865-1929), mejor conocido por su buen *Diccionario de costarriqueñismos* (1892); el novelista guatemalteco, residente en México, Enrique Martínez Sobral.

A generación posterior pertenecen Omar Dengo (1888-1928), de Costa Rica, ensayista meditativo de pensamiento muy personal; Ricardo Miró (1883-c. 1930), de Panamá, autor del delicado “Poema del ruiseñor”, de “La leyenda del Pacífico” y del canto a la vieja ciudad de “Portobelo”; el poeta guatemalteco Juan Coto, y los poetas hondureños, muertos en la juventud, Jorge Zepeda (1883-1932), dado a los temas criollos “Ritmos y colores de la tierra”, (donde se destaca la autobiografía intitulada “Aire, pampa y sol”), Adán Coello (1885-1919) y Ramón Ortega (1885-1932), que trataron temas del repertorio de Darío (a Coello, elegante de forma, se le ha llamado “el mejor poeta de Honduras después de Juan Ramón Molina”); la afición criolla produce todavía “Los zorzales de San Pedro Sula” de Manuel Escoto (1895-1930), “Mi poema al río Ulúa”, de Rubén Bermúdez (1891-1930), y “El adiós a mi pueblo”, de Joaquín Soto (1897-1926).

El florecimiento literario de la América Central, se mantiene hoy. Baste mencionar los nombres —que todavía no pertenecen a la historia— del originalísimo Rafael Arévalo Martínez, de Máximo Soto Hall, de Flavio Herrera, de Luis Cardoza y Aragón, de Miguel Ángel Asturias, en Guatemala; Alice Lardé de Venturino, en El Salvador; Froilán Turcio, Rómulo Ernesto Durón y Rafael Heliodoro Valle, en Honduras; Azarías Pallais, Salomón de la Selva y Hernán Robleto, en Nicaragua; Ricardo Fernández Guardia, Roberto Brenes Mesen,

Joaquín García Monge, benemérito director del *Repertorio Americano*, y Rafael Cardona, en Costa Rica; Octavio Méndez Pereira, en Panamá.

► *Historia Universal de la Literatura*, por Santiago Prampolini, Buenos Aires, 1941, t. XII, págs. 105-121.

## INFLUENCIA DEL DESCUBRIMIENTO EN LA LITERATURA

ESTA COMUNICACIÓN, PRESENTADA EN EL COLOQUIO INTELECTUAL ORGANIZADO POR LA INSTITUCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA DE BUENOS AIRES, ES UNA BREVE SÍNTESIS DE LA PRIMERA CONFERENCIA DEL CURSO QUE DI EN LA UNIVERSIDAD DE HARVARD EN 1940-41 Y QUE DICHA UNIVERSIDAD PUBLICARÁ EL AÑO ENTRANTE.

El primer escrito publicado sobre el descubrimiento de América es la carta de Colón al regreso de su viaje. Apareció en castellano en 1493; inmediatamente la tradujo al latín el catalán Leandro de Cosco y tuvo ocho ediciones hechas en distintas ciudades europeas, en el mismo año, en el cual salió a luz además la paráfrasis de Giuliano Dati en verso italiano. La carta de Colón contiene dos nociones que habían de persistir a través de los siglos: América como la tierra de la abundancia; el indio como “buen salvaje”. Las ideas y las descripciones de Colón, que en parte son fruto de sus observaciones y en parte reminiscencias de fantasías geográficas, antropológicas y zoológicas de la Antigüedad y de la Edad Media, ejercerán gran influencia y se ampliarán en libros que en seguida se escriben sobre el Descubrimiento, como la parte referente a él en la *Historia de los Reyes Católicos* del P. Andrés Bernaldez, y especialmente en las *Décadas De Orbe Novo*, escritas en latín por el italiano Pedro Mártir de Anghiera. En Pedro Mártir adquiere gran desarrollo la noción del buen salvaje: los pacíficos taínos de las Antillas, según él, demuestran la realidad de la Edad de Oro, aquella santa edad en que todas las cosas eran comunes, como dice Don Quijote.

Américo Vespucci repite los temas de Colón; además, describe las costumbres de los antropófagos, que forman contraste con el “buen salvaje” de las Antillas. Los taínos habían dado noticia de los caníbales o caribes a Colón; él en persona los vio en su segundo viaje (1493), y el doctor Diego Álvarez Chanca los describió en su carta al Cabildo de Sevilla (1493 o 1494), primer esbozo breve de descripción de fauna y flora del Nuevo Mundo (los datos de Colón, en su primer viaje, eran

vagos y a veces inexactos). Las cartas de Vespucci alcanzan difusión grande, como todos sabemos, y se forman entonces dos corrientes de opinión, contradictorias entre sí, sobre los salvajes: una, favorable, que los juzga por los taínos; otra, desfavorable, que los juzga por los caribes. La discusión sobre los salvajes llega a su punto culminante en Montaigne, cuyas opiniones anuncian las de nuestro siglo: el salvaje no es inferior, ni intelectual ni moralmente, al civilizado; pero su equipo, mental y material, su “cultura”, como dicen los etnólogos de hoy, es distinto. Montaigne se atreve a sostener que la antropofagia no es peor, moralmente, que la costumbre, legal en Europa, de torturar a los hombres vivos y de matarlos en formas brutales, descuartizándolos o quemándolos. Es curioso encontrar, entre los que anticipan las ideas de Montaigne, al poeta Ronsard.

El contraste entre naturaleza y civilización se vuelve tema de controversia, que dura hasta nuestros días (ejemplo, entre muchos, D. H. Lawrence). En la noción del “estado de naturaleza” se apoya la doctrina del contrato social, esbozada ya en el siglo XVI y definida a principios del XVII en Grocio y Altusio. Debe observarse que en España la oposición entre naturaleza y civilización toma como símbolos la corte y la aldea, que tienen raíces en la antigüedad clásica (ejemplo: Fray Antonio de Guevara), mientras en Europa, en Francia principalmente, son símbolos frecuentes el civilizado y el salvaje. Es probable que la diferencia se deba a que para Francia y los demás países europeos, excepto los ibéricos, era todavía mero problema teórico el de los salvajes, mientras que para España (y Portugal) era un problema práctico desde que se ocuparon las Antillas, había comenzado a discutirse acremente desde 1510 y se había resuelto en la legislación. No era prudente tocarlo, pues, aun en obras de imaginación. Pero los indios y América aparecen —no como símbolos, sino como hechos— en unas cuantas, especialmente en comedias, como *El nuevo mundo* y *Arauco domado*, de Lope, la trilogía de los Pizarro, de Tirso, y *La aurora en Copacabana*, de Calderón.

A medida que avanzan los descubrimientos, exploraciones y conquistas, las descripciones y narraciones se multiplican hasta formar una enorme selva de crónicas. A los exploradores y conquistadores españoles, a los portugueses y a los italianos al servicio de España o de Portugal, se suman, desde el siglo XVI, los franceses y los ingleses. Empiezan a formarse colecciones de “viajes”. Se escriben grandes

obras descriptivas e históricas: Oviedo, Las Casas, Sahagún, Acosta, Cervantes de Salazar, escriben en América; Gómara, Herrera, en Europa. Parte de esta literatura se escribe en verso, en diferentes idiomas: los primeros versos latinos que se escriben en el Nuevo Mundo (1520) son los del humanista Italiano Alessandro Geraldini, obispo de Santo Domingo; hay, naturalmente, muchos poemas, largos y cortos, en castellano. La *Araucana* de Ercilla tuvo un éxito enorme, como el de una novela de caballerías, y provocó muchas imitaciones (Juan de Castellanos, Barco Centenera, etc.). En esta literatura se mezclan la realidad y la fantasía, como ocurría ya en Colón: se descubren en América nuevos paisajes, nuevas estrellas, plantas y animales nuevos, abundancia de metales, mil cosas que revolucionarán la vida europea. Pero además se busca la confirmación de muchas leyendas: Colón buscaba el lugar donde estuvo el Paraíso terrenal, y creyó encontrarlo cerca de las bocas del Orinoco. Así se busca la tierra del Dorado, y el reino de la plata, y el de las Amazonas, y la fuente de la juventud eterna. Las riquezas de América se hicieron proverbiales: las Indias, el Perú, el Potosí, Jauja, son símbolos de riqueza. Virginia Woolf nos dice que la literatura inglesa del siglo XVI está llena de oro y plata (“strewn with gold and silver”) y de cosas de América, esa América que “era un símbolo de los territorios inexplorados del alma”. La literatura de Europa se impregna, de modo consciente en parte, y en parte de modo inconsciente, del tema de América. El descubrimiento y la literatura sobre él estimulan, entre otras cosas, los viajes fantásticos (ejemplo: Rabelais). Estimula, además, la reaparición de las utopías, desde Sir Thomas More (1516).<sup>1</sup>

América brindaba otro problema todavía: el de las civilizaciones plenamente desarrolladas, muy distintas en estilo, pero iguales en calidad a la de Europa. La plenitud de las civilizaciones de México y del Perú la percibieron claramente y la describieron minuciosamente Hernán Cortés, Bernal Díaz, Sahagún, Cieza de León; pero los europeos que no vinieron a América no las comprendieron. Montaigne, desde luego, es uno de los pocos que sí las comprende en el siglo XVI, y las compara, como podría hacerlo Spengler, con las de Egipto, Grecia y Roma. Ni siquiera el éxito, en el siglo XVII, de los *Comentarios*

---

<sup>1</sup> Sobre el tema de la Utopía, v. la contribución de D. Francisco Romero a este Coloquio.

*reales* del Inca Garcilaso, disipó la niebla, y sólo cuando en el siglo XVIII se descubre, viva, la civilización de China, se empieza a entender qué cosa es una gran civilización distinta de la de Occidente.

La literatura escrita en lengua europea comienza en el Nuevo Mundo con el *Diario* de viaje y las cartas de Colón. Tras los descubridores, colonizadores y evangelizadores que narran sus experiencias —centenares de ellos—, vienen los escritores profesionales en gran número: Mateo Alemán y Tirso de Molina son los más eminentes. Hasta Cervantes y Diego Hurtado de Mendoza aspiraron a venir a América. Después aparece la literatura de los criollos, de los mestizos, de los indios que aprenden español y portugués, y además los europeos mismos aprenden lenguas indias y en ellas escriben con fines de evangelización, produciéndose, entre otras cosas, un teatro mestizo, en que se combinan elementos del drama español anterior a Lope de Vega con elementos del drama indígena (que, según informes muy concretos de los cronistas de Indias, existió en México, en Yucatán, en Guatemala y en el Perú). Las obras de este teatro se escriben en español, o en portugués, o en lenguas indias, y hasta en lengua mixta. El Descubrimiento, en fin, abre el camino a dos vastas literaturas de América: la hispánica, en español y en portugués, y la de lengua inglesa.

► *Sur*, Buenos Aires, noviembre de 1942, n. 98, pp. 11-15.

## DOS MOMENTOS EN LA HISTORIA CULTURAL DE SANTO DOMINGO

CONFERENCIA DEL 6 DE MAYO DE 1944 QUE DICTÓ PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA EN SU CALIDAD DE MIEMBRO CORRESPONDIENTE EN REPÚBLICA DOMINICANA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, BUENOS AIRES, EN EL HOMENAJE A LA REPÚBLICA DOMINICANA CON MOTIVO DE SU CENTENARIO. [NOTA EDITORIAL].

Después de la época inicial, los cincuenta primeros años tras el Descubrimiento, durante los cuales se implanta en las Antillas la civilización de tipo europeo, hay dos momentos significativos en la historia cultural de Santo Domingo: el de disrupción de la cultura colonial, entre 1796 y 1844, y el de incorporación a la cultura contemporánea del mundo occidental, entre 1873 y 1903.

La época inicial es de bulliciosa efervescencia. En 1493, Colón, que acaba de llevar a Castilla las nuevas de su enigmático hallazgo, regresa a la Española<sup>1</sup>, la isla que escogió como asiento de su gobernación, con diez y siete naves y entre mil doscientos y mil quinientos hombres<sup>2</sup>. Vienen con él sacerdotes, médicos, constructores. Traen plantas y animales domésticos de Europa. Así comienza, para las actividades de la vida cotidiana, la fusión de las dos culturas, la española y la indígena: junto a la casa de construcción europea, en piedra o en ladrillo o en tapia, se mantendrá el bohío de los indios, en madera de palma y con techo de yaguas (modernos prejuicios lo persiguen como señal de atraso y lo destierran de las ciudades); junto al arroz, el maíz; junto al pan de trigo, de “harina de Castilla”, como se dice todavía hoy, el cazabe, la torta de yuca (el pan de maíz aparece después: técnica europea aplicada al cereal indígena); junto a la gallina, el pavo. El huerto campesino será, hasta nuestros días, el conuco de los indios, con pocas adiciones de fuera. Las frutas son todavía las indígenas, salvo raras excepciones,

---

<sup>1</sup> En el manuscrito de este texto conservado en el Colegio de México, a partir de ahora *Ms*, aparece Española en lugar de Hispaniola.

<sup>2</sup> *Ms*: “unos mil doscientos hombres”.

como el banano, traído de Canarias en 1512 por fray Tomás de Berlanga; los colonizadores abandonaron al poco tiempo, sin otro motivo probable que la pereza, el intento de aclimatar las europeas. Y América impondrá uno de sus hábitos, el del tabaco.

En 1494 se funda la primera ciudad, la Isabela, desaparecida después; en 1496, la segunda, Santo Domingo del Puerto: el nombre de esta capital acabó por convertirse en nombre de la isla, como en Puerto Rico. Y en 1505 los españoles tienen fundadas diez y siete ciudades y villas, antes de establecer ninguna otra en el hemisferio recién descubierto; además, los frailes de la Orden de San Francisco tienen fundado su primer convento y comienzan a enseñar a niños mestizos (niños españoles puros había muy pocos), y a niños indios, como Enriquillo, el futuro capitán de la última y salvadora rebelión nativa. En 1510 llegan los frailes de la Orden de Santo Domingo, y, a la vez que abren su ruidosa campaña en defensa del aborigen (la campaña que heredará su discípulo Bartolomé de las Casas), establecen cátedras, que con el tiempo abarcarán todo el saber de la época. Cuando<sup>3</sup> el colegio de los dominicos se siente capaz de conceder grados profesionales, se le concede categoría universitaria (bula de Paulo III, 1538). A esta Universidad de Santo Tomás de Aquino, primera en el tiempo, le sigue en 1540 la Universidad de Santiago de la Paz: le sirvió de base el colegio fundado unos diez años antes por el obispo Ramírez de Fuenleal y la dotó de bienes cuantiosos Hernando de Gorjón, colonizador enriquecido en Compostela de Azua, allí donde ejerció de notario Hernán Cortés mientras se preparaba para empeños mucho mayores. Gorjón es el primer ejemplar, en América, del magnate que dota instituciones de cultura. ¿Cómo, en una ciudad que no alcanzaba todavía cincuenta años, se fundan dos instituciones universitarias? Nos lo explica tal vez el momento: España multiplicaba entonces sus universidades, y pronto, en 1551, el Emperador había de crear dos en el Nuevo Mundo, sostenidas con fondos de la corona, la de México y la de Lima, única de las nuestras primitivas que ha sobrevivido sin interrupciones.

En la Isla Española, “cuna de América”, establecerá su gobierno y su corte, en 1509, el hijo del Descubridor, Diego Colón, primer y único virrey de todas las Indias, segundo almirante del Mar Océano. Hasta entonces Castilla había conquistado tierras tórridas, fértiles en vegeta-

---

<sup>3</sup> Ms: se tachó : “Años después”.

ción y pobres en minerales, pobladas de indios que, o eran mansos pero débiles para el trabajo, o eran guerreros y rebeldes a toda sujeción. El Descubrimiento parecía poco menos que un fracaso. Pero en 1521 la temeraria aventura y la imprevista fortuna de Cortés convierten en fabuloso imperio aquella modesta adquisición colonial. Muerto Diego Colón (1526), la corona suprime el virreinato hereditario. Pero la ciudad de Santo Domingo se mantuvo como capital del Mar Caribe durante más de dos siglos, con jurisdicción política, eclesiástica y cultural sobre toda la zona, envaneciéndose en el dictado de “Atenas del Nuevo Mundo”.

Allí se construyeron los primeros templos, palacios y fortalezas de la América española, edificios de estilo isabelino, donde la Edad Media mantiene su tradición en la estructura gótica, combinada con la ornamentación del Renacimiento.

Allí estuvieron, de asiento o de paso, todos los grandes exploradores y conquistadores, desde Balboa hasta Pizarro, todos los grandes misioneros de la primera hora, desde Buil y Pané hasta Ramírez de Fuenleal y Vasco de Quiroga. Residieron allí, largo tiempo o breve, cronistas y predicadores, poetas y dramaturgos: el obispo Geraldini, primero en componer prosa y versos latinos en el Nuevo Mundo, Oviedo, Las Casas, Juan de Castellanos, Micael de Carvajal, Alonso de Zorita, Lázaro Bejarano, Fray Alonso de Cabrera, Eugenio de Salazar, el P. José de Acosta; todavía, en el siglo XVII, Bernardo de Valbuena y Tirso de Molina. En ambiente así saturado de letras humanas y divinas, era natural que apareciesen escritores nativos: los hay desde el siglo XVI, y entre ellos las poetisas más antiguas del Nuevo Mundo. La preocupación de la cultura fue intensa, como había de serlo después en Charcas o en Bogotá. Las universidades eran el orgullo de la ciudad y le daban su tono peculiar.

\*\*\*

En todo el Nuevo Mundo, a mediados del siglo XVI la vida colonial se asienta; cesan, al parecer, la lucha y la innovación. Comienza el “largo sueño de tres siglos” de que nos hablan los discursos patrióticos en elogio de nuestras guerras de independencia y nuestros libros de historia, empeñados en demostrar que nada de importancia sucedió entre 1550 y 1810. No hubo durante los siglos coloniales, se nos decía, otra cosa que oscuridad e ignorancia. Ahora vamos, trabajosamente, disi-

pando esta fantasía. Nuestra existencia colonial fue enorme crisol donde lentamente se fundieron metales muy dispares. El proceso no quedó terminado; no está terminado aún; pero, con todas sus imperfecciones, engendró el material de unas sociedades que alcanzarían a ser ejemplarmente democráticas si en ellas llegasen a imponerse las aspiraciones de los mejores.

En Santo Domingo, desde luego, la época colonial nunca conoció la tranquilidad, nunca tuvo paz. Las guerras de España con sus rivales en Europa incidieron constantemente sobre la isla<sup>4</sup>. Finalmente, los conflictos nacidos de la Revolución Francesa y del delirio imperial de Napoleón repercutieron en terremotos sociales y políticos que ni siquiera terminaron con la proclamación de la independencia.

La historia colonial de Santo Domingo se rehace ahora, gracias a investigaciones recientes de D. Américo Lugo, de fray Cipriano de Utrera, de D. Máximo Coiscou, de D. Carlos Larrazábal Blanco, de D. Emilio Rodríguez Demorizi, a quienes precedieron, en el siglo pasado, Emiliano Tejera y José Gabriel García. Los datos sobre la vida pública pueden recogerse en los archivos. Pero el cuadro de las actividades de cultura nunca podrá, por la escasez de datos, reconstruirse íntegramente. El escéptico dirá que, después de todo, no vale la pena; que, si bien la cultura colonial pudo significar más, y aun mucho más de lo que comúnmente se cree, no hubo creación científica u originalidad artística que justifiquen tamaño esfuerzo de reconstrucción. El título de “Atenas del Nuevo Mundo” era pura exageración de los tiempos barrocos. La actividad de cultura, sin embargo, tiene igual derecho que la política a la atención de la historia. Y esta reconstrucción nos ayudaría a explicar, no sólo caracteres de la vida local de Santo Domingo, sino florecimientos singulares, de alta significación en América, como el de la cultura cubana a principios del siglo XIX.

A medida que la vamos conociendo, nos asombra la actividad artística, literaria y científica de los virreinos de México y del Perú. Baste, para medirla, recordar esta afirmación europea: “de las ocho obras maestras de la arquitectura barroca en el mundo, cuatro están en México”. O esta otra, de Sacheverell Sitwell: “El Carmen de Celaya es la última iglesia de alta calidad artística que se ha construido en el mundo”. De la

---

<sup>4</sup> Ver la conferencia de D. Pedro Troncoso Sánchez sobre *Las guerras europeas en Santo Domingo*.

cultura científica de México a comienzos del siglo XIX dice Humboldt que era superior a la de los Estados Unidos y que los mexicanos estaban seguros de que era superior a la de España. Allí enseñaban entonces Fausto de Elhúyar, descubridor del tungsteno, y Andrés del Río, descubridor del vanadio, españoles ambos, en la Escuela de Minería fundada por iniciativa del eminente mexicano Joaquín Velázquez de Cárdenas y León. Y doce grandes volúmenes de descripción bibliográfica publicados por José Toribio Medina son testimonio de cuánto produjo la imprenta en México y en Lima.

De ciudades donde la imprenta, o no existió, o produjo muy poco, la información es nula o mínima. ¿Había literatura, por ejemplo, en Córdoba del Tucumán, durante el siglo XVII, cuando ya existía la universidad y se construían edificios suntuosos? Mucho tiempo pudo ponerse en duda: hoy sabemos que se escribían muchos versos, y prosa, y comedias para representar, gracias a la publicación de la obra de Luis de Tejeda. Y qué poca noción se tenía de la constante producción de obras dramáticas, destinadas a la propagación de la doctrina cristiana y la historia religiosa, según nos lo revelan investigaciones como las del P. Guillermo Furlong para la Argentina y el Paraguay.

En Santo Domingo la historia de la arquitectura va poco a poco esclareciéndose: debe contribuciones valiosas a los arquitectos argentinos D. Martín S. Noel y D. Mario J. Buschiazzo. Esta historia puede apoyarse en los edificios, o cuando menos en las ruinas, que abundan. Pero hay poca esperanza de que sepamos qué historia, aunque fuese modesta, tuvieron allí las otras artes. En las letras tenemos unos cincuenta nombres, pero rarísimas obras. La imprenta, que según parece se estableció desde el siglo XVII, no alcanzó a publicar literatura. El teatro sabemos que existió allí siempre, pero según noticias sueltas: un proceso judicial ha salvado el texto de una obra breve, el entremés que el P. Cristóbal de Llerena hizo representar en la Catedral en 1588, y nos dice que componía música, versos y comedias; una censura del arzobispo Cueva Maldonado, en 1663, nos revela que los estudiantes universitarios perdían demasiado tiempo en organizar representaciones; en 1771 se hacían en el palacio del gobernador José Solano. Y nada más. No tenemos listas de obras representadas, como las que se van reuniendo en México y en Lima. D. Américo Lugo dice haber visto en España el manuscrito de una comedia compuesta en Santo Domingo, en letra del siglo XVII; yo mismo vi en mi infancia otro manuscrito

semejante, del siglo XVIII, entre los papeles de mi abuelo, el magistrado y poeta Nicolás Ureña de Mendoza; ya estaba poco legible, y después desapareció.

\*\*\*5

La historia de las universidades de Santo Domingo es todavía incompleta y llena de enigmas, a pesar de las seiscientas páginas que les ha consagrado fray Cipriano de Utrera. Sólo porciones de sus archivos subsisten. La dominica de Santo Tomás de Aquino debió de tener poca importancia en el siglo XVI: no hay referencias a ella fuera de la bula de 1538. Todas las esperanzas se cifraban en la de Santiago de la Paz, para la cual se construyó hermoso edificio. Allí tuvieron cátedras el P. Cristóbal de Llerena, el sacerdote erasmista Diego Ramírez, el poeta Francisco Tostado de la Peña, que murió en el ataque de Drake contra la ciudad. Pero en el siglo XVII los papeles se invierten: el Estudio dotado por Hernando de Gorjón había decaído tanto, con la disminución de sus rentas, que se convirtió en simple seminario conciliar (1602) y después se subordinó a la institución dirigida por los frailes. Recobró su categoría de universidad autónoma en 1747, cuando lo toman a su cargo los jesuitas; veinte años después volvió a perderla, cuando se expulsó de todos los dominios españoles a la Compañía de Jesús, y entonces, bajo otras manos, se convierte en Colegio de San Fernando. La institución que daba renombre, pues, a la ciudad de

---

<sup>5</sup> Nota del editor: Aquí comienza el fragmento de esta conferencia publicado bajo el título *Cincuenta años*, en *La Nación* de Buenos Aires, el 4 de junio de 1944. PHU le agrega la siguiente introducción, posteriormente eliminada en su versión definitiva de 1945:

Al proclamarse la República Dominicana el 27 de febrero de 1844 en la porción oriental de Hispaniola, se reanudaba la “independencia efímera” que José Núñez de Cáceres había declarado el 30 de noviembre de 1821. Cincuenta años de trastornos políticos y sociales, desde 1795, precedieron a la proclamación de la república. A lo largo de este medio siglo, ocurre en las Antillas extraño caso de trasplante de cultura: el vivero se vacía; la tierra virgen se hincha y fructifica.

Después de implantada la cultura de tipo europeo en Hispaniola, con los sacerdotes, médicos, constructores, agricultores y ganaderos que acompañan a Colón en 1493, se alcanza la culminación cuando se fundan allí las primeras universidades: la de Santo Tomás de Aquino, en 1538; la de Santiago de la Paz, en 1540.

Santo Domingo durante los siglos XVII y XVIII era la Universidad de Santo Tomás de Aquino, que ejerció grande influencia en la zona del Mar Caribe. De ella son hijas la de Santa Rosa en Caracas y la de San Jerónimo en La Habana. El primer rector (1725) de la venezolana, Francisco Martínez de Porras, se había graduado en Santo Domingo; igualmente el primer rector de la cubana (1728), fray Tomás de Linares. Y así también muchos de los catedráticos, como José Mijares de Solórzano en Caracas y fray José Ignacio de Poveda en La Habana (ambos fueron rectores después), y no pocos personajes de altos destinos, como el Dr. Cristóbal Mendoza (1772-1829), jurisconsulto y periodista que presidió la primera junta gubernativa de Venezuela en 1811 e inventó para Bolívar el título de Libertador. Todavía en los últimos años de la Universidad de Santo Tomás de Aquino, entre 1815 y 1823, cerca de la mitad de los doscientos cincuenta alumnos a que se había reducido procedían de Cuba, Puerto Rico y Venezuela; todavía se estimaba que valía la pena atravesar el mar y alejarse de la familia para ir a educarse allí, a pesar de tener al alcance de la mano planteles similares. Uno de los más brillantes escritores venezolanos, Juan Vicente González, refiere en su *Historia del poder civil en Venezuela y Colombia* este hecho significativo del siglo XVIII: “Acostumbrábase (en Caracas) llevar a las casas ricas mozos pobres que sirviesen de estímulo a los mancebos nobles, los acompañasen a las aulas y cuidasen de su estudio. Para Martín Tovar trajeron dos jóvenes de Santo Domingo, centro entonces de los estudios; quienes recibieron toda especie de cuidado a trueque de velar en su enseñanza”.

Rutinariamente se ha venido repitiendo que nuestras universidades de la época colonial, como las de España, eran fortalezas escolásticas que vedaban el paso a toda novedad filosófica o científica. No faltaba en ellas, como no falta en ninguna comunidad, el grupo de viejos defensores de doctrinas viejas, el freno inevitable junto al motor necesario. Pero lo que da carácter a esas instituciones, y a todo el mundo hispánico en el orden intelectual durante el siglo XVIII, no es el estancamiento: es la larga porfía, el duelo entre Aristóteles y Descartes. Apenas avanzamos en la investigación de los sucesos de aquel siglo, tropezamos con los nombres de los innovadores que introdujeron, no sólo la filosofía cartesiana, sino también las doctrinas de Bacon, de Locke, de Newton, de Gassendi, de Condillac, y que modificaron planes de estudios y métodos de enseñanza. Coinciden con ellos las grandes

expediciones de exploración científica, en que la corona insumió millones. La curiosidad científica es consustancial a la época y penetraba hasta en los salones: recuérdese el de Mariquita Sánchez en Buenos Aires. Humboldt la observa en todas las ciudades que visita en América. Desde las matemáticas y la física hasta la arqueología de las extinguidas civilizaciones aborígenes, y la filología de sus lenguas, todo tuvo devotos y cultivadores, que a veces tenían que fabricarse sus propios instrumentos de trabajo. Así, al desarrollo de la astronomía aportaron multitud de observaciones que no podían realizarse en Europa. Y —para citar sólo unos pocos ejemplos— el ensayo de Caldas sobre *La influencia del clima en los seres organizados*, la *Flora mexicana* de Mociño y Sessé, el *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales*, de Alcedo, la *Historia antigua de México*, de Clavijero, perduran como obras clásicas. No olvidemos que los hombres que dirigieron doctrinalmente nuestras revoluciones de independencia y la organización de las repúblicas se habían formado en nuestro medio colonial<sup>6</sup>, en parte oponiéndose a la educación oficial, pero en parte aprovechándola. Andrés Bello, el hombre de más amplio saber que tuvo en su tiempo la América española, aunque debió mucho a veinte años de Europa, se educó en su nativa Venezuela, en aquella Caracas donde tanta influencia ejercía la Universidad de Santo Domingo, y allí comenzó los trabajos en que con poderosa originalidad había de cimentar sobre nuevas bases el estudio del sistema estructural de nuestro idioma.

Sobre las universidades dominicanas, dije, sabemos muy poco. Y sin embargo su existencia al parecer larvada estaba llena de vitalidad intelectual. Sabemos de sus eminentes hijos Pedro Agustín Morell de Santa Cruz (1684-1768), historiador y predicador, obispo de Cuba, “el obispo” de la larga fama, el que valerosamente afrontó a los invasores ingleses de La Habana en 1762; el Racionero Antonio Sánchez Valverde (1729-1790), orador y escritor, que defendió a su tierra nativa contra el desdén metropolitano; el jurista Vicente Antonio Faura (1750-1797), ilustre por su fracasada defensa de unas víctimas de la falsía política.

Cuando hasta la isla llegan las tempestades de la Revolución Francesa, los hombres sedentarios de la medio olvidada colonia se convierten en

---

<sup>6</sup> Ms: se tachó “siglo XVIII” y en su lugar, a mano, “medio colonial”.

hombres activos y apasionados al trasladarse a tierras nuevas. El caso es complejo y de mucha historia. Las tierras del Mar Caribe habían padecido mucho tiempo el persistente ataque de los enemigos de España: poco a poco, Inglaterra, Francia, Holanda, hasta Dinamarca, le roban sus islas y parte de las tierras continentales, hasta el punto de que ahora, entre todas las Antillas, grandes y pequeñas, sólo dos, Cuba y Puerto Rico, y la porción mayor de otra, Hispaniola, pertenecen al dominio de nuestro idioma. En 1586, Drake asalta la ciudad de Santo Domingo, con saqueos, incendios y muertes; en 1591, Newport destruye la Yaguana, cerca de donde ahora se alza la capital de la República de Haití. Para evitar los daños de la piratería, las autoridades inventan y cumplen el peregrino y funesto plan de despoblar el norte de la Hispaniola<sup>7</sup>: con ello se abrió entrada a los usurpadores de tierras. En 1697, España hubo de reconocer la soberanía de Francia sobre la porción occidental de Hispaniola. En 1795, en el tratado de Basilea, que pone fin a la guerra con la República Francesa, España le cede su parte de isla y dispone trasladar a Cuba la Real Audiencia de Santo Domingo, el personal de la administración pública, y hasta los restos de Colón, enterrados en la Catedral dominicana según voluntad testamentaria del Descubridor. El traspaso a Francia no se cumplió en seguida: hubo que esperar a 1801. Entretanto, en la porción de isla originariamente francesa habían ocurrido los levantamientos de esclavos que fueron prelude de la independencia de Haití, proclamada en 1804. Los franceses permanecieron en la antigua porción española cuando los arrojaron de la que había sido francesa; pero de la española los echaron también, en 1808, como consecuencia del alzamiento del 2 de mayo en España. Vuelve Santo Domingo a formar parte del imperio español, hasta que en 1821 José Núñez de Cáceres (1772-1846), hombre de gobierno y de universidad, docto e inquieto, declara la independencia. Al año siguiente, los haitianos invaden el territorio de Santo Domingo y pretenden hacer de toda la isla, a pesar de las diferencias de idioma y de costumbres, una nación sola; pero se les expulsa en 1844, y se funda la República Dominicana, cuyo centenario conmemoramos ahora.

Asistimos entonces a la agonía de la cultura colonial. Durante este medio siglo (1795-1844) de acontecimientos calamitosos, Santo Do-

---

<sup>7</sup> Ms: tachó “las Isla”, y en su lugar, a mano, “Hispaniola”.

mingo se despuebla: miles de familias, principalmente las acaudaladas, emigran a Cuba, a Puerto Rico, a Venezuela, hasta a Nueva Granada y a México. A veces, con la esperanza del regreso, cerraban sus casas con su instalación y su mobiliario completos; regresaban, en efecto, y bien pronto nuevos trastornos los obligaban a reexpatriarse. Conventos hubo que quedaron abandonados. La Universidad de Santo Tomás de Aquino se cerró en 1801; restaurada en 1815, bajo la dirección de José Núñez de Cáceres, durante el breve paréntesis de retorno al poder de España, sobrevivió dos lustros, y al fin se extinguió, por desangramiento, durante la invasión de los haitianos. Poco a poco se fueron arruinando muchos edificios: iglesias, conventos, colegios, palacios, casas particulares, hasta casas de campo. Hacia 1880, la ciudad capital estaba todavía llena de ruinas. *Ruinas*, precisamente, titula una de sus más conocidas composiciones (1876) el poeta que en su tiempo representó los anhelos patrióticos del país (Salomé Ureña de Henríquez):

Memorias venerandas de otros días,  
soberbios monumentos,  
del pasado esplendor reliquias frías...

¡Oh Quisqueya! Las ciencias agrupadas  
te alzaron en sus hombros  
del mundo a las atónitas miradas,  
y hoy nos cuenta tus glorias olvidadas  
la brisa que solloza en tus escombros.

Ayer, cuando las artes florecientes  
su imperio aquí fijaron  
y creaciones tuvistes eminentes,  
fuiste pasmo y asombro de las gentes  
y la Atenas moderna te llamaron...

Vinieron años de amarguras tantas,  
de tanta servidumbre,  
que hoy esa historia al recordar  
te espantas...

Y las artes entonces, inactivas,  
murieron en tu suelo,

se abatieron tus cúpulas altivas,  
y las ciencias tendieron, fugitivas,  
a otras regiones, con dolor, su vuelo...

Fue Cuba el país donde los dominicanos —“su juventud más florida, sus ancianos prominentes”— se refugiaron en mayor número. Su influencia se extendió a toda la vida social. Llevaban consigo sus costumbres señoriales; llevaban obras de arte y bibliotecas; el primer piano de concierto lo llevó el Dr. Bartolomé de Segura, y en su casa dio el músico alemán Carl Rischer las primeras lecciones en aquel instrumento. Refiriendo el caso, el compositor cubano Laureano Fuentes Matons comenta ingenuamente: “las familias dominicanas... como modelos de cultura y civilización nos aventajaban en mucho entonces”. Y Manuel de la Cruz, el estimado crítico literario, dice: “aquellos hijos de la vecina isla de Santo Domingo..., al emigrar a nuestra patria en las postrimerías del siglo XVIII, dieron grandísimo impulso al desarrollo de la cultura, siendo para algunas comarcas, particularmente para el Camagüey y Oriente, verdaderos civilizadores”.

Durante el siglo XVIII había comenzado en Cuba el ímpetu de prosperidad que había de transformarla en uno de los países privilegiados de América, capaz de atravesar largos períodos de guerra y de crisis, si no incólume, a lo menos con inexhausto vigor que le ha permitido siempre el fácil recobro. Con la prosperidad cundía el afán de saber y de progreso. La Sociedad Económica de Amigos del País, organizada en 1793, es la grande impulsora: crea la primera biblioteca pública; años después, en 1831, funda la mejor revista de su tiempo en idioma castellano, la *Bimestre*. Presiden el grupo el filósofo José Agustín Caballero (1762-1835) y Francisco de Arango y Parreño (1765-1837), el jurisconsulto y economista de quien tantos bienes recibió en su tierra. Entrado ya el siglo XIX, otro nuevo grupo, mucho más nutrido, da a la cultura cubana extraordinario empuje: lo encabezan los filósofos Félix Varela (1787-1853) y José de la Luz y Caballero (1800-1862), el naturalista Felipe Poey (1799-1891), el historiador —sociólogo *avantlaettré*— José Antonio Saco (1797-1879), el humanista Domingo Del Monte (1804-1853) y el poeta José María Heredia (1803-1839), el “cantor del Niágara”. De ellos, los dos últimos son hijos de dominicanos emigrantes: Del Monte, nacido en Venezuela, pero residente en Cuba desde su infancia hasta que el gobierno español, sospechándolo peligroso, lo confina en Madrid,

donde ha de morir; Heredia, nacido en Cuba, no alcanza a vivir en ella ocho años y reparte sus andanzas entre Santo Domingo, Venezuela, los Estados Unidos y México. A Domingo Del Monte se le llamó siempre dominicano (así, por ejemplo, en la célebre novela de Cirilo Villaverde, *Cecilia Valdés*, la *Amalia* de Cuba): su nacimiento en Venezuela se miró siempre, con clara razón, como cosa accidental; pero su casa opulenta fue el centro de la vida literaria de Cuba: allí se repartían gloria y consejo. Fue uno de los sostenes de la egregia *Revista Bimestre*. Y de él se ha dicho, además, que “inaugura el arte de la prosa en Cuba”. La poesía de Heredia, expatriado perpetuo, será la voz de protesta de la patria cubana, atada todavía al poder de España cuando sus hermanas se habían hecho libres. La cultura en Cuba, durante cien años, será siempre cultura en rebeldía.

La contribución dominicana había comenzado mucho antes, desde luego, y de modo directo, con la presencia de emigrados que en su mayor parte habían sido alumnos de la Universidad de Santo Tomás de Aquino y se habían doctorado en ella: Leonardo Del Monte y Medrano, el padre de Domingo, teniente de gobernador en La Habana desde 1811 hasta su muerte en 1820; José Francisco Heredia y Mieses (1776-1820), el padre de José María, escritor severo y juez probo, cuya vida es toda honestidad, bondad y dolor (“bajo cada dolor, una virtud”); José Antonio Bernal (1775-1853), propagador de la vacuna en compañía del insigne Romay; Juan de Mata Tejada (1790-1835), que además de abogado fue pintor e introductor de la litografía; el magistrado Gaspar de Arredondo y Pichardo (1773-1859); fray José Félix Ravelo, rector de la Universidad habanera (1817); Antonio Del Monte y Tejada (1783-1861), historiador de prosa magistral; los abogados Lucas de Ariza (m. 1856) y Sebastián Pichardo...

En la época de José María Heredia y de Domingo Del Monte hay otro grupo de dominicanos nativos que interviene en la vida intelectual de Cuba: entre ellos, los poetas Francisco Muñoz Del Monte (1800-c. 1865) y Manuel Garay Heredia; el matemático Manuel Fernández de Castro; el dramaturgo Francisco Javier Foxá (1816-c. 1865), que inicia el teatro romántico en América al mismo tiempo que aparece en España; el geógrafo y lexicógrafo Esteban Pichardo (1799-c. 1880), cuyo *Diccionario provincial* (1836) es el más antiguo y el de más sabor entre los vocabularios de regionalismos en América; el naturalista Manuel de Monteverde (1793-1871), a quien Varona llamaba “hombre

de estupendo talento y saber enciclopédico” (dejó, entre otros pocos escritos, unas deliciosas cartas sobre el cultivo de las flores). De este grupo, dos hermanos, los Angulo Guridi, regresaron a Santo Domingo, establecida ya la República: el mayor, Javier (1816-1884), arraigó allí de nuevo y escribió teatro, novela y poesía, con temas ya indígenas, ya coloniales. Al llegar, en 1853, escribió en el barco una extensa composición *A la vista de Santo Domingo*, de la cual se hicieron célebres en el país cuatro versos halagadores y consoladores para la antigua “Atenas del Nuevo Mundo”:

¡Quién te dijera, Grecia, que algún día  
modesta virgen de la indiana zona  
su delicada frente adornaría  
con el mismo laurel de tu corona!

Alejandro (1818-1906), el otro hermano, nunca se fijó suelo; erró por todos los países de América; cuando lo conocí, de paso en Cuba, tenía ochenta y seis años, y recorría el tradicional Paseo del Prado como los jóvenes, sin sombra de fatiga; dos años después murió en Nicaragua. En Chile publicó su libro más valioso, de estudios constitucionales.

Después, los descendientes de familias dominicanas pululan en la escena intelectual de Cuba. Recordaré solamente a<sup>8</sup> Antonio Angulo Heredia, a Calixto Bernal, a Manuel Márquez Sterling; finalmente, al poeta cubano-francés de *Los trofeos*, primo carnal y homónimo del “cantor del Niágara”, José María e Heredia (1842-1905).

José Núñez de Cáceres, el autor de la primera y efímera independencia de la que después se llamó República Dominicana, jurista y escritor, vivió algún tiempo en Cuba, donde ejerció influencia intelectual; tras la invasión haitiana que aniquiló su obra, buscó refugio en Venezuela (1823); pero su acritud en la polémica política le valió la expulsión; se trasladó a México, y allí, tal vez morigerado por la experiencia, pudo merecer el título de benemérito del Estado de Tamaulipas que le otorgó la Legislatura local. Uno de sus hijos, Pedro, nacido en Cuba (1802), fue senador en México; uno de sus nietos, José María, poeta académico en Venezuela.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> En la versión impresa solamente menciona “a los Del Monte, y a los Pichardo”.

<sup>9</sup> Aquí concluye el fragmento publicado bajo el título *Cincuenta años*. Nota

En ningún país [otro] hicieron tanta variedad de labor intelectual como en Cuba los emigrantes y sus descendientes: sólo recordaré que de familias dominicanas proceden, en parte unos, totalmente otros, Rafael María Baralt y Aristides Rojas en Venezuela, Lola Rodríguez de Tió y Eugenio María Hostos en Puerto Rico.

\*\*\*

El tiempo me obliga a presentar en forma breve la historia del segundo momento de la historia cultural de Santo Domingo, el período de reconstrucción que abarca de 1873 a 1903.

Al nacer la República Dominicana, tras tanto desastre y tantas angustias, el país estaba exhausto. Las instituciones de enseñanza superior habían desaparecido. La cultura se refugiaba en las residencias particulares: así, Juan Pablo Duarte (1813-1876), el fundador de la Trinitaria (1838), la sociedad en cuyo seno se gestó la nueva independencia, daba a sus amigos lecciones de matemáticas; el sacerdote limeño Gaspar Hernández enseñaba filosofía y ciencias, hasta cuatro horas diarias. Organizada la República, no faltaron calamidades nuevas, tanto en las luchas internas como en la guerra siempre renovada contra el antiguo invasor, nunca resignado a sus derrotas; así y todo, hubo atención para la cultura, se crearon asociaciones literarias, revistas, bibliotecas, teatros; en 1852 se restauró la enseñanza universitaria —humanidades, matemáticas, derecho y medicina— fundándose la institución que asumió el modesto nombre de Colegio de San Buenaventura; al reorganizarse en 1866 se le llamará Instituto Profesional; en 1914 se decidirá al fin llamarla Universidad. Esta instrucción superior se mantiene de restos de la antigua. La gente culta tenía hábitos señoriales, en su porte y en sus maneras, en su lenguaje y en su hábito de las reminiscencias clásicas, latinas o castellanas; su reposo era colonial todavía.

La aspiración a la novedad sólo se hace visible hacia 1873. El cambio de gobierno ocurrido entonces se interpretó en todo el país como una transformación política esencial. No lo fue, en apariencia, porque los trastornos civiles no desaparecieron; pero la opinión popular tenía razón: habían comenzado tiempos nuevos. El pueblo arrojó al mar los grillos de las cárceles. “Ya no hay vencidos ni vencedores”, exclamaba el poeta desterrado, José Joaquín Pérez (1845-1900), al regresar. La idea de paz se abría camino; aunque no pudo afianzarse de modo

---

del editor.

inmediato, persistió como deseo. Y con la idea de paz, la idea de progreso, el gran mito del siglo XVIII y del XIX. En los versos de otro poeta, la cantora de *Ruinas*, toman cuerpo estas dos ideas. Su prédica, durante ocho años, abre hondo surco en las conciencias:

¡Fue un contagio sublime! Muchedumbre  
de almas adolescentes la seguía  
al viaje inaccesible de la cumbre  
que su palabra ardiente prometía.

Esos eran los deseos. ¿Y la acción? En la acción, las dos islas vecinas, Cuba y Puerto Rico, nos pagaron la deuda del bien que nos debían. Los cubanos emigraron de su isla natal durante la guerra de los Diez Años (1868-1878) llevaron a Santo Domingo industrias nuevas, y entre ellas la primera gran industria, la del azúcar: dudoso beneficio, hoy lo sabemos, porque sólo aspira a mantenerse pagando salarios de hambre, pero beneficio que en aquellos tiempos nadie discutía. Cubanos y puertorriqueños fundaron periódicos, disertaron, enseñaron. El portador de la ciencia nueva fue uno de los puertorriqueños, el gran patriota emigrado Román Baldorioty de Castro (1822-1889): en 1875 dirigió la Escuela de Náutica y además enseñó particularmente a jóvenes y a adultos ansiosos de acercarse a las nuevas fuentes de saber. Sus principales adeptos fueron los miembros de la Sociedad “Amigos del País”. Ido Baldorioty, otro puertorriqueño, Eugenio María Hostos (1839-1903), fuerte y original en todo, como pensador y como escritor, recoge su magisterio y va más lejos: se encarga de fundar y dirigir la primera Escuela Normal (1880), a la vez que de enseñanza universitaria en el Instituto Profesional. Su obra de educador ha sido descrita muchas veces: aquí mismo lo hizo, no muchos años atrás, mi distinguido compatriota Tulio Manuel Cestero. La transformación de la vida intelectual del país fue total. Coincidió con el floreciente despertar de las energías mentales que se revelaba entonces en la literatura. Difundir la instrucción, fundarla sobre bases de certidumbre racional: esas fueron las miras de Hostos, y realizó gran parte de ellas. En 1903, cuando muere en Santo Domingo, en momentos trágicos para el país, dejaba los surcos llenos de simientes que habían de germinar con lozana profusión.

► *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, Buenos Aires, 1945, XVIII, págs. 53-65.

## RESEÑA DE LA HISTORIA CULTURAL DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

El *Enriquillo* de Galván ha de escogerse sin vacilaciones como el libro que con mejores derechos represente la literatura de prosa escrita en Santo Domingo durante el siglo XIX. Hay tres poetas, contemporáneos de Galván, a quienes los dominicanos reverencian. Y entre los prosadores no le faltaron rivales: Meriño, por ejemplo, o Emiliano Tejera. Pero Meriño dejó sólo discursos y ensayos dispersos, y los libros de Tejera estudian temas demasiado especiales y circunscritos. *Enriquillo* se impone. Y es, además, libro con representación doble: se escribió en los mejores momentos que tuvo la vida cultural del país durante su siglo; se refiere a los comienzos de la vida moderna en la isla, a la conquista, a la evangelización, y a la primera rebelión organizada en que choca el poder europeo con el coraje del nativo de América, que no es ya el indio puro, porque conoce y maneja el idioma y las armas del español, sino “el nuevo indígena”, el típico poblador de las Américas futuras, sea su raza la que fuere, hijo de situación nueva en mundo nuevo.

El lector avezado descubrirá en el *Enriquillo* rastros de largas tradiciones de cultura. Mucha literatura le había precedido en Santo Domingo; gran parte se ha perdido, pero de su abundancia no caben dudas.

A la isla se la ha llamado “la cuna de América” porque fue la primera tierra donde se establecieron los españoles y donde implantaron su cultura: en diciembre de 1492, Colón hace allí el primer asiento de colonizadores, el Fuerte de la Navidad, construido con el maderamen de la *Santa María*, la carabela náufraga; al año siguiente, regresa con diecisiete naves, acompañado de unos mil doscientos hombres, con ánimo de poblar. En enero de 1494 se funda la primera villa, la Isabela, a poco abandonada y extinguida; en 1496, la segunda, Santo Domingo, cuyo nombre se transmitiría, con el uso, a la isla entera, bautizada Española por el Descubridor: Pedro Mártir de Anglería, transliterando en vez de traducir, le dio el de mejor gracia entre sus nombres, Hispaniola. Para 1505 se habían edificado diecisiete villas de tipo europeo; ninguna otra

existía en el Nuevo Mundo, aunque ya se habían explorado todas las islas del mar Caribe y se conocían las costas de los dos continentes. Desde 1508 salen de allí expediciones que van a poblar las islas vecinas: Cuba, Puerto Rico, Jamaica, la costa norte de la América del Sur y las costas de la América Central; por allí pasaron o allí vivieron los grandes exploradores y conquistadores, Ojeda, Balboa, Cortés, Alvarado, Pizarro, y en 1509 se establece con Diego Colón el primer Virreinato de las Indias: durará hasta su muerte en 1526.

La cultura de tipo europeo penetra allí desde el siglo XV;<sup>1</sup> en la gran expedición de 1493 llegan sacerdotes, médicos, constructores. Hacia 1502 se establece el primer convento, el de los franciscanos, que pronto comienzan a doctrinar a los niños indios y a los hijos de los españoles; en 1510 llegan los dominicos, que en seguida mueven guerra contra el encomendero en defensa del trabajador indígena; después vienen los mercedarios (c. 1546). Y se fundan conventos de monjas, dominicas (c. 1555) y franciscanas (c. 1536). De 1511 datan la Real Audiencia y los obispados: el principal se convierte en arzobispado desde 1545. Además de los colegios conventuales, antes de 1530 se fundó uno laico. El de los frailes dominicos se convirtió en Universidad de Santo Tomás de Aquino mediante bula papal de 1538; el laico, en Estudio o Universidad de Santiago de la Paz, dos años después. Sólo la imprenta se retrasó: mientras México y Lima la tuvieron desde el siglo XVI, en Hispaniola no aparece hasta el XVII, según Isaiah Thomas, y sólo en el siglo XVIII hay sobre ella testimonio *de visu*, el del historiador martiniqueño Moreau de Saint-Méry.

La ciudad de Santo Domingo, con sus templos y palacios de estilo isabelino, fue durante dos siglos la principal zona del mar Caribe y su capital política, eclesiástica y universitaria, con jurisdicción sobre todas

---

<sup>1</sup> Pueden consultarse mis libros *La cultura, y las letras coloniales en Santo Domingo*, Buenos Aires, 1936 (Instituto de Filología), y *El español en Santo Domingo*, Buenos Aires, 1940 (Instituto de Filología); como trabajos breves el relativo a Santo Domingo en las ampliaciones a la *Historia universal de la literatura*, de Prampolini, versión castellana, Buenos Aires, 1941, y el discurso pronunciado en la Academia Nacional de la Historia (antes Junta de Historia y Numismática), de Buenos Aires, en mayo de 1944, sobre *Dos momentos en la historia cultural de Santo Domingo*, publicado en parte como artículo bajo el título de *Cincuenta años* en el suplemento dominical de *La Nación*, 4 de junio de 1944.

las Antillas y sobre porciones de las tierras continentales. Como capital de la cultura, se la llamaba “Atenas del Nuevo Mundo”, y a ella acudieron durante cerca de trescientos años estudiantes de Cuba, de Puerto Rico y de Venezuela, hasta mucho después de fundadas las universidades de La Habana y de Caracas.

La literatura escrita en castellano comienza para Hispaniola con el Descubrimiento. Colón no se propuso hacer literatura, pero su diario y sus cartas abundan en frases y conceptos recordables y recordados, cuyo influjo persiste hasta nuestros días. Su carta sobre el viaje del Descubrimiento, publicada en 1493, entregó a Europa imágenes duraderas sobre las tierras tropicales del Nuevo Mundo, en primavera perpetua, y sobre sus habitantes, a quienes describe como “salvajes nobles”, según la fórmula de Dryden, inventada mucho después y para distinta aplicación. La carta del doctor Diego Álvarez Chanca, escrita en 1493 o 1494, da las primeras observaciones recogidas con curiosidad científica sobre la fauna y la flora de América; las apuntaciones del P. Ramón Pané sobre creencias y costumbres religiosas de los taínos, el primer ensayo de investigación sobre las culturas indias.

En el siglo XVI, a medida que las ciudades se desarrollan (recuérdese que, si las de Hispaniola nunca fueron populosas, en Europa muy pocas lo eran entonces) y se fundan instituciones de cultura, llegan de Europa hombres de letras o meramente hombres que escriben incitados por las novedades que descubren. Así, entre los funcionarios, el regidor de la ciudad capital y alcaide de su fortaleza Gonzalo Fernández de Oviedo, los oidores Alonso de Zorita y Eugenio de Salazar; entre los eclesiásticos, el obispo Alessandro Geraldini, primer autor de versos y prosas latinas en el Nuevo Mundo, el arzobispo Nicolás de Ramos, los dominicos Fray Antón de Montesinos, el predicador que inicia la defensa de los indios con dos sermones famosos, Fray Pedro de Córdoba, su inspirador y colaborador, Fray Alonso de Cabrera, gran maestro de la prosa, y el más célebre de todos, Bartolomé de las Casas, que se hizo sacerdote en Hispaniola, los jesuitas Bernabé Cobo y José de Acosta, el insigne naturalista, Micael de Carvajal, el poeta de la *Tragedia Josefina*, defensor de los indios en el auto de *Las Cortes de la Muerte*, Juan de Castellanos, el autor de las vastas *Elegías de varones ilustres de Indias*; entre los seglares, Fernando Colón, el hijo segundo del Descubridor, historiador y “patriarca de los bibliófilos modernos,” el geógrafo Martín Fernández de Enciso, el “caballero desbaratado”

Alonso Henríquez de Guzmán, el erasmista Lázaro Bejarano, el viajero milanés Girolamo Benzoni. Todavía en el siglo XVII, cuando la isla padecía decadencia económica y además los españoles sentían menos la atracción de América, residieron allí Tirso de Molina, como maestro organizador de la enseñanza en el Convento de la Orden de la Merced, y el lozanísimo poeta hispano-mexicano Bernardo de Valbuena. En las obras de estos escritores, salvo excepciones contadas, hay referencias a Hispaniola y particularmente en tres gigantescos libros que allí mismo se redactaron, uno de Oviedo, la *Historia general y natural de las Indias*, y dos de Las Casas, la *Historia de las Indias* y la *Apologética historia de las Indias*.

En este ambiente resultaba natural que los criollos escribiesen también, y, en efecto, lo hicieron. Desde poco después de 1550 hasta 1800 recogemos muchos nombres de escritores y poetas;<sup>2</sup> la falta de im-

<sup>2</sup> En el siglo XVI: el canónigo Francisco de Liendo (1527-1584), hijo del arquitecto montañés Rodrigo Gil de Liendo, Arce de Quirós, Juan de Guzmán, Diego de Guzmán, el agustino Fray Alonso Pacheco (c. 1540-1615), provincial de su Orden en Lima, el P. Diego Ramírez, catedrático de la universidad de Santiago de la Paz, doña Elvira de Mendoza, sor Leonor de Ovando, Francisco Tostado de la Peña (m. 1586), el dominico Fray Alonso de Espinosa (a quien se le ha confundido muchas veces con su homónimo complutense, autor del libro *Del origen y milagros de la... Candelaria... en la isla de Tenerife*, publicado en Sevilla, 1594), el jurista Diego Velázquez de Medrano, el P. Cristóbal de Llerena; en el siglo XVII, el P. Diego de Alvarado, el P. Tomás Rodríguez de Sosa, el P. Antonio Girón de Castellanos (m. 1700), Francisco Morillas, doña Tomasina de Leiva y Mosquera, hija del médico sevillano Fernando Diez de Leiva, el arcediano doctor Baltasar Fernández de Castro (m. 1705), el canónigo Francisco Melgarejo Ponce de León (m. 1683), el dominico Fray Diego Martínez, José Clavijo, maestro de escuela, el capitán Miguel Martínez y Mosquera, los capitanes Alonso y García de Carvajal y Campofrío, Rodrigo Claudio Maldonado, el dominico Fray Diego de la Maza, el P. Luis Jerónimo de Alcocer (1598 —después de 1664); en el siglo XVIII, el jurista Antonio Meléndez Bazán (m. 1741), rector de la Universidad de México, el doctor Pedro Agustín Morell de Santa Cruz (1694-1768), obispo de Nicaragua (1751-1753) y de Cuba (1753-1768), el canónigo Antonio Sánchez Valverde (1729-1790), el jurista Antonio de Villaurrutia (1754-después de 1809), el polígrafo Jacobo de Villaurrutia (1755-1833), fundador del primer *Diario de Médico* (1805), Luis José Peguero, el P. Juan Vázquez (m. 1804), y el jurista doctor Vicente Antonio Faura (1750-1797).

prenta, o, cuando la hubo, su pobreza, la dificultad de imprimir en Europa, los trastornos políticos que sobrevinieron desde fines del siglo XVIII hasta mediados del XIX, fueron causa de que se perdieran muchas obras. Tenemos noticias de la actividad literaria en que participaban criollos y españoles desde la segunda mitad del siglo XVI: los poetas se dirigían saludos en verso (así el oidor madrileño Salazar con la “ilustre señora” Elvira de Mendoza y la monja Leonor de Ovando, las más antiguas poetisas de América, y con el bachiller Francisco Tostado de la Peña, catedrático de la Universidad de Santiago de la Paz, que murió en el asalto de Drake a la ciudad de Santo Domingo), o escribían elogios de las damas (así el criollo Luis de Angulo, alguacil mayor), o elogios de libros (así los de ocho versificadores en latín y en castellano para el libro *Anti-axiomas* del médico Diez de Leiva, publicado, en 1682); o comentaban sucesos, en cantos heroicos (como el de Francisco Morillas a la victoria de los dominicanos contra los franceses en enero de 1691), o en elegías, o en sátiras; se componían y representaban comedias y entremeses (así los de Cristóbal de Llerena, catedrático también de Santiago de la Paz, a quien la ciudad capital debía “todo lo que hay en ella de buenas letras”, según Luis Jerónimo de Alcocer); se predicaba, y hubo sermones famosos (como los del P. Tomás Rodríguez de Sosa, en el siglo XVII, y el de *La nube*, del sacerdote cubano José Policarpo Sánname, en el XVIII); se discutían cuestiones teológicas (así Lázaro Bejarano y el P. Diego Ramírez, condenados en 1559 como erasmistas) y hasta se difundía la Biblia en “versión protestante” (probablemente la admirable de Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera).

Entre los escritos que se conservan, sobresalen los versos de doña Leonor de Ovando, donde hay conceptos delicados:

Y sé que por mí sola padeciera  
y a mí sola me hubiera redimido  
si sola en este mundo me criara...

el entremés (1588) de Cristóbal de Llerena en que se comenta, la situación de la ciudad capital después del asalto de Drake, la *Relación sumaria* del canónigo Luis Jerónimo de Alcocer, la *Historia de la isla y Catedral de Cuba* (hacia 1760), del grande obispo Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, la *Idea del valor de la isla Española* (1785), del canónigo Antonio Sánchez Valverde, sus *Sermones* (1783) y su tratado *El predicador* (1782).

El perpetuo conflicto en que vive la isla desde 1795 hasta 1844 provoca la emigración de multitud de dominicanos: ricos e ilustrados hacia tierras vecinas, y en particular hacia Cuba. De aquella sociedad, aletargada al parecer, salen entonces hombres de singular actividad, que animan la vida intelectual de la isla mayor; prueba de que la cultura que se adquiría en Santo Domingo nada tenía de superficial ni de anticuada, como se ha dicho durante largo tiempo de la educación colonial de toda América. Así, entre muchos dominicanos distinguidos, José Francisco Heredia (1776-1820), autor de la *Memoria sobre las revoluciones de Venezuela* de 1810 a 1815, que es uno de los mejores documentos sobre las guerras de la independencia americana, el naturalista Manuel de Monteverde (1793-1871), famoso por su saber enciclopédico, el elegante historiador Antonio Del Monte y Tejada (1783-1861), nacidos en Santo Domingo pero educados en Cuba, el geógrafo y lexicógrafo Esteban Pichardo (1799-c. 1880) autor del primero —y uno de los mejores— entre los diccionarios de regionalismos de América (1836), el poeta y filósofo Francisco Muñoz Del Monte (1800-c. 1865), Francisco Javier Foxá (1816-c. 1865), primer dramaturgo romántico de América; finalmente, hijos de dominicanos, pero nacidos fuera de Santo Domingo, José María Heredia, “cantor del Niágara” y poeta nacional de Cuba, y Domingo Del Monte, grande humanista, mentor de toda su generación.<sup>3</sup>

Santo Domingo, mientras tanto, proclama su independencia en 1821; significativamente, el prócer que la proclama, José Núñez de Cáceres (1772-1846), es catedrático y había sido rector de la Universidad de Santo Tomás de Aquino. La independencia se eclipsa en 1822, cuando invaden el territorio fuerzas de la República de Haití, de lengua francesa, que ocupa la porción occidental de la isla, pero renace en 1844.

Comienza entonces la literatura de la república independiente. La generación juvenil que entra en acción es todavía débil, pero conserva restos de la tradición clásica que había tenido su asiento en las viejas Universidades y la reanima con impulsos románticos. La figura saliente es Félix María Del Monte (1819-1899), latinista y helenista, orador elocuente según testimonio de Galván, poeta y dramaturgo; tiene ver-

---

<sup>3</sup> Sobre los dominicanos y los descendientes de dominicanos en Cuba y en Venezuela, consúltese mi libro *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* y el discurso *Dos momentos en la historia cultural de Santo Domingo*.

sos de extraño acento, nacidos de la pasión que le inspira una mujer que nunca fue suya: la *Dolora*, “Yo vi una flor en un vergel risueño...”, dos sonetos, uno de los cuales principia:

¿No hay en tu fosa suficiente hielo?

¿No hay en la eternidad bastante olvido?

y las octavas donde expresa su desusada concepción platónica del universo traspasado de amor necesariamente puro:

Tú que en los sueños de mi edad primera,  
de torpe afecto sofocando el grito,  
supiste revelarme lo infinito  
de un amor inefable, espiritual,  
tú que absorbiste la existencia mía,  
y al soplo irresistible de tu aliento  
diste su eternidad al pensamiento,  
origen de mi crudo acerbo mal.

Escucha: aquellos lazos que en la vida  
ligaron a la tuya extraña suerte  
ya en su piedad los desató la muerte,  
purificando tu abatido ser;  
y retornas a mí, que en el espacio  
do flotan sin chocarse tantos mundos  
sobreviven intensos y profundos  
los sentimientos del amor doquier.

Sí, sobrenadan en la esencia pura  
que a modo de torrentes de armonía  
en piélagos de ardiente simpatía  
la atmosfera circundan del Señor...  
No se alza de la tierra ni un deseo  
que no haya bendecido el Hacedor...

Ven a mí, saturada de la gloria  
en que nada tu espíritu divino...  
Explícame esa ley aterradora  
que a perseguir tu sombra me condena ...

Tanto Del Monte como Nicolás Ureña de Mendoza (1822-1875) y José María González Santín (1830-1863) escribieron con buen sabor y delicadeza sobre temas criollos, campesinos y urbanos (desde 1855). Javier Angulo Guridi (1816-1884), que trata asuntos semejantes en comedias, introduce los temas indios, con su drama *Iguaniona* (escrito en 1867) y su romance *Escenas aborígenes*, y los temas de leyenda local con sus novelas *La ciguapa* y *El fantasma de Higüey*. Su hermano Alejandro (1818-1906) escribió principalmente sobre temas filosóficos y políticos.<sup>4</sup>

Otra generación, superior en dotes y en cultivo, nacida después de 1830, aparece a los pocos años de expulsados los invasores haitianos. Tres son las figuras dominantes, Fernando Arturo de Meriño (1833-1906), majestuoso orador sagrado que fue presidente de la República (1880-1882) y arzobispo de la Sede Primada (desde 1885), Emiliano Tejera (1841-1923), sabio investigador de la época colonial y de la lengua indígena de la isla, escritor de estilo puro y enérgico (en sus libros sobre el hallazgo de los restos de Colón en Santo Domingo —1877— hay páginas admirables de historia), y el más puro hombre de letras, Manuel de Jesús Galván (1834-1910), el autor de *Enriquillo*. Todos se distinguen por el vigor castizo de la prosa, que se mantendrá en los mejores escritores del país hasta comienzos del siglo actual. Son contemporáneos suyos los escritores políticos Mariano Antonio Cestero (1838-1909) y Gregorio Luperón (1839-1897), militar y gobernante de espíritu democrático, el historiador José Gabriel García (1834-1910),

---

<sup>4</sup> Pertenecen a esta generación, además, Encarnación Echavarría de Del Monte (1821-1890), esposa de Félix María, Manuel Joaquín Del Monte, su hermano (c. 1834-después de 1874), Felipe Dávila Fernández de Castro (c. 1808-1879), Juan Nepomuceno Tejera (1809-1883), Manuel María Valencia (1810-1870), Félix Mota (1822-1861) y su esposa Francisca Cleofes Valdés, la educadora Socorro Sánchez (m. 1899), José María Serra (1819-1888), Pedro Antonio Bobea, Benigno Filomeno de Rojas (c. 1823-1865), Antonio Delfín Madrigal, José Francisco Heredia (*Florido*), Melitón Valverde, Manuel María Valverde, Pedro Francisco Bonó (1828-1906), Alejandro Victoria, Ulises Francisco Espaillat (1823-1878), que fue gobernante ejemplar, Nicolás Heredia, Alejandro Bonilla. Participaron también en la actividad intelectual de la época los jefes del movimiento de emancipación en 1844, Juan Pablo Duarte (1813-1876) y Francisco del Rosario Sánchez (1817-1861), así como el discutido personaje político Buenaventura Báez (1810-1884).

el primero que trata de abarcar todo el pasado y el presente cercano, los poetas Josefa Antonia Perdomo y Heredia (1834-1896), Manuel Rodríguez Objío (1838-1871), que dejó extensas memorias en prosa, y Manuel de Jesús de Peña y Reinoso (1834-1915), que ejerció la crítica literaria.<sup>5</sup>

La tercera generación de la República nace entre 1844 y 1860. Figuran en ella dos poetas a quienes define así Menéndez Pelayo: “Para encontrar verdadera poesía en Santo Domingo hay que llegar a don José Joaquín Pérez y a doña Salomé Ureña de Henríquez: al autor de *El junco verde*, de *El voto de Anacaona* y de la abundantísima y florida *Quisqueyana*, en quien verdaderamente empiezan las *Fantasías indígenas*, interpoladas con los *Ecos del destierro* y con las efusiones de *La vuelta al hogar*; y a la egregia poetisa que sostiene con firmeza en sus brazos femeniles la lira de Quintana y de Gallego, arrancando de ella robustos sonos en loor de la patria y de la civilización, que no excluyen más suaves tonos para cantar deliciosamente *La llegada del invierno* o vaticinar sobre la cuna de su hijo primogénito”. José Joaquín Pérez fue romántico puro; sólo en sus últimos años, especialmente en los *Contornos y relieves*, escritos entre 1897 y 1899, acogió matices de la poesía fin de siglo. Hay sentimiento romántico en las delicadas elegías de su juventud, *Tu cuna y su sepulcro*. *Ecos del destierro* (1872) y la canción “Tienda de la noche...”, exhalada “con voz de lágrimas”, y en la jubilosa *Vuelta al hogar* (1874), llena del ardor que besa la tierra como Ulises y saluda al mar como los soldados de Jenofonte. Al movimiento indianista, fase del romanticismo americano que nos dio *Los Timbiras* de Gonçalves Dias y el *Tabaré* de Zorrilla de San Martín, pertenecen las *Fantasías indígenas* (1877) y son uno de sus mejores frutos: colección de poemas breves, narrativos unos como *El voto de Anacaona* y *El junco verde*,

<sup>5</sup> A esta segunda generación pertenecen también José Francisco Pichardo (1837-1873), Manuel de Jesús Heredia y Solá (1894), Eugenio Perdomo y Martínez (1836-1863), Josefa Antonia Del Monte (m. 1871), Carlos Nouel (1833-1905), el historiador de la iglesia dominicana, Manuel María Gautier (1827-1897), Juan Bautista Zafra, el canónigo Gabriel B. Moreno del Christo (1831-1905), Francisco Javier Amiama (1843-1914), Alejandro Llenas (1846-1904 ¿o 1902?), Manuel Pina Benítez (1840-1933), Juan Tomás Mejía (1843-1906), Alejandro Román, Isaías Franco, Apolinar de Castro, José Castellanos (m. 1895), el P. Francisco Xavier Billini (1837-1890), incomparable filántropo, que dio a la arruinada ciudad capital escuela, biblioteca, manicomio, asilos.

líricos otros, como el originalísimo *Areíto de las vírgenes de Marién*, donde se transfigura la teogonía de los indios de Hispaniola, apoyándose en los sucintos datos del P. Pané. La *Quisqueyana* (1874) es una descripción de la isla y podría servir de introducción a las *Fantasías indígenas*. Entre los versos de tema americano que escribió José Joaquín Pérez hacia el final de su vida, se destaca *El nuevo indígena* (1898), imagen del nuevo hombre de América, que ya no es ni el español ni el indio, sino nueva estirpe con espíritu nuevo. En Salomé Ureña de Henríquez el romanticismo se atempera con el retorno a la manera clasicista del siglo XVIII, como en el argentino Andrade, y con ocasionales reminiscencias de Herrera y de Fray Luis. Debió su fama nacional a su poesía civil (1873-1880); con ella “voló a combatir contra la guerra”, contra las incesantes luchas entre hermanos, y alzó el espíritu de la juventud hacia ideales de paz y de progreso: en “contagio sublime, muchedumbre de almas adolescentes la seguía”. Cuando se convenció de que había pocas esperanzas de que mejorase la vida pública del país, escribió la mejor de sus odas, *Sombras* (1881), y se consagró a organizar la enseñanza de la mujer. Al graduarse de maestras sus primeras discípulas —acontecimiento de gran resonancia— escribió una de sus mejores odas, *Mi ofrenda a la Patria* (1887). Compuso además el poema *Anacaona* (1880), de asunto indígena, y versos de hogar que tituló *Páginas íntimas*.

A la generación de José Joaquín Pérez y Salomé Ureña pertenecen Francisco Gregorio Billini (1844-1898), periodista y novelista, autor del relato regional *Baní o Engracia y Antoñita* (1892); Federico Henríquez y Carvajal (n. 1848), difundidor incansable de cultura y de civismo en la escuela y en la prensa (nadie ha dedicado tantos años como él a estos empeños); su hermano Francisco Henríquez y Carvajal (1859-1935), maestro y escritor político de severa doctrina (como Billini, desempeñó la presidencia de la República); Federico García Godoy (1857-1924), crítico de amplia cultura que dejó excelentes páginas sobre filosofía y literatura en *La hora que pasa* (1910) y *Páginas efímeras* (1912), y novelista que pintó los comienzos de la vida independiente en el país en *Rufinito* (1908), *Alma Dominicana* (1911) y *Guanuma* (1914); César Nicolás Penson (1855-1905), el poeta de la fuerte y sombría *Víspera del combate* (1896) y narrador de tradiciones locales en *Cosas añejas* (1891); los finos poetas Enrique Henríquez (1859-1940) y Emilio Prud'homme (1856-1932); los historiadores Casimiro

Nemesio de Moya (1849-1915) y Apolinar Tejera (1855-1922), investigadores del pasado colonial.<sup>6</sup>

Desde 1873 se advertían en el país nuevas inquietudes intelectuales, signos eran la multiplicación de los periódicos, la actividad de las asociaciones de cultura, la fundación de escuelas y la reorganización de los estudios universitarios, la prédica de paz y progreso en los versos de Salomé Ureña, la publicación de la primera antología nacional, la *Lira de Quisqueya* (1874), la aparición de las *Fantasías indígenas* de José Joaquín Pérez (1877) y del *Enriquillo* de Galván (1879-1882). Estas inquietudes desembocan en río de ancho cauce bajo la orientación del insigne puertorriqueño Eugenio María Hostos (1839-1903), gran pensador, gran escritor, gran maestro, apóstol con la palabra y el ejemplo. En tres planteles se concentra el esfuerzo; la Escuela Normal, bajo la dirección de Hostos, desde 1880; el Instituto de Señoritas, bajo la dirección de Salomé Ureña de Henríquez, desde 1881; la Escuela Preparatoria, bajo la dirección de José Pantaleón Castillo y Francisco Henríquez y Carvajal, desde 1879. Hostos tuvo además cátedra universitaria. De aquella inquietud procede la mayor parte de la cultura en Santo Domingo durante cincuenta años. Pocas veces se ha trabajado con tan-

<sup>6</sup> Figuran además en este grupo José Francisco Pellerano (1844-1889), Hipólito Billini (1850-1903), Miguel Román y Rodríguez (1847-1894), Manuel de Jesús Rodríguez Montano (1847-1915), Tomás Del Monte y Echavarría (1848-c. 1920), Juan Isidro Ortea (1849-1881), su hermano Francisco C. Ortea (1845-1899), autor de novelas publicadas en Puerto Rico bajo el seudónimo de Dr. Frank, Eliseo Grullón (1852-1915), Eugenio de Marchena (m. 1895), Amelia Francisca Marchena de Leyba (1850-1941), que publicó novelas bajo el seudónimo de Amelia Francisci, Altagracia Luisa Sánchez Carvajal (m. 1886), Rafael Abreu Licairac (1850-1915), Francisco Javier Machado (1852-1922), Augusto Franco Bidó (1875-19...), Miguel Alfredo Lavastida y Heredia (1850-c. 1923), Temístocles Ravelo, Antonio Alfau y Baralt (1847-1917), que se hizo ciudadano español y fue diputado a Cortes, Rodolfo Ovidio Limardo, Juan José Sánchez Guerrero, Ignacio González Lavastida, José Antonio Bonilla y España, Manuel Ubaldo Gómez Moya (1857-1941), Luis Arturo Bermúdez, José María Jiménez (1868-), Joaquín S. Incháustegui (1877-1934), José Dubeau (1857-1925), Pablo Pumarol (1857-1889 o 1890), José Lamarche (1857-1916); finalmente, Juan Antonio Alix (1833-1917) y Eulogio C. Cabral (1868-1928), poetas de lengua popular a la manera de los gauchescos argentinos. Nicolás Heredia y Mota (c. 1852-1901), que se trasladó a Cuba, publicó allí sus novelas y sus trabajos críticos.

to fervor en América y con tan luminosos resultados dentro de la estrechez del medio.

La cuarta generación de escritores de la república, nacida después de 1860, recibe el influjo de Hostos, de modo directo o indirecto. Su actividad coincide, en literatura, con el movimiento que en América se llamó *modernista*, el de Martí, Gutiérrez Nájera y Rubén Darío, si bien la manera novísima no se adopta de lleno hasta alrededor de 1896, con Fabio Fiallo. Al frente de esta generación aparece Gastón Fernando Deligne (1861-1913), el más original de los poetas dominicanos, espíritu lleno de preocupaciones filosóficas y psicológicas, dueño de formas nuevas y propias, con expresión muchas veces aguda y eficaz. Desde temprano —según he indicado ya en otro estudio— reveló sus tendencias filosóficas en composiciones como *Valle de lágrimas*. Para él, como para Browning, todo es problema; la estructura de sus mejores poemas es la de un proceso espiritual que se bosqueja con brevedad, se desenvuelve con amplitud, culmina con golpe resonante y se cierra, según la ocasión, rápida o lentamente, en síntesis de intención filosófica. El procedimiento comienza en historias de almas de mujer: *Angustias* (1885), *Soledad* (1887), *Confidencias de Cristina* (1892) y después se aplica a casos muy variados: el del chatria que en el choque con la vida aprende a despreciarla y se acoge al nirvana (*Aniquilamiento*, 1895); la poetisa que se consagra al bien de la patria y mantiene “de una generación los ojos fijos en el grande ideal” (*Muerta*, 1897); el tirano que después de hacerse dueño “de todo y de todos” tropieza con la venganza popular (*Ololoi*, 1899); Jove Capitolino, que ve a la humanidad perder sus antiguas y luego sus nuevas creencias, y para consolarla le lleva el Pegaso y la Quimera (*Entremés Olímpico*, 1907); singular entre todas, la historia de la choza abandonada y en ruinas que las plantas silvestres del trópico asaltan y convierten en tupida masa de flores (*En el botado*, 1897). Además, con sus versos sobre tema político (*Ololoi*, *Del patíbulo*), se convirtió en poeta nacional de nuevo tipo; ni poeta heroico, ni poeta civil, sino poeta que medita sobre los problemas de la Patria. Como sucede en toda América durante este período, hay muy buenos poetas: Arturo Pellerano Castro (1865-1916), muchas veces brillante, como en *Americana* (1896), o agudo en breves notas como “¿Que se ha muerto el avaro...?” y “No quieras penetrar nunca en su alma...”, o pintoresco en sus *Criollas* (1907); su esposa Isabel Amechazurra, de expresión acendrada; Bartolomé Olegario Pé-

rez (1871-1900), desigual pero con momentos de brillo; Andrejulio Aybar (n. 1872), delicado y refinado (además de sus versos en castellano ha escrito muchos en francés); Fabio Fiallo (1866-1942), muy conocido en América por sus claros y límpidos versos de amor, con dejos de Heine y de Bécquer.

Entre los prosadores se distinguen Rafael Alfredo Deligne (1863-1902), hermano de Gastón, ensayista y crítico de estilo muy suyo (fue también poeta de imaginación y sensibilidad en composiciones como *Ella*, *Nupcias*, *Insolación*, *Por las barcas*); Américo Lugo (n. 1870), gran estilista, personal y tradicional a la vez, escritor político de juicio audaz, investigador diligente y sagaz intérprete del pasado colonial; Tulio Manuel Cestero (n. 1877), novelista de estilo rico en cualidades imaginativas, penetrante observador de las costumbres criollas y de la política tropical en *Ciudad romántica* (1911) y *La sangre* (1913). Tanto Lugo como Cestero cultivaron años atrás con juvenil entusiasmo pero con segura pericia los breves cuadros de fantasía y poemas en prosa que fueron característicos de la época de Darío y que en Santo Domingo se hicieron universales. Después de Rafael Deligne, Lugo y Cestero, todavía debe recordarse a Virginia Elena Ortea (1866-1903), escritora de estilo claro y terso, muy femenino, libre de afectación tanto como de trivialidad, en cuya obra sobresalen una página de finas cadencias, *En la tumba del poeta* (1896), y un cuento perfecto en su tipo mitológico-humorístico, *Los diamantes* (1898); a José Ramón López (1866-1922), novelador y cuentista regional del norte de la isla (*Nisia*, 1898; *Cuentos puertoplateños*, 1904); al orador y periodista Eugenio Deschamps (1861-1919).<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Pertenecen a esta cuarta generación, además, el arzobispo Adolfo Alejandro Nouel (1862-1937), el P. Rafael Conrado Castellanos (1875-1933), el P. Manuel de Jesús González, el P. José E. Otero Nolasco (1866-1912), Félix María Nolasco (1868-c. 1940), Rafael Justino Castillo (1861-1933), Pedro María Archambault (1862-1944), Arístides García Gómez (1863-1917), Arístides García Mella (1872-1929), Cayetano Armando Rodríguez (n. 1865). Miguel Ángel Garrido (1867-1908), Juan Elías Moscoso (1866-1932), el botánico Rafael María Moscoso, Anacaona Moscoso de Sánchez, Mercedes Moscoso de Morel (1872-1913), Luisa Ozema Pellerano de Henríquez (1874-1927), Leonor María Feltz (n. 1869), Ana Josefa Puella (n. 1866), Mercedes Laura Aguiar (n. 1871), Mercedes Mota (n. 1876), Antera Mota de Reyes (c. 1874- c. 1914), Rosa Smester, Félix Evaristo Mejía, Francisco José Peynado

En las tres generaciones que pertenecen al presente siglo, la literatura se multiplica, y los nombres de los escritores son muchedumbre. A falta de una ordenación que nadie ha intentado hasta ahora, recordaré unos pocos nombres: como poetas, Juan Bautista Lamarche (n. 1893), Ricardo Pérez Alfonseca (n. 1892), Tomás Hernández Franco (n. 1904), el pulcro Virgilio Díaz Ordóñez (n. 1895), el original Domingo Moreno Jimenes (n. 1894), jefe del movimiento denominado *postumista*, y los dos más jóvenes, pero de obra ya significativa en la poesía de América, Manuel del Cabral (n. 1907) y Héctor Incháustegui Cabral (n. 1912), de canto fuerte y desnudo; en la prosa el folklorista Ramón Emilio Jiménez (n. 1886), el polígrafo Max Henríquez Ureña (n. 1885), cuyos *Episodios dominicanos* (desde 1938) trazan en forma novelesca la historia del país desde la “independencia efímera” de Núñez de Cáceres, el novelista y cuentista Juan Bosch (n. 1909), dueño de secretos de la tierra nativa, el historiador Emilio Rodríguez Demorizi (n. 1908).

\*\*\*

*Enriquillo*, que se escribe y se publica en la mejor época de las letras dominicanas durante el siglo XIX, la que va de 1873 a 1900, es el único

---

(1866-1945), Jacinto Bienvenido Peynado (1877-1940), Manuel de Jesús Troncoso de la Concha (n. 1878), Manuel de Jesús Galván Velázquez (1867-1932), Bienvenido Salvador Nouel (1874-1934), Rafael Octavio Galván (n. 1877), Bernardo Pichardo (1877-1924), Enrique Deschamps (1872-1933), Lorenzo Despradel (1872?-1927), Manuel Arturo Machado (1870-1922), Víctor Manuel de Castro (1871-1924), Luis Cohén (1870-1906), Francisco Manuel García Rodríguez (m. 1902), Luis Emilio Garrido, Arístides Fiallo Cabral (1877-1931), Mariano Soler y Meriño (1874-1904), Félix Francisco Rodríguez, Jaime Colson, Trina Moya de Vázquez, Andrés Julio Montolío (1867-1934), Manuel Florentino Cestero (1879-1926), Raúl Cabrera (m. 1904), Manuel Eudoro Aybar, Vetilio (1866-1938) y Alberto Arredondo Miura, Quiterio Berroa Canelo (c. 1872-1937), Miguel Billini, Luis María Castillo, Juan Cheri Victoria, Fidelio Despradel (1862-1925), Ulises Heureaux (hijo del presidente homónimo caído en 1899), José María Bernard (n.1873), Pablo Franco Bidó, Armando Álvarez Piñeiro (1876-1920), Lorenzo Justiniano Perelló (1862-1886), Amado Franco Bidó (m. 1932), Héctor de Marchena, Ignacio Guerra, José Ramón Aristy, Federico Velázquez y Hernández (1867-1934), Emilio Tejera, Jacinto E. de Castro, José Dolores Alfonseca (1878-1933), Rufino Martínez, Arturo Joaquín Pellerano Alfau (1885-1935).

libro de Galván, y consumió muchos años de su activa existencia. Ni antes había escrito otro, ni otro escribió después, aunque sí muchos excelentes artículos.

Abundaban entonces en la América española los autores de libro único. En nuestros primeros cien años de vida independiente resultaba difícil para nuestro desasosiego la forma larga y lenta del libro, y más difícil resultaba imprimirlos. Antes de 1810, la existencia, tranquila, estrecha, donde la política estaba prohibida, empujaba al criollo hacia la lectura y la escritura como refugios contra la modorra colonial. Se producía mucho, a pesar de las pocas esperanzas de publicar: poemas en octavas reales —el más largo de nuestro idioma, las elegías de Castellanos, se escribió en América—, crónicas prolijas, series de sermones, artes de lenguas indias... Pero, con la independencia, el criollo se hace político. De 1810 a 1880, cada criollo distinguido es triple: hombre de Estado, hombre de profesión, hombre de letras. Y a esos hombres múltiples les debemos la mayor parte de nuestras cosas mejores. Después la política ha ido pasando a manos de especialistas: nada hemos ganado; antes hemos perdido. Y hacia 1890 reaparecen los escritores puros: con ellos la literatura no ha perdido en calidades externas, pero sí a veces en pulso vital.

Galván había crecido entre las ruinas de la cultura clásica y escolástica que tuvo asiento en las universidades coloniales de Santo Domingo. De la cultura moderna, sólo se incorporó íntimamente la que ya circulaba en la España del siglo XVIII. Hasta en la literatura, sus límites naturales eran anteriores a la independencia de América o a lo sumo contemporáneos de ella: en España, Jovellanos y Quintana; fuera, Scott y Chateaubriand. Cuanto vino después resultaba en él cosa accidental, no sustantiva. Fue, por eso, escritor de tradición clásica, con tolerancia para el romanticismo; pero su tradición radicaba principalmente en el clasicismo académico del siglo XVIII. Así sucedía en toda América, salvando las excepciones como Montalvo.

De acuerdo con los hábitos criollos de entonces, Galván, escritor, abogado, va hacia la política: su actitud será de conservador, de amigo de las tradiciones, con tolerancia para las tendencias liberales. Sólo en torno al problema de la religión en la enseñanza se mostró inflexible. Acepta como hechos consumados en América la independencia y la república; acepta después, cuando la inicia el partido en que se alista, la reanexión de su patria isleña a la monarquía española (1861-1865): de-

sesperado intento de salvar la hispanidad de Santo Domingo, en zozobra frente a la amenaza de la franco-africana Haití, dueña del occidente de la isla.

Cuando España se va de Santo Domingo (1865), Galván se va con España. Su patria de adopción lo eleva a la intendencia de hacienda de Puerto Rico. Pero la tierra nativa lo atrae: se reincorpora a ella, y pronto aparece como ministro en el ejemplar gobierno de Espaillat (1876).

Hasta sus sesenta años permanecerá en la vida pública: no será jefe orientador, ni será en verdad político activo; será el hombre eminente a quien los gobiernos llaman para que los ilustre como jurista o para que los honre en la magistratura o al frente del Ministerio de Relaciones Exteriores o en misiones diplomáticas.

Desde que regresa a su país, tras el episodio español de su vida, su actitud es la de quien está por encima de las pequeñeces locales. El pueblo no siempre creará legítima su actitud; pero él no la abandona. Su casa, de tono europeo en aquella época ingenuamente criolla, es asiento de letras clásicas, hogar de buena música, escuela de fina cortesía.

Su *Enriquillo* es obra de muchos años, ocho o diez. Se publica incompleta en 1879; íntegra en 1882. El autor la llama *leyenda*, curioso nombre que en la España y la América del romanticismo se daba a obras de imaginación tejidas con hilos de historia. En esta novela no hay nada de legendario ni de fantástico: todo lo que no es rigurosamente histórico es claramente verosímil. Cede Galván a la costumbre, que Francia divulgó, de atribuir a los personajes históricos amores de que la historia no habla: así, para explicar la súbita muerte de María de Cuéllar, apenas casada con el conquistador de Cuba, el fuerte pero tornadizo Diego Velázquez, la pinta enferma de amor, de contrariados amores con Juan de Grijalva, entonces “mancebo sin barbas, aunque mancebo de bien”. Y esta invención tuvo descendencia: de allí nació el drama del grande y singular poeta Gastón Deligne, *María de Cuéllar*, que Pablo Claudio convirtió en ópera.

A Enriquillo y a su mujer, Galván los hace entroncar en la más ilustre familia indígena de la isla: a ella la hace hija de Higüemota (en verdad Higüeimota o Aguaimota) y del español Hernando de Guevara, nieta de Caonabo, el rey de la Maguana, el más enérgico de los cinco grandes caciques, y de Anacaona, la reina cortés, reina de tristes destinos, cuyos dones de invención artística tanto admiraron los españoles en

los areítos que dirigió, cantados y danzados por centenares de mujeres escogidas, en honor del Adelantado Bartolomé Colón y del Comendador frey Nicolás de Ovando. A Enriquillo lo declara sobrino de Anacaona y de Behechío, el rey de Jaragua, atribuyéndole como primitivo nombre indio el de Guarocuya: se apoya en el recuerdo de Guarocuya, pariente de la familia real, que murió ahorcado en los primeros años de la conquista.

Y Galván crea, según es de esperar, personajes nuevos como Pedro de Mojica, en cuya figura carga las pinceladas de betún: variante del Adrián de Múxica de la historia, pariente de Guevara, a quien el Descubridor mandó arrojar desde una almena porque, condenado a la horca, dilataba la ejecución de la sentencia diciéndole al confesor que no recordaba todos los pecados que debía declarar para bien morir.

En lo sustancial, la novela se ciñe con fidelidad a la historia; por lo menos, a la historia de la conquista como la contó Fray Bartolomé de las Casas. Galván, hondamente español en sus devociones y en su cultura, no sólo participó en la reintegración de su país al decaído imperio hispánico; después, en su restaurada república, mantuvo el culto de España: así, en 1900, lo vemos defenderla contra la tesis extravagante de la insensibilidad que postuló Nicolás Heredia. Y sin embargo, para escribir su novela escoge como asunto la primera rebeldía consciente y organizada de América contra España y como fuente y autoridad al tenaz acusador de los conquistadores. Quiere que su obra sirva, de paso, como lección que ayude a resolver los problemas de España en Cuba y Puerto Rico.

Pero todo cabe, todos los contrarios se concilian, dentro de la robusta fe hispánica de Galván. A Enriquillo, el cacique bautizado, el indio con nombre de español, lo ha conquistado espiritualmente la civilización europea; Juan de Castellanos, en sus *Elegías*, lo llama “gentil lector, buen escribano”; en la religión guardó siempre las prácticas que le enseñaron los frailes de San Francisco, con quienes se educó en la Verapaz. Sólo se rebela porque se abusa de él, porque pide justicia y se la niegan. ¡Hasta el implacable Oviedo le concede razón! Su rebelión dura catorce años (1519-1533) y no termina sino cuando el emperador Carlos V le da garantías en carta personal que entrega el impávido capitán Francisco de Barrionuevo y cuando Fray Bartolomé de las Casas, penetrando en las inexpugnables, sierras de Bahoruco, le lleva palabras de paz. Y entonces Enriquillo, a quien se le llamaba Don Enrique des-

de que así lo designó en su carta el emperador, se establece pacíficamente en Boyá con sus indios libres, cuya sangre se perpetúa hasta hoy en familias bien conocidas.

Hay en la novela conquistadores violentos y encomenderos empedernidos; pero abundan los hombres rectos, los leales, los bondadosos. Galván reparte con exceso de simetría la bondad y la maldad, como en muchas novelas románticas. Sólo en los encargados de funciones públicas, como Diego Colón, el virrey almirante, acierta a señalar como móviles los intereses de la acción, indiferentes a la moral particular de cada acto. Eso debieron de enseñárselo sus experiencias en la política. Y sin embargo, ve con antipatía a frey Nicolás de Ovando, hombre sin humanidad, alma sin curvas, fortaleza cerrada, sin ventanas desde donde contemplar el dolor de los indios, pero honesto, justo y exacto como balanza de precisión en su gobierno y trato de europeos.

Sobre el tumulto de la conquista y la refriega de las granjerías, se levanta como columna de fuego el ardimiento espiritual de Fray Bartolomé de las Casas, en quien Galván no ve, como los irreflexivos, el detractor de sus compatriotas, sino la gloria más pura de España.

Y así, este vasto cuadro de los comienzos de la vida nueva en la América conquistada es la imagen de la verdad, superior a los alegatos de los disputadores: el bien y el error, la oración y el grito se unen para concertarse en armonía final, donde españoles e indios arriban a la paz y se entregan a la fe y a la esperanza.

► Introducción a la edición de “Enriquillo”, de Manuel de Jesús Galván, publicada por la Editorial Jackson, Buenos Aires, 1945. Es una ampliación del artículo publicado en *La Nación*, “Enriquillo”, el 13 de enero de 1935. A la vez, una parte fue incluida dentro del estudio “Literatura Dominicana” (pp. 7-14 de la presente edición).



# FILOLOGÍA



## EL ENDECASÍLABO CASTELLANO <sup>1</sup>

El verso endecasílabo castellano, en su forma ortodoxa, según las definiciones usuales, se compone de once sílabas, con acentos interiores necesarios en la sexta:

Flérida para *mí* dulce y sabrosa (tipo A),

o bien en la cuarta y en la octava:

Más que la *fruta*, del coreado ajeno (tipo B)<sup>2</sup>,

Así lo definen Juan María Maury, Andrés Bello, Manuel Milá y Fontanals, Eduardo Benot<sup>3</sup>, y la multitud de tratadistas que en ellos se apoyan; así lo definían ya, en el siglo XVI, Rengifo y el maestro Alonso López Pinciano<sup>4</sup>. Como la acentuación cae siempre en las sílabas pares, se le denomina *yámbica*, adaptando, no muy bien, el término cuantitativo de la Antigüedad clásica a nuestro moderno ritmo acentual. El nombre de *yámbico* se aplica a veces exclusivamente, así como

---

<sup>1</sup> El presente trabajo es en parte reconstrucción de uno anterior, publicado en la *Revista de Filología Española*, de Madrid, 1919, y en parte enteramente nuevo, especialmente en la porción dedicada a las formas contemporáneas del verso.

<sup>2</sup> Hay además, desde luego, acento final obligatorio en la sílaba penúltima, según se exige en todo verso castellano.

<sup>3</sup> Maury, en la *Espagne poétique* (1826) y en la carta a Vicente Salvá, que éste incluye en nota de su *Gramática* sobre el endecasílabo (1831); a falta de las obras originales, pueden verse las citas que trae el Conde de la Viñaza en su *Biblioteca histórica de la filología castellana*. Bello, en su tratado de *Ortología y métrica* (1835), capítulos VI y VII del *Arte métrica*. Milá, *Principios de literatura general*, en sus *Obras completas*, Barcelona, 1888-1896 (v. tomo I, págs. 337 y 393). Benot, en su extravagante tratado de *Prosodia castellana y versificación* (v. especialmente el párrafo V del sumario e índice).

<sup>4</sup> Rengifo, *Arte poética española*, (1592): v. el capítulo XI, en la edición de 1644, que he consultado; los ocho tipos de endecasílabo que menciona se reducen a los dos arriba indicados. López Pinciano, *Filosofía antigua poética* (1596): v. la página 285 en la reimpresión de Madrid, 1894.

el de *heroico*, al tipo A; al tipo B se le da el nombre de *sáfico*.<sup>5</sup>

## I

## EL ENDECASÍLABO ITALIANO

Los escritores españoles modernos, al hablar del endecasílabo italiano, del cual procede el nuestro actual, tienden a considerarlo sujeto a idénticas leyes que las que fijan para el castellano. Pero basta consultar los buenos tratados y estudios de métrica italiana para convencerse de que no es así;<sup>6</sup> el endecasílabo de Italia puede acentuarse interiormente, ya

<sup>5</sup> Creo que el endecasílabo castellano debe definirse desde el punto de vista de la medida y el acento; no me avengo a ninguna definición que lo presente como verso compuesto de cinco pies acentuales, según se hace todavía, a veces, para el endecasílabo italiano. Toda tentativa de explicar la versificación castellana por pies falla en sus fundamentos, salvo en casos especiales como los del *Nocturno* de Silva y la *Marcha triunfal* de Darío, en que deliberadamente se parte del pie en la construcción del verso.

En el caso del endecasílabo, el supuesto tipo ideal de cinco acentos, todos en sílabas pares, se realiza raras veces:

Y oyendo el són del *mar* que en ella *hiere*  
(Garcilaso)

Es normal que falten uno o dos de esos acentos; a veces faltan tres, cuando el único acento interior cae en la cuarta sílaba (tipo B<sup>1</sup>, que estudiaré en este trabajo):

Y vencedor con la sabiduría...  
(Alonso de Acevedo)

o bien en la sexta:

Mas por el sobresalto de los celos...  
Entre la mostachosa artillería...  
Sino permanecer en su porfía...  
En manifestación de sus enojos...  
(Lope, *Galomaquia*)

<sup>6</sup> Por ejemplo: R. Fornaciari, *Grammatica italiana dell'uso moderno...*, séptima edición, Florencia, 1913 (v. parte I, págs. 151-152). Agrego, en confirmación: Francesco d'Ovidio, *Sull'origine dei versi italiani* en su libro *Versificazione italiana e poetica medievale*, Roma, 1910; Charles Hall Grandgent, edición de la *Divina Comedia*, Boston, 1909-1913 (v. pág. XXXV de la Introducción); Edmund Stengel, § 56 de su *Romanische Verslehre*, en el *Grundriss der romanischen Philologie*, de Grober; Karl Vossler, *Historia de la literatura italiana*,

en la sexta sílaba:

*Nel mezzo del cammin di nostra vita* (tipo A),

ya en la cuarta:

*Vidi Cammilla e la Pentesilea* (tipo B<sup>1</sup>).

Ejemplos de este tipo:

*Quivi, secondo che per ascoltarse...*

*Non avea planto, ma che di sospiri...*

*Pregar, per pace e per misericordia...*

*Movesse seco di necessitate...*

*Per la puntara della rimembranza...*

*E quel che segué in la circonferenza...*

(Dante, *Divina Commedia*)

*Cantar, danzare alla provenzalesca...*

(Folgore di San Gimignano, *Aprile*)

*S'i' fosse vento, lo tempesterei...*

(Ceceo Angiolieri, Soneto "S'i' fosse foco...")

*Non già per odio, ma per dimostrarsi...*

(Petrarca, *Trionfo della monte*, I)

*E di Morgante si maravigliòe...*

(Pulci, *Morgante maggiore*, II)

*Tanto soave, che nel rammentare...*

(Boiardo, Soneto "lo vidi...")

*E se' più dolce che la malvagia...*

(Lorenzo de Médicis, *Nencia da Barberino*)

*Fra tante tube che lo esalterano...*

(Maquiavelo, *Pastorale*)

*Per quest' io so che l'inesperienza...  
Le da l'anello, e se le raccomanda...  
(Ariosto, Orlando furioso, VII)*

*E poscia ogni anno la coroneremo...  
(Trissino, Sofonisba)*

*Famosi assai ne la cristianitate...  
(Berni, Orlando innamorato, I, 17)*

*Che verrà tempo che ti pentirai...  
(Torquato Tasso, Aminta, I)*

*Eran nemici a la Tedescheria...  
(Tassoni, La secchia rapita)*

*E questa è una delle dilezioni...  
(Benedetto Menzini, Soneto)*

*Per vituperio de la Poesia...  
(Parini, Il lauro)*

*Chi più mi parla di filosofia...  
(Casti, La grotta di Trofonio, I)*

*Di que' soldati settentrionali...  
(Giusti, Sant' Ambrogio)*

*Le gentilezze, le consolazioni...  
(Giulio Perticari, Cantilena di Meniconé)*

*Vorrai vedermi e mi conoscerai...  
(Francesco dall'Ongaro, Im livornese)*

*In un cantuccio la ritroverai...  
(Stecchetti, "Quando cadran...")*

*E a la grand' alma di Guatimozino...*  
(Carducci, *Miramare*)

*E s'abbracciava per lo stregolato...*  
*L'imperatore nel' eremitaggio...*  
(Pascoli, *Romagna*)

*Papa Giovanni per Teodorico*  
*Edificata con le fundamenta...*  
(D'Annunzio, *La nave*, III)

*Anche il tuo corpo, anche la vagabonda...*  
(Ada Negri, *Voce del mare*)

En este tipo B<sup>1</sup> hay cinco sílabas inacentuadas entre la cuarta y la décima. Como en italiano, no menos que en español, es cosa poco común que en una serie de cinco sílabas no haya acento, este tipo no se presenta puro muy a menudo, y ha producido dos variantes: una con acento en la octava sílaba, en que se conserva el ritmo yámbico:

*Mi ritrovai per una selva oscura...* (tipo B<sup>2</sup>),

y otra con acento en la séptima sílaba, con la cual el ritmo anapéstico sustituye al yámbico:

*Che ricordarsi del tempo felice...* (tipo B<sup>3</sup>)<sup>7</sup>

Ejemplos de este tipo:

*L'ora del tempo e la dolce stagione...*  
*Cerberò, fiera crudele e diversa...*  
*La chiarità della fiamma pareggio...*  
*In forma dunque di candida rosa...*  
*E cominciò questa santa orazione...*  
*Termine fisso d'eterno consiglio...*  
*O vita intera d'amore e di pace...*  
*O senza brama sicura ricchezza...*

<sup>7</sup> Milá designa este endecasílabo con el nombre de anapéstico (estudio *Del decasílabo y endecasílabo anapéstico*, 1875, en el tomo V de sus *Obras completas*); Bello le da el nombre de dactílico, atendiendo al acento —frecuente, pero no obligatorio— en la primera sílaba:

*Puro e disposto a salire alle stelle...*

En Italia se le ha llamado *siciliano*.

*Donne ch'avete intelletto d'amore...  
 Angelo chiama in divino intelletto...  
 E par che sia una cosa venuta...  
 Di cielo in terra a miracol mostrare...*

(Dante)

*E rassemblargli la rosa e lo giglio...*  
 (Guinizelli, Soneto "Voglio del ver...")

*Falta di gioco, in figura d'Amore...*  
 (Guido Cavalcanti, "Era in pensar...")

*Molto mi spiace allegrezza e sollazzo...*  
 (Cino da Pistoia, Soneto "Tutto ciò...")

*Che lo mio padre m'a messa in errore...*  
 (Compiuta Donzella, Soneto "Alla stagion...")

*Che s'io vedessi la propria persona...*  
 (Boccaccio, "Io mi son giovinetta...")

*Non ti sovvien di quell' ultima sera...*  
 (Petrarca, Soneto "Solea lontana...")

*E mal vestite parete angioielle...  
 Torniam la sera del prato fiorito...*  
 (Franco Sacchetti, "O vaghe montanine...")

*Benchè la terra abbia forma di ruota...  
 Tal che potrebbe arrosirne le gote...  
 E puossi andar giù nell' altro emisperio...  
 Sospesa sta fra le stelle sublime...*  
 (Pulci, *Margante*, XXV)

*La rosa aprir d'un color si infiammato...*  
 (Boiardo, Soneto "Giá vidi...2)

*Giuso gravalo dall' infimo pondo...*  
 (Pandolfo Collenuccio, *Canzone alla morte*)

- Amor gli strale onde cresce il suo regno...*  
(Lorenzo de Médicis, Soneto "O man mia...")
- Anzi contento nel foco morrei...*  
(Poliziano, Balada "Benedetto sia 'l giorno...")
- Più chiaro il sol che per l'altre contrade...*  
(Chariteo, Canción VI)
- Che 'l vento guasti o la nebbia ricuopra...*  
(Maquiavelo, *Mandragola*, Canción inicial)
- E l'arce gravi, per molto tesoro...*  
(Bembo, Octavas para el carnaval en Urbino)
- Quivi fa assunto e trovò compagnia...*  
*Torbido 'l mare, anzi nero apparire...*  
*Là che l'abisso e l'inferno si scopre...*  
*E non è luce se non di baleni...*  
*Egli sta sopra ed ha nuda la testa...*  
(Ariosto, *Orlando*, XXXIV y XXV)
- Di Dante dico, che mal conosciute...*  
(Miguel Ángel, Soneto a Dante)
- Che fioriran per qualunque sentiero...*  
(Molza, *La ninfa tiberina*)
- Accompagnata dal proprio martire...*  
(Vittoria Colonna, Soneto "Dal vivo fonte...")
- Questo ser Cecco simiglia la corte*  
*E queda corte simiglia ser Cecco...*  
(Berei, "Ser Ceceo non può star...")
- Di pelo Mondo e di vivo colore...*  
(Gaspara Stampa, Soneto "Chi vuol conoscer...")

*Se'l ciel vi pasca di carne e di latte...*  
(Torquato Tasso, *Le gatte di Sant' Anna*)

*Io amava Clori, che insin da quell' ora...*  
(Zappi, Soneto "In quell'età...")

*Mole a traversi de l'arida costa...*  
(Parini, *La tempesta*)

*Del cor traendo profondi sospiri...*  
(Alfieri, Soneto a Dante)

*Pronto, iracondo, inquieto, tenace...*  
(Foscolo, Soneto "Solcato ho fronte...")

*Volò a ruggir con la rabbia inumana...*  
(Alearo Aleari, *Le città, italiane*, V)

*Spiriti forse che furoa, che sono...*  
(Carducci, *La chiesa di Polenta*)

*Voce velata, malata, sognata...*  
(Pascoli, *Ceppo*)

*Fiore, l'anel de la bocca vermiglia...*  
*Stanca sedeste, ove il raggio tunare...*  
(D'Annunzio, "Sal y pimienta")

Los tipos A y B<sup>2</sup> son los que predominan. Los tipos B<sup>1</sup> y B<sup>3</sup> no disfrutan igual suerte: desde el siglo XVI hay poetas que los evitan, especialmente los de principios del siglo XIX, como Leopardi y Manzoni; pero vuelven a plena boga desde Carducci, y todavía la tienen<sup>8</sup>.

En los comienzos, y hasta Petrarca, hubo otra variedad de endecasílabo italiano, el tipo *creciente*, que admitía una sílaba de exceso:

---

<sup>8</sup> Así, no es posible afirmar, como lo hace Menéndez y Pelayo (*Antología de poetas líricos castellanos*, tomo XIII, págs. 186 y 214), que el tipo B<sup>3</sup> sólo aparece "por casualidad o descuido... en antiguos poetas italianos", o que lo usan "alguna vez para producir determinados efectos de armonía imitativa".

*Questa anima genlile, che si disparte...*

Esta licencia tiene semejanza con la del endecasílabo francés medieval y del castellano de Fernán Pérez de Guzmán (v. *infra*): no ocurre solamente en la cesura, sino en cualquier punto del verso. Sí es de notar que las palabras donde va la sílaba de exceso son aquellas cuya vocal final puede ponerse o quitarse a voluntad y que acaso se sintiera, por eso, como una semimuda: *oro* u *or*, *sole* o *sol*, *pensieri* o *pensier*, *mano* o *man*; de hecho, Petrarca borra a veces en copias ajenas de sus versos la vocal sobrante:

*El rimembrare e Vaspettare m'accora...*

*D'errore si novo la mia mente è piena...*

En cambio, otras veces escribe él mismo la vocal, o la repone si se omitió:

*Destando i fiori per questo ombroso bosco...*

*E sì le vene e il core m'asciuga e sugge...*

*Ma io che debbo jare del dolce alloro.*

*La cresse chiome d'oro puro lucente...<sup>9</sup>*

## II

### EL ENDECASÍLABO EN FRANCÉS Y EN PROVENZAL

El endecasílabo del tipo B<sup>1</sup>, acentuado en la sílaba cuarta, es el primitivo de la poesía francesa (en francés, es bien sabido, se le llama *décasyllabe*)<sup>10</sup>. Desde el siglo XI aparece en la *Canción de Rolando*:

<sup>9</sup> Consúltese Mariangela Serretta, *Endecasillabi crescenti nella poesia italiana delle origini e nel Canzoniere del Petrarca*, Milán, 1938. La autora indica que este endecasílabo-dodecasílabo reaparece a fines del siglo XIX con Pascoli y D'Annunzio, que adoptan de nuevo las libertades métricas del Trecento:

A me tendete, siccome io te tendo...

(Pascoli, *Il giorno dei morti*)

En los siglos intermedios es muy raro; pero tropiezo con estos ejemplos (si no se deben a erratas de imprenta) en Fulvio Testi (*Serenata*):

O strepito importuno mai non ti svegli...

y en Zappi (Soneto "In quella età..."):

lo amava Clori, che insino, da quell'ora...

<sup>10</sup> Se cree que los modelos del endecasílabo de las lenguas románicas son el sáfico y el senario latinos, a su vez derivados del griego: metros cuantitativos,

*Dient plusor: Çost (doble) aefinemenz...*

Aparece también en provenzal, de donde probablemente pasará al italiano:

*Qa' ellh no vol re mas reconoyssemen...*  
(Folquet de Marsella)<sup>11</sup>

Los tipos B<sup>2</sup> y B<sup>3</sup> existían entonces, bien se comprende, como formas indiferenciadas de B<sup>1</sup>. En francés:

*Fendu en est olifanz el gros...*  
*Compaign Rodlanz, car sonez l'olifant...*  
(*Chanson de Roland*)

En provenzal:

*E per camís, non anará, sautiers...*  
*Ans será rics qui tolrá, volontiers...*  
(Bertran de Born)

Entre el verso épico francés y el verso lírico provenzal hay diferencias. La cesura del francés lo divide en dos porciones: la primera puede tener una sílaba de más, sin acento, después de la acentuada:

*Les roches bises, li destreil merveillos...*  
*Portet ses armes, molt li sont avenanz...*  
(*Chanson de Roland*)

El tipo A, de acento en la sexta sílaba, existió también en francés y en provenzal:

*Gaiete et Orior, serors germaines...*  
(*Chanson d'histoire*, siglo XII)

*En Provenza tramet joy e salutz...*  
(Bernart de Ventadour)

Los dos tipos, originariamente, no debían mezclarse, pero de hecho se mezclaron: la tendencia de los idiomas románicos a prestar mayor

---

que se convierten gradualmente en silábicos de ritmo acentual al avanzar la Edad Media.

<sup>11</sup> Consúltese Paul Verrier, *Les vers français*, París, 1931-1932, tomo II, libro VII, *Les décasyllabes*. El ejemplo más antiguo de endecasílabos indudables está en el poema provenzal *Boecio*, de fines del siglo X o principios del XI; pero en francés existe el ensayo (irregular) de endecasílabo de la *Cantilena de Santa Eulalia*, fines del siglo IX.

atención al número de sílabas que al ritmo acentual, según se observa en los versos cortos<sup>12</sup>, alcanza también a los largos, y provoca, no sólo la alternancia de los tipos A y B, sino ocasionales dislocaciones del ritmo:

*Mais vole guerra filz del rei d'Etobia...*<sup>13</sup>

(Raimbaut de Vaqueiras)

La poesía italiana, al recibir de la provenzal el endecasílabo, emplea juntas, libremente, todas las formas<sup>14</sup>. La provenzal se extingue lentamente a partir del siglo XIII; la francesa se mantendrá sin interrupción hasta nuestros días: en ella acabará por ser normal la mezcla de los dos tipos de endecasílabo:

*Jeune, gente, plaisant et debonnaire,  
Par ung prier qui vault commandement,  
Chargié m'avez d'une balade faire,  
Si l'ay faicte de cueur joyeusement:  
Or la veuillez recevoir doucement...*

(Charles d'Orléans, Balada)

El tipo B será siempre el que domine. Como en francés, aún más que en español y en italiano, es difícil que entre la cuarta y la décima sílabas no haya acento, el tipo B se da muy pocas veces en su pureza teórica (B<sup>1</sup>):

*Del grant solaz de la compaignie...*

(El castellano de Coucy)

<sup>12</sup> Así se ve en la historia del endecasílabo castellano: los intentos de imponerle acentuación interior fija quedan siempre vencidos.

<sup>13</sup> Dislocaciones semejantes se hallan a menudo en la poesía galaico-portuguesa y en la catalana, influidas por la provenzal; en castellano son muy raras antes del siglo XX, y no pueden contarse sino como caídas momentáneas de la atención en el poeta. En la Edad Media sí se encuentran tales dislocaciones en los versos del príncipe Juan Manuel (v. *infra*).

<sup>14</sup> F. d'Ovidio, en su citado libro *Versificazione italiana e arte poetica medievale*, pág. 198, dice que el verso italiano difiere del francés en “la mezcla de los endecasílabos con acento principal en la sexta y los de acento en cuarta y octava o séptima, no permitida en francés [medieval], donde todos los endecasílabos son *a minori* o *a maiori*” y en “la continuidad plena de todo el verso, porque nuestra cesura no es sino una cesura en el sentido grecolatino, mientras que en el francés antiguo la llamada cesura es una verdadera pausa o corte del verso”.

*Je pense bien que la magnificence...*

(Marot, *Al rey en el destierro*)

Las formas usuales de B en francés son, por lo tanto, B<sup>2</sup> y B<sup>3</sup>.

*En cependant que le chemin est sur...*

(Ronsard, *A su libro*)

*Tenant la vie et la mort en sa main...*

(Joachim du Bellay, *Du jour de Noel*)

*Où fuyais-tu, ma timide colère?*

(Marcelline Desbordes-Valmore, “Je ne sais plus...”)

*Un air subtil, un dangereux parfum...*

(Baudelaire, *Le chat*)

Desde Verlaine, el endecasílabo francés se permite normalmente grandes libertades rítmicas:

*Votre âme est un paysage choisi*

*Que vont charmant masques et bergamasques*

*Jouant du luth et dansant et quasi*

*Tristes sous leurs déguisements fantasques.*

*Tout en chantant sur le mode mineur*

*L'amour vainqueur et la vie opportune*

*Ils n'ont pas l'air de croire à leur bonheur*

*Et leur chanson se mêle au clair de lune,*

*Au calme clair de lune triste et beau,*

*Qui fait rêver les oiseaux dans les arbres*

*Et sangloter d'extase les jets d'eau,*

*Les grands jets d'eau sveltes parmi les marbres.*

(Verlaine)

*...Et quand tu roules, démâtée, au large,*

*A travers les brisants noirs des nuages!*

*Astre atteint de cécité, fatal phare*

*Des vols migrateurs des plaintifs Icares!*

*O Diane à la chlamyde très dorique,*

*L'Amour cuve, prend ton carquois et pique*  
(Jules Laforgue, *Clair de lune*)

*La scintillation sereine sème*  
*Sur l'altitude un dédain souverain.*  
*Après tant d'orgueil, après tant d'étrange*  
*Oisiveté, mais pleine de pouvoir,*  
*Je m'abandonne à ce brillant espace...*  
*Sais-tu, fausse captive des feuillages...*  
*Quel corps me traîne à sa fin paresseuse,...*  
*Maigre immortalité noire et dorée,*  
*Consolatrice affreusement laurée...*  
(Paul Valéry, *Le cimetière marin*)<sup>15</sup>

<sup>15</sup> Los ingleses tomaron del francés el endecasílabo, desde el siglo XIV; para ellos, este verso, que comúnmente llaman *pentameter* o *iambic pentameter*, consta de cinco pies acentuales, con cinco acentos:

*He was as fressh as is the monthe of May...*  
(Chaucer, Prólogo de los *Cuentos canluarienses*)

*Farewell: buy food, and get thyself in flesh...*  
(Shakespeare, *Romeo*, V, 1)

*And time for all the works and days of hands...*  
(T. S. Eliot, *The love song of Prufrock*)

Uno que otro de estos acentos puede faltar, con lo cual la versificación adquiere elasticidad. Teóricamente no deben caer acentos fuertes sobre sílaba impar en posición dominante, pero a veces ocurre:

*How many bards gild the lapses of time!*  
(Keats, Soneto que comienza así)

El tipo B<sup>1</sup> es punto menos que imposible en idioma, como el inglés, de palabras cortas y fuertes acentos, pero hay uno que otro caso (aunque habrá prosodistas que cuenten como acentuado *if*):

*It were done quickly, if th'assassination...*  
(Shakespeare, *Macbeth*, I, 7)

*The mathematics and the metaphysics...*  
(Shakespeare, *The laming of the shrew*, 1)

El número de sílabas no es fijo: puede haber más o menos de diez (u once, según la manera española de contar):

*O me!—you juggler! you canker-blossom!...*

## III

## EL ENDECASÍLABO EN CATALÁN Y EN PORTUGUÉS

El endecasílabo trovadoresco penetró desde temprano —siglo XII, si no antes— en dos de los idiomas de España: en catalán:

*Plangen mon dan e sa desconaxença...*

(Rocabertí)

y en galaico-portugués:

*E sei de fix que ensandecerei...*

(Fernán Figueira)

El endecasílabo catalán, a pesar de ocasionales desviaciones, se mantiene fiel a la ley del acento en la cuarta sílaba hasta el siglo XV. Durante el largo eclipse de la literatura catalana (siglos XVI a XVIII), los pocos cultivadores de la lengua recibían influencias de Castilla, como ya en el siglo XVI los que de cuando en cuando adoptaban el *arte mayor*; todavía en el siglo XVI mantenían el tipo medieval de endecasílabo Pere Serafí y Juan Pujol, y a principios del siglo XVII el rector de Vallfogona, Vicente García<sup>16</sup>; después debió de darse acogida al tipo

---

*See me no more, whether he be dead or no...*

(Shakespeare, *Sueño de una noche de verano*, III, 2)

*The soldier's virtue, rather makes choice of loss...*

(Shakespeare, *Antonio y Cleopatra*, III, 1)

*To say extremity was the trier of spirits...*

(Shakespeare, *Coriolano*, IV, 1)

*But that the Sea, mounting to the welkins cheeke...*

*Being once perfected how to grant suits...*

(Shakespeare, *La tempestad*, I, 2)

Sobre uno de los poetas que mayores libertades se permiten con el endecasílabo inglés, consúltese el artículo de Arnold Stein, *Donne's prosody*, en *Publications of the Modern Language Association of America*, 1944, LIX, págs. 373-397. Donne se permite acentuaciones como éstas (señalo sólo los acentos que interesan para compararlos con los del verso castellano):

*Nor are they Vicars, but hangmen to fate...*

*Are they not like singers at doors for meat...*

<sup>16</sup> Consúltese M. Menéndez y Pelayo, *Antología*, XIII, págs. 454-468.

italo-castellano de endecasílabo, que es el usual en el renacimiento catalán del siglo XIX.

El endecasílabo galaicoportugués de la Edad Media a veces se descomponía de tal modo que puede decirse que no observa otra regla sino la de tener once sílabas; los acentos caen en cualquier parte: así se observa tanto en poetas del *Cancionero del Vaticano* como del *Cancionero de Ajuda*.

Ejemplos sacados del rey Dionís:

*E quer' ir algunha terra buscar...*  
*Non se pode per dizer acabar...*  
*Se nom que matades mi, pecador...*  
*De matardes mim, que merecedor...*  
*Que razom cuidades vos, mha senhor...*

Ejemplos sacados del *Cancionero de Ajuda*:

*Al me tolhe de que me faz peor... (XLIII)*  
*Nen me leixan encobrir com meu mal... (LXXXI)*  
*Nen lh'o peço, nen querría melhor... (CCIII)*  
*Porque moiro, u mentira non á...*  
*E por esto baratará melhor... (CCLIH)*  
*O que vus agora guarda de mi... (CCCXLV)*

Es frecuente la tendencia al ritmo anapéstico (B<sup>3</sup>):

*O que do mar meu amigo sacou...*  
 (Payo Gómez Charinho)

Existe también la tendencia al ritmo antibráquico, con acento en las sílabas segunda y quinta (tipo C):

*Ai frores, ai frores do verde pino...*  
 (Roy Dionís)<sup>17</sup>

En Galicia y Portugal, sin embargo, debió de existir en boca del pueblo otro verso parecido al endecasílabo, pero no de sílabas contadas, sino de medida fluctuante; del contacto de las dos formas de versificación pudieron derivarse el *arte mayor* de Castilla, fluctuante también, y las modernas *muiñeiras* que se acompañan con la gaita gallega. La influencia de la fluctuación popular explicaría versos como éstos de Alfonso el Sabio:

*Rosa das rosas e Fror das frores,*

<sup>17</sup> Este tipo C lo imitó Rubén Darío en el siglo XX (v. *infra*).

*Dona das donas, Sennor das sennores...*

o éstos de Juan Zorro:

*Pela ribeira do rio salido  
trebelhey, madre, con meu amigo...*

o éstos atribuidos a Ayras Nunes:

*Baylemos nos já todas, todas, ay amigas,  
só aquestas avelaneyras frocidas...*

El endecasílabo trovadoresco desaparece de la poesía culta de Galicia y Portugal en el siglo XIV; después, en el XVI, Sá de Miranda introduce el endecasílabo ítalocastellano. Entre la desaparición del uno y la aparición del otro, se adopta el *arte mayor* de Castilla<sup>18</sup>.

Pero el endecasílabo popular sobrevive subterráneamente y de tarde en tarde aflora hasta la superficie, hasta desembocar en las *muiñeiras*<sup>19</sup>.

<sup>18</sup> Ejemplos de *arte mayor* en portugués: en el *Cancionero de Resende* (1516), folios XC vto. (Diego Brandam), XCVIII vto., CU y CIII vto. (Luis Anríquez), CXI vto. (Anríquez de Saa): el auto de la *Historia de Deas*, de Gil Vicente.

<sup>19</sup> De la supervivencia popular del viejo endecasílabo galaicoportugués hay no pocas pruebas:

*Barqueriña fermosa, passaime...  
Passaime, miñ'alma, que por vos morro...  
(Lope de Vega, La mayor virtud de un rey, II)*

*Um galan traye da cinta na gorra,  
diz que lia deu la sua señora...  
Quérole bem a lo fillo do crego...  
(Tirso, La gallega Mari Hernández, II)*

*Ollay, mineña fermosa e graciosa...  
(Rojas Zorrilla, El alcalde Ardite)*

*Tanto bailé con la gaita gallega...  
(Torres Villarroel, Villancico de La gaita zamorana)*

Sobre los endecasílabos galaicoportugueses: M. Milá y Fontanals, *De la poesía popular gallega y Del decasílabo y endecasílabo anapésticos* (tomo V de sus *Obras completas*); Henry Roseman Lang, *Das Liederbuch des König Denis von Portugal*, Halle, 1894, págs. CXIV, CXVI y CXVII; Theophilo Braga y Carolina Michaëlis de Vasconcellos, *Geschichte der portugiesischen Literatur*,

## IV

## EL ENDECASÍLABO CLÁSICO EN CASTELLANO

El castellano es el último de los idiomas románicos de Occidente que adopta de modo definitivo el endecasílabo; su introducción, en el siglo XVI, escinde en dos porciones la historia de nuestra poesía. Después de repetidos y fracasados intentos a lo largo de la Edad Media (v. *infra*), Boscán y Garcilaso logran imponerlo.

Castilla recibe su endecasílabo de Italia, donde, a diferencia de los demás países de lenguas románicas, era normal desde temprano la mezcla libre y constante de la acentuación en la sílaba sexta (tipo A) con la acentuación en la sílaba cuarta (tipo B con todas sus variantes: B<sup>1</sup> B<sup>2</sup>, B<sup>3</sup>). El tipo A predomina en nuestro idioma y se convierte en eje; el tipo B y sus variantes funcionan como formas subsidiarias.

En castellano, el predominio del tipo A influye en que se prefiera, entre las variantes de B, el tipo B<sup>2</sup>, y desde el final del siglo XVI los tratadistas declaran legítimos sólo esos dos tipos. ¿Por qué? Porque el verso con acentos en las sílabas cuarta y octava es equivalente, para el oído, al de acento en la sexta, en el centro estricto. El oído ejercitado en el verso castellano que escucha una serie de endecasílabos limitada exclusivamente a los tipos A y B<sup>2</sup> no distingue el uno del otro, a menos que deje de prestar atención al sentido de las palabras y sólo la conceda al ritmo; no pocos poetas comienzan a componer endecasílabos mezclando A y B<sup>2</sup> sin percibir que son dos tipos de verso. “On peut se représenter —decía Juan María Maury en su *Espagne poétique*, explicando cómo en las series de endecasílabos castellanos se equivalen A y B<sup>2</sup>— une image matérielle de cette diosition rythmique par des barres horizontales que soutiendraient en équilibre, soit un appui au point du milieu, soit deux appuis a des distances égales des extrémités”<sup>20</sup>.

---

en el *Grundriss* de Gröber, párrafos 20, 26 y 42; Friedrich Hanssen, *Zur spanischen und portugiesischen Metrik*, Valparaíso, 1900, y *Los versos de las Cantigas de Santa María del rey Alfonso X*, en los *Anales de la Universidad de Chile*, 1901; además, ver en este volumen *La poesía castellana de versos fluctuantes*, capítulo II, párrafos 10-11, 20-28, y capítulo IV, párrafo 10.

<sup>20</sup> La equivalencia de los tipos A y B<sup>2</sup> hace pensar en el *paralelogramo de fuerzas* en mecánica: los acentos en las sílabas cuarta y octava serían dos líneas

La acentuación en sexta sílaba predominará siempre en castellano; predomina hoy, en medio de las libertades que se conceden al endecasílabo. A este tipo de acentuación corresponden más de las tres cuartas partes de los versos en los poemas de Ercilla, de Alonso de Acevedo, de Juan Rufo<sup>21</sup>; en el *Arauco domado* de Pedro de Oña es el único que se emplea<sup>22</sup>. Pero poetas de sensibilidad afinada para la forma, como Lope y Góngora, hacen alternar con mucho mayor frecuencia la acentuación en sexta sílaba con la de cuarta y octava: si bien el oído no las discierne de golpe cuando se suceden en serie, sí percibe la matización del ritmo sin necesidad de indagar el cómo. En Lope, por ejemplo, es común el soneto que comienza con el verso de acentos en cuarta y octava sílabas —ritmo despacioso, adecuado para iniciar la exposición del tema— y termina con el verso de acento en la sílaba sexta, tipo de acentuación enérgica que lo hace apropiado para la síntesis final. Ejemplos: “Suelta mi manso, mayoral extraño...”, “Cuando pensé que mi tormento esquivo...”, “Merezca yo de tus graciosos ojos...”, “Cayó la torre que en el viento hacían...”, “Cuelga sangriento de la cama al suelo...” (*Judit*). Creo que la elección es inconsciente y no deliberada. Y no es éste, desde luego, el único esquema del soneto en Lope: hay también el esquema que empieza y acaba con la acentuación en sexta sílaba, como el vigoroso de “Rota barquilla mía, que arrojada...”, con el remate de “Ni temas a la mar ni esperes puerto”, o el esquema que empieza y acaba con la acentuación en cuarta y octava sílabas, como el tierno “¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?” (final: “Para lo mismo responder mañana”), o el ingenioso “Daba sustento a un pajarillo un día” (final: “Que tanto puede una mujer que llora”). Y no había de faltar el soneto de comienzo enérgico

---

de fuerzas iguales y concurrentes, equidistantes del centro del objeto a que se aplicaran; el acento en la sexta sílaba, centro del verso, equivaldría a la diagonal del paralelogramo. Pero esta explicación vale sólo como ilustración comparativa: las fuerzas que concurren, en mecánica, deben actuar simultáneamente; los acentos del endecasílabo actúan sobre el oído en forma sucesiva.

<sup>21</sup> En el poema de *La creación del mundo*, de Acevedo, de los 824 versos del Canto I pertenecen 664 al tipo A, 145 al tipo B<sup>2</sup> y 15 al tipo B<sup>1</sup>; en la *Austriada*, de Rufo, de los 928 del Canto I, 847 son del tipo A, 66 del tipo B<sup>2</sup>, 15 del tipo B<sup>1</sup>.

<sup>22</sup> Sobre la versificación de Pedro de Oña, v. *infra*, nota a versos de Ercilla.

y final blando, como “Canta pájaro amante en la enramada...”, donde el verso inicial pinta al amor libre de cuidados y el verso final lo pinta lleno de temores: “de pensamiento en pensamiento vuela”<sup>23</sup>

La tendencia a reducir el endecasílabo a los tipos A y B<sup>2</sup> existió en italiano también —sirvan de ejemplo Monti, Pindemonte, Manzoni, Leopardi— y hasta penetró en tratados de métrica, pero nunca se impuso del todo. ¿A qué se debe esta diferencia entre el italiano y el castellano? En Italia, los maestros del endecasílabo eran Dante y Petrarca: maestros de variedad rítmica. En España, Garcilaso lo es también; pero muchos poetas que tomaron ejemplo de él se esforzaron por reducir las variaciones del endecasílabo. Ante todo, suprimieron el tipo anapéstico (B<sup>3</sup>), que contradecía el ritmo yámbico de acentuación en las sílabas pares y provocaba confusiones con el *arte mayor*: esta complicación no existía para los italianos, y conservaron siempre el anapéstico.

Sin embargo, los poetas de España, salvo excepciones —Montemayor, Gil Polo, Arguijo, Rioja— no se decidieron a desterrar el verso acentuado sólo en la cuarta sílaba (B<sup>1</sup>); más aún, a veces lo usan con insistencia: Góngora, Bartolomé de Argensola, Alonso de Acevedo, Valdivielso, entre otros. ¿Por qué? Porque esta acentuación no contraría el ritmo yámbico: la afloja, pero no la destruye, como el anapéstico, y puede servir para efectos delicados, como la sensación de suave desmayo que obtiene Darío cuando dice

Que encerrada en silencio no salía  
sino cuando en la dulce primavera  
era la hora de la melodía<sup>24</sup>

<sup>23</sup> Sobre la versificación de Góngora, consúltese Dámaso Alonso, *La simetría en el endecasílabo de Góngora*, en la *Revista de Filología Española*, 1927, XIV, págs. 329-346; sobre procedimientos de Góngora y otros contemporáneos suyos, otro trabajo de Alonso, *Versos plurimembres y poemas correlativos*, en *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo de Madrid*, 1944, XIII (y tirada aparte, 191 págs.).

<sup>24</sup> En trabajos míos ya muy antiguos (*Rubén Darío*, 1905; *El verso endecasílabo*, 1909) demostré la persistencia del tipo B<sup>1</sup> desde Boscán hasta Leandro Fernández de Moratín. Tanto Maury (desde 1831 por lo menos) como Juan Gualberto González (v. el tomo III de sus *Obras en prosa y verso*, 1844) habían advertido el uso frecuente del tipo B<sup>1</sup>; su valiosa observación quedó olvidada, y no tuve noticia de ella hasta después de publicados mis trabajos.

De todos modos, este tipo B<sup>1</sup> dura cerca de tres centurias en castellano, a pesar de los tratadistas, hasta que se le destierra. Su desaparición en España, coincide aproximadamente con su parcial eclipse en Italia. En la reaparición, luego, el italiano (con Carducci) se anticipa al castellano (con Darío). Después, en el siglo XX, el endecasílabo recobra todas sus libertades antiguas y adquiere libertades nuevas.

## V

## EL ENDECASÍLABO CASTELLANO ANTES DE BOSCÁN

Antes de Boscán, el tipo B<sup>1</sup> es el origen de la mayor parte de los intentos de endecasílabo en nuestro idioma.

1. En el *Cantar de Mio Cid* y en el fragmento de *Roncesvalles* hay versos que se deben a influencia del tipo francés de la *Chanson de Roland* (B<sup>1</sup>): tienen pausa fuerte después de la cuarta sílaba:

En Castei3n / todos se leuantauan... (verso 458)

y, como en francés antiguo, cuando el primer hemistiquio tiene cinco sílabas no disminuye la medida del segundo:

Abren las puertas, / de fuera salto dauan... (verso 458)<sup>25</sup>

Los poetas del *Cid* y del *Roncesvalles* escribían en versos fluctuantes: el eje a que tendían instintivamente era de catorce sílabas, pero se ve que a veces, cuando descendían hasta once sílabas, tendían a mantenerse algún rato alrededor de esta medida, que les era familiar en los poemas franceses.

2. El endecasílabo de Juan Manuel proviene, mediata o inmediatamente, del trovadoresco; ha perdido el ritmo acentual y conserva la medida, el número de sílabas:

---

Menéndez y Pelayo la había echado en olvido: no la menciona en su estudio sobre Boscán (*Antología*, tomo XIII), y luego, en carta particular que me dirigió (1910), afirma que el tipo B<sup>1</sup> es “una especie de anapéstico vergonzante”, opinión insostenible (B<sup>3</sup> es variante de B<sup>1</sup> y no al revés). Suponía yo que en la persistencia del tipo B<sup>1</sup> en castellano había influencia unida de la versificación provenzal, catalana y galaicoportuguesa; ahora me parece innecesaria e infundada la suposición, pues el ejemplo italiano bastaba.

<sup>25</sup> Consúltese R. Menéndez Pidal, *Cantar de Mio Cid*, texto, gramática y vocabulario, págs. 78, 79, 96, 97, 101, 102.

El danno, que non le pueda venir...  
 A las cosas ciertas vos comendat...  
 Non te quexes por lo que Dios fiziere...

El tipo B<sup>1</sup> —con tendencia al B<sup>3</sup>— abunda, pero no se sostiene:

En el comienço deve omne partir...  
 Ten que es derecho si te arrepentieres..  
 Bive tal vida que mueras onrrado...

Una que otra vez obtiene el tipo A:

Non castigues al moço maltrayendo...

En ocasiones combina versos de once y de doce sílabas, como después el *arte mayor* <sup>26</sup>.

3. Se ha discutido si el Arcipreste de Hita escribió endecasílabos. Pien-san que sí Menéndez Pelayo y Julio Puyol; no así Hanssen. Sus ende-casílabos se presentan como combinaciones de versos de cinco y de siete sílabas, con rima interna:

Quiero seguir / a ti, flor de las flores,  
 siempre dezir / cantar de tus loores,  
 non me partir de te servir, / mejor de las mejores...

Pertencen al tipo B<sup>1</sup>, con pausa fuerte después del acento en la cuarta sílaba; a veces llevan una sílaba de exceso después del acento interior, como en la epopeya francesa:

Nunca fallece / la tu merced complida...<sup>27</sup>

4. El endecasílabo galaicoportugués, en su forma popular, fluctuante, penetró en Castilla en el siglo XIV, como se ve en el *cossante* del árbol de amor, del Almirante Mendoza, “Aquel árbol que mueve la foxa...”:

Ya se *demuestra: salid*llas a ver...

<sup>26</sup> Consúltese Friedrich Hanssen, *Notas a la versificación de Juan Manuel*, en los *Anales de la Universidad de Chile*, 1901.

<sup>27</sup> M. Menéndez y Pelayo, *Antología*, tomo III, pág. C; Juno Puyol y Alonso, *El Arcipreste de Hita*, Madrid, 1906, pág. 214. En contra: F. Hanssen, *Los metros de los cantares de Juan Ruiz*, en los *Anales de la Universidad de Chile*, 1902; sus razones son insuficientes, pues cree que los versos no son endecasílabos porque su ritmo es yámbico y no dactílico —o, como prefería decir Milá, anapéstico—; en realidad, la acentuación yámbica también podía encontrarla el Arcipreste en la poesía galaicoportuguesa, si es que allí buscaba sus modelos.

Vengan las *damas* las *frutas* cortar...

y en composiciones anónimas, populares, del *Cancionero Herberay* (siglo XV):

Una mozueta de *vil* sembrar...<sup>28</sup>

5. Nuestro *arte mayor* es probablemente de origen galaicoportugués: así lo afirmaba el Marqués de Santillana. El dodecasílabo, que es su eje, compuesto de dos hemistiquios exactamente iguales (“Amores me dieron corona de amores...”), se combina con el endecasílabo anapéstico (B<sup>3</sup>):

Tanto andovimos el cerco mirando  
que nos fallamos con nuestro Macías  
e vimos que estava llorando los días...

El tipo B<sup>1</sup>, a pesar de su escasa fuerza rítmica, se encuentra a veces en el arte mayor:

Cuando punava por descabollirme...<sup>29</sup>

Es importante recordar que en los endecasílabos de arte mayor hay pausa fuerte después del acento en la sílaba cuarta, y el verso no es simple, sino compuesto de dos secciones, como el dodecasílabo.

6. En el *Arte de trovar*, de Enrique de Villena, escrito en 1433, hay al final ejemplos de endecasílabo, con cesura después de la sílaba cuarta. No se sabe si son del autor del libro o ajenos:

Quien de *trobar* reglas primero dió... (B<sup>2</sup>)

<sup>28</sup> Sobre el endecasílabo galaicoportugués, v. *supra* (y nota con indicaciones bibliográficas).

<sup>29</sup> Versos de Juan de Mena: cito según el *Cancionero castellano de siglo XV*, coleccionado por Raymond Foulché-Delbosc, Madrid, 1912.

Aunque en el arte mayor se encuentran de tarde en tarde versos semejantes a nuestros modernos A y B<sup>2</sup>, debe recordarse que los poetas del siglo XV no los leían como tales; para ellos, el único acento que contaba en estos casos era el de la cuarta sílaba:

Por el arena      seca paseando...  
Non dedes causa      Gibraltar que faga... (Mena)

Sobre el arte mayor, consúltese: Bello, *Ortología y métrica*, Foulché-Delbosc, *Etude sur le “Laberinto” de Juan de Mena*, en la *Revue Hispanique*, 1902 (o traducción de Adolfo Bonilla y San Martín, *Juan de Mena y el arte mayor*, Madrid, 1903); Hanssen, *El arte mayor de Juan de Mena*, en los *Anales de la Universidad de Chile*, 1906, especialmente pág. 186.

Quando querrás rescebir la fortuna... (B<sup>3</sup>)  
 Vuestra *bondat*, por ser de *mí* loada... (B<sup>2</sup>)  
 Abrá sazón que sea *más* conocida... (B<sup>3</sup>)  
 Cuidado *tengo* yo de *ti*, ay alma... (B<sup>2</sup>)

7. En el verso de arte mayor, el dodecasílabo predomina. En Micer Francisco Imperial, por excepción, hay intento de adoptar el verso de Dante. Es probable que en el oído de Imperial se produjera una confusión entre los ritmos del arte mayor y los del endecasílabo dantesco; su metro aparece desorganizado:

El tiempo poder pesa a quien más sabe,  
 e donde aqueste principio yo tomo  
 non es menester que por mí se alabe...  
 Cerca la ora que el planeta enclara  
 al oriente, que es llamada aurora,  
 fuíme a una fuente por lavar la cara  
 en un prado verde que un rosal enflora...  
 Escripto todo con oro muy fino,  
 e començaba: *En medio del camino...*  
 Onde omilde enclinéme delante,  
 faziéndole debida reverencia...<sup>30</sup>

8. Según Menéndez y Pelayo<sup>31</sup>, el caso de Fernán Pérez de Guzmán es parecido. Pero examinando con atención los metros del señor de Batres, se descubre que si unas veces escribe versos de arte mayor, donde a ratos muestra predilección marcada por el endecasílabo auxiliar (B<sup>3</sup>), otras veces escribe endecasílabos a la francesa (B<sup>1</sup>), distintos de los anapésticos<sup>32</sup>. En arte mayor están, por ejemplo, las coplas de la *Confesión* y el *Dezir* en memoria del Almirante de Castilla, donde abunda el endecasílabo B<sup>3</sup>:

Hombre que vienes aquí de presente,  
 tú que me viste ayer almirante...

<sup>30</sup> Cito por el *Cancionero de Baena*, Madrid, 1851 (núm. 250). Examínense también las composiciones que llevan los números 226, 231, 239, 521, 548, y consúltese M. Menéndez y Pelayo, *Antología*, tomo III, págs. lxxvii, lxxix: y lxxii, y tomo XIII, págs. 209 y 210.

<sup>31</sup> *Antología*, XIII, pág. 211.

<sup>32</sup> Ya lo había observado Hanssen, en *Los versos de las Cantigas de Santa María del rey Alfonso X*, en los *Anales de la Universidad de Chile*, 1901: v. pág. 538.

Gloria e honras, estado e plazer  
me desamparan aquesta sazón...

Pero endecasílabos a la francesa (B<sup>1</sup>), que a menudo tienen una sílaba de exceso, átona, después de la cuarta acentuada, son los versos de las coplas *Que más virtud da la buena criança que la generación* (“Yo digo así que la buena criança...”) y *Aceptando ser hombre a bien vivir y suplicando a Dios se vencen los pecados naturales* (“Si la costumbre es tornada en natura...”), que forman parte de los *Vicios y virtudes*, los del himno *A Nuestra Señora* (“¡Oh sacra esposa del Espíritu Santo!”) y los de la *Oración a Nuestra Señora en fin de toda la obra* (“Virgen preciosa de muy dulce aspecto...”):

¡Oh sacra esposa / del Espíritu Santo,  
de quien nació / el sol de la justicia,  
oh resplandor, / oh grandiosa leticia  
del paraíso, / e del infierno espanto!

La mejor prueba de que no están en arte mayor es que nunca se encuentra entre ellos el verso fundamental de aquel metro, el dodecasílabo dividido en dos hemistiquios estrictamente iguales (6 + 6), a pesar de que abundan los renglones de doce sílabas (5 + 7) producidos por la adición de la sílaba átona después de la cuarta acentuada:

Renderte gracias / nin fazer tal servicio  
Señora mía / lo podrá regraciar...  
Nin tú, Señora, / cesas intercediendo...

9. Si el modelo de Fernán Pérez de Guzmán es el endecasílabo francés —que precisamente durante el siglo XV estaba muy en boga en Francia—, el modelo del Marqués de Santillana fue el endecasílabo italiano. La pausa después de la cesura ha desaparecido; el verso es ya, como en italiano, una unidad. Como sus maestros de Italia, el Marqués emplea dos acentuaciones: la de la cuarta sílaba (B<sup>1</sup>), con sus variantes B<sup>2</sup> y B<sup>3</sup>, y la de la sexta (A). La primera es la que abunda más:

Quando yo veo la gentil criatura  
quel cielo, acorde con naturaleza,  
formaron, loo mi buena ventura,  
el punto e ora que tanta belleça  
me demostraron, e su fermosura...

(Soneto I)

Doradas ondas del famoso río  
 que baña en torno la noble çibdad  
 do es aquella cuyo más que mío  
 soy e posee la mi voluntad...

(Soneto XIX)

Ejemplos de A:

Traen los caçadores al marfil a  
 padecer la muerte enamorado,  
 con vulto e con aspecto femenil...

(Soneto XXI)<sup>33</sup>

---

<sup>33</sup> Quince de estos sonetos tuvieron en el siglo XV un glosador anónimo: consúltese *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, de Bartolomé José Gallardo, tomo I, columna 585.

El poeta aragonés Johan de Villalpando, a mediados del mismo siglo XV, escribió también sonetos —cuatro—, pero no en endecasílabos a la italiana, sino en versos de arte mayor:

Si las diversas passiones que siento,  
 ya que mi caso las trae consigo,  
 pudiesse por nombre dezir el tormento...

Consúltese el *Ensayo* de Gallardo, tomo I, columnas 535-536.

El sevillano Hernando Díaz tradujo en 1520 el soneto de Petrarca “Se amor non é...” y fragmentos de la *Divina Comedia*, todo en versos de arte mayor. En arte mayor compuso Juan del Encina unas octavas reales (1509), y antes que él el rosellonés Pedro Moner; Gutierre de Cetina, después, un soneto.

Poetas españoles que escribieron endecasílabos en italiano: Bartolomé de Torres Naharro, Bertomeu Gentil, el Chariteo (el catalán Bernardo Gareth) y el Tapia autor de cinco composiciones en tercetos que figuran en el *Cancionero general de Hernando del Castillo*, edición de 1520. Consúltese M. Menéndez y Pelayo, *Antología*, XIII, págs. 229-232 y 436-454.

VI  
BOSCÁN Y MENDOZA<sup>34</sup>

Cuando Boscán trasplanta el endecasílabo italiano a nuestro idioma, y el ejemplo magnífico de Garcilaso lo impone, se conservan todas sus características. A lo largo del siglo XVI sufrirán modificaciones.

Dos de los primeros poetas del movimiento italianista, Boscán y Diego Hurtado de Mendoza, escribieron a veces endecasílabos que lo son sólo según el número de sílabas, pero de acentuación anárquica; así en la canción “Quiero hablar un poco...”, de Boscán, y en la epístola de Mendoza “El no maravillarse...”<sup>35</sup>. Probablemente en tales desaciertos, y en otros ajenos de composiciones hoy no leídas o no conocidas, se inspira la parodia de Cristóbal de Castillejo; prueba que, a los oídos de muchos, los primeros endecasílabos de los italianistas sonaban como versos sin ritmo:

Y ya que mis tormentos son forzados,  
bien que son sin fuerza consentidos,  
qué mayor alivio en mis cuidados...<sup>36</sup>

Cuando Boscán y Mendoza logran mayor dominio de la versificación, y sus renglones de acentuación anárquica son menos frecuentes, conservan todavía los cuatro tipos italianos de endecasílabo (A, B<sup>1</sup>, B<sup>2</sup> y B<sup>3</sup>).

Ejemplos de B<sup>1</sup> y B<sup>3</sup>:

El alto cielo que en sus movimientos...  
La noche sigo, mas mi fantasía...  
Estando el alma con mil accidentes.  
Revuelve y dice la desconfianza...  
Mi mal es tanto que me ensañaría

---

<sup>34</sup> Sobre Boscán y la definitiva adopción del endecasílabo italiano en España, consúltese M. Menéndez y Pelayo, *Antología*, XIII, págs. 161-239; además, Andrés Bello, observaciones citadas por Miguel Luis Amunátegui en el prólogo al tomo V de las *Obras completas de su maestro*.

<sup>35</sup> Para los versos mal acentuados de Boscán, consúltese M. Menéndez y Pelayo, *Antología*, XIII, págs. 213-220. El ilustre crítico señala bien (pág. 214) los versos del tipo B<sup>3</sup>, pero no hace cuenta aparte del tipo B<sup>1</sup>.

<sup>36</sup> Se advierte que Castillejo creía que los italianistas hacían diéresis en todos los diptongos.

El mal escojo, por determinarme...  
 Si por amor, o por mi desconcierto  
 Amor me tiene por su desenfado...  
 La mano al punto de la fantasía  
 Dichoso el día, dichosa la hora...  
 Do el sobresalto, si alguno quería...  
 Cosa es común en los enamorados  
 Y de medroso acometo al cuidado...  
 Cobrado he miedo a cualquier aventura ..  
 Dulce gozar con lo que me engañaba...  
 (Boscán, *Sonetos*)

Cuando quisieres, cual pobre pastor...  
 (Mendoza, Égloga “En la ribera...”)

En tu descuido y mi desconfianza...  
 (Mendoza, Canción “Cómo podré cantar...”)

Nacida en medio del Andalucía...  
 La culpa al mundo y a su desconcierto...  
 Sirviendo al rey por mi satisfacción...  
 (Mendoza, Carta a don Luis de Zúñiga)

## VII GARCILASO

Iguales muestras se hallan en Garcilaso:

Tus claros ojos ¿a quién los volviste?...<sup>37</sup>  
 Cuál es el cuello que como en cadena... (¿B<sup>3</sup>?)<sup>38</sup>

<sup>37</sup> Este verso, “verso divino”, dice Enrique Díez Canedo, ha sido citado como ejemplo de acentuación defectuosa y rechazado por los preceptistas tradicionales.

<sup>38</sup> *Como*, relativo, es palabra inacentuada. Así otras disílabas, en versos que se citarán: *para*, *sino*, *entre*, *donde* (y *do*), por ejemplo: consúltese el decisivo estudio, resultado de trabajos experimentales, de D. Tomás Navarro Tomás, *Palabras sin acento*, en la *Revista de Filología Española*, 1925, XXII págs. 335-

375. En cambio son palabras acentuadas *no*, *ni*, *muy*, los artículos *un* y *una*, los adverbios *bien* y *mal* (los poetas los consideraban acentuados hasta dentro de palabras compuestas), las formas verbales *he*, *ha*, *es*, *son*:

Bien es verdad que no está acompañada...

(Garcilaso, Elegía I)

La mía sé que no sé mudará...

Y entrególa a quien no la merecía...

(Mendoza, Égloga “En la ribera...”)

Errando por las no vistas montañas...

(Cristóbal de Mesa, Égloga VI de Virgilio)

Porque algún tiempo no le respondía...

(Montemayor, Canción de *La Diana*)

No tuvieron o no guardaron leyes...

(Guillén de Castro, *El amor constante*)

De vientos no conjuración alguna...

(Góngora, *Soledades*)

Con sobresalto ni desconfianza...

(Fray Pedro de Padilla, Soneto “Felicidad ni gusto...”)

Y en todo aquesto, ni por pensamiento...

(Lope, *La discreta enamorada*, I)

Con que las vengue muy a su contento...

(Francisco de Castilla, *Fábula de Acleón*)

También mirad la bienaventuranza...

(Cervantes, Soneto sobre Isabel de Valois)

Tiene por sola bienaventuranza...

(Quevedo, Epístola a Olivares)

Cantan las almas bienaventuradas...

(Fray Pedro de Padilla, Canción “Oye la voz...”)

Moverme yo, de mal ejercitada...  
(Garcilaso, Égloga III)

Y con su duque mal aconsejado...  
(Cetina, Epístola I)

Y a ver los pasos por do me ha traído...  
(Garcilaso, Soneto I)

Es probable que Garcilaso considerase acentuadas palabras como *quien*, *cuanto*, *cuando*, *donde*, *do* (demostrativos-relativos o simplemente relativos), los adjetivos *nuestro*, *vuestro*, *cada*, delante de sustantivo, la preposición *contra*:

Aquí está quien te ayudará a sentillo...  
Entonces, como cuando el cisne siente...  
(Égloga II)

Enredó sobre nuestros corazones...  
(Epístola a Boscán)

Por testigo de cuanto os he encubierto...  
(Canción II)

Y en esto no voy contra el juramento...  
(Soneto VII)

Que no encubre de cuanto se avecina...  
(Elegía I)

Según eso, no deben clasificarse en el tipo B<sup>1</sup> estos versos:

¿Tú no violaste nuestra compañía?  
Mas no acabó con cuanto me dijese  
Quedé yo entonces como quien camina...  
De aquesta vida cada partecilla...  
Y caminando por do mi ventura...  
(Égloga II)

Los blancos cuerpos cuando sus oídos...  
(Égloga III)

Y cuántas otras, cuando se acababa...  
(Elegía I)

Con la memoria de mi desventura..  
(Égloga I)

Hinchen el aire de dulce armonía... (B<sup>3</sup>)  
Al sueño ayudan con su movimiento...  
Y al disponer de lo que nos quedaba...  
Ora clavando del ciervo ligero... (B<sup>3</sup>)  
Del mal ajeno de la compañera...  
Se engarrafaba de la que venía...  
El largo llanto, el desvanecimiento...  
Verde tejida, aquel valle atajábamos... (B<sup>3</sup>)<sup>39</sup>  
Luego mis ojos le reconocieron...  
Cómo pudiste tan presto olvidarte... (B<sup>3</sup>)  
Oh lobos, oh osos, que por los rincones...  
Allí se halla lo que se desea...  
Que volvió el alma a su naturaleza...  
Salir el humo de las caserías...  
(Égloga II)

Digo que vine cuanto a lo primero...  
Mas el amor de donde por ventura...  
(Epístola a Boscán)

Quién me dijera, cuando en las pasadas...  
(Soneto X)

Dada la posición en que se halla *como*, en “Me quejo a vos, como si en la verdad...”, su supuesto acento no influye en el ritmo del verso; pero sí en “Guardarme como en los pasados años” (Canción IV) y en “Cuál es el cuello que como en cadena” (quizá haya que contarlos como anapésticos).

<sup>39</sup> Tanto *aquel* como *valle* tienen acento, pero el de *valle* es dominante. Tal vez, en razón de la estructura sintáctica, deberían contarse entre los anapésticos otros versos de la Égloga II: “Adiós, montañas; adiós, verdes prados...” y “Tentar el mal, y si es *malo* el suceso...”, éstos de la Elegía I: “Con gran razón podré ser la presente...” y “Bien es verdad que no *está* acompañada...”, éste de la Canción IV: “En un temor que me ha puesto en olvido...”, y éste del Soneto XVI: “Me quitó al mundo y me ha en *ti* sepultado...”. En italiano no es raro el uso, deliberado al parecer, de estas acentuaciones dudosas:

*Zefiro torna, e 'l bel tempo rimena,  
E i fiori e l'erbe, sua dolce famiglia...*  
(Petrarca, Soneto que comienza así)

Oh cuántas veces, con el dolor fuerte...<sup>40</sup>  
 ¿Algunos premios, o agradecimientos?...  
 Tú, gran Fernando, que entre tus pasadas...  
 (Elegía I)

Se contradicen en lo que profieren...  
 (Elegía II)

De daros cuenta de los pensamientos...  
 (Epístola a Boscán)

Y se convierta a do piense salvarme... (B<sup>3</sup>)  
 Y de mis males arrepentimiento...  
 (Canción I)

Un campo lleno de desconfianza...  
 Le di, que es causa, cuya fortaleza...  
 Alguna parte de lo que yo siento...  
 (Canción IV)

Hallo, según por do anduve perdido... (B<sup>3</sup>)  
 Libre el lugar a la desconfianza...  
 Yo no nací sino para quereros...<sup>41</sup>  
 En tantos bienes porque deseastes...  
 Pienso remedios en mi fantasía...  
 A poder mío y mi consentimiento...  
 En salvo destes acontecimientos...  
 Cortaste el árbol con manos dañosas... (B<sup>3</sup>)  
 Después acá de lo que consentí...  
 A romper esto en que yo me metí... (B<sup>3</sup>)  
 Mas es a tiempo que de mi bajeza...

<sup>40</sup> Este verso tiene un acento entre la sílaba cuarta y la décima, el de *dolor*, pero, como esté situado en la novena, no tiene valor rítmico. Igual cosa sucede en “Alguna parte de lo que yo siento”, (v. *infra*), donde *yo* carece de valor rítmico y se suma al verbo que le sigue.

<sup>41</sup> Es posible que, para Garcilaso, sino estuviera todavía dividido en sí y *no* (acentuado); de ser así, este verso no debería clasificarse entre los acentuados sólo en la sílaba cuarta.

Un dulce amor, y de mi sentimiento...<sup>42</sup>

VIII  
SÁ DE MIRANDA

Francisco de Sã de Miranda, admirador de Boscán y de Garcilaso, introduce en Portugal el endecasílabo de tipo italiano y lo escribe tanto en portugués como en español. En sus versos castellanos, después de los tipos A y B<sup>2</sup>, el que más abunda es el B<sup>3</sup>:

<sup>42</sup> Los versos citados en el texto son todos los de Garcilaso que pertenecen indudablemente a los tipos B<sup>1</sup> y B<sup>3</sup>. En toda su obra sólo encuentro cinco endecasílabos de acentuación inaceptable:

El fruto que con el sudor sembramos...

(Elegía II)

Que ya no me refrenará el temor...

(Canción II)

Lo menos de lo que en tu ser cupiere.,

Mas todo se convertirá en abrojos...

(Égloga III)

En lágrimas, como el lluvioso viento...

(Elegía II)

Hay dos versos en que la palabra que decide la acentuación es *un* y no *los*, como antes pensé:

Descójolos, y de un dolor tamaño...

Juntándolos, con un cordón los ato...

El verso 42 de la Elegía I aparece de este modo desde la primera edición de las obras de Garcilaso:

No quedará ya tu alma entera...

La mayor parte de los editores lo conservan así, y Fernando de Herrera lo defiende ingeniosamente contra correcciones que se habían propuesto, diciendo que el verso está incompleto para sugerir, precisamente, que el alma no ha quedado entera. Creo, sin embargo, que Garcilaso habrá escrito once sílabas y que sería aceptable la lección que recojo de anotador anónimo:

No quedará ya tu alma toda entera.

Sobre la versificación de Garcilaso, consúltese: Hayward Keniston, *Garcilaso de la Vega*, Nueva York, 1922, y Navarro Tomás, *Palabras sin acento*, págs. 350-351, 356, 362, 364 y 373 (para rectificaciones).

De otreu cuidadoso, de sí descuidado...  
 Con ansia tanta de las mis entrañas... (B<sup>1</sup>)  
 Pasando d'ellas seguro cercano...  
 Aquellos ojos que el alma embaían...  
 Con las amigas, mudar la color...  
 Zagala altiva con los tus poderes... (B<sup>1</sup>)  
 Vengan los pejes poblar los currales,  
 pasca el ganado los ríos cabdales...  
 Son los sospiros de los inocentes... (B<sup>1</sup>)  
 (Égloga XX, *Alejo*)

Ah, quien me oiere, en mi mal escarmiente...  
 Que buen consejo de naturaleza... (B<sup>1</sup>)  
 Aprisionada, la lengua nos dió...  
 A nos se viene; parece Salicio...

Sin mil enojos, sin lágrimas vistas...  
 Ojos más tristes que nunca nacieron...  
 Y que mis fuegos doblaran llorando...  
 Si amaneciere, será primavera...  
 Luego las Drías y las Amadrías... (B<sup>1</sup>)  
 Con que la vista del todo perdieron...  
 Desatinados del todo y sandíos...  
 Ojos son estos que ansí desbaratan...  
 Después cantava con los ruisiñores... (B<sup>1</sup>)  
 Seguidas siempre de arrepentimientos... (B<sup>1</sup>)  
 Que henchiste el bosque del son extranjero...  
 (Primera versión de la égloga *Nemoroso*)<sup>43</sup>

---

<sup>43</sup> Poesías de Francisco de Sã de Miranda, edición de Carolina Michaëlis de Vasconcellos, Halle, 1885. Sã de Miranda todavía tiene versos de acentuación irregular:

Quántas lágrimas por un medio riso...  
 Adonde con la su lengua esgrimiendo...  
 (*Nemoroso*)

Sobre su versificación, tanto en castellano como en portugués, consúltese el prólogo de la señora Michaëlis.

## IX

## ENDECASÍLABOS ANAPÉSTICOS Y CRECIENTES

De ahí en adelante, el anapéstico (B<sup>3</sup>) desaparece, porque los poetas españoles lo reconocían como aliado del dodecasílabo en el *arte mayor* y como elemento de la versificación fluctuante en las canciones populares de la época; huyendo de la confusión de metros, desterraron el tipo que entre los italianos es perfectamente legítimo como variante de B<sup>1</sup>. Los ejemplos que se encuentran de B<sup>3</sup>, desde entonces, son esporádicos, y cabe —aquí sí— atribuirlos a descuido, como los versos de acentuación anárquica que suelen descubrirse. Pocos he encontrado, y los cito como curiosidades:

Cantares míos que estáis rebelados...

(Eugenio de Salazar, *Soneto a la poetisa de Santo Domingo doña Elvira de Mendoza*)

Duro peñasco en do escripto y pintado...

(Gil Polo, *Diana enamorada*, I)

Y a la ciudad del Espíritu Santo...

Lo que merece que todos abonen...

(Juan de Castellanos, *Elegías*, Parte II, Elegía III, Canto IV)<sup>44</sup>

Oh muerte triste, que así me entristeces...

(Fray Jerónimo Bermúdez, *Nise lastimosa*, I)

Quebró el pincel y vertió los colores...

(Gregorio Silvestre, Soneto “La mano diestra...”)<sup>45</sup>

<sup>44</sup> Es posible que el tipo B<sup>3</sup> fuese normal para Castellanos, porque abunda en las *Elegías*; caso único después de Boscán, Garcilaso y Sã de Miranda.

<sup>45</sup> A este poeta portugués le atribuyeron Pedro de Cáceres Espinosa y Luis Barahona de Soto el descubrimiento de la verdadera estructura del endecasílabo italiano y castellano; Menéndez y Pelayo (*Antología*, XIII, pág. 384) dice que le atribuyeron el descubrimiento de la “medida yámbica”: si tal pensó o se pensó de él, su práctica lo desmiente, pues en el verso citado coloca un acento en sílaba impar. También empleó el verso acentuado sólo en cuarta

De mí, le dije por qué no venía...  
(Calderón, *Casa con dos puertas*, I)

Nos unirá clandestino himeneo...  
(Gabriel de Bocángel, *Leandro y Hero*)

Chisgarabís y Don Diego de Noche...  
(Quevedo, *Entremés de las sombras*)

¿Por qué? Quizá porque más venturosa...  
(Sor Juana Inés de la Cruz, *Sueño*)

Un religioso que apenas podía...  
(Fray Matías de Bocanegra, *Canción alegórica*)

¡Ah! no lo es tal, que Damón es honrado...  
(Fray Diego González, cit. por Eduardo de la Barra)<sup>46</sup>

El endecasílabo creciente, con una sílaba de exceso, a la manera de los de Petrarca y sus predecesores, no se halla sino por excepción, que también podemos atribuir a inadvertencia:

Hay potramédicos, haya potralcaldes...  
(Cervantes, *La elección de los alcaldes*)

## X

### LA ACENTUACIÓN EN LA CUARTA SÍLABA: SIGLOS XVI Y XVII

El endecasílabo acentuado solamente en la cuarta sílaba (B<sup>1</sup>) duró tres siglos con vida normal en castellano. Hay unos pocos poetas que lo evitan: Jorge de Montemayor<sup>47</sup>, Gil Polo, Pablo de Céspedes, Pedro

---

sílaba (v. *infra*).

<sup>46</sup> Sobre Góngora, v. *infra*.

<sup>47</sup> En Montemayor sólo hallo este verso que estrictamente debería contarse entre los de acento en cuarta sílaba, pero probablemente el poeta contaba *adonde* como palabra acentuada:

Una comedia adonde su decoro...  
(Elegía en la muerte de Feliciano de Silva)

de Oña, Juan de Arquijo, Rioja, y parte del grupo de poetas de Antequera y Granada que figura en las *Flores de poetas ilustres* (1605). Ejemplos, escogidos generalmente entre muchos de cada poeta:

Comiendo en ella a los enamorados...  
(Gonzalo Pérez, *La Ulixea*, II)

Y el verse lejos de su compañía...  
(Hernando de Acuña, *Fábula de Narciso*)

Lugar secreto que de mis dolores...  
(Lomas Cantoral, Soneto “Sombra fresca...”)

Que con tu ausencia y con desampararme...  
Los altos bienes de mi pensamiento...  
(Cetina, Soneto “Pues se conforma...”)

Responde y dice la desconfianza...  
(Sebastián de Córdoba, Soneto “Nuestra alma...”)

Que halló en este su descubrimiento...  
Y en esto el miedo y la desconfianza...  
(Luis Zapata, *Carlo famoso*, XI) <sup>48</sup>

Amor tus flechas con que enriqueciste...  
(Gregorio Silvestre, Soneto “En esta sombra”)

Que fuese, fuera de lo que miraba...  
(Gregorio Silvestre, *Fábula de Narciso*)

Son las prisiones y la ligadura...  
(Camoens, Soneto 283, en castellano)<sup>49</sup>

---

<sup>48</sup> Zapata es versificador muy descuidado y escribe versos como éstos en su *Carlo famoso*:

Al Emperador sus embajadores... (XI)  
Y sobre ella fue con la capitana... (XII).

<sup>49</sup> Igualmente aparece el tipo B<sup>1</sup> en los versos portugueses de Camoens:

Poned manzanas a mi cabecera  
y otros olores con que me consuele...  
(Arias Montano, Paráfrasis del *Cantar*, III)

Veré las causas, y de los estíos...  
(Fray Luis de León, *A Felipe Ruiz*)

Bailes ordena, mientras su Vulcano...  
Hermosa sales y resplandeciente...  
El risco agudo y el despeñadero...  
(Fray Luis de León, *Odas de Horacio*)<sup>50</sup>

*Contarei, disse, sem que me reprimam...*  
(*Os Lusíadas*, V)

El tipo B<sup>1</sup> ha sobrevivido en portugués desde los tiempos de Sã de Miranda:

*Tornate a Ondelio que la restituia...*  
(Eloyo de Sã Sotomayor, *Ribeiras do Mondego*, I)

*E como foste misericordioso...*  
(Francisco Manuel, *A viola de Talia*, tercetos IV)

*E lá do pégo da concavidade...*  
(Frei Manoel de Santa María Itaparica, *Descricao da Ilha de Itaparica*)

*As recebemos dos antepasados...*  
(Frei Basilio da Gama, *O Uruguay*)

*Liamos ambos por curiosidade...*  
(João de Deus, *Francesca*)

*Caspido ás praias pelas tempestades...*  
(Theophilo Braga, *O sepulcro de Virgilio*)

*A Via Lactea se desenrolava...*  
(Olavo Bilac, *Via Lactea*)

*É liso o lago que nos desfeava...*  
(Eugenio de Castro, Soneto *Muitos annos depois*)

*Tem un soluco de arrepenlimento...*  
*Formando un ponto de interrogacao...*  
(Guillherme de Almeida, Soneto XIII, de *Nos*)

Se le encuentra, además, en la moderna poesía gallega:

*Os desleigados que te escarnecerán...*  
(Curros Enríquez, *Aires d'a miña terra*, introducción)

<sup>50</sup> Hay en Fray Luis versos imperfectos, como éstos que cita Navarro Tomás (*Palabras sin acento*, pág. 361-362):

Ponían sobre su boca las manos...

A su albedrío y a mi descontento...  
(El Brócense, Soneto “Oh pasos locos...”)

Y alega un salmo con que lo atestigua...  
(Alcázar, *Poesías festivas*, soneto V)

Puede tomar lo que le conviniere...  
(Timoneda, *Octava a los representantes*)

Idea viva de mis pensamientos...  
(Bermúdez, *Nise lastimosa*, I)

Traspuesto el sol de tu conocimiento...  
(Malón de Chaide, *Parce mihi* de Job)

Egicia, y gloria de su confianza...  
(Herrera, *Por la victoria de Lepanto*)

En sus caballos y en la muchedumbre...  
(Herrera, *Pérdida de don Sebastián*)

Hiende el caballo desapoderado...  
Mas de la suerte, como si del cielo...  
Las ricas minas, y los caudalosos...  
Piensas sacar de mi desasosiego...  
(Ercilla, *Araucana*)<sup>51</sup>

Cansado, cuando llegó habían pasado...  
¿Qué pierde para que por blanco opuesto...?

O estos otros:

Esta flauta, con que el Alexi hermoso...  
(Égloga V de Virgilio)

De Lesbo, que si a tu juicio es dino...  
(Oda I, libro I, de Horacio)

<sup>51</sup> Es significativo encontrar estos versos en Ercilla, que apenas usa otro endecasílabo que el de acento en sexta (tipo A). El de acento en cuarta y octava (B<sup>2</sup>) no es en *La Araucana* mucho más frecuente que el de acento sólo en cuarta (B<sup>1</sup>). Excepcionalmente se encuentra algún verso mal hecho:

Apenas en la deseada arena... (XV)

Asienta pueblos con sus oficiales...  
 Y tal el oro de su nacimiento...  
 Donde faltaron las enfermedades...  
 Mas no faltaron las calamidades...  
 Estaban todos, atemorizados...  
 Diego García con la pesadumbre...  
 Indios feroces y desvergonzados...  
 (Juan de Castellanos, *Elegías*, parte II; *Elegía III*, canto IV)<sup>52</sup>

Esta es grandeza, que de las grandezas...  
 (Saavedra Guzmán, Soneto a Valbuena)

---

El chileno Pedro de Oña, que comienza su carrera como discípulo de Ercilla, en su *Arauco domado* (1596) sólo emplea el tipo A. En ocasiones escribe versos que deberían contarse entre los del tipo B<sup>1</sup>, porque los vocablos en que figura el esperado (y por él supuesto) acento de la sexta es inacentuado en realidad:

Para salir con cuanto pretendiera...  
 Sonaban ya por donde discurría...

En *El vasauero*, poema terminado en 1635, emplea a veces el verso acentuado en las sílabas cuarta y octava o tipo B<sup>2</sup> (pero no predomina: hay que rectificar la afirmación de don Rodolfo Oroz en su edición del poema, Santiago de Chile, 1941, pág. lxxxvi); del acentuado sólo en cuarta (B<sup>1</sup>) he encontrado ejemplos dudosos, versos en que, como en el *Arauco domado*, se atribuye acento a palabras que no lo tienen (*quien, cuyo, donde, cuando*, relativos; *hasta, mientras*):

De engaños, y haya quien te comunique... (I)  
 Las borlas, tela, y hasta deshaciendo... (III)  
 Su fiel constancia, cuando de Lucía... (VI)  
 Por él venís te a donde la cortina... (X)  
 Nace Luis, a cuyo nacimiento... (X)  
 Ay, cuántas veces, mientras lo escribías... (X)

<sup>52</sup> Aparte de emplear este tipo de verso, Castellanos es muy desmañado versificador. Ejemplos tomados del mismo canto:

Se pasaron a Barraquicimeto...  
 Por mandado de la Real Audiencia...  
 Que el sol por término se les daría...

Y era creer que te contentarías...

(Francisco de Terrazas, *Epístola*)

Aura, templanza, y a las sonoras...

(Francisco de la Torre, Soneto “Vuelve Céfiro...”)

Y pues me dejan, por lo que llevaron...

(Francisco de Figueroa, *Versos a Montano*)

Entre la turba que sacrificaba

A la cuitada que pereceba...

A tal merced, y que se me ofreciera...

(Pedro Sánchez de Viana, *Metamorfosis de Ovidio*, X)

Si dar queremos a los consonantes...

(Juan de la Cueva, *Ejemplar poético*, II)

Den el perdón al que los ofendiere...

(Fray Diego Murillo, *Palabras de Cristo en la cruz*)

Y lo intrincado y lo dificultoso...

(Barahona de Soto, *Sátira 1*)

Ya que me faltan para dibujaros...

Hermosa frente, en cuyo señorío...

Por fin del mundo, y de la hermosura...<sup>53</sup>

(Gálvez de Montalvo, *El pastor de Filida*, III)

Consigo raudos arrebatarán...

(Hernández de Velasco, *Eneida*, I)

La ansia y pasión que te desasosiega...

(Rey de Artieda, *Epístola sobre la comedia*)

Las altas ondas en el occidente...

(Espinel, *La casa de la memoria*)

---

<sup>53</sup> H aspirada en *hermosura*.

- La cruz, de yesca para sus enojos...  
(Ledesma, Soneto sobre Longinos)
- Mi dama, pienso que con su presencia...  
(Tárrega, *El prado de Valencia*, I)
- Y así, cual padre de misericordia...  
(Virués, *Monserate*, I)
- Bien lo han mostrado sus ofrecimientos...  
(Miguel Sánchez, *La guarda cuidadosa*, I)
- Habréislo sido de mi desventura...  
(Damián Vegas, *Comedia Jacobina*, III)
- Este lugar! de mis navegaciones...  
(Medrano, Canción "Oh mil veces...")
- El triste día se le representa...  
(Juan de Arjona, *Tebaida*, I)
- Haciendo en esto a la naturaleza...  
(Carrasco de Figueroa, *Conto de la Curiosidad*)
- Por propria insignia de tu simulacro...  
(Lupercio Leonardo, Canción a Felipe II)
- Con presupuesto de arrepentimiento...  
(Velázquez de Velasco, Salmo 37)
- Esto te pido, por lo que aprovecha...  
(Dr. Garay, Epístola a Fabia)
- Si al cedro vieres ensoberbecerse...  
(Pérez de Herrera, *Menosprecio de las cosas caducas*)
- Ásperas, blandas con el aspereza...  
(Lope de Salinas, Canción "Los claros ojos...")

- Mozas de Lesbos, las que me incitastes...  
(Diego Mejía, *Safo a Faón*)
- Luego caería en arrepentimiento...  
(Luis de Ribera, *De la virtud heroica*)
- Al fin veréis que para el alboroto...  
(Esquilache, Carta al Conde de Lemos)<sup>54</sup>
- En aquel libro de sus Confesiones...  
(Agustín de Rojas, *Loa en alabanza del Jueves*)
- Y medrantando a los que le seguían...  
La necia turba de los rapacillos...  
(Rodrigo Caro, *Días geniales o lúdricos*)
- Fingir palabras en su coyuntura...  
(Cáscales, *Tablas poéticas*)
- Sólo licencia, con que le promete...  
(Gómez de Huerta, *Florando de Castilla*)
- Castigan justos, y tus presunciones...  
Que infiel se llama la desconfianza...  
(Díaz Callecerrada, *Endimión*, I)
- Si yo conozco en mi naturaleza...  
(Guillén de Castro, *La piedad en la justicia*, II)
- Y aquella vena con que lo dictaba...  
Y la mayor a sus iniquidades...  
Sin un Homero que lo celebrase...  
Oh musa mía, para mi consuelo...  
(Clarinda, peruana, *Discurso en loor de la poesía*)

---

<sup>54</sup> Es el único ejemplo con que he tropezado en toda la obra de Esquilache.

Que las más veces la desconfianza...  
(Amarilis, peruana, *Epístola a Belardo*)

Veleras selvas en su movimiento...  
Escucha atento si la trabajosa...  
(Juan de Ayllón, *Poema de los mártires del Japón*)

Silvestres galas de la primavera...  
De bellas ninfas, las que con decoro...  
(Mira de Amescua, *Acteón y Diana*)<sup>55</sup>

Emulación de la naturaleza...  
(Cardenio, *La estrella de Sevilla*, III)

Y aquel abismo de misericordias...  
(Francisco de Aldana, *Epístola a Bernardino de Mendoza*)

La providencia, con lo venidero...  
Y si los pasas al entendimiento...  
(Pedro Espinosa, *Soledad del Duque de Medina Sidonia*)

En tu bondad que en mi merecimiento...  
Con pecadores y son publicanos...  
A hacer salvos a los pecadores...  
(Espinosa, Salmo “Cristo mi redentor...”)

Al desempeño de su profecía...  
(Espinosa, Soneto “Encendió luminarias...”)

De dos esposos, y los coronaban...  
(Feliciano Enríquez de Guzmán, *Soneto*)

---

<sup>55</sup> En esta fábula de Mira de Amescua hallo este verso imperfecto:  
La carga del no acostumbrado peso...

Del ser que tienes por naturaleza...

(Tejada Páez, *El aire*)

De atormentados y atormentadores...

Y así, admirada de su hermosura...<sup>56</sup>

(Fray Diego de Hojeda, *La Cristiada*, VI)

Espía muda de los horizontes...

(Anastasio Pantaleón de Ribera, *Fábula de Eco*)

Que no entró en diosas arrepentimiento...

(Lic. Dueñas, Canción “Quedó conmigo...”)

Introduciendo la desconfianza...

Que las disculpen si la desvanecen...

(Luis de Ulloa, *Raquel*)

Igual, Señor, a tu misericordia...

(Cosme de los Reyes, Canción “Viniste de la altura...”)

De amor no quita la correspondencia...

(Pedro de Salas, Canción “Vuela, afila tus alas...”)

Dejó por jueces y gobernadores...

(Luis Vélez de Guevara, *El ollero de Ocaña*, III)

De mis costumbres y de mis empleos...

(Quevedo, Sátira *Riesgos del matrimonio*)

Monstruo te admira la naturaleza...

(Salas Rabadillo, *La estafeta de Momo*, XXXII)

En el sagrario del conocimiento...

(Villamediana, *Sonetos amorosos*, X)

---

<sup>56</sup> Hojeda aspiraba la *h* de *hermosura*.

Más mis ofensas que mi sufrimiento...  
(Villamediana, Soneto “Cuando en mi obstinación...”)

Mas quiero ir antes a mi casería...  
Mas tú, Señor de la naturaleza...  
¿Crees tú que Dafne nos aconsejara...?  
Quizá engañada con la semejanza...  
Cual ese tuyo, que si lo creyeras...  
De su furor, de la desesperada...  
Quizá engañada con la semejanza...  
(Jáuregui, *Aminta*)

Admiración de la naturaleza...  
(Castillo Solórzano, “La soberana gracia...”)

Y entre sus ruegos y amonestaciones...  
(Juan de Salinas, Diálogo de Carillo y Bras)

Siempre se olvida del matalotaje...  
(Quiñones de Benavente, *Los cuatro galanes*)

De la fiereza que representaba...  
(Villaviciosa, *La Mosquea*, VII)

Y hace que vivan en su precipicio...  
(Bocángel, *Leandro y Hero*)

Por la lujuria en que se precipita...  
(Villegas, Elegía IV)

Que ni te culpen por desaliñado...  
(Cubillo, Avisos “Fabio, tu carta...”)

Iba la ninfa que se las pelaba...  
(Jacinto Polo, *Fábula de Apolo y Dafne*)

Que no permites en tu compañía...  
(Rebolledo, Trenos de Jeremías, I)

- Mas basten burlas, que si se ofreciera...  
(Montalván, *Como padre y como rey*, III)
- Dosel florido de la primavera...  
(Calderón, *Mañanas de abril y mayo*, I)
- Satisfacciones y desenojarte...  
(Calderón, *Casa con dos puertas*, I)
- Áspid de celos a mi primavera...  
(Calderón, *El médico de su honra*, I)
- Rompiendo leyes a naturaleza...  
(Jerónimo de Cáncer, *Fábula del Minotauro*)
- Con que luchabas y te defendías...  
(Francisco Manuel, *Epístola a Licio*)
- Siendo impecable por naturaleza...  
(Luis de Tejeda, *La cena*)
- Y efectos sean de tus sentimientos...  
(Luis de Tejeda, *El peregrino en Babilonia*)
- Labran techumbres para sus alturas...  
(Pineda Bascuñán, *Cautiverio feliz*, 1,15)
- De las grandezas con que los oprimen...  
(Hernando Domínguez Camargo, *San Ignacio, el banquete*)
- No tengas cuenta con los revoltosos...  
(Antonio Henríquez Gómez, *El pasajero*)
- Aquel abrazo de naturaleza...  
(López de Zárate, *Égloga de Silvio y Anfriso*)

Sino rigor, con que le solemnizas...

(Trillo y Figueroa, Soneto IX)

Al que hace el gusto el agradecimiento...

(Moreto, *El parecido en la corte*, III)

En ver las plazas, y le considero...

(Diamante, *El valor no tiene edad*, I)

Y Adonis gime las del peregrino...

Moderna envidia de las rozagantes...

(Carlos de Sigüenza y Góngora, *Primavera indiana*)<sup>57</sup>

El alma aumenta sus melancolías...

(Martínez Meneses, *El tercero de su afrenta*, 1)

Que de las costas de la Andalucía...

(Juan Vélez de Guevara, *El mancebón de los palacios*, III)

Es el inducas de las tentaciones...

(Solís, *Hermafrodito y Salmacis*)

El pobre llega, con declamaciones...

(Juan del Valle Caviedes, *Beatas*)

Quien le acompaña, para la pendencia...

(Fernando de Zarate, *Mudarse por mejorarse*, III)

Hijo de Venus y de sus maldades...

(Agustín de Salazar, Silva de *La aurora*)

Y no aquí sólo mi superstición...

(Bances Candamo, *Las mesas de la fortuna*)

---

<sup>57</sup> Hallo en el poema este verso imperfecto:

A las breñas que con caduco muro...

Cuando a aspirante en lo que mereciste...  
 (Conde de la Granja, Soneto en *Flor de Academias*)

## XI

LA ACENTUACIÓN EN LA CUARTA SÍLABA:  
 MUESTRAS DE SU ABUNDANCIA

Doy ahora grupos de ejemplos tomados de unos cuantos poetas, a fin de que se vea que esta práctica era sistemática y no casual.

Lope de Vega (recuérdese que en las comedias están en reducida minoría los endecasílabos con relación a los octosílabos):

Vi un receptor de la chancillería...  
 De chimeneas ni de caballetes...  
 (*La noche toledana*)

Y así, vas lejos de mi pensamiento...  
 De Extremadura. Y en Guadalajara...  
 (*Peribáñez*)

Hechura suya y sus aficionados...  
 En el donaire, para que tuviera...  
 (*Don Juan de Austria en Flandes*)

Del Hacedor de la naturaleza...  
 Monstruo será de la naturaleza...  
 (*La hermosa Ester*, I)

No quiere el rey, ni aun en naturaleza...  
 (*Barlaán y Josafat*, I)

Suya la llama en el Deuteronomio...  
 Y que le vengue de sus enemigos...  
 (*La buena guarda*, I)

Son muy antiguas las enemistades...  
 (*Las mocedades de Bernardo*, I)

Que pesa mucho en el entendimiento...  
(*Los Benavides*, III)

Haz que se acerque la de la patena...  
(*El villano en su rincón*, I)

El mal, la pena y el entendimiento...  
(*Los Vargas de Castilla*, III)

Encomendado que en su sacrificio...  
(*La Santa Liga*, II)

¿Mas que tenemos entretenimiento?..  
(*La niña de plata*, III)

Las nuevas minas y la plataforma...  
Por acudir a las dificultades...  
(*El asalto de Matrique*)

En ellos tienen el entendimiento...  
(*El balcón de Federico*, II)

Que no es milagro en la naturaleza...  
Y que me dijo que le perdonase...  
(*El anzuelo de Fenisa*)

El que nació con mis obligaciones...  
¿Tú, no mandaste que me entretuviese?...  
(*La inocente Laura*, I)

Malas palabras y desabrimientos...  
(*La viuda valenciana*)

Que los planetas y los elementos...  
(*Los locos de Valencia*)

Admiración de la naturaleza...  
(*Los locos por el cielo*, III)

Que tú no ignoras por dificultosas...  
*(El cardenal de Belén, I)*

Las ironías y adubitaciones...  
*(Arte nuevo de hacer comedias)*

Juan Ruiz de Alarcón:

Y en éstos sirvo, que de su fortuna...  
 E a Dios pluguiera que su aventuranza...  
*(Los pechos privilegiados)*

Lleve conmigo mis inclinaciones...  
 Y porque excede a la naturaleza...  
*(La cueva de Salamanca, I)*

Imprima en ellos agradecimientos...  
*(No hay mal que por bien no venga, III)*

Donde ya libre de que me pudiera...  
 Desconocido, para que asegure...  
*(La culpa busca la pena, I)*

Que no refiero porque la supiste...  
*(Los empeños de un engaño, II)*

Mis pensamientos, mis inclinaciones...  
 Y dirá hablando a los facinerosos...  
 Este silencio cuando notificas...  
 Y echaron suertes por mis vestiduras...  
*(El Anticristo)*

Tirso de Molina:

La madre tierra como a su despojo...  
*(El condenado por desconfiado, I)*

Teje coronas para sus mujeres...  
 Y don Enrique de la fortaleza...  
*(La prudencia en la mujer, I)*

- Murió Leonela de San Severino...  
Murió Leonela de San Severino...  
(*Palabras y plumas*, I)
- Cuerdo castigo de mi inadvertencia...  
(*Amar por razón de estado*, II)
- Ya no se estiman las conversaciones...  
(*No hay peor sordo...*, II)
- Señales dar de mi agradecimiento...  
(*El amor y la amistad*, I)
- Si no de ingrato, de desalumbrado...  
(*El Amor médico*, II)
- Nunca es valiente la jurispericia...  
(*Santo y sastre*, III)
- Descanso en brazos de tu cortesía...  
(*Los lagos de San Vicente*, I)
- Sansón, Alcides y Sardanápalo...  
(*La república al revés*, I)
- Trajo las suyas el de Calatrava...  
Dicen que todos resucitaremos...  
(*La reina de los reyes*)
- Y yo también de las persecuciones...  
(*La elección por la virtud*, II)
- Gana blasones que te inmortalicen...  
(*La vida de Herodes*, I)
- Fabio, mi hermano, que al de Monferrato...  
(*Ventura te dé Dios, hijo*)

Ocasionaron las oposiciones...  
 Dejó en silencio los que conspiraban...  
 (*Todo es dar en una cosa*)

Pues si enloquece una desconfianza...  
 (*La fingida Arcadia, III*)

Cervantes:

Fue en mis alforjas mi repostería...  
 (*Viaje del Parnaso, I*)<sup>58</sup>

Oh flor y fruto de los bailarines...  
 Váyanse todos por lo que cantare..  
 (*El rufián viudo*)

Cierra la piedra de tu sepultura...  
 Y agora temo que la sepultura...  
 Que pisa aquel que de su pensamiento...  
 El desengaño de mi pensamiento...  
 Hago buen rostro a la desconfianza...  
 Y los despojos de mis pensamientos...  
 Con el valor de tus merecimientos...  
 Dará mil muestras de tu desvarío...  
 No hay que hacer caso de su sentimiento...  
 (*Galatea, I-III*)

Eugenio de Salazar:

La erudición de tus *Anotaciones*...  
 Con su elegancia y sus resoluciones...  
 (*Epístola a Herrera*)

Y para que ella le comunicase...  
 Por la cabeza de su monarquía...  
 Piden remedio para sus dolores...  
 De su majada y su recogimiento...

---

<sup>58</sup> En el *Viaje*, III, el verso “Fuera melindres, y cese la entena...” debe leerse, probablemente, como propone don Ricardo Rojas, “Fuera melindres, ícese la entena”.

*(Descripción de la laguna de México)*

De humores malos con melancolía...  
 Limosna pide con encogimiento...  
 Otros que piensan sin detenimiento...  
 Pidiendo injustas remuneraciones...  
 Y dar remate a mis comparaciones...  
 Finge mil ascos y revolvimientos...

*(Sátira contra los abusos de la Corte)*

Juan Rufo, en *La Austriada* (1584):

Que juntas tuvo con las teologales...  
 El poder libre de los vencedores...  
 Dieron lugar a que la exorbitancia...  
 Y nuestras guerras y peregrinajes...  
 La instancia misma con que se apelaba...  
 Era argumento en que se comprobaba...  
 Así miraban desde Talanquera...  
 Los más comunes y particulares...  
 Es Almanzor, y por la femenina...  
 Os hace fuertes la naturaleza...  
 Los pertinaces de los convertidos... (Canto I)  
 La furia horrible de los torbellinos...  
 Previstos cursos de constelaciones...  
 Y mal armadas en invernaderos...  
 La preeminencia del anticiparse...  
 Que noche fuese, y la del Nacimiento...  
 La cual fue causa que los foragidos...  
 Marchando a priesa con sus escuadrones...  
 Al son de gaitas y de tamborinos...  
 Con qué palabras te agradeceremos... (Canto II) <sup>59</sup>

Alonso de Acevedo, en *La creación del Mundo* (1615):

Con solas fuerzas de filosofía...  
 De los secretos de naturaleza...  
 De plata y oro y la circunferencia...

<sup>59</sup> Son raros en Rufo los versos imperfectos:

Fabricando de su desconfianza... (Canto IV)

Probablemente contaba *desde* como palabra acentuada en este verso:

Sin pena, porque aun desde que mamaban... (I).

Oh luz, fiel guía de los navegantes...  
 Ni señalada con los horizontes...  
 Del Criador de la naturaleza...  
 Está a porfía con el artificio...  
 Con las vigilias del desasosiego...  
 Sobre el bajel de la filosofía... (Canto I)

Del veloz cielo la circunferencia...  
 El cual del aire con las frialdades...  
 Y de sus rayos con la muchedumbre...  
 Que los topacios que resplandecían...  
 Con que nos fuerzan a que concedamos...  
 Y de los Sinas entre las regiones...  
 Inundaciones y esterilidades...  
 Cuando al principio de sus resplandores...  
 Y tantos son cuantas exhalaciones... (Canto II)<sup>60</sup>

Fray José de Valdivielso, en la *Vida de San José*:

Las círreas aguas ni la compañía...  
 Y él mismo es limpio por naturaleza...  
 Un nombre igual a su merecimiento... (Canto I)

Tiempo de gracia y de misericordia...  
 Perdió mi gracia por su inobediencia...  
 Los cronistas, los historiadores...  
 Los héroes fuertes, los legisladores  
 y de sus patrias los libertadores...  
 Lleno de luto y de melancolía...  
 A quien la gracia y la naturaleza...  
 Amor divino que en las soberanas... (Canto II)<sup>61</sup>

<sup>60</sup> Son raros en Rufo los versos imperfectos:

Fabricando de su desconfianza... (Canto IV)

Probablemente contaba *desde* como palabra acentuada en este verso:

Sin pena, porque aun desde que mamaban... (I).

<sup>61</sup> Una que otra vez tiene Acevedo versos imperfectos:

Rompe el cielo con tus alas ventosas...

Y el que por su naturaleza flaca...

Porque como de su naturaleza...

Saturno desde su morada fría... (VI) (Canto II)

Luis de Góngora:

Purpúreas rosas sobre Galatea...  
 Segur se hizo de sus azucenas...  
 (*Polifemo*)

Al padre en tanto de su primavera...  
 La mayor gloria de su monarquía...  
 La hiedra acusa, que del levantado...  
 La ceremonia en su recibimiento...  
 Gracias no pocas a la vigilancia...  
 (*Panegírico al Duque de Lerma*)

La alta cenefa, lo majestuoso...  
 Más de fierezas que de cortesía...  
 Los mismos autos el de sus cristales...  
 De los serranos que correspondido...  
 El menos ágil, cuanto comarcanos...  
 Pisar quería, cuando el populoso...  
 Cenizas hizo las que su memoria...  
 El vello, flores de su primavera...  
 La blanca espuma, cuantos la tijera...  
 Entre opulencias y necesidades...  
 Pisó del viento lo que del ejido...  
 Lo grave tanto, que lo precipita...  
 Liberalmente, de los pescadores...  
 Conservarán el desvanecimiento...  
 El lagrimoso reconocimiento...  
 Felices años, y la humedecida...  
 Éfire luego, la que en el torcido...  
 A la barquilla, donde la esperaban...  
 Bebió no sólo, mas la desatada...  
 Mientras ocupan a sus naturales...  
 (*Soledades*)

El sueño, autor de representaciones...  
 (Soneto "Varia imaginación...")

Y se la ha puesto sobre su cabeza...

(Soneto "Por niñear...")

Que eran en marzo los caniculares...

(Soneto "Duélete de esa puente...")

Más con el silbo que con el cayado...

(Soneto "Sacro pastor...")

Que el mayor mártir de los españoles...

(Soneto "Sacros, altos...")

Y las reliquias de su atrevimiento...

(Soneto "Verdes hermanas...")

Mi rostro tiñes de melancolía...

(Soneto "Herido el blanco pie...")

Mal vadeados de los pensamientos...

(Soneto "Cosas, Celalba mía...")

Es sucio Esgueva para compañero...

Señora tía, de Cagalarache...

No, que en ladrando con su artillería...

(Soneto "De dónde bueno...")

Nunca yo tope con sus señorías...

(Soneto "Señores Cortegiantes...")

No vi más fuerte sino el levantado...

(Soneto "Llegué, señora tía...")

Soga de gozques contra forastero...

(Soneto "Pisó las calles...")

De fiera menos que de peregrino...

(Soneto "Restituye a tu mudo...")

Entre los remos y entre las cadenas...  
(Soneto “Florido en años...”)

Suple las frutas de que se corona...  
(Soneto “Mis albarcoques...”)

Escondió a otros la de tu serpiente...  
(Soneto “Los rayos...”)

Pues de más ojos que desvanecida...  
(Soneto “Ser pudiera...”)

Oh, aquel dichoso, que, la poderosa...  
(Soneto “En este occidental...”)

Oh, cuánto tarda lo que se desea...  
(Soneto “Camina mi pensión...”)

Sino galanes del Andalucía...  
En el torneo de la valentía...  
(Soneto “Hermosas damas...”)<sup>62</sup>

Repugna a leyes de naturaleza...  
No hay elemento como el empedrado...  
(Soneto —atribuido— “Quedando con tal peso...”)<sup>63</sup>

<sup>62</sup> El primer verso de este soneto debería contarse en el tipo B<sup>1</sup>:

Hermosas damas, si la pasión ciega...

Pero es posible que, para el poeta, el acento de *pasión*, en la novena sílaba, compensara la ausencia de acento en la octava.

Casos semejantes son estos versos del *Polifemo*:

Luciente paga de la mejor fruta...

Y el garzón viendo, cuantas mover pudo...

Y éste de las *Soledades*:

Alegre pisan la que si no era...

<sup>63</sup> Es extraño encontrar en este sabio artífice estos versos imperfectos:

Señas diera de su arrebatamiento...

(*Soledades*, I)

Ni de las peregrinaciones rota...

Bartolomé Leonardo de Argensola:

Y el no acudir de los setentrionales...  
 Fuerzas tenían, pero divididas...  
 Y esto sin fraudes y sin simonías...  
 Señal, oh Euterpe, que con el deseo...  
 Lo excusa luego, porque considera...  
 (A Euterpe)<sup>64</sup>

Que en los umbrales de la adolescencia...  
 Arando surcos en los materiales...  
 Le da otros plazos y contemporiza...  
 Se opone a Dios y a la naturaleza...  
 Y digo al fin que si los aborreces...  
 (Sátira “Dícesme Ñuño...”)<sup>65</sup>

(Soneto, “Montaña inaccesible...”)

Coturnos de oro el pie, armiños vestida...

(Soneto “La aurora...”)

En el último, el problema es la sinalefa forzada entre la palabra *pie*, que lleva el acento central del verso, o debiera llevarlo, y la palabra *armiños*, cuyo acento viene a quedar contiguo al de *pie*.

El verso que en mi trabajo de 1919 di como ejemplo de acentuación en cuarta y séptima sílabas (B<sup>3</sup>):

Jaspe luciente, si pálida insidia...

no pertenece al tipo. D. Dámaso Alonso, en el estudio mencionado en nota anterior, corrigió mi error y señaló la recta lectura:

Jaspe luciente, sí, pálida insidia...

Pero sí son del tipo B<sup>3</sup> estos dos:

Tribuno humilde, si no ofrecimiento...

(Soneto “Corona de Ayamonte...”)

A ver un toro que en un nacimiento...

(Soneto “Salí, señor don Pedro...”)

<sup>64</sup> En otra versión hay diferencia de palabras, pero se mantiene el tipo de verso:

Y la que hoy dura en los setentrionales...

Fuerzas mostraban, pero divididas...

<sup>65</sup> En otra versión:

Da nuevos plazos y contemporiza...

A las de Dios y la naturaleza...

Como en la corte me la represento...  
 En la abundancia de tu patrimonio...  
 Nueces y almendras en sus ataúdes...  
 (*A Don Francisco de Eraso*)

Y no me aguarde la tumultuaria...  
 Y ésta no es tanta que me desanime...  
 En el ropaje de las vestiduras...  
 Se acreditase con la demasía...  
 (Epístola “Con tu licencia...”)

No es la más grave de las servidumbres...  
 (Soneto “Tu aliento, Herminia...”)

Huye a tus manos, y con osadía...  
 (Soneto “Ese pájaro, Cintia...”)

Fiel y segura para mi sosiego...  
 (Soneto “Huye de ti...”)

Alguna parte de los eslabones...  
 (Soneto “¿Estás libre, Damón?...”)

Algunas veces se nos permitía...  
 Mas oh, Señor, cuando se nos conceda...  
 Y aquellos mismos que a la servidumbre...  
 (*Super flumina*)

Contra el caudillo que desamparaste...  
 Tu fuerza entregas a sus influencias...  
 (Epístola “No te pienso pedir...”)

Del capirote y el de las pihuelas...  
 Te fertiliza, sin que la fortuna...

Así en los partos del entendimiento...  
 De estos juicios, sino por experto...  
 (Sátira “Don Juan, ya que me he puesto...”)

Bernardo de Valbuena:

Hermosos soles de mi primavera...  
 Que hay en los cofres de la hermosura... (I)  
 Al mismo corte de tus invenciones... (II)  
 Saqué una hortera para mi Tirrena... (IV)  
 Dos pastorcillos que entre los pastores...  
 Ahora, en tanto que con la corteza...  
 Tengo guardadas, para que con ellas...  
 Y estos ya dichos, por que de tu mano... (V)  
 Si yo dijese que de mis fatigas...  
 Dulce regalo de mi pensamiento... (VIII)  
 Aquí la muerte, por que de mi vida... (IX)  
 En esta sombra, mientras que tejía... (X)  
*(Siglo de oro)*

De no ajustarse a tu merecimiento...  
 Arco defienden los que en sus regiones... (I)  
 Se acaba, muere, y desde la bocina... (III)  
 El oro hilado que con las voltarias... (IV)  
*(La grandeza mexicana)*

Tristes tragedias a los lastimosos... (I)  
 Ingrata Gila, pues por complacerte...  
 Mas la inconstante, cuyo fundamento... (VI)  
 En una cueva, donde la violencia... (VIII)  
 Dulcia llamada, cuya gentileza... (XI)  
*(El Bernardo)*

Francisco de Rojas Zorrilla:

Sin que recele sus temeridades...  
 Mi hermano sale con el Almirante...  
 Ya estoy herida de tus sinrazones...  
*(Peligrar en los remedios)*

No tu silencio por desconsolarme.....  
*(Los bandos de Verona, III)*

Tan satisfechas mis temeridades...  
*(Progne y Filomela, III)*

Indignaréme con el amenaza...  
 Del curso propio con que se movía...  
*(Entre bobos anda el juego)*

Yo dije siempre que le aborrecía...  
*(No hay ser padre siendo rey)*

Doctrina das a la filosofía...  
*(Del rey abajo ninguno, III)*

Pues son precisas las obligaciones...  
*(Donde hay agravios no hay celos, III)*

Sor Juana Inés de la Cruz:

Si no saliera por la comisura...  
 Y es algo menos en su ligereza...  
 Que el tal no sabe lo que se murmura...  
*(Retrato de Lizarda)*

Amor empieza por desasosiego...  
*(Soneto que empieza así)*

La última línea de lo despreciado...  
*(Soneto "Cuando mi error...")*

Poner bellezas en mi entendimiento...  
*(Soneto "En perseguirme...")*

Si déste busco el agradecimiento...  
*(Soneto "Que no me quiere Fabio...")*

Los simulacros que la Estimativa...  
 Sino que daban a la fantasía...  
 En sí, mañosa, las representaba...  
 Los que unos hizo de naturaleza...  
 Pobre con ella en las neutralidades...  
 Ciencia formar de las universales...  
 Discurso fía su aprovechamiento...  
 Continuo curso de la disciplina...

De humor terrestre, que a su nutrimento...,  
 Da las espaldas al entendimiento...  
 De investigar a la naturaleza...  
 Abiertas sendas al entendimiento...  
 (*Sueño*)

Mira que juzgo que precipitada...  
 (*Auto del Divino Narciso*)<sup>66</sup>

## XII

## LA ACENTUACIÓN EN LA CUARTA SÍLABA: SIGLO XVIII

Durante el siglo XVIII el tipo B<sup>1</sup> perdura, y es caso digno de señalarse el que abunde hasta en los preceptistas como Luzán y Herosilla:

Cuando era menos mi melancolía...  
 (Cañizares, *El honor da entendimiento*, I)

Que ha de ser entre de la primavera...  
 (Zamora, *El hechizado por fuerza*, III)

Que fija el giro de las estaciones...  
 (Peralta Barnuevo, *Lima fundada*, II)

El lucimiento, con que se emularon...  
 (Luzán, *Juicio de Paris*)

La justa saña del conocimiento...  
 (Jorge Pitillas, *Sátira I*)

Que el hombre mire por sus circunstancias...  
 Suben los diablos por escotillones...  
 (Ramón de la Cruz, *El Muñuelo*)

---

<sup>66</sup> En largos años de familiaridad con la obra de Sor Juana, sólo le he encontrado este verso imperfecto, en *El divino Narciso*:

La ocultemos, por que el gemido ronco...

Aquella tigre que precipitados...  
(Porcel, *El Adonis*, égloga IV)

Contase asombros de su continente...  
(Francisco Ruiz de León, *La Hernandía*, I)

El oro apartas de los resplandores...  
(Cayetano Cabrera Quintero, Sátira VIII de Horacio)

Anuncio fausto de beneficencia...  
(Somoza, Soneto XV)

Adornar basta la naturaleza...  
(Meléndez, cita de Benot) <sup>67</sup>

Y señalando a la que fervorosa...  
(Vaca de Guzmán, *El triunfo sobre el oro*)

Favor pedimos los que redimiste...  
(Fray Diego González, *Te Deum*)

Serán eternos, inmortalizando...  
(García de la Huerta, *Los bereberes*)

Más que la incasta reedificadora...  
(Nicolás de Moratín, Sátira II)

Con vana audacia, y el Omnipotente...  
(Cadalso, pasaje de Milton)

---

<sup>67</sup> Benot, en su tratado de *Prosodia y versificación castellanas*, tomo III, págs. 159-163, cita como “versos mal hechos” muchos del tipo B<sup>1</sup>, especialmente del siglo XVIII: Pitillas, Fray Diego González, García de la Huerta, Escóquiz, Samaniego, Iriarte, Jovellanos, Leandro de Moratín, Hermosilla, Arriaza, Juan Gualberto González. No dice de dónde los toma. Personalmente, nunca he tropezado con el tipo B<sup>1</sup> en la obra de Meléndez, a pesar de que el verso citado arriba lo mencionan Hermosilla y Juan Gualberto González antes que Benot.

Será, y estéril tu arrepentimiento...  
(Jovellanos, Epístola a Arnesto)

Más compañía que su pensamiento...  
(Samaniego, *La lechera*)

Y tanto piensas que me costaría...  
(Iriarte, *La hormiga y la pulga*)

Naranjas chinas, y en las soberanas...  
(Iglesias, *Égloga I*)

Ya con constancia belerofontea...  
(Forner, *Sátira contra los vicios de la poesía*)

El mismo exceso de la desventura...  
(Escóiquiz, *Paraíso perdido*, II)

La nueva secta de sensiblería...  
(Vargas y Ponce, *Proclama de un solterón*)

Con sus cabezas y las de sus hijos...  
De los troyanos y de sus esposas...  
(Hermosilla, *Ilíada*)

Y sin la ayuda de los inmortales...  
Luego no existe en la naturaleza...  
(Marchena, *De natura rerum*, I)

Tranquilo en tanto que la numerosa...  
(Leandro de Moratín, *Los pedantes*)<sup>68</sup>

Duermes entre ellos, y tu respetuosa...  
Sin gasto alguno de naturaleza...

---

<sup>68</sup> Moratín el hijo usa el tipo B<sup>1</sup> sólo en poesías escritas en su juventud. Después lo abandona.

Voy a cumplirlos, os aseguraba...  
(Manuel María de Arjona, *Sátiras de Horacio*, I, 1)

La turba vil de sus adoradores...  
(Blanco White, Epístola a Forner)

Abarca y ciñe las extremidades...  
(González Carvajal, Salmo XCIV)

El tipo desaparece poco después de 1800: ya no se encuentra, por ejemplo, en Quintana ni en Gallego<sup>69</sup>. En los primeros años del siglo XIX es más común en poetas americanos que en españoles:

Subsiste el todo, y que los elementos...  
Y quién dirá de sus indefinibles...  
(Olmedo, *Ensayos sobre el hombre*)

Muchas regiones, bajo los auspicios...  
(Bello, *A la vacuna*, 1806)<sup>70</sup>

Esta es la voz de la naturaleza...  
(Camilo Henríquez, “En esta oscuridad...”)

---

<sup>69</sup> Juan Gualberto González, en sus *Apuntes sobre versificación castellana comparada con la latina* (*Obras completas*, tomo III, Madrid, 1844: v. pág. 23), dice: “Aunque en buenos poetas antiguos y modernos se encuentran innumerables endecasílabos sin acento desde la cuarta hasta la décima, lo cual bastaría para defenderlos, hoy parece que están generalmente desechados y que sólo por necesidad o por descuido se hacen algunos todavía”. Cita once ejemplos, comenzando en Garcilaso y terminando en Herosilla; cita además versos de Horacio que, leídos con sola atención a los acentos, resultarían parecidos:

*Sive facturur per inhospitale...*  
*Crispe Sallusti nisi temperato...*

<sup>70</sup> Todavía en su vejez Bello escribe en *La oración por lodos* (1843):

Profunda sima adonde se derrumba...

Es muy probable que considerara que *adonde*, palabra trisílaba, debiera contarse como palabra plenamente acentuada, aunque sólo lo está débilmente. Recuérdese que él condenaba los versos del tipo B<sup>1</sup> como insuficientemente acentuados.

En José María Heredia, versión del canto *Al Sol* de Osián, hallo este verso semejante:

Te regocijas. Cuando las borrascas...

Librar su imperio de los españoles...  
(Zequeira, *Batalla naval de Cortés*)

A proporción de los merecimientos...  
(Sartorio, Himno de San Pedro Damiano)

Esta mañana que se levantó...  
(Anastasio de Ochoa, *La respuesta concisa*)

Por tus servicios y lo que mereces...  
Y eran presagio de lo que serías...  
Esos tus ojos misericordiosos...  
Venid, veréis la Pacificadora...  
Que poco tiempo se concedería...  
Nuevas miradas de misericordia...  
Y que obra fue de tu sabiduría...  
(Navarrete, *Poema de la paz*)

En vano, en vano la filosofía...  
Para dar curso a la filosofía...  
Y el hombre, dueño de su pensamiento...  
(Juan Cruz Varela, *A la libertad de imprenta*)

Mi tierno llanto, o sin que me anegarás...  
(Francisco Ortega, *La música*)<sup>71</sup>

Afortunados los que pericistéis...  
(José María Heredia, fragmento de la *Eneida*, publicado en 1830)

---

<sup>71</sup> Consúltense mi trabajo *La métrica de los poetas mexicanos en la época de la independencia*.

Estas muestras pueden parecer muchas, pero son todas las que he encontrado en autores del siglo XIX a lo largo de muchos años de familiaridad con la poesía de España y América, mientras que en cualquier poeta de los siglos XVI, XVII o XVIII se hallan en gran número, según demuestro con las citas de Lope, Tirso, Ruiz de Alarcón, Cervantes, Rufo, Acevedo, Valdivielso, Valbuena, Salazar, Bartolomé de Argensola, Góngora, Rojas Zorrilla y Sor Juana Inés de la Cruz.

A devorar mi cerebro cansado...  
 (Santiago Vidarte, de Puerto Rico, *Insomnio*, 1846)

XIII  
 LA ACENTUACIÓN EN LA CUARTA SÍLABA:  
 SU RAREZA EN EL SIGLO XIX

Después, a lo largo del siglo XIX, versos del tipo B<sup>1</sup> sólo aparecen como rarezas esporádicas, explicables como inadvertencia, o bien, en poetas como Espronceda, o Batres, o Hartzenbusch, o Javier de Burgos, o Manuel Acuña, como influencia de la lectura de poetas de siglos anteriores:

Allí vi al César. Por sus beneficios...  
 (Hidalgo, *Égloga I* de Virgilio)

Encubre el velo de melancolía...  
 (Esteban Echeverría, *Él y ella*)

En un tratado de filosofía...  
 Llegó aterrando a la secretaría...  
 Y oyen discursos sin que satisfagan...  
 (Espronceda, *El diablo mundo*, III)

Se ve, se siente. La filosofía...  
 Entonces vino el arrepentimiento...  
 Y tu alto nombre a la inmortalidad...  
 (Francisco Muñoz Del Monte)

No me limito a la literatura...  
 De la moral y la filosofía...  
 Cargó con él a la Recolección...  
 Inútilmente los economistas...  
 En el valor y en el desembarazo...  
 (José Batres Montúfar)

En las regiones de la eternidad...  
 (Fernando Calderón, *El torneo*, III)

Del paraíso en sus melancolías...

(Juan Carlos Gómez, *El tiempo*)

Cuentos de Hornero y de Maricastaña...

(Campoamor, *El tren expreso*)

Sola ya, madre de los pecadores...

(Nicolás Ureña de Mendoza, *Día de Dolores*)

Si abre sus senos para guarecerte...

(Hartzenbusch, *Los amantes de Teruel*, IV, edición de 1836)

Murió la Grecia, y sobre sus escombros...

(Guillermo Matta, *Un cuento endemoniado*)

Él me contuvo cuando despechado...

Viejo precito, para que malgaste...

Por la mañana, para que a la tarde...

Y con qué objeto la desenvainaba...

(Burgos, *Sátiras de Horacio*)

Copa empinaba desde el mediodía...

(Miguel Antonio Caro, *Epístolas de Horacio*, I, 14)

La imitación de sus antepasados...

A los que, amigos del anacronismo...

Bajo la losa del escepticismo...

(Manuel Acuña)

La cual no es otra como con acierto...

Que no le amabas, sino que me consta...

Nombre le da, y como si empezase...

(Jaime Clark, traducción de *Hamlet*)

Partido el disco con que se abroquela...

(Jenaro Alenda, *Batracomiomaquia*)

Pero aun es joven, cual si con sus manos...  
(Zorrilla de San Martín, *Tabaré*, 1)

## XIV

## EL ENDECASÍLABO ANAPÉSTICO EN LA POESÍA POPULAR

El endecasílabo anapéstico (B<sup>3</sup>), que los sucesores de Boscán y su grupo evitaron cuidadosamente, tuvo vida propia en los siglos XVI y XVII: no se usó como verso definido, independiente, pero sí como una de las formas que entraban en la versificación fluctuante de las canciones populares, especialmente en las emparentadas con las de origen gallego:

— Molinico ¿por qué no mueles?  
— Porque me beben el agua los bueyes.

— Toledano, alzo berenjena.  
— Yo no las como, que soy de Llerena.

Esta cinta, de amor toda,  
quien me la dio ¿para qué me la toma?  
Por una vez que mis ojos alcé,  
dicen que yo le maté...

Lo que me quise me quise me tengo,  
lo que me quise me tengo yo.

— ¿San Juan el Verde pasó por aquí?  
— Más ha de un año que nunca le vi.

¡Valame Dios que las ánsares vuelan!  
¡Valame Dios que saben volar!

Vayan cautivos el rey y la reina...

Seis reales dan por el tordo de Juana,  
seis por el pico y seis por la lana.

Yo que lo sé, que lo vi, que lo digo,  
yo que lo vi, que lo digo, lo sé.

Los poetas cultos, desde el siglo XVII, adoptan esta versificación fluctuante en canciones de corte popular que intercalan en novelas y en comedias o como estribillos en composiciones líricas:

Molinito que mueles amores...  
muele favores, no muelas cuidados,  
pues que te hicieron tan bello los cielos...  
(Lope, *San Isidro*, I)

Que las almas heladas enciende  
y es de sus penas descanso y alivio...  
(Lope, *El Cardenal de Belén*, I)

Florechitas que Rut bella pisa,  
mientras sus ojos regadas os ven...  
(Tirso, *La mejor espigadera*)

Ruiseñor que volando vas,  
cantando finezas, cantando favores,  
¡oh, cuánta pena y envidia me das!  
Pero no, que si cantas amores  
tú tendrás celos y tu llorarás...  
(Calderón, *Los dos amantes del cielo*, I)

¡Ay, cómo gime, mas ay, cómo suena,  
gime y suena  
el remo a que nos condena  
el niño Amor!...  
(Góngora, "Contando estaban sus rayos...")

Marizápalos era muchacha  
muy adorada de Pedro Martín...  
(Jerónimo Camargo)

¡Para la Maya, que es linda y galana!...  
(Quiñones de Benavente, entremés de *La Maya*)

En Calderón esta versificación se regulariza, después de gran variedad de ensayos, y acaba por suprimir el endecasílabo (B<sup>3</sup>), reduciéndose a decasílabos y dodecasílabos combinados a veces con hexasílabos:

Sierpecilla escamada de flores,  
 intenta correr,  
 cuando luego detienen sus pasos  
 prisiones suaves de rosa y clavel...  
 (Calderón, *El castillo de Lindabridis*, III)

Si no han vuelto hasta ahora los ojos  
 que todos llevaron los novios tras sí...  
 (Francisco Manuel, *Letra para cantar*)<sup>72</sup>

La poesía popular no adoptó esta regularidad y tendió a mantener el endecasílabo anapéstico como eje de la versificación en canciones de las que comúnmente se llaman de gaita gallega:

Tanto bailé con la hija del cura,  
 tanto bailé que me dio calentura...

Se halla también en letras de la *danza prima* de Asturias:

¡Ay pobre Juana de cuerpo garrido!...  
 Muerto le dejó a la orilla del río...<sup>73</sup>

<sup>72</sup> Esta combinación deca-dodecasílabo reapareció en la época del *modernismo*, acompañada a veces del quebrado de seis sílabas:

Que me deje una estrella en los labios  
 y un tenue perfume de nardo en el alma...  
 (Juana Borrero, *Última rima*)

Otra vez, hasta el nido sombrío  
 do mueres de frío, sin alma y sin voz,  
 en un triste y desierto paraje,  
 ha venido a dorar tu plumaje  
 un rayo de sol...

(Dulce María Borrero, *Nueva vida*)

<sup>73</sup> Consúltense: Milá, *Del decasílabo y endecasílabo anapésticos* y *De la poesía popular gallega*, en el tomo V de sus *Obras*; mi estudio *la poesía castellana de versos fluctuantes*, capítulo II, párrafos 10-11, 16, 20 y 28, capítulo III, párrafos 7, 10, 20 y 23, capítulo IV, párrafos 4-6, 10 y 18, capítulo V, párrafos 1-10; y el trabajo de Julio Vicuña Cifuentes, *Sobre dos formas del endecasílabo a minori*, en sus *Estudios de métrica española*, Santiago de Chile,

## XV

EL ENDECASÍLABO ANAPÉSTICO EN LA POESÍA CULTA.  
SIGLOS XVIII Y XIV

Además, como verso independiente se empezó a cultivar el endecasílabo anapéstico en el siglo XVIII y así sobrevivió, pero como especie de metro raro que sólo aparecía de tarde en tarde:

Cierta criada la casa barría...  
Cierta Ricacho, labrando una casa...  
(Iriarte)

Suban al cerco de Olimpo luciente...  
Huyan los años en rápido vuelo,  
goce la tierra durable consuelo,  
mire a los hombres piadoso el Señor...  
(Leandro de Moratín, *Los padres del Limbo*)

Pues otra vez de la bárbara guerra  
lejos retumba el profundo rugir...  
(Heredia, *Himno de guerra*, 1826)

Aben Amet, al partir de Granada,  
su corazón desgarrado sintió...  
(Traductor desconocido de la *Romance mauresque* de  
Martínez de la Rosa en su *Aben Humeya*, versión  
francesa primitiva)

Entre la bruma y espesa neblina,  
entre el celaje que vela la mar...  
(¿Camprodón o Ramos Carrión?, *Marina*, I)

Brillan las nubes en nácar y en oro...  
(Antonio Arnao, *Canción*)<sup>74</sup>

---

1929 (a pesar de sus caprichos de preceptista e insuficiencia de información).

<sup>74</sup> Consúltense: Eduardo de la Barra, *El endecasílabo dactílico*, Rosario, 1895 (justifica el tipo B<sup>3</sup>, pero no se da cuenta de que el tipo B<sup>1</sup> había tenido curso normal); mi nota *La versificación de Heredia*, en la *Revista de Filología*

Como esa espuma que el viento formó...  
(Perrín y Palacios, *Sobre las olas*)

## XVI

## EL ENDECASÍLABO ANAPÉSTICO DESDE RUBÉN DARÍO

Cuando Darío resucita este tipo de endecasílabo en el *Pórtico* al libro *En tropel* de Salvador Rueda (1892):

Libre la frente que el casco rehúsa,  
toda desnuda en la gloria del día,  
alza su tirso de rosas la musa  
bajo el gran sol de la eterna armonía...,

provoca la conocida discusión en que *Clarín* revela haber olvidado sus clásicos y conocer poco los cantares de gaita, mientras Menéndez y Pelayo los evocó inmediatamente<sup>75</sup>.

Darío se permite libertades en el metro: a veces suprime el acento en la sílaba séptima:

Que él daba al viento con su cornamusa...  
Las muelles danzas en las alcatifas...

y se atreve a introducir el endecasílabo creciente, agregando una sílaba inerte después del acento en la cuarta:

Caja de música de duelo y placer.

Manuel González Prada escribió buen número de composiciones en endecasílabos anapésticos: el *Rondel* “Tiene la Luna caprichos de niña...”, el *Pantum* “Alzando el himno triunfal de la vida...”, el *Ritmo sin rima* “¿Son inviolables doncellas los léxicos?...”, el *Rondel* “Es la mañana la alegre chiquilla...”

Hay muchos cultivadores del anapéstico después de su ruidosa reaparición. Lugones, al final de *Las cigarras*:

Fútil cantora, sonora cigarra,

---

*Hispánica*, 1942, IV, 171-172.

<sup>75</sup> Consúltese el artículo *Dilucidaciones*, de Darío, al final de su libro *El canto errante*, Madrid, 1907.

en la alegría de tu aire pueril  
 crispa su prima gentil mi guitarra,  
 bate su parche mi azul tamboril.

Eduardo Marquina, en pasajes de *Vendimian* y en los versos laudatorios para *La casa de la primavera*, de Martínez Sierra:

Esta caudal plenitud de bonanza...

Unamuno, en uno de los cantos de su *Romancero del destierro*, el que comienza:

Logre morir con los ojos abiertos...

Enrique Banchs, en la *Balada del puñado de sol*:

— ¿Llenas están las herradas, mis hijas?  
 — Madre, lo están, las llenamos al colmo...

Gabriela Mistral, en el *Recado para las Antillas*:

Anda el café como un alma vehemente...

Jorge Guillén, en *Noche encendida*:

Tiempo ¿prefieres la noche encendida?...

Rafael Alberti, en *Madrid por Cataluña*:

Todos cantando pronuncien tu nombre...

y en *España*, de la *Invitación a un viaje sonoro* (1944):

Lloren aquí los laúdes de España...

Eugenio Florit, en *Viejos versos de hoy*:

Este sentir que la vida se acaba  
 y ya no ver más que niebla en redor...

## XVII

### RETORNO AL ENDECASÍLABO DE GARCILASO

Con Rubén Darío el endecasílabo vuelve a la situación en que se hallaba con Garcilaso: se mezclan libremente los cuatro tipos (A, B<sup>1</sup> B<sup>2</sup> y B<sup>3</sup>):

Monsieur Prudhomme y Homais no saben nada.

Hay Chipres, Pafos, Tempes y Amatuntes,  
 donde el amor de mi madrina, un hada,  
 tus frescos labios a los míos juntas.

Sones de bandolín. El rojo vino  
 conduce un paje rojo. ¿Amas los sonos  
 del bandolín, y un amor florentino?  
 Serás la reina en los decamerones.

Un coro de poetas y pintores cuenta historias  
 picantes. Con maligna sonrisa alegre aprueban  
 los señores. Clelia enrojece. Una dueña se signa...

(*Divagación*, 1894.)

Sus rosas aun me dejan su fragancia,  
 una fragancia de melancolía...

Sino cuando en la dulce primavera  
 era la hora de la melodía...

Y vigor natural, y sin falsía,  
 y sin comedia, y sin literatura...

Tal fue mi intento, hacer del alma pura  
 mía, una estrella, una fuente sonora,  
 con el horror de la literatura  
 y loco de crepúsculo y de aurora...

(Pórtico de *Cantos de vida y esperanza*, 1905.)

Cabellos largos en la bohardilla,  
 noches de insomnio al blancor del invierno,  
 pan de dolor con la sal de lo eterno,  
 y ojos de ardor en que Juvencia brilla...

(*Balada en honor de las musas de carne y hueso*)

Mortificaron con las disciplinas  
 y los cilicios la carne mortal  
 y opusieron orando las divinas  
 ansias celestes al furor sexual...  
 Herido el cuerpo bajo los sayales,  
 el espíritu ardiente en amor sacro...  
 y fueron castos por la santidad...  
 Poder matar el orgullo perverso

y el palpitar de la carne maligna...

(*La Cartuja*)<sup>76</sup>

Esta renovación, Rubén Darío la hace él solo, sin participación de sus compañeros en la iniciación del movimiento *modernista*, Martí, Gutiérrez Nájera, Casal, Silva. El grupo inmediato sí adopta el endecasílabo renovado<sup>77</sup>:

Complicidad con la naturaleza.

Metamorfosis de su cabellera...

Que ha fatigado a la filosofía...

(Amado Nervo)

Se va la luz. Y la naturaleza...

La flor azul de la melancolía...

(Luis Urbina)

Si no surgieran junto a la piragua...

A la ventura que lo diviniza...

Que sobre el surco se arremolinaba...

La operación de la desgranadora...

(Leopoldo Lugones)

El gesto oscuro de los leñadores.....

---

<sup>76</sup> Vicuña Cifuentes, en sus *Estudios de métrica española*, pág. 113, dice (atribuyéndolo, sin fundamento, al crítico uruguayo Lauxar) que sólo hay diez endecasílabos de acento en cuarta (B<sup>1</sup>) en toda la obra de Darío. Cualquiera puede comprobar que hay más; los hay en gran parte de las composiciones en o con endecasílabos (que no son muchas) después de *Prosas profanas*: además de las cuatro que cito, y que contienen trece de esos versos, v. *Ama tu verso*, *Los tres Reyes Magos*, *Soneto a Cervantes*, *En el país de las alegorías*, *Carne, celeste carne...*, *Canto a la Argentina*, *Balada sobre la sencillez de las rosas perfectas*, el soneto *Español*, *Pax*.

<sup>77</sup> Coincidencia: José María de Heredia, el poeta cubano que escribía en francés, el autor de *Los trofeos*, compuso en 1903 unos sonetos en homenaje a su primo y homónimo “el cantor del Niágara”, con motivo de su centenario, y en ellos aparece un endecasílabo de acento sólo en cuarta, fruto de su familiaridad con los clásicos castellanos:

Al evocar a los conquistadores...

Abrióse el lecho de tus primaveras...  
Ondeó la danza de las bayaderas...  
Nirvana gris de la naturaleza...  
(Julio Herrera y Reissig)

Limpia canción, mas bajo la ventana...  
Que se desmayan y que se despegan...  
Inesperado en la policromía...  
Jugo de acíbar para el pensamiento...  
(Enrique González Martínez)

Y mulas pardas en las sementeras...  
Dicta lecciones de Caballería...  
Ese arbolillo en que nadie repara...  
(Antonio Machado)

Primera mancha de los azahares...  
El oro viejo de su cabellera...  
Los currutacos y las mirliflores...  
(Manuel Machado)

Aire de cumbre es el que se respira...  
Tape su polvo mis pobres orejas...  
Su escalofrío me tupe de calma.  
Sentada mira sobre el altozano...  
(Unamuno)

El pie que vence y el entendimiento...  
Y el aire vago de la madrugada...  
En el paisaje de la primavera...  
Los olivares de la madrugada...  
(Juan Ramón Jiménez)

Y las dos torres de la catedral...  
Los hombres secos y reconcentrados...  
(Valle Inclán)

La mariposa en su policromía...

Desapareció tras de la serranía...  
Y comprendimos que sus liliales...  
(Guillermo Valencia)

Y lecho azul de la imaginación...  
Crea el dolor y el arrepentimiento...  
Deja de ser, para que te deploren...  
(Eduardo Marquina)

Sé de una calle junto al hospital...  
En primavera: los convalecientes...  
Te hace más tersa y dorada la piel...  
Dentro de mí palpitante la siento...  
¿Visteis a Shelley, le visteis de cerca?...  
(Enrique Díez Canedo)

Para las piedras y para las rosas...  
Del corazón de la naturaleza...  
(Francisco Villaespesa)

Me infunde un soplo de soberanía  
de predominio y de solemnidad...  
(José Santos Chocano)

Como se ve, en la renovación predominaba el tipo de acentuación en cuarta sílaba sobre el tipo anapéstico. Actualmente hay poetas que sólo mezclan tres tipos (A, B<sup>1</sup> y B<sup>2</sup>)

¡Toda real en las apariciones.  
Hacia la gloria del galán temprano  
van en volandas blancas algazaras...  
(Jorge Guillén, *Galán temprano*)

Arde en sus ojos la revelación.  
La luz serena bajo la pantalla  
¡cómo apacigua aún mi corazón!...  
¿Que nada sabes ni mi angustia induces?  
¡Cierra tus ojos como cicatrices!...  
(Rafael Alberto Arrieta, *Revelación*)  
Rigen la vida silenciosas leyes

de una honradez total, con ese ritmo  
seguro de los días y las noches,  
de los inviernos y de los estíos...  
(Arturo Capdevila, *Canto de bendición*)

Cuando a altas horas de la madrugada  
torno a mi barrio con el ceño áspero,  
gusto de contemplar mis cuatro pinos...  
(Fernández Moreno, *Pinos*)

Es preciso caer, quemar jardines...  
Ahogar la bestia entre los querubines...  
La rosa inmensa, la ciudad quebrada...  
(Sara de Ibáñez, *Soliloquios del soldado*, V)

En un haz de parábolas maduras...  
Flor y decoro de la geometría...  
La claridad de la circunferencia...  
En danza inmóvil y en azar de acero...  
(Eduardo González Lanuza, *Égloga III*)

Tengo mi río —sin cesar me alcanza...  
Con aventuras y descubrimientos,  
entre piedras y pájaros y lumbres...  
(Vicente Barbieri, *Estancias de agonía*, XVI)

Otros poetas mezclan los cuatro tipos:

Un monte negro que se contornea  
siempre, para alcanzar el otro monte...  
¡Hasta el momento de la sien ardiendo,  
del cascabel de la antigua demencia  
y de la trampa en el vórtice rojo!  
(Gabriela Mistral, *La fuga*)

El vino clava sus espigas negras  
y sus erizos lúgubres pasca  
entre puñales, entre medianoches...

Y el vino huye por las carreteras,

por las iglesias, entre los carbones,  
y se caen sus plumas de amaranto,  
y se disfraza de azufre su boca...  
(Pablo Neruda, *Estatuto del vino*)<sup>78</sup>

De los antepasados que se asoman  
al palco de este cuadro de familia  
con qué limpieza cinematográfica...  
Los paisajes prendidos al recuerdo  
con alfileres de anuncios eléctricos...  
Para la autopsia de las lunas muertas...  
(Jaime Torres Bodet, *Canción de cuna*)

Y en el agua cabellos, flores, plumas,  
a la deriva de la ventolina,  
huyendo, verdes, de la voz del fauno...  
(Rafael Alberti, *Reflejo*)

—Di, ¿tú qué harás el Primero de Mayo?...  
—Que empuje a España valerosamente  
a conquistar de nuevo su paisaje...  
(Alberti, *Primero de Mayo de 1938*)

Es interesante advertir que el verso de acentos en cuarta y octava sílabas (B<sup>2</sup>) ha perdido mucho terreno: hay poetas que no lo emplean con mayor frecuencia que el de acento sólo en la cuarta (B<sup>1</sup>), cuya popularidad es grande. Cabe mantener, pues, que para no pocos poetas el endecasílabo ha regresado a sus orígenes medievales: los tipos fundamentales son dos, el de acento en sexta sílaba (A) y el de acento en cuarta (B<sup>1</sup>); los tipos acentuados en cuarta y octava (B<sup>2</sup>) y en cuarta y séptima (B<sup>3</sup>) aparecen como variantes no muy frecuentes.

---

<sup>78</sup> Sobre la versificación del poeta chileno, consúltese Amado Alonso, *Poesía y estilo de Pablo Neruda*, Buenos Aires, 1940, cap. IV.

XVIII  
NUEVAS LIBERTADES DEL ENDECASÍLABO

Los poetas del siglo XX no se contentan con devolverle al endecasílabo la situación en que lo dejó Garcilaso; ocasionalmente lo descoyuntan. Uno de los recursos es colocar el acento de la cuarta sílaba en una palabra esdrújula, produciendo así un verso que podría igualmente considerarse como decasílabo con una sílaba de exceso en el medio (los italianos lo llaman *endecasillabo catulliano*, por su semejanza con versos latinos como éste de Catulo: “Minister vetuli puer Falerni”):

Banda de pájaros en la simiente...  
(Juan Ramón Jiménez, *Amaneceres*)

Llegué al epílogo de mis quimeras...  
(Julio Herrera y Reissig, *Sepelio*)

Vivir, estímulo de mi terrible...  
(Juan José Domenchina, *Acibarado fruto*)

Al cuerpo, en órganos desemejantes...  
(César Vallejo, *La cólera*)

Y tú, quedándote tan imprecisa...  
(María de Villarino, *Tiempo de angustia*, VIII)

Que con el cántico meditabundo...  
Lo que la música me está diciendo...  
Con lejanísimas inteligencias...  
(Francisco Luis Bernárdez, *El buque*)

Viajes buscándote, detrás del viento...  
(J. R. Wilcock, *Desde antes*)

Esta clase de versos se encontraba antes, pero como descuido:

Si por pasárseme de la memoria...  
Por asperísimos despeñaderos...  
(Juan de Castellanos, *Elegías*, parte II, Elegía III, canto IV)

Tirsi, paréceme que estás turbado...  
 Ora consuélate, que comoquiera...  
 (Jáuregui, *Aminta*)

Licor, gozábbase desprevenida...  
 (Núñez de Arce, *La duda*)

Compárense con estos decasílabos de Leandro Fernández de Moratín:

Vegas que diáfano fecunda el Arlas...  
 Ve los alcázares de Mantua excelsa...

o éstos de Juan Gualberto González:

Mecenas ínclito, de antiguos reyes  
 clara prosapia ioh mi refugio!...

A veces el esdrújulo se complica con sinalefa:

Sería la única inquietud acaso...  
 (Lugones, *Cisnes negros*)

En una ascética ilusión de Brahma...  
 (Herrera y Reissig, *Enero*)

Tu amigo Lázaro, el de Betanía...  
 (Unamuno, *El Cristo de Velázquez*)

Otro rasgo frecuente es acentuar la sílaba tercera, a veces también en palabra esdrújula<sup>79</sup>:

La hebra de oro de la esperanza mía...  
 (Amado Nervo, *La puerta*)

Una antorcha con que alumbrar la senda...  
 (Urbina, *Así fue*)<sup>80</sup>

De la copla entre los cañaverales...  
 (Manuel Machado, *La buena canción*)

<sup>79</sup> Darío usa este verso, por excepción, en *Torres de Dios* (“Rompeolas de las eternidades”), en *Revelación* (“y prodigio de las constelaciones”) y en *Visión* (“se juntaban con las constelaciones”).

<sup>80</sup> Generalmente este verso aparece impreso con acento en *qué*; pero ese acento es falso.

De sus tigres, ni la delicadeza...  
(Jorge Luis Borges, *Del infierno y del cielo*)

Ni la rosa coronada de espinas, ni la rosa de la resurrección...  
(Xavier Villaurrutia, *Nocturna rosa*)

Naturales y sobrenaturales...  
Cuya música misericordiosa...  
(Bernárdez, *El buque*)

Los espíritus apesadumbrados...  
(Urbina, *Vieja lágrima*)

La película caricaturesca...  
(González Martínez, *Mientras la lluvia cae*)

Se llega, por fin, a mayores libertades:  
A América su ruseñor errante...  
(J. R. Jiménez, *Rubén Darío*)

Después queda lo que ya no se nombra...  
(Ezequiel Martínez Estrada, *Motivos del cielo*)

Alma extraña de mi hueco de venas...  
(García Lorca, *Tu infancia en Mentón*)

Y al hundir mis dientes sanos y agudos...  
(Juana de Ibarbourou, *Merienda*)

Insaciable. Rosa de espacio duro...  
(Ricardo Molinari, *La muerte en la llanura*)

Marinero, dame tu blanca vela...  
(Genaro Estrada, *Retorno al mar*)

Sus cándidas mariposas de escarcha...  
(José Gorostiza, *Preludio*)

Muertes, infinitesimales mundos...  
(Silvina Ocampo, *La siesta*)

Espiritualizadísimamente...  
(Herrera y Reissig, *Idilio espectral*)<sup>81</sup>

Ejemplos de maneras libérrimas de tratar el endecasílabo:

A flor de vida van los corazones  
como estrellas de mar sobre las aguas  
van con la onda furtiva, distintas,  
en un romántico juego de gracia...  
Algunas saben la ciencia quimérica  
y se plasman en peregrinas formas...

Oh victorias que coronan la espuma  
con risas quedas y con rosas blancas...  
El rudo afán de los conquistadores...  
El mástil sin pendón, la frente inmóvil  
bajo el prismático fulgor del iris...  
Y te llaman con fantásticas liras  
desde las sirtes las rubias sirenas...  
La más lunática, la más rebelde,  
hija del arte y de la libertad,  
al impulso de un arcano deseo,  
el alma a medialuz, sola y distante,  
va siguiendo en silencio hora tras hora  
la misteriosa estela de tu nave...  
(María Eugenia Vaz Ferreira, *El cazador y la estrella*)

Cuando las gotas de sangre en el olmo...  
Ocultan en ensueño blanquecino...  
El fantasma de la noche olvidaron...  
Hay una sangre bermeja en el olmo...  
Y en la bruma hay rostros desconocidos...  
(José María Eguren, *Lied I*)

---

<sup>81</sup> En la poesía italiana desde fines del siglo XIX se observan iguales libertades:  
*Alia, nell' immobilità del gelo...*  
(Pascoli, *Le due aquile*)

Dos robles lloraban como dos niños...  
 Y en la mágica luz del cielo santo...  
 De la onda florida de la mañana...  
 Las risas y las dulces pastorelas...  
 Amoroso canto de caramillos...  
 (Eguren, *Los robles*)

Tarde sucia de invierno. El caserío...  
 Que sube en forma de tirabuzón...  
 Y debajo de la genuflexión  
 de la arboleda, somormuja el río...  
 Como un problema sin definición...  
 Y el dueño del terruño, indiferente,  
 rápidamente, muy rápidamente,  
 baja en su coche por el camellón.  
 (Luis Carlos López, *Una viñeta*)

Yo que sólo canté de la exquisita  
 partitura del íntimo decoro,  
 alzo hoy la voz a la mitad del foro...  
 Como aguinaldo de juguetería...  
 Y en el barullo de las estaciones,  
 con tu mirada de mestiza, pones  
 la inmensidad sobre los corazones...  
 Que en tu lengua de amor prueben de ti  
 la picadura del ajonjolí...  
 Oigo lo que se fue, lo que aún no toco,  
 y la hora actual con su vientre de coco...  
 Joven abuelo, escúchame loarte,  
 único héroe a la altura del arte...  
 En piso de metal, vives al día  
 de milagro, como la lotería...  
 Suave Patria, vendedora de chía...  
 Cual muriéndose van las cantadoras  
 que en las ferias, con el bravío pecho...  
 (Ramón López Velarde, *Suave Patria*)

Suelta mi corazón sus angulosas  
palomitas de volatinería,  
la iglesia con el atrio de baldosas  
y con la cúpula de sillería...

Y más que el humo de las chimeneas  
atrae su mirada la blandura  
con que saca sobre las azoteas  
la arboleda su esponja de verdura...  
Mientras borda, primor de sus achaques,  
un pañuelo donde se dan el pico  
dos palomas como en los almanaques...

(Rega Molina, *Oda provincial*)

Con el neutral y plácido abandono  
de las ubres de la naturaleza...

El eminente cocotero yergue  
sobre la horizontalidad del agua  
su ondulante penacho que a lo lejos...

(Eloy Fariña Núñez, *Canto secular*)<sup>82</sup>

## XIX

### EL ENDECASÍLABO CRECIENTE

Aparece también el endecasílabo creciente (subrayo la sílaba superflua):

Te salía tu aroma por doquiera...

Llegada la última, fuiste la primera...

(Juan Ramón Jiménez, *A mi pena*)

Ceñida a la apariencia y al descuido.

Hebra sonámbula. Espacio ensimismado...

(Mariano Brull, "Aquí la araña atónita...")

---

<sup>82</sup> Otro ejemplo: Manuel Magallanes Moure, *Tardes de la ciudad*.

Sobre la espalda flagelada del tiempo.  
He de encerrar el llanto de las tardes...  
(Borges, *Forjadura*)

Socavas el horizonte con tu ausencia...  
Acogedora como viejo camino...  
(Neruda, *Poemas de amor*, XII)

Palabras. Sí, palabras. Todos los tallos del  
espacio —otro polo, el otro polo...  
(Ricardo Molinari, *El desdichado*, I)

Que entre el perfume de las azucenas  
posaba en el *peluche* del banco rojo...  
(Rosa Chacel, *Fruto de las ruinas*)

## XX

## EL ENDECASÍLABO COMO EJE DE FLUCTUACIÓN

El endecasílabo se emplea además como eje de composiciones en versos fluctuantes: renglones de medidas diversas se agrupan alrededor del eje. Así se hace, tanto en poesías de versificación de ritmo cantable como en composiciones de versificación meramente amétrica.

La balada de Juan Ramón Jiménez *Mañana de la cruz* es ejemplo de esta versificación fluctuante acentual (podría decirse que está hecha con endecasílabos crecientes agrupados alrededor de los normales que sirven de eje: subrayo las sílabas de exceso):

Dios está azul. La flauta y el tambor  
anuncian ya la cruz de primavera.  
¡Vivan las rosas, las rosas del amor,  
entre el verdor con sol de la pradera!  
Le pregunté: ¿Me dejas que te quiera?  
Me respondió, radiante de pasión:  
Cuando florezca la cruz de primavera  
yo te querré con todo el corazón.  
Ya floreció la cruz de primavera.

¡Amor, la cruz, amor, ya floreció!  
 Me respondió: ¿Tú quieres que te quiera?  
 ¡Y la mañana de luz me traspasó!  
 Alegran flauta y tambor nuestra bandera.  
 La mariposa está aquí con la ilusión.  
 ¡Mi novia es la virgen de la era  
 y va a quererme con todo el corazón!

Valle Inclán, al adoptar el ritmo de las muiñeiras de Galicia, combina el eneasílabo, el decasílabo, el endecasílabo y el dodecasílabo —cualquiera de ellos puede convertirse en eje— y les añade versos de otras medidas<sup>83</sup>:

Bajo el gran hayedo sombrío  
 una pastora con dengue de grana  
 en una gracia de rocío está hilando su copo de lana...  
 (*Voces de gesta*, Jornada I, prólogo)

---

<sup>83</sup> En gallego se hallan, naturalmente, estas mezclas del endecasílabo con otras medidas:

Non sei se me da medo,  
 se me da compasión;  
 parece un pino leixado do vento,  
 parece botado do mar de Niños...  
 (Eduardo Pondal, *Que barba non cuidada*)

Neto do enxebre e valente gaitero...  
 dime que notas salen do punteiro  
 que tan mal resoan no meu corazón...  
 (Manuel Lugris Freire, *A un gaitero*)

Si quixeran voar poderían  
 pois no mesmo lombo duas azas levan,  
 mais preferen vollar paaeniño  
 depinicando nas froles das veiras...  
 (Eugenio Montes, “Tornan as vacas...”)

Rosalía de Castro escribía versos de esta especie partiéndolos:

As de cantar,  
 menina gaiteira,  
 as de cantar,  
 que me moiro de pena...

Cómo la sangre del sol matinal  
de los vellones del nevero  
hace regatos de cristal...  
(*Voces de gesta*, Jornada II)

Parece que cavas en mi corazón.  
¡No queda un brazo que mueva una honda,  
todo se hundió con el sol de este día!  
¡Cava, cavador, una cueva bien honda!  
¡Con tu esperanza sepulta la mía!...  
(*Voces de gesta*, Jornada III)

—¿Esa tuavecilla  
canta en Provenza o canta en Castilla?  
—Canta en la orilla de todo sendero  
y en el albergue de toda villa  
y en el alero de toda capilla  
y en el postigo de toda taberna!  
¡Es el ave que al mundo gobierna!...  
(*Cuento de abril*, Jornada III)

Rubén Darío imitó también las formas fluctuantes de la versificación de gaita gallega, y no sólo el endecasílabo aislado:

Gaita galaica, sabes cantar  
lo que profundo y dulce nos es...  
Canta. Es el tiempo. Haremos danzar  
al fino verso de rítmicos pies...  
Tiempo de esparcir y de recoger,  
tiempo de nacer, tiempo de morir...

De cuando en cuando las adoptan poetas de América:

La barca morena de un pescador,  
cansada de bogar,  
sobre la playa se puso a rezar...  
(José Gorostiza, *Oración*)

Ay Dios, qué viento frío  
mueve la flor del granado este día...  
(Molinari, *Analecta*)

Como ejemplos de versificación libre, fluctuante, pero no de ritmos acostumbrados en el canto, en que sirve como eje el endecasílabo, podrían citarse composiciones de Borges (*Las calles, Vanilocuencia, Jardín, Despedida*), de Alfonso Reyes (*Ifigenia cruel*), de César Vallejo (*Trilce, XVIII*), de Jorge Carrera Andrade (*Indiada, Boletín del mal tiempo*), de Eugenio Florit (*Poema de agua y viento, La señal, Tarde presente*), de Vicente Aleixandre (*La palabra, Muñecas, Ida*), de León Felipe (*Yo sé dónde está, Esperando a que amanezca*), de Ricardo Molinari (*Poema del almacén*), de Conrado Nalé Roxlo (*La esmeralda*), de Pablo Neruda (*Melancolía en las familias, Maternidad*), de Salvador Novo (*Viaje*), de Francisco Giner (*Ausencia, V*), de Héctor Incháustegui Cabral (*Canción suave a los burros de mi pueblo*), de Octavio Paz (*Bajo tu clara sombra*).

¡Ah las paredes de la celda!  
De ellas me duelen, entretanto, más  
las dos largas, que tienen esta noche  
algo de madres que ya muertas  
llevan por bromurados declives  
a un niño de la mano cada una...  
(Vallejo, *Trilce, XVIII*)

Se canta en el poema,  
por tristeza y olvidanza,  
la gota perenne de una estrella  
sobre la estalactita de la esperanza.  
Y un poco de tristeza en este día  
cuelga una lágrima en mi pecho,  
porque en mi vida hay una onda  
de lago vespéral y gris de cielo...  
(Carlos Pellicer, *El puerto*)

Pasamos cerca de la primavera  
y más abajo de las noches de luna,  
pasamos a la izquierda de la aurora  
y ¡ay! sobre todo de espaldas al deseo...  
Un camino olvidado  
de todos, menos de la brisa  
que trae el aura de la ventura,

el polen áspero de los recuerdos  
y torbellinos de plumas azules...  
(Rosa Chacel, *Encrucijada*)

Podrían distinguirse aún dos maneras en esta versificación libre: en la una, el verso fluctúa, como amétrico, y de cuando en cuando se define como endecasílabo métricamente regular; en la otra, el endecasílabo es dominante y va acompañado de otros versos, por lo común más cortos (en ocasiones, los versos acompañantes podrían llamarse endecasílabos disminuidos o aumentados): así en Juan Ramón Jiménez (*Niño en el mar* y el *Nocturno* “Tan inmenso que es...”), en Pedro Salinas (*Suicidio hacia arriba*), en José Gorostiza (*Muerte sin fin*), en Carlos Pellicer (*Recinto*).

## XXI

## OTROS TIPOS DE ENDECASÍLABO

Otro tipo de endecasílabo empleó Rubén Darío; el de acento en quinta sílaba (tipo C). La poesía galaicoportuguesa lo conocía desde el siglo XIII:

¡Ai frores, ai *frores* do verde pino!  
¿Se sabedes *novas* do meu amigo?

Darío lo adopta en su *Balada laudatoria* (1911 o 1912) al insigne gallego Valle Inclán:

Del país del sueño, tinieblas, brillos,  
donde crecen plantas, flores extrañas,  
entre los escombros de los castillos,  
junto a las laderas de las montañas,  
donde los pastores en sus cabañas  
rezan cuando al fuego dormita el can,  
y donde las sombras antiguas van  
por cuevas de lobos y de raposas,  
ha traído cosas muy misteriosas  
don Ramón María del Valle Inclán...

Manuel González Prada adoptó también este verso en su composición *El gran doctor*:

Mar profundo, inmenso mar de las cosas,  
 ¿puede acaso el hombre sondar tu abismo?  
 ¿Qué del mundo alcanzan a ver sus ojos?  
 ¿Sabe si el granito goza y padece?  
 ¿Sabe si las flores sienten y piensan?<sup>84</sup>

González Prada, que tantos ensayos de innovación y renovación hizo en el verso, inventó un tipo más de endecasílabo, acentuado en tercera y séptima, con la peculiaridad de que el acento de la tercera va siempre en palabra esdrújula:

Sol del trópico, mi sol adorado,  
 ¿qué del vivido raudal de tu fuego?  
 Nubes lóbregas te ciñen y ocultan...  
 (*El rincón florido*)<sup>85</sup>

El poeta dominicano Francisco Muñoz del Monte (1800-1865 o 1868) empleó una especie de endecasílabo creciente, con una sílaba de exceso después de la cuarta (como solía haberla en los de Fernán Pérez de Guzmán), en el comienzo de su composición *A Gertrudis Gómez de Avellaneda*:

Incierta y débil, saliendo de la cáscara,  
 implume el ala, sin fuego en el mirar...

En el siglo XVII, Sor Juana Inés de la Cruz inventó un tipo de verso, que a veces ha sido llamado indebidamente endecasílabo, y que ella empleó en dos composiciones (de ella lo tomaron el poeta hispano-mexicano Agustín de Salazar y Torres y el bogotano Francisco Álvarez de Velasco); en realidad tiene diez sílabas y comienza con palabra

<sup>84</sup> Aparece en las *Notas* al final de su libro de versos *Exóticas*, Lima, 1911.

<sup>85</sup> En su erudita edición de la *Antología poética* de González Prada, México, 1940 (Colección *Clásicos de América*), Carlos García Prada dice que el maestro peruano “cultivó el endecasílabo de acentos en la tercera, la séptima y la décima sílabas, como lo hicieron más tarde los modernistas”. El verso así acentuado no lo encuentro en ningún otro poeta, de modo sistemático: sólo como forma ocasional, que se mezcla con los tipos usuales (v. *supra*). Es de advertir que González Prada, cuando escribe endecasílabos normales, sólo emplea los tipos A y B<sup>2</sup>; nunca mezcla con ellos el B<sup>1</sup>, ni el B<sup>3</sup>, que cultivó separadamente.

esdrújula:

Lámina sirva el cielo al retrato,  
Lísida, de tu angélica forma...  
Vísperas son felices del día...

## XXII RESUMEN

El verso endecasílabo de las lenguas románicas nace de la adaptación de metros latinos (probablemente el sáfico y el senario) que a su vez se derivan del griego. Aparece en francés y en provenzal; del provenzal pasa al italiano, al catalán y al galaicoportugués.

En castellano, desde el siglo XII hasta el XVI, se ensaya repetidas veces el endecasílabo, como imitación de modelos extranjeros, pero no se convierte en metro usual, excepto como forma subsidiaria que acompaña al dodecasílabo en el arte mayor. Al cabo de cuatro siglos, Boscán introduce el metro, tomándolo del italiano, y la intervención de Garcilaso lo impone. Desde entonces es el metro principal, el “verso noble” de nuestro idioma. En portugués, Sã de Miranda, contemporáneo de Boscán y Garcilaso, implanta el endecasílabo de tipo italiano.

En sus orígenes, este verso tiene dos tipos, uno de acento interior en la sexta sílaba (A), otro de acento en la cuarta (B). No debían mezclarse, pero en la práctica se mezclaron. En italiano se hizo normal la mezcla, y los dos tipos se tratan como una unidad: el número de sílabas es igual; la acentuación esencial, si no idéntica, es por lo menos semejante: debe caer en sílaba par, la sexta (A) o la cuarta (B). En realidad, el tipo B se subdivide en tres subtipos, el B<sup>1</sup> (acento sólo en la cuarta sílaba), el B<sup>2</sup> (acentos en la cuarta y en la octava) y el B<sup>3</sup> (acentos en la cuarta y en la séptima). Como singularidad aparece el endecasílabo creciente, con una sílaba de exceso.

Al pasar al castellano, el endecasílabo se altera: no todavía en Boscán y su grupo, que lo escriben como los italianos, pero sí en sus secuaces más jóvenes. De las cuatro formas del verso italiano, sólo se aceptan tres: A, B<sup>1</sup> y B<sup>2</sup>. El tipo B<sup>3</sup> se suprime, porque recordaba demasiado el endecasílabo subsidiario del arte mayor. Y el tipo B<sup>1</sup> tenía que usarse mucho menos que A y B<sup>2</sup>, en razón de su estructura: no es fácil, o por

lo menos cómodo, escribir a menudo series de cinco sílabas en que falte acento. La mayor parte de los poetas lo emplean, y a veces con mucha frecuencia (Juan Rufo, Alonso de Acevedo, Bartolomé de Argensola); unos pocos lo evitan (Montemayor, Gil Polo, Arguijo, Rioja, entre otros). A principios del siglo XIX (Leandro de Moratín en su madurez, Quintana, Gallego) se le proscribió. Muy de tarde en tarde reaparece, pero probablemente como descuido, o quizás como arcaísmo (Espronceda, Batres, Burgos).

De hecho, desde mediados del siglo XVI el endecasílabo, en castellano, se siente como metro unitario. El tipo (A) de acento en sexta sílaba y el tipo (B<sup>2</sup>) de acentos en cuarta y octava se equivalen para el oído. El tipo (B<sup>1</sup>) de acento sólo en la cuarta, a pesar de su persistencia, no tenía otro valor que el de una especie de descanso, de alteración momentánea, que hacía resaltar mejor la estructura fundamental.

A fines del siglo XIX, Rubén Darío, renovador fabuloso de la versificación castellana, lleva de nuevo el endecasílabo a la situación de los tiempos de Boscán y Garcilaso: mezcla los cuatro tipos iniciales (A, B<sup>1</sup>, B<sup>2</sup> y B<sup>3</sup>). Nunca traspasa esos límites. Cultiva a veces separadamente el tipo B<sup>3</sup> y aun adopta las variantes de fluctuación que tiene en gallego (“Gaita galaica...”); usó también, fugazmente, y aislado, el tipo (C) acentuado en la quinta sílaba (“Del país del sueño tinieblas, brillos...”).

Los discípulos de Darío sí traspasan los límites que él fijó para el endecasílabo normal: poco a poco, el metro sufre toda especie de dislocaciones; ahora, todo es lícito. Pero no todos los poetas se lo permiten todo: unos se detienen donde se detuvo Darío; otros ni siquiera emplean el tipo (B<sup>3</sup>) de acentos en cuarta y séptimas sílabas. Finalmente, el endecasílabo sirve de eje en formas de versificación libre.

El tipo (B<sup>3</sup>) de gaita gallega, desde fines del siglo XVIII (Iriarte y Leandro de Moratín), tiene vida independiente, pero no muy activa. Así se conserva.

► *El endecasílabo castellano*. Boletín de la Academia Argentina de Letras, tomo XIII, pp. 725-824, Buenos Aires, 1944. Publicado además como separata, Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, 1945.

## SOBRE LA HISTORIA DEL ALEJANDRINO

El verso alejandrino tiene en castellano larga historia, con cuatro épocas: aparece, nebulosamente, en el siglo XII; se impone, como forma fundamental del mester de clerecía, durante los siglos XIII y XIV<sup>1</sup>; se eclipsa del XV al XVIII, salvo apariciones esporádicas<sup>2</sup> en la poesía

---

<sup>1</sup> Sobre el alejandrino de los primeros siglos, cf. mi libro *La versificación irregular en la poesía castellana*, capítulo I, § 4; el estudio de John Driscoll Fitz-Gerald, *Versification of the cuaderna vía*, Nueva York, 1905, y los trabajos de H. H. Arnold mencionados en mi nota sobre la cuaderna vía (*RFH*, 1945, VII, págs. 45-47).

<sup>2</sup> Consúltese el erudito estudio de Arturo Marasso, *Ensayo sobre el verso alejandrino*, en *BAAL*, 1939, VII, págs. 63-127. Ejemplos que menciona de los siglos XVI a XVIII: Gil Polo, en la *Diana enamorada*, 1564 (llama a sus alejandrinos *rimas francesas*, pues nadie recordaba la cuaderna vía, salvo excepciones muy contadas, como Gonzalo Argote de Molina, a quien también cita Marasso); Pedro Hurtado de la Vera (¿o Pedro de Faría?), soneto en versos muy mal medidos, en la comedia *Dolería*, 1572; sonetos (¿de quién?) en elogio de *Dos tratados* del insigne protestante español Cipriano de Valera, publicados en Londres, 1588 (influencia francesa); Pedro Espinosa, el conocido soneto en elogio de la Virgen María; Alonso Carrillo, en el *argumento* del *Libro de la erudición poética*, de su hermano Luis, 1611 (versos sin rima; se reimprimen en 1613 partidos en heptasílabos); Ambrosio de Salazar, *La vida del autor*, en pareados, como prólogo de su *Espejo general de la gramática*, impreso en Ruan, 1614 (influencia francesa); en el siglo XVIII, Cándido María Trigueros, Tomás de Iriarte, Tomás Antonio Sánchez (composición en cuaderna vía y lenguaje antiguo, en elogio de Berceo, al publicar sus poemas, (782), Leandro Fernández de Moratín y hasta el P. Bartolomé Pou (1727-1802), que escribe en su versión de Heródoto un único alejandrino al traducir un verso de la *Odisea*:

En Libia presto apuntan las astas del cordero.

Podría agregarse un único alejandrino con que remata Juan María Maury *El festín de Alejandro*, traducido de Dryden:

Y a fuer de nueva Elena incendia nueva Troya.

En la poesía popular (a la cual no hace referencia Marasso) aparecía de tarde en tarde, durante el siglo XVI, el alejandrino, mezclado con versos distintos,

culta y en los cantos populares; reaparece a plena luz en el XIX, y alcanza nuevo esplendor con los románticos y los modernistas.

En la cuarta época es común señalar dos períodos: antes y después de las innovaciones que, tras estudiar el modelo francés de Víctor Hugo, introdujeron Francisco Gavidia (1883) y Rubén Darío. En vez de dos períodos, deberían señalarse tres; desde principios del XIX hasta 1838; de ahí hasta Gavidia y Darío; de estos modernistas en adelante. Quizá haya que contar, si la situación actual no se modifica, una nueva fase; desde alrededor de 1920 los poetas emplean poco el alejandrino, y bien podría eclipsarse de nuevo.

Durante la Edad Media, es bien sabido, los poetas españoles que aspiraban a escribir alejandrinos no llegaban fácilmente a la medida exacta de catorce sílabas: sólo Berceo alcanza —las más veces— el fin que se propone, si bien alterando el fluir normal del habla con la supresión total de la sinalefa<sup>3</sup>. Cuando el alejandrino de los siglos XII a XIV realiza plenamente su módulo ideal, su estructura es sencilla: se compone de dos hemistiquios de siete sílabas, que pueden terminar en palabra llana, o esdrújula, o aguda. La acentuación interna de los hemistiquios es libre; puede caer en cualquiera de las sílabas que definen la fisonomía rítmica de este verso, sea en sílabas pares, la segunda o la cuarta o ambas (acentuación yámbica, según la terminología de Bello), sea en sílaba impar, la tercera (acentuación anapéstica):

La *verdura* del prado, la *olor* de las flores,  
las *sombras* de los *árbores* de *templados* sabores.  
(Gonzalo de Berceo)

Era *vieja* buhona destas que *venden* joyas;  
éstas *echan* el laço, estas *cavan* las foyas...  
(Arcipreste de Hita)

Eran rítmicamente libres los pocos alejandrinos de los siglos XVI y XVII:

Olor *tengan* más fino las coloradas rosas...  
Floridos ramos mueva el *viento* sosegado...

---

en la poesía de metro fluctuante:

Aquellas sierras, madre, altas son de subir...  
Lavarme yo, cuitada, con penas y dolores...

<sup>3</sup> Cf. los trabajos indicados en nota anterior.

Más que el antiguo Néstor tengáis larga la vida...  
(Gil Polo, *Diana enamorada*)<sup>4</sup>

Y después, no sabiendo lo que de *mí* sería,  
me vine *aquí* a Ruán por una fantasía...  
(Ambrosio de Salazar, *La vida del autor*)

Como el *triste* piloto que por el *mar* incierto  
se *ve*, con *turbios* ojos, sujeto de la pena  
sobre las *corvas* olas que vomitando arena  
lo *tienen* de la espuma salpicado y cubierto...  
(Pedro Espinosa, *Soneto a la Virgen*)

En el siglo XVIII el alejandrino reaparece en Cándido María Trigueros (1736-1800), que lo llamó *pentámetro* (creía haberlo inventado), desde 1774:

Y *sufriendo* en mil tierras y el *reino* de Neptuno  
las *iras* poderosas de la enojada Juno...  
(*Eneida*, I)

y en Tomás de Iriarte (1760-1791):

Yo *leí*, no sé dónde, que en la *lengua* herbolaria,  
saludando al Tomillo la *hierba* Parietaria...  
Apenas *medio* palmo del *suelo* te levantas...  
(Fábula X, *La parietaria y el tomillo*)

La acentuación interna de los hemistiquios es, como se ve, libre. Igualmente en Alberto Lista (1775-1848):

Ya de *fulgentes* flores se *adorna* primavera...  
Yo *traspongo* ligero los *cántabros* collados...  
Allí *están* sus rediles: *amor*, yo soy dichoso,  
que ya *vuela* a mis brazos la *amada* Filis mía...  
(*El deseo*)

Se mantiene libre, durante el siglo XIX, en los del prócer chileno Camilo Henríquez (1769-1845):

---

<sup>4</sup> La mayor parte de los alejandrinos de Gil Polo, puede observarse, son de acentuación yámbica.

Los *talentos* de Chile yo te *vi* que aplaudías,  
 pero su *sueño* y ocio sempiterno sentías...  
 (*Exhortación al estudio de las ciencias, ¿1812?*)

¡Salve, *gloria* del mundo, *república* naciente,  
 vuela a *ser* el imperio más *grande* de Occidente!...  
 (*A Buenos Aires, ¿1816?*)

En los del romántico argentino Esteban Echeverría (1805-1851):  
 Dichosos si durasen las *horas de ese sueño*  
 como *duran* y vuelven las del *sueño común*...  
 (*La Guitarra*)

En los de la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873):  
 Sola al *pie* de la torre, donde la *voz* tonante  
 resuena pavorosa de tu *señor fatal*...  
 (*A Polonia, versión de Hugo, 1840*)

En los de Pablo Piferrer (1818-1848):  
 Y el *negro* sumidero en que *bota* y retumba...  
 Más *allá* está tu patria, un *eterno* confín...  
 El *aura* vespertina que en las *ramas* suspira...  
 el *sol* la roja cúspide por *vez* postrera mira...  
 (*La cascada y la campana*)

En los del mexicano Ignacio Rodríguez Galván (1816-1842):  
 Hijos de *tales* padres, por las *sendas* impuras  
 de *avaricia* y torpeza caminarán a oscuras  
 y en *fiestas* crapulosas los hallará la luz...  
 (*El privado del virrey*)

Todavía en los del novelista andaluz Juan Valera (1824-1905):  
 De la *sabia* Minerva maravillosa fábrica,  
 ¿cómo se *ha* destruido, *Atenas*, tu poder?...  
 (*Fábula de Euforión*)

En los de José Selgas (1822-1882):  
 Coronadas de lágrimas las *ondas* de su velo,  
 rota sobre los aires su *toca* virreinal...  
 (*La nube de verano*)

Y, tardíamente, en Miguel Antonio Caro (1843-1909):

Le traerían ensueños floridos a la mente  
 y olvidados afectos del corazón marchito...  
 A soñar a la sombra de tus copados árboles,  
 de tus bullentes ondas al amoroso ruido...  
 Mi amor es puro y vago, misterioso y fecundo,  
 más hermoso que el cielo, más que la mar profundo...  
 (*El descubridor*)

Y en otro gran colombiano, Rafael Pombo (1833-1912):

¡Qué suerte me ha tocado! ¡Qué esclavitud la mía!  
 ¡Vivir atado a un libro! ¡Trabajar todo el día!...  
 Hoy no sabes ser libre. La virtud y la ciencia...  
 (*El escuelante y la oruga*)

Sorprendida in fraganti cayó la pulga un día...  
 Muy poco mal me hiciste, mas ello se te debe  
 a que te era imposible hacérmelo mayor...  
 (*El hombre y la pulga*)

Entonces no se usaban estas carnicerías  
 y eran artes incógnitas chorizos y jamón...  
 (*Chanchito*)

Y hasta en el dramaturgo Echegaray (1832-1916):

Cuando del viento el ímpetu logra al sauce doblar.  
 Y en la marmórea piedra el cincel ha grabado...  
 (*Noviembre*)<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> En la segunda edición de mi libro *La versificación irregular de la poesía castellana*, Madrid, 1933, pág. 318, atribuí al poeta uruguayo Juan Carlos Gómez (1820-1884) alejandrinos de acentuación libre; no los encuentro ahora en su colección de poesías: si no sufrí equivocación, debí de leerlos en una composición no recogida en volumen.

No recuerdo el autor chileno de unos alejandrinos que he visto citados no sé dónde, pero creo que son anteriores a los de Zorrilla:

Las alhajas que hurtó no encontrádoselé,  
 fue puesto en libertad, y a Copiapó se fué...

Hizo también alejandrinos de acentuación libre el argentino José María Cantilo (1816-1872).

## II

¿Cuándo empezó la acentuación yámbica rigurosa de los hemistiquios del alejandrino? En *El deseo*, de Lista, está comenzando: solamente la última estrofa de la composición lleva acentuación libre; las anteriores tienen todas acentuación yámbica. Podría esperarse que los clasicistas del siglo XVIII hubieran introducido el rigor rítmico, como lo hicieron —por lo menos los últimos, Leandro Fernández de Moratín, Quintana, Gallego, Lista— con el endecasílabo, suprimiendo unas de sus formas, la de acento interior sólo en la sílaba cuarta, que se había mantenido desde los tiempos de Boscán y Garcilaso<sup>6</sup>. Pero el alejandrino tuvo escaso favor entre ellos. La acentuación yámbica exclusiva se adopta en el período romántico, y, según parece, la innovación se debe a Zorrilla (1817-1893): los primeros alejandrinos que aparecen en sus obras son los de la plegaria *A María*, que forma parte de la colección inicial de sus poesías, publicadas en 1838:

*Aparta de tus ojos la nube perfumada...*

Vienen inmediatamente después los conocidísimos versos de *Las píldoras de Salomón*, en la sexta parte de los *Cantos del trovador* (1840-1841): constituyen el tercer “fragmento”, que alcanzó extraordinaria popularidad; no llevaba título, pero después se le ha denominado unas veces *Las nubes*, otras veces *La tempestad*:

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan  
del aire transparente por la región azul?...  
¡Cuál rápidas se agolpan! ¡Cuál ruedan y se ensanchan  
y el firmamento trepan en lóbrego montón!...

Poco posteriores a los alejandrinos de *Las píldoras de Salomón* son los de la *Apoteosis de Calderón* (1841):

Yo oí entre las hojas de mi laurel sonoro  
brotar de un arpa nueva el inspirado son...

y los del “capítulo cuarto” de la *La azucena silvestre*:

¡Ay triste del viajero que pierde su camino...!

---

<sup>6</sup> Cf. mi trabajo sobre *El endecasílabo castellano* en *BAAL*, 10,44, XIII, págs. 725-824, ampliación y renovación del publicado en *RFE*, 1919, VI, págs.132-157.

Contemporáneo estricto de Zorrilla, Salvador Bermúdez de Castro (1817-1883) publica en esos mismos años sus *Ensayos poéticos* (1840) donde emplea el alejandrino de acentuación yámbica en las composiciones *Un baño en el Tajo* y *A Toledo*, fechadas ambas en el año de aparición del volumen<sup>7</sup>. A poca distancia debieron de seguir a Zorrilla, y a Bermúdez de Castro, Gabriel García Tassara (1817-1875) y Ventura Ruiz Aguilera (1820-1881). Hasta la Avellaneda adoptó la nueva forma en su composición *Al mar* y en dos estrofas de *La noche de insomnio y el alba*:

¡Ay! de la ardiente zona do tienes alma asiento  
tus rayos a mi cuna lanzaste abrasador...

En América se difundió la innovación con el argentino José Mármol (1818-1871) y el venezolano Abigaíl Lozano (1821-1866).

### III

Durante cuarenta años, desde el éxito de Zorrilla, la mayoría de los poetas consideraron obligatorio la forma que él le dio al alejandrino: en comparación con la libertad anterior, hubo de parecer que el rigor acentual creaba una superior estructura rítmica. Pero sobrevino, después de 1880, la revolución de los *modernistas*, que prefería, a las formas de verso rígidamente acentuadas, las de acentuación libre: así ocurrió con el eneasílabo; para el endecasílabo se restauraron las cuatro formas originarias, las de la primera mitad del siglo XVI, y después se ha llegado a formas descoyuntadas<sup>8</sup>. El alejandrino no podía quedarse intacto.

Cuando Gavidía y Darío descubren, con la lectura de poesía francesa, y particularmente de Hugo, la variedad rítmica de que es capaz el alejandrino, se limitan a devolverle la libertad de acentuación que tenía

<sup>7</sup> En *Un baño en el Tajo* hay un renglón que —podríamos pensar— viola la rigidez yámbica:

Corred, plácidas ondas, corred y murmurad...

Pero, probablemente, para el poeta el acento de *corred* dominaba sobre el de *plácidas*. La violación es franca, pero aislada, en este verso de *A Toledo*:

Duerme, Toledo, duerme, y en tu almohada de piedra...

<sup>8</sup> Cf. mi trabajo sobre *El endecasílabo castellano*, parte final.

antes de Zorrilla y a ensayar cortes internos:

Yo dormía una noche a la orilla del mar,  
Sopló un helado viento que me hizo despertar.  
Desperté. Vi la estrella de la mañana. Ardía...  
(Gavidia, versión de la *Stella* de Hugo, 1883)

Trae, al soplar, la brisa, ruidos, besos, pasión,  
lleva enjambres de arpas, bandadas de preludios...  
Allí el pétalo es eco, allí el fuego es un ritmo...  
(Gavidia, *El idilio de la selva*, 1883)

Además, en la *Sonatina* (¿1893?), Darío emplea otro tipo de alejandrino, con ritmo anapéstico, no menos rígido que el yámbico de Zorrilla; la acentuación interior de cada hemistiquio cae exclusivamente en la sílaba tercera:

La princesa está triste. ¿Qué tendrá la princesa?...

Idénticos son los alejandrinos de José Joaquín Pérez (1845-1900) en *La española en América* (1894); es muy poco probable que el poeta dominicano conociese la *Sonatina*:

Al desgaire cruzado el mantón de Manila,  
con orgullo y con gracia, como reina y manola,  
en la cruz centellante de la negra pupila  
incendiando las almas, va la ardiente española...<sup>9</sup>

Salvador Rueda (1857-1933) adoptó este alejandrino en el *Preludio* de *La procesión de la naturaleza*, hacia 1909:

Por mitad del París de artificio dorado  
que, de tanta luz ciego, del abismo va en pos...

En este poema emplea también el alejandrino zorrillesco:

Un Niágara te cuelga de crines hechas rizos...  
(*El caballo*)

<sup>9</sup> El alejandrino clásico francés, el de Cornielle y Racine, tendía de preferencia a este ritmo anapéstico, con cuatro acentos:

*Mais tout dort, el l'armée, et les vents el Neptune...*

Consúltese Maurice Grammont, *Le vers français*, 4ª edición, París, 1937, y la obra clásica de Becq de Fouquières, *Traite general de versification française*.

Los árboles frenéticos de todas las ciudades...

(*La carrera de árboles*)

Nunca parece haber mezclado libremente el tipo yámbico y el anapéstico. Después, Rubén Darío desarticuló completamente el alejandrino, haciendo alternar versos en que se mantiene la cesura con versos en que se suprime, y hasta versos de trece sílabas:

Y los moluscos reminiscencias de mujeres...  
 ¿Ha nacido el apocalíptico Anticristo?...  
 Coronada con el laurel del rey del día...  
 Cuando surgen de su prisión los olvidados...  
 Y el duelo de mi corazón, triste de fiestas...  
 Significas en mi primavera pasada...  
 De ir a tientas, en intermitentes espantos...  
 Pasó ya el tiempo de la juvenil sonrisa...  
 Y por caso de cerebración inconsciente...

A veces se destacan tres acentos que dividen el verso en tres grupos rítmicos:

Y tú, paloma arrulladora y montañera...  
 En los instantes del silencio misterioso...  
 Todo lo que *hay* en la diurna primavera...  
 Huérfano *esquife*, árbol *insigne*, oscuro *nido*...  
 Ojos de víboras, de *luces* fascinantes...  
 Dichoso el árbol, que es apenas *sensitivo*...  
 Que el *soñador imperial* meditabundo...  
 Del *ruiseñor* primaveral y *matinal*...  
 Tarda en *venir* a este dolor adonde vienes...  
 Sueña, hijo *mío*, *todavía*, y cuando crezcas...  
 Cristalizamos en *palabra* y *pensamiento*...<sup>10</sup>

<sup>10</sup> El modelo de Darío para estos descoyuntamientos fue principalmente Verlaine:

Et le vieux tremble sa plainte sempiternelle...  
 Tu consoles et tu berces, et le chagrin...  
 Et tout le cirque des civilisations...  
 Et l'extase perpétuelle et la science...  
 De cette Science intruse dans la maison...  
 Oiseau sur ce pile roseau fleuri jadis...  
 Et quelque responsabilité d'Empereur...

## IV

Desde el siglo XVIII se intenta en castellano el llamado “alejandrino de trece sílabas”, especie de alejandrino sin cesura: el primer hemistiquio debía terminar en palabra aguda o bien en palabra llana cuya sílaba final hiciese sinalefa con la inicial del hemistiquio siguiente:

En *cierta* catedral una *campana* había  
 que *sólo* se tocaba *algún* solemne día...  
 Cuatro *golpes* o tres *solía dar* no más...  
 Celebrada fue siempre en *toda* la comarca...  
 (Fábula VII, *La campana y el esquilón*)

Después lo emplea Leandro Fernández de Moratín (1760-1828):

La *bella* que prendó con *gracioso* reír  
 mi *tierno* corazón *alterando* su paz...

Todavía en 1842 lo ensayaba de nuevo, llamándolo *tredecasilabo*, el infatigable y poco afortunado experimentador Sinibaldo de Mas (1809-1868):

Fragante y rubicunda, entre sus *hojas* bellas,  
 es la *rosa* al nacer de *célica* figura...

Y hasta en 1894 reaparece en el opúsculo *Al lector*, del uruguayo Roberto de las Carreras:

¡Vivir! He *aquí una* cosa *extraña* como el hombre,  
 que nos *causa*, lector, *bastante* pesadumbre...

Andrés Bello, en su tratado de *Ortología y métrica* (1835), lo llama *alejandrino a la francesa* y lo distingue del normal: uno y otros eran raros

Depuis Eden jusques à Ce Jour Irrité  
 En Verlaine abundan, además, los alejandrinos tripartitos:  
 De mes ennuis, de mes dégoûts, de mes détresses!  
 De la douceur, de la douceur, de la douceur...  
 L'oubli qu'on cherche en des breuvages exécrés!  
 Je suis indigne, mais je sais votre clémence...  
 Regrets sans fin, ennuis profonds, poignants remords...  
 En composant des acrostiches indolents...

Sobre el alejandrino descoyuntado en Juan Ramón Jiménez (“Menos puro que tu vestido blanco, el aire...”; “¡Qué nobleza la de tu palidez indolente!”), cf. Enrique Díez Canedo, *Juan Ramón Jiménez en su obra*, México, 1944, págs. 46-47.

todavía entonces<sup>11</sup>. Tradadistas posteriores le niegan el derecho a la vida<sup>12</sup>. En principio esta negativa es arbitraria y obedece a prejuicios retóricos; la intención de los poetas debe acatarse, y así lo hizo Bello. Pero la verdad es que los versos citados resultan ambiguos: siempre pueden leerse como si tuvieran catorce sílabas, haciendo hincapié en la cesura cuando el primer hemistiquio es de terminación aguda y no haciendo sinalefa cuando la terminación es llana. El intento, pues, fracasó.

La Avellaneda sí acertó a escribir versos de trece sílabas que no podían confundirse con los de catorce, en dos estrofas de *La noche de insomnio y el alba*. Pueden leerse como de estructura similar a la del alejandrino:

Yo palpito, tu gloria / mirando sublime,  
noble autor de los vivos / y varios colores...

Pero es probable que el ritmo concebido por la poetisa haya sido otro:

Yo palpi/to tu glo/ria miran/do sublime,  
noble autor/ de los vi/vos y va/rios colores...

Igual metro usó Ventura Ruiz Aguilera en *El árbol de la libertad*:

Aún vagaba en mi boca sonrisa de niño  
cuando cerca del árbol sagrado pasé...

Los poetas del movimiento modernista lo adoptaron después, y ya no evitaron, como la Avellaneda y Ruiz Aguilera, las formas ambiguas de Iriarte y Moratín: establecido el eje de trece sílabas, resulta obligatorio

<sup>11</sup> En su tratado de *Ortología y métrica*, Bello dice que el *alejandrino a la francesa* “consta de trece sílabas” y lo clasifica entre los versos yámbicos; pero agrega que “el número de sílabas de que consta... pudiera adaptarse lo mismo al ritmo anapéstico que al yámbico, y, en efecto, se le ve pasar algunas veces del yambo al anapesto” (así lo demuestran las sílabas que he subrayado en los versos citados en el texto).

Señala Bello después como verso distinto “el alejandrino de los antiguos poetas castellanos”, es decir, los del mester de clerecía, y dice que “no era... simple, sino compuesto de dos versos heptasílabos de acentuación yámbica”: afirmación gratuita, la del ritmo yámbico, que sorprende en quien la hace. En ediciones de su tratado posteriores a 1835, Bello agregó ejemplos de alejandrinos de Salvador Bermúdez de Castro y Fernando Velarde.

<sup>12</sup> Cf. Julio Vicuña Cifuentes, *Estudios de métrica española*, Santiago de Chile, 1929, págs. 13-175 y 151-156, y especialmente 35, nota.

prescindir de la cesura en los hemistiquios de final agudo y de la sinalefa en los de final llano. Así en el boliviano Ricardo Jaime Freyre (1870-1933):

Canta Lok en la oscura región desolada  
y hay vapores de sangre en el canto de Lok...

En Rubén Darío, soneto *Urna votiva*:

Sobre el caro despojo esta urna cincelo...  
En la copa que guarda rocío del cielo...  
Una alondra fugaz sorprendida en su vuelo...  
Una estatua de Diana en la selva nativa...  
En el mármol divino que brinda Carrara...

Y en el chileno Pedro Antonio González (1863-1903):

Yo mecí los embriones de todos los mundos...  
y la sombra de Dios en las aguas del caos...  
(*Occidentales*)

Enrique Díez Cañedo (1879-1944) traduce a Francis Jammes en versos de trece sílabas que los acentos dividen en tres secciones.

Dentro de *poco* nevará. Me acuerdo *bien*...  
¿A qué pensar y hablar, entonces? ¡Qué gracioso!...  
¿Y dónde están en este instante mis tristezas?...

Igualmente el argentino Francisco Luis Bernárdez en su *Alabanza didáctica de un toro*:

Para cantarte, dictador de la llanura,  
hincha sus líricos pulmones cada verso...

En *La canción de la vida*, el mexicano Enrique González Martínez (n. 1871) combina el verso de trece sílabas tripartito con el de nueve, enlazándose rítmicamente con él:

La vida está / cantando afuera...  
En el jardín / hay un olor / de primavera...

A pesar de la importancia de los poetas que lo emplean, el verso de trece sílabas no ha alcanzado popularidad.

# RESEÑAS



*CONCERNING LATIN AMERICAN CULTURE*, PAPERS READ  
AT BYRDCLIFFE, WOODSTOCK, NEW YORK, AUGUST, 1939, AND  
EDITED BY CHARLES C. GRIFFIN. — NUEVA YORK,  
(REIMPRESIÓN EN 1941) — XIV-234.

Este volumen contiene, después de la breve introducción explicativa del profesor James T. Shotwell y la nota de Mr. Ben M. Cherrington sobre “relaciones culturales”, diez conferencias sobre la civilización latinoamericana, pronunciadas en sendas *tardes* de Byrdcliffe, la admirable institución fundada hace poco más de treinta años por Ralph Radcliffe Whitehead, en el valle de Woodstock, dentro del Estado de Nueva York. Los disertantes fueron nueve: cinco norteamericanos, una mexicana, una chilena, un brasileño y un español, que dio dos conferencias.

El libro no se propone abarcar todo el panorama de la cultura en la América latina, pero al que se inicie en el estudio del tema le servirá como excelente introducción, porque todas las cuestiones, aun las de más limitado alcance, están tratadas con inteligente amplitud. Son principalmente informativos los trabajos de Concha Romero de James sobre literatura y arte —rápido recorrido de cuatro siglos— de William Berrien sobre música. El señor Berrien, que conoce bien su tema, estudia el problema de cómo podría difundirse y apreciarse la música de los compositores cultos de nuestra América en la América de habla inglesa y dedica atención especial al esfuerzo constructivo, de enseñanza y de divulgación, que realizan —además de su obra original— compositores como Domingo Santa Cruz en Chile, Francisco Curt Lange en el Uruguay, Juan Carlos Paz en la Argentina, Heitor Villa-Lobos en el Brasil y Carlos Chávez en México (los dos últimos, de paso, los que mejor se conocen en los Estados Unidos).

Informativo es también el trabajo sobre el arte brasileño, donde el distinguido investigador Robert C. Smith ha logrado resumir, en brevísima pero ordenada y clara síntesis, la historia de tres siglos de arquitectura, pintura y escultura: al comenzar, los paisajes pernambucanos

del holandés Frans Post —primeros paisajes pintados en el Nuevo Mundo— le sirven para reconstruir admirablemente las etapas iniciales de la edificación en el Brasil.

Muy diverso en asunto y método es el trabajo de Gilberto Freyre —el más original del volumen y el más rico en pormenores curiosos— sobre *Aspectos del desenvolvimiento social en la América portuguesa*. El sagaz autor de *Casa grande e senzala* extrae significaciones de hechos muy diversos, desde la forma de las relaciones sexuales entre las razas hasta los orígenes de las recetas de cocina y las industria-domésticas: en la época colonial, el hogar funcionaba como compleja factoría, y “la dama brasileña típica era activa y económicamente productora”; igual cosa puede decirse de la dama en la América española, hasta mucho después de la independencia.

En su ensayo sobre *México, europeo y nativo*, Nathaniel Weyl hace uso de materiales del libro *La reconquista de México* que escribió en colaboración con Sylvia Weyl. Su disertación señala tres puntos salientes: la variedad de las culturas indígenas en el país; la nivelación impuesta por la conquista española; la reconstrucción e integración social de hoy. Richard F. Pattee pinta animadamente la zona del Mar Caribe — las Antillas, Venezuela, la costa norte de Colombia, y América Central— como *La encrucijada de las Américas*, con su mescolanza de razas y procedencias, su interpenetración de culturas, su fondo cosmopolita. Charles C. Griffin diserta sobre *La significación de la cultura indígena nativa en la América latina*, estudiando la fusión de elementos europeos con elementos autóctonos a partir de la conquista. “La cultura de la América hispánica es, ante todo, hispánica”. Pero las culturas indígenas, así como ya dieron contribución importante a la civilización del Nuevo Mundo, pueden darla todavía, ahora que se trata de que la totalidad de las poblaciones autóctonas se integre definitivamente en la vida nacional de cada país.

Las dos extensas conferencias de Fernando de los Ríos, *España en la época de la colonización de América* y *La acción de España en América*, contienen observaciones muy interesantes. La primera se desarrolla en torno a una tesis: España intenta, desde los Reyes Católicos hasta Felipe II, desde 1481 hasta 1508, realizar una concepción política de base religiosa, con aspiraciones unificadoras de alcance total. La historia de España, desde entonces, es la historia de la lucha alrededor de esa concepción. La disertación segunda sostiene que “España estuvo

en América integralmente” y que el núcleo de la acción española en América es la evangelización, cuya obra culminante está en las misiones, señaladamente la del obispo Vasco de Quiroga —devoto de la *Utopía* de Tomás Moro— en Michoacán (siglo XVI), las jesuíticas del Paraguay (siglo XVII) y la de Fray Junípero Serra en California (siglo XVIII).<sup>1</sup>

El trabajo de Amanda Labarca estudia de modo original la historia de la organización de la enseñanza en nuestra América después de la independencia: la primera innovación importante es la adopción del sistema lancasteriano —enseñanza mutua—, favorecido ya por Bolívar, que trajo a Lancaster a Venezuela, introducido luego por el escocés James Thompson en la Argentina, 1818-1821, con apoyo de Rivadavia, en Chile, 1821-1822, con el apoyo del padre Camilo Henríquez, en el Perú y en el Ecuador. La Argentina y Chile le concedieron la ciudadanía como premio a sus esfuerzos. A Colombia el sistema lancasteriano lo había llevado de Inglaterra un fraile de la Orden de San Francisco; en México se adoptó también. Después, la señora de Labarca hace la historia de los comienzos de la legislación orgánica sobre educación: Chile da el ejemplo en 1842, atendiendo a la enseñanza elemental y reconstituyendo la Universidad colonial sobre el modelo francés reciente. La ley es obra de Andrés Bello. El ministro y futuro presidente Manuel Montt funda además la primera escuela normal de la América latina, poniéndola bajo la dirección del argentino Sarmiento. La organización argentina actual tiene su origen en la

---

<sup>1</sup> Breves observaciones de pormenor: el nombre *La Plata*, en la época colonial (pág. 70), se aplicó a la ciudad que después se llamó Charcas (hoy Sucre); el virreinato creado en 1776 se llamaba *del Río de La Plata*. El nombre *California* (pág. 71) pertenece a la geografía fantástica de la Edad Media y está en la *Chanson de Roland*. No puede afirmarse que en América “la educación superior comenzó en un barrio de México, el de Tlatelolco, el 6 de enero de 1536” (pág. 73): las universidades de Santo Domingo, antes de las fechas en que se las autorizó como tales a conferir grados, existían como colegios; no se sabe cuándo llegó el de los dominicos a la plenitud que le permitió pedir y obtener la categoría universitaria, pero seguramente fue años antes de 1538; y el *Estudio* que se convirtió en Universidad de Santiago de la Paz (1540) había sido fundado antes de 1530 por el obispo Sebastián Ramírez de Fuenleal. La fecha de la introducción de la imprenta en Guatemala (pág. 75) no es 1567 sino alrededor de 1660.

Constitución de 1853<sup>2</sup>. La señora de Labarca observa la diferencia de organización entre los países de sistema político centralizado, como Chile, y los países de sistema federativo, como la Argentina, donde tanto el gobierno nacional como los provinciales tienen derecho a fundar escuelas.

► *Revista de Filología Hispánica*, t. 3, núm. 3, julio-septiembre, 1941, pp. 279-281.

---

<sup>2</sup> Observación: las Universidades Nacionales de la Argentina (pág. 232) no son cuatro sino seis.

JOSÉ FERRATER MORA, *DICCIONARIO DE FILOSOFÍA*.  
MÉXICO, 1941 (DICCIONARIOS CIENTÍFICOS *ATLANTE*).\*

\*ESCRITO EN COLABORACIÓN CON RAIMUNDO LIDA

Creemos útil señalar, a todos los estudiosos de cosas hispánicas, la aparición de este excelente diccionario. Es obra de un solo autor, filósofo español, muy joven aún, que reside en América. Contiene definiciones de términos filosóficos y artículos sobre pensadores. Para el lector de lengua castellana, tiene especial valor porque comprende gran número de pensadores de estirpe hispánica: Séneca, Abengabirol o Avicibrón, Abentofail o Abubaker, Yehuda Ha-Levi, Avempace, Averroes, Maimónides, Raimundo Lulio, León Hebreo (mención breve en el artículo *Academia Florentina*), Vives, Fray Alonso de la Veracruz. Fox Morcillo, Suárez (y en este artículo se hace reseña — demasiado breve— de la filosofía hispánica en los siglos XVI y XVII, con mención de Vitoria, Soto, Melchor Cano, Pedro Fonseca, Luis de Molina, Francisco de Toledo y Gabriel Vázquez), Francisco Sánchez, Miguel de Molinos (*s. v. quietismo*), Gracián, Balmes, Giner de los Ríos, Sanz del Río, Francisco Javier Llorens (con mención de Ramón Martí de Eixalá), Leonardo de Coimbra, Unamuno, José Ortega y Gasset, Eugenio d'Ors, Manuel García Morente, Joaquín Xirau. De los hispanoamericanos se incluye a Félix Varela y José de la Luz Caballero (Cuba), Juan Crisóstomo Laímur (Argentina), Clemente Munguía y Gabino Barrera (México), Alejandro Deústua (Perú), Enrique José Varona (Cuba), Carlos Vaz Ferreira (Uruguay), Alejandro Korn, José Ingenieros, Goriolano Alberini, Francisco Romero, Carlos Astrada y Ángel Vassallo (Argentina), José Vasconcelos y Antonio Caso (México). En el artículo sobre *Krausismo* se menciona, además, a gran número de participantes en el movimiento español que llevó este nombre y en derivaciones suyas como la Institución Libre de Enseñanza; en el artículo sobre *neoescolástica*, a Juan Zaragüeta; en el artículo sobre Ortega, a María Zambrano, Xavier Zubiri, José Gaos y Luis Recasens Siches; en el artículo sobre Romero, a Eugenio Pucciarelli, Aníbal Sánchez Reulet y Juan Adolfo Vázquez: en el artículo sobre

Caso, a Samuel Ramos, Eduardo García Máynez, Adolfo Menéndez Samará y Francisco Larroyo.

Habrían merecido artículo separado Vitoria, como reformador de la escolástica y fundador del moderno derecho de gentes, Soto, Melchor Cano, Molina, León Hebreo y Molinos: en general, los grandes pensadores hispánicos de los siglos de oro. Echamos de menos a Servet, a Fernando de Córdoba, a Gómez Pereira, a Pedro de Valencia, a Sabuco, a Huarte, a Báñez, a Fray Juan de Santo Tomás. Entre los más recientes, a Fray Zeferino González, a Menéndez Pelayo, a Urriés y Azara, a Santayana; entre los americanos, Bello (v. el rápido pero excelente análisis que de su filosofía hizo Menéndez Pelayo —siempre admirable crítico filosófico— en la *Historia de la poesía hispano-americana*), Hostos, el mexicano del siglo XVIII, Díaz de Gamarra, el hispano-argentino del XIX, Juan Manuel Fernández de Agüero, el brasileño contemporáneo Tristão de Athayde. Y al hablar de Varona se debería ampliar la información, explicándose cómo abandonó poco a poco su fe positivista para llegar al escepticismo —nada sistemático, es cierto— de sus últimos años.

Como es de esperar que este diccionario se reimprima, nos permitimos hacer algunas indicaciones bibliográficas que podrían añadirse: para *Utopía*, Lewis Mumford, *The story of Utopias* (de paso: ¿por qué no decir que el primer utopista moderno, y el inventor de la palabra, es Moro?); para Maimónides, *Essays on Maimonides, an octocentennial volume*, Nueva York, 1941 (trabajos de E. Gilson, R. McReon, R. Gottheil, etc.); *Maimónides*, Buenos Aires, 1935 (ensayos de Hermann Cohén, Alberto Gerchunoff, León Dujovne, etc., y versión de partes de la *Guía de los descarriados* —toda la tercera parte— de la *Introducción a la Mischnah de Abolh* y del *Libro del conocimiento* —Mischnah Torah); para León Hebreo, G. Fontanesi, *Il problema dell'amore nell'opera di Leone Ebreo*, Venecia, 1934, y H. Pflaum, *Die Idee der Liebe, Leone Ebreo*, Tübingen, 1926 (y desde luego, como traducción de los *Diálogos*, la hecha por el Inca Garcilaso de la Vega); para Fernando de Córdoba, Adolfo Bonilla y San Martín y Marcelino Menéndez y Pelayo, *Fernando de Córdoba y los orígenes del renacimiento filosófico en España*, Madrid, 1911; para Vives, Bonilla y San Martín, *Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento*, Madrid, 1929; para Servet, R. H. Bainton, *The present state of Servetus studies*, en *Journal of Modern History*, IV, 1932, págs. 79-92; para Fox Morcillo,

Pedro Urbano González de la Calle, *Sebastián Fox Morcillo*, Madrid, 1903; para el Brocense, González de la Calle, *Vida profesional y académica de Francisco Sánchez de las Brozas*, Madrid, 1922, y J. Iriarte-Aguirrezábal, *Kartesischer oder Sanchezischer Zweifel*, Bonn, 1935; para Vitoria, *Francisci de Victoria De Indis et De iure belli relectiones*, ed. E. Nys, Washington, 1917; para Soto, V. D. Carro, *Domingo de Soto y el derecho de gentes*; para Fonseca, M. Uedelhofen, *Die Logik Petrus Fonsecas*, Bonn, 1914.

El autor cita, con muy buen acuerdo, abundante bibliografía en español. A la del artículo sobre Meyerson cabe añadir un detenido estudio de León Dujovne: *La filosofía y las teorías científicas*, Buenos Aires, 1930; a la de Spinoza, otra del mismo Dujovne: *Spinoza, I: Su vida*, Buenos Aires, 1941; a la de Kant, el número de la revista *Valoraciones* (La Plata, 1924) dedicado al segundo centenario de Kant, con artículos de Korn, Astrada y otros. Algunas traducciones al castellano de filósofos incluidos en el *Diccionario*: San Buenaventura, *El itinerario de la mente hacia Dios*, Buenos Aires, 1934; Giordano Bruno, *De la causa, principio y uno*, Buenos Aires, 1941; Suárez, *Tratado de las leyes y de Dios legislador*, Madrid, 1918-21, II volúmenes; Friedrich Schiller, *De la gracia y la dignidad*, Buenos Aires, 1937; Schiller, *Poesía ingenua y poesía sentimental*, Buenos Aires, 1941; Wilhelm Dilthey, *Fundamentos de un sistema de pedagogía*, Buenos Aires, 1940; Henri Bergson, *Introducción a la metafísica*, en *Valoraciones*, de La Plata, 1928.<sup>1</sup>

► *Revista de Filología Hispánica*, t. 3, núm. 4, octubre-diciembre, 1941, pp. 396-398.

<sup>1</sup> Observamos cierta falta de uniformidad en los nombres extranjeros; unas veces se conservan como en el idioma originario: Richard Avenarius, Francis Bacon, Alexander Bain, Henri Bergson, Jakob Boehme; otras (muy pocas) se hispanizan: Jeremías Bentham, Augusto Comte. Convendría indicar los acentos en las mayúsculas de los títulos de artículos. Hay erratas a veces en las citas de palabras griegas y en nombres de filósofos: *Baildwin* por Baldwin, Francis *Heribert* (por Herbert) Bradley, *Fouillé* por Fouillée, Friedrich *Henrich* (por Heinrich) Jacobi, Hermann, *Barón* (por Conde) de Keyserling, *Soren* (por Sören) Kierkegaard, Leonardo *da* (por de) Coinabra, *Gruenler* por Gruendler. En la pág. 474, *Harward* por Harvard.

REVISTA DE LITERATURA MEXICANA,  
MÉXICO, 1940, I, 1 Y 2.

En 1940 ha comenzado a publicarse en México, bajo la dirección de Antonio Castro Leal, una excelente *Revista de Literatura Mexicana*. Abarca desde colaboraciones de autores contemporáneos —por ejemplo, poemas de Enrique González Martínez y de Carlos Pellicer— hasta estudios e investigaciones sobre literatura colonial.

\*\*\*

Pedro De Trejo, *Cancionero general*, núm. 1, págs. 59-116; Francisco Pérez Salazar, *Las obras y desventuras de Pedro de Trejo en la Nueva España del siglo XVI*, núm. 1, págs. 117-130.

El manuscrito de este poeta placentino del siglo XVI, residente en México, está reproducido facsimilarmente, y su descubridor, Francisco Pérez Salazar, da noticia del poeta. Las poesías son apenas de mérito mediano; todas de asunto religioso, pero a veces glosan composiciones profanas como la letra de la zarabanda; los versos son octosílabos, solos o combinados con tetrasílabos con o sin estribillos, y endecasílabos, en sonetos, octavas reales y cuartetos (rimas *a b a b*: combinación entonces muy rara, pero muy usada en América durante el siglo XIX).

Antonio Castro Leal. *Notas para el estudio de Horacio en México*, núm. 1,

Como datos adicionales al “precioso libro” de Gabriel Méndez Planearte (*Horacio en México*, 1937), Castro Leal reproduce tres versiones anónimas de odas (I, I y 300 ; II, 8), publicadas en la *Colección de poesías mexicanas*, París, 1836 (nadie había reparado hasta ahora en la de II, 8) ; una versión (I, 15) de Francisco Ortega (179,3-1849), el poeta católico que profetizó a Iturbide su desastre cuando se coronó emperador; una “admirable” (III, 5) de Ambrosio Ramírez (1859-1913), olvidado poeta potosino, y una (III, 1) del español Miguel Agustín Príncipe, que en 1862 publicó en México sus *Poesías*; además, comenta las reminiscencias horacianas que se advierten en

Ramón Isaac Alcaraz (1823-1886).

José Rojas Garcidueñas, *Piezas teatrales y representaciones en Nueva España en el siglo XVI*, núm. 1, págs. 148-154.

Da aquí Rojas Garcidueñas una lista de piezas teatrales y representaciones. De paso: el P. Juan Pérez Ramírez no es “el primer escritor teatral nacido en el Nuevo Mundo”: Cristóbal de Llerena nació unos cinco años antes que él; pero la obra conocida de Pérez Ramírez es de 1674, mientras que la conocida de Llerena es de 1588.

Francisco Pérez Salazar, *Dos nuevos documentos sobre Alarcón*, núm. 1, págs. 154-165.

El primer documento es de 1611: el dramaturgo aparece como testigo en unas diligencias notariales y se le asignan “treinta años poco más o menos”, con lo cual resultan cada vez más probables su nacimiento hacia 1581 y su inscripción en la Universidad en 1592 (la edad de once o doce años era normal para iniciar estudios del bachillerato en artes). El otro documento es de 26 de abril de 1614: en él, el Licenciado Pedro Ruiz de Alarcón, en México, otorga poder a su hermano Juan, residente ya en Madrid. El dramaturgo salió de México para emprender su segundo viaje a España el 21 de mayo de 1613, según dato incidental de los autos de oposición a la cátedra de Instituto en la Universidad de México. Hasta la publicación de este documento, la hipótesis que parecía más aceptable sobre la fecha del segundo viaje de Alarcón a España era 1614, porque no había datos sobre su presencia en Madrid anteriores a 1615.

Antonio Caso, *Don Juan Benito Díaz de Gamarra, un filósofo mexicano discípulo de Descartes*, núm. 2, págs. 197-313.

Estudio de Antonio Caso, maestro de dos generaciones, sobre el filósofo cartesiano de México Juan Benito Díaz de Gamarra (1745-1783); valoración que estaba haciendo falta, porque las obras del P. Gamarra resultan accesibles a muy pocos, y la noticia que de ellas da el P. Valverde Téllez en su *Historia de la filosofía en México* son más descriptivas que críticas. Según Caso, Gamarra tuvo “mente clara y lúcida, de amplio saber; pero no en igual grado y congruente”.

Manuel Toussaint, *Nuevos aspectos en la biografía de Fray Manuel Navarrete*, núm. a, págs. 226-234.

Toussaint, al ocuparse de Fray Manuel de Navarrete (1768-1809), deshace la leyenda blanca del poeta clasicista y demuestra documentalmente que sus amores no fueron puramente literarios.

Francisco Vasco Pérez Salazar, *Los concursos literarios de la Nueva España y el, "Triunpho Parthénico"* [de Carlos de Sigüenza y Góngora], núm. a, págs. 290-306.

Sigüenza fue reprendido por la Inquisición a causa de elogios excesivos que tributó, comparándolo con San Agustín, al poeta puertorriqueño Francisco Ayerra y Santa María, premiado en el certamen mexicano de 1683.

Ernest R. Moore, *La desconocida segunda edición del "Periquillo"*, núm. 3, págs. 307-317.

Se hace aquí un estudio de esta edición de la primera novela de América, obra de José Joaquín Fernández de Lizardi, *El Pensador Mexicano*. Es de México, 1825, y se encontró en California, en la biblioteca Sutro.

Ambrosio Ramírez, *Treinta y cinco odas de Horacio*, núm. 2, págs. 318-347; Enrique Díaz Canedo, *Horacio en México*, núm. a, págs. 363-366.

Castro Leal publica las *Odas* de Horacio, I, 1 a 35, traducidas por Ambrosio Ramírez y Diez Canedo, dos versiones (II, 10 y 16; III, 1) del oaxaqueño José María Cortés, impresas en su volumen de *Soliloquios*, Oaxaca, 1888.

Antonio Castro Leal, *Unos versos desconocidos de Francisco de Terrazas y un falso privilegio*, núm. 2, págs. 348-362.

Hay una pregunta de Hernán González de Eslava a Terrazas, el poeta mexicano del siglo XVI, sobre la Ley antigua ("Si era mala ¿a qué la dio? / ¿O por qué se la quitó / Si, señor, dicen que es buena?"); *Respuesta de Terrazas*; *Réplica de Eslava a Terrazas*; *Respuesta y conclusión de Terrazas*; *Respuesta de Pedro de Ledesma*. La fecha aproximada es 1563. Estos versos eran desconocidos hasta que los publicaron en 1940, separadamente, Edmundo O'Gorman en el *Boletín del Archivo General de la Nación* de México (octubre-diciembre, 1940) y Amado

Alonso en esta Revista (II, 282-290), con exactitud paleográfica.

Ernest R. Moore, *La primera novela histórica mexicana*, núm. 2, págs. 370-378.

Moore transcribe unos apuntes, de autor desconocido, sacados en 1767 de *La caída de Fernando*, obra de Antonio Ochoa, escrita hacia 1662, que nunca se imprimió, como ocurrió con todos los poquísimos intentos de novela profana en la América española durante la época colonial, a causa de prohibirlo las leyes. La obra, según Moore, es la primera novela histórica mexicana. Los apuntes se refieren a la fundación de la ciudad de Puebla de los Ángeles.

► *Revista de Filología Hispánica*, t. 4, núm. 1, enero-marzo, 1942, pp. 98-100.

## LA VERSIFICACIÓN DE HEREDIA

A José María Heredia, el gran poeta cubano (1803-1839), no es usual contarle entre los innovadores del verso, ni siquiera entre los poetas de versificación muy variada; en general se atenía, como todos en su época, al octosílabo y al endecasílabo, ya solo, ya alternando con el heptasílabo o —en tres composiciones— con el pentasílabo, en la combinación de “sáficos y adónicos”. Pero además tuvo especial afición al decasílabo de tres acentos, muy en boga entonces para himnos patrióticos, el “decasílabo de los himnos” (“¡Libertad, libertad, libertad!”), y lo usa en catorce composiciones; cuatro de ellas son de las mejores suyas: el *Himno del desterrado*, el *Himno al Sol* (uno de los tres que compuso, contando el traducido de *Ossian*), *Vuelta al sur*, *La estrella de Cuba*. Y empleó metros cortos que el siglo XVIII había aplicado a la poesía erótica, a la sátira y a las fábulas: heptasílabos solos (en catorce composiciones), hexasílabos (en dos), pentasílabos solos (en cinco). Tiene dos composiciones en eneasílabos, *Desesperación y Dios al hombre*, traducciones de Lamartine<sup>1</sup>, y una en dodecasílabos (“¡Oh Dios infinito, oh Verbo increado!”), los últimos versos que escribió: curiosa coincidencia, hasta en la proximidad de fecha, con otro clasicista, el argentino Juan Cruz Varela (1794-1829), que se despidió de la poesía con los dodecasílabos *Al 25 de Mayo de 1838*. Ni los eneasílabos de Heredia tienen acentuación interna fija, sino libre, como en “Juventud, divino tesoro”, de Darío, ni sus dodecasílabos tienen cuatro acentos fijos sino dos:

Víctima perenne de inefable amor...  
Y humilde gimiendo mi parte reclamo  
de la pura sangre que mana en tu cruz...

Según parece, la tendencia a la rigidez en la acentuación interna de los versos procede —paradójicamente— de los románticos españoles, particularmente de Zorrilla, a cuyo férreo alejandrino había precedido

---

<sup>1</sup> Los señalé en mi libro *La versificación irregular en la poesía castellana*, segunda edición, Madrid, 1933, página 284.

otro de acentuación elástica, en América, con Esteban Echeverría y Juan Carlos Gómez.

La *Cronología herediana*, de Francisco González del Valle (La Habana, 1938), y la reciente edición de *Poesías completas* de Heredia, publicada por el Municipio de La Habana (dos volúmenes, 1940-1941), nos deparan ahora una sorpresa: el *Himno de guerra* escrito con motivo de una conspiración monárquica en México. No había sido reimpresso desde su aparición en *El Iris*, de México, en junio de 1826. Está escrito en endecasílabos “de gaita gallega” —anapésticos según la nomenclatura de Milá, dactílicos según la de Bello—, como el *Pórtico* de Rubén Darío al libro *En tropel* de Salvador Rueda (1893):

Pues otra vez de la bárbara guerra  
lejos retumba el profundo rugir...

Heredia pudo tener presente el ejemplo de Leandro Fernández de Moratín en *Los padres del limbo*:

Huyan los años con rápido vuelo...

y el de Iriarte en una de sus fábulas:

Cierta criada la casa barría... <sup>2</sup>

Pero este tipo de endecasílabo se cultivó siempre como rareza, y así, cuando Darío lo resucita, provoca la conocida discusión en que *Clarín* revela haber olvidado sus clásicos y conocer poco los cantares de gaita, mientras Menéndez Pelayo los evocó inmediatamente. La única composición de poeta culto escrita en estos endecasílabos que logró amplia difusión en el siglo XIX es la que en México recibe el nombre popular de *La golondrina*:

Abén Amet, al partir de Granada,  
su corazón desgarrado sintió...

Es traducción de la *romance mauresque* que insertó Martínez de la Rosa en su versión francesa de *Aben Humeya*, estrenada en París en 1830:

Aben Amet, en quit ant sa patrie...

El traductor es desconocido. En su versión castellana de *Aben Humeya*, Martínez de la Rosa tradujo su *romanza* francesa, no en el metro original, sino en metro de romance español.

---

<sup>2</sup> Hay más ejemplos en el trabajo, hoy rarísimo, del escritor chileno Eduardo de la Barra, *El endecasílabo dactílico*, Rosario, 1895.

- ▶ *Revista de Filología Hispánica*, t. 4, núm. 2, abril-junio, 1942, pp. 171-172.

J. LLOYD READ, *THE MEXICAN HISTORICAL NOVEL, 1826-1910*. NUEVA YORK, 1909 (INSTITUTO DE LAS ESPAÑAS EN LOS ESTADOS UNIDOS)

Este libro pertenece a la serie de útiles trabajos parciales sobre aspectos de la literatura hispanoamericana que viene publicando el Instituto de las Españas en Nueva York. El profesor Read da cuenta de las novelas de asunto histórico escritas por autores mexicanos durante la centuria que va desde la publicación del *Periquillo Sarniento* de Lizardi (en 1816: primera novela americana, pero no de tema histórico) hasta los comienzos de la Revolución (1910). Después de una introducción sobre antecedentes tales como las crónicas de Indias en el siglo XVI, las obras de Lizardi a principios del XIX, y los cuentos de asunto histórico publicados en México entre 1835 y 1849 (los hay muy largos, como *El inquisidor de México*, de José Joaquín Pesado), el profesor Read procede al estudio de los novelistas, dividiéndolos en tres grupos: 1) de la Independencia a la Reforma: el anónimo autor de *Jicoténcal* (1826), Mariano Meléndez y Muñoz, autor de *El misterioso*. Justo Sierra O'Reilly, Manuel Payno y Juan Díaz Covarrubias (con *El pistol del diablo*, de Payno, en 1845, empieza la abundante producción novelística mexicana que durará hasta cerca del final del siglo pasado, para renacer de nuevo en el presente con Mariano Azuela); 2) de la Reforma a los comienzos del realismo: Eligio Ancona, Ignacio Manuel Altamirano, Enrique de Olavarría y Ferrari (español que se naturaliza en México), Vicente Riva Palacio, Juan Antonio Mateos, Pascual Almazán (que usó el seudónimo *Natal del Pomar*), Ireneo Paz y Demetrio Mejía; 3) el comienzo de las influencias realistas y naturalistas: Manuel Martínez de Castro, Manuel Payno de nuevo, ahora con la gigantesca novela *Los bandidos de Río Frío* (1891), Heriberto Frías, Victoriano Salado Álvarez, Cayetano Rodríguez Beltrán y Marcelino Dávalos. La descripción de cada obra o grupo de obras es en general clara y pormenorizada, de modo que el lector adquiere noción cabal de

su contenido; la crítica, en cambio, es insegura<sup>1</sup>. Los límites que el autor asigna a la novela histórica resultan vagos: ¿es novela histórica la que se refiere a hechos contemporáneos de la vida pública, como *Tomóchic* (1894), de Heriberto Frías, que es en realidad una crónica de sucesos políticos en los cuales el autor tomó parte, como en época posterior *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán, que muchos creen novela? Y si admitimos como novelas históricas las que se refieren a hechos de importancia histórica, pero ocurridos en la época misma en que el autor escribe, ¿hay que extender la designación hasta las obras referentes a sucesos a los cuáles se puede atribuir significado político, pero sólo como síntomas de una situación? Así lo hace Read con los cuentos del libro *Carne de cañón* (1915), de Marcelino Dávalos.

La primera novela que estudia Read, *Jicoténcal*, tiene curiosa significación: es la primera de asunto histórico escrita en castellano durante el siglo XIX y precede en dos años a la primera de autor nacido en España, *Ramiro, Conde de Lacena*, de Rafael Humara (París, 1828). No cabe pensar que el autor de *Jicoténcal* sea otra cosa que americano: las censuras a los conquistadores son demasiado fuertes hasta para un español liberal de los de entonces. Y la especie de patriotismo indígena que alienta en la obra hace pensar que el autor ha de ser mexicano. Otra circunstancia curiosa: *Jicoténcal* es la primera obra plenamente romántica que se escribe en nuestro idioma; su publicación antecede a la de los primeros poemas románticos, la *Elvira* de Echeverría (1832) y *El moro expósito* de Rivas (1833-1834). Pero es antecedente aislado; la obra se conoció poco y no ejerció ninguna influencia en el movimiento romántico.

En la lista que da Read de trabajos publicados en el *Liceo Mexicano*, 1844, y en el *Museo Mexicano*, 1844, hay dos que deben de ser relatos novelescos: “*Tlahuicole*, leyenda mexicana”, sin firma (*Liceo*, vol. II, a36-23p.), y “*Leyenda del año de 1648: Trinidad de Juárez*”, de Payno

---

<sup>1</sup> Incidentalmente, el autor quiere dar a veces los fundamentos de su crítica y los improvisa con precipitación. Por ejemplo (pág. 311): “Good tragedy is found only in a sense of restrained grief, in hidden grief, in silent suffering”. Muy de *gentleman* victoriano; pero ¿qué decir de *El rey Lear* y de *Edipo rey*? Tampoco están sólidamente fundados sus juicios sobre la historia y la vida social de México.

(*Museo*, vol. III, comenzando en la pág. 289). *Leyenda*, durante buena parte del siglo XIX, significó en castellano narración novelesca de tipo romántico, y el asunto ni siquiera tenía que ser legendario. Y, dada la amplitud con que Read ha acogido tanta variedad de obras, se echan de menos las *Novelas* de José María Roa Bárcena (1827-1908), publicadas unas en volumen en 1870, otras sueltas después, y reunidas todas finalmente en la *Biblioteca de Escritores Mexicanos* de Agüeros. *Astucia* (1865), de Luis Gonzaga Inclán (1816-1875), habría cabido también, como *Los bandidos de Río Frío*. Y es de sentirse que Read no haya consultado el libro de Concha Meléndez, *La novela indianista en Hispanoamérica*, Madrid, 1934 (solamente consultó su artículo *Novelas históricas de México*, en *El Libro y el Pueblo*, noviembre de 1935); allí se mencionan narraciones de que él no tuvo noticia: la breve *Historia de Welinna* (1863), del yucateco Crescencio Carrillo y Ancona (1837-1897), *Nezahaalpilli o El catolicismo en México* (1875), de Juan Luis Tercero (1837-1905), *Azcaxóchitl o La flecha de oro* (1878), de J. R. Hernández, y *La hija de Totol Xiu* (1884), del yucateco Eulogio Palma y Palma.

Hay muchos descuidos formales en el libro, en nombres: por ejemplo, Xérez por Xerez (pág. 4), Tezozomoc por Tezozómoc (5-18), Pedro Cieza por Pedro de Cieza de León (4), Ixtlilxóchitl por Fernando de Alba Ixtlilxóchitl (5), Clavigiero por Francisco Javier Clavijero (6), José Manuel por Manuel José Quintana (39), G. Urbina por Urbina o Luis G. Urbina (48), Arturo Rioseco por Arturo Torres Rioseco (82), Negrete por Castillo Negrete (196 y 197), clasificado además en la N y no en la C (328), *El azote* por *El abuizote* (206), etc. ¿Y quién reconocería al poeta que todo el mundo llama Cienfuegos bajo la designación, propia sólo para el registro civil, de Álvarez de Cienfuegos y Acero (39)? Los versos citados como de Heriberto Frías (290) resultan ininteligibles.

► *Revista de Filología Hispánica*, t. 4, núm. 2, abril-junio, 1942, p. 188-189.

FLÉRIDA DE NOLASCO, *LA MÚSICA EN SANTO  
DOMINGO*  
Y OTROS ENSAYOS. CIUDAD TRUJILLO, 1939. 166 PÁGS.

En el ensayo más extenso de este volumen, *Tradición culta y tradición popularizada* (págs. 21 a 62), la señora de Nolasco reúne datos históricos sobre la música en Santo Domingo, comenzando por los nombramientos de organistas y chantres de las catedrales de la ciudad primada y de Concepción de la Vega en el siglo XVI y las cátedras de música en las Universidades de Santo Tomás de Aquino (1538) y Santiago de la Paz (1540), para terminar a fines del siglo XIX.<sup>1</sup> Este meritorio trabajo, primer intento sistemático sobre el tema, debería ampliarlo la autora recogiendo nuevos datos, oralmente, antes de que desaparezcan las personas que todavía los recuerdan.

Así, por ejemplo, vale la pena recoger noticia sobre el predominio que tuvieron Palestrina y Bach en las iglesias de Santo Domingo hasta alrededor de 1870; después, con José María Arredondo, la influencia dominante es la italiana del siglo XIX. No sé por qué, habiéndose conservado la devoción a Palestrina, se había olvidado a Victoria. Mozart sí hubo de tener mucha difusión, pues, según lo recuerda la señora de Nolasco, dos aires suyos se convirtieron allí en canciones populares, como había de ocurrir con aires de Verdi en todo el mundo hispánico. Y uno de los coros de la *Ifigenia en Tauros* de Glück se cantaba hasta fines del siglo XIX como himno a la Virgen María en el mes de mayo, en la iglesia de Regina Angelorum. Es de temer que en el país no se conserve ni una página de música escrita en el país durante la época colonial: la maravillosa exhumación reciente de música venezolana del siglo XVIII hace pensar que la de Santo Domingo pudo

---

<sup>1</sup> Dato antiguo que cabe agregar a los que reúne la autora: en 1544, Fray Vicente Núñez era cantor y Fray Diego Calderón organista en el Convento de la Orden de Predicadores en la ciudad de Santo Domingo, según fray Antonio de Remesal, *Historia general de las Indias Occidentales y particular de... Chiapa y Guatemala*, Madrid, 1619, libro V, cap. 3.

tener méritos semejantes, sobre todo cuando se recuerda la influencia que en Cuba ejercieron, en música como en otras actividades de cultura, los dominicanos emigrados entre 1796 y 1822.

En el trabajo intitulado *Formas rítmicas*, la señora de Nolasco habla de los orígenes del *merengue*, danza de Santo Domingo, cuya estructura la emparenta con la *habanera*. Nació alrededor de 1850. De la misma época es la *mangulina*, baile en compás de seis por ocho. La autora trata de enlazar estas formas rítmicas con las españolas medievales que Julián Ribera creyó discernir en las *Cantigas* de Alfonso el Sabio: estimo que concede demasiada fe a las reconstrucciones estructurales del eminente arabista.

Entre los demás trabajos del libro son dignos de mención *Tirso de Molina en Santo Domingo* (págs. 115-146) y *Félix María Del Monte* (págs. 147-158). Al hablar de Tirso, la autora comenta curiosos episodios, que él mismo refiere, de su vida en la isla, de 1616 a 1618. Es buen intento de valoración el breve ensayo sobre Del Monte, poeta dominicano (1819-1899) de notas intensas (“¿No hay en tu fosa suficiente hielo? ¿No hay en la eternidad bastante olvido?”), cuya mayor originalidad está en la justificación mística de todo amor (“No se alza de la tierra ni un deseo que no haya bendecido el Hacedor”). Es lamentable que no se hayan reunido en volumen los versos líricos de este poeta.

► *Revista de Filología Hispánica*, t. 4, núm. 2, abril-junio, 1942, p. 190.

GEORGIANA GODDARD KING. *HEART OF SPAIN*.  
EDITED BY AGNES MONGAN. CAMBRIDGE, MASSACHUSETTS,  
HARVARD UNIVERSITY PRESS, 1941- XVI), 179 PÁGS.

Georgiana Goddard King (1870-1939) fue una de las más altas autoridades sobre la arquitectura española de la Edad Media. Se dio a conocer, dentro de este campo de investigación, con las copiosas anotaciones que puso al clásico libro del inglés Street sobre *La arquitectura gótica en España* en la edición de 1914. Publicó después libros propios: *El camino de Santiago* (1920), *Iglesias románicas en España* (1924), *Mudéjar* (1927), además de estudios sobre las Órdenes de caballería y sobre la pintura en Cerdeña. Puso en ellos, al servicio de su fina intuición artística y de su agudo sentido crítico, los frutos de su incalculable conocimiento de la vida y las artes de la Edad Media, que estudiaba recorriendo palmo a palmo todas las tierras próximas al Mediterráneo. Hizo descripciones admirables de muchas obras del arte español y señaló relaciones, no siempre advertidas antes, con Bizancio, o con Siria, o con Anatolia, o con Borgoña, o con Inglaterra.

*Corazón de España*, la obra que ahora se publica póstumamente, no es, como podría pensarse, la última de su autora. El manuscrito que se descubrió entre sus papeles lleva brevísimo prefacio fechado el día de la Candelaria de 1926<sup>1</sup>. Ahora se imprime bajo el cuidado amoroso y con exquisito prólogo de una de sus discípulas, Miss Agnes Mongan, del Museo Fogg en la Universidad de Harvard. Miss Mongan nos habla de “la larga generación de estudiantes que disfrutaron el privilegio de sentarse ante su vigorosa presencia, bajo el dramático hechizo de su inteligencia amplia y estimulante”; de “la sabiduría y la discreción, el espíritu cálido y ágil, la pronta simpatía, que derramaba

---

<sup>1</sup> Es posible que Miss King haya pensado escribir el libro en colaboración: en la página 24 habla de “los autores” (the present authors), a menos que éste sea mero plural retórico o desliz de la pluma. De todos modos, la obra es individual suya. Resulta curioso observar dejes españoles en el estilo: una que otra vez el giro resulta extraño (pág. 70) y de seguro la autora lo habría corregido en su revisión final.

con prodigiosa e inolvidable generosidad”; de cómo, “al oír su nombre, el aire de cansado aburrimiento desaparece súbitamente de la cara de algún sacristán o se iluminan los ojos de algún retraído bibliotecario”; de cómo, una mañana de primavera, llegó la gran maestra a su clase de Bryn Mawr, y su inesperada pregunta fue qué habrían dicho, ante una mañana así, Chaucer, o Shakespeare, o Fra Angélico, o Botticelli, con la no menos inesperada consecuencia de abrir la puerta del aula e invitar a las alumnas a salir al campo vecino.

*Corazón de España* no es obra sistemática; está escrita en forma de divagación. La autora comienza su peregrinaje entrando a Burgos de noche, después de fatigoso viaje, y meditando allí sobre Castilla; después de echar una mirada rápida a los templos, las casas y los hombres, evoca al Cid. De Burgos pasa a “ciudades torreadas” Daroca, Madrigal de las Altas Torres, Cuenca y Alarcón. De pronto, piensa en las coplas (“la copla es, después del proverbio, la unidad literaria más breve”; “breve, directa y acre, penetra en nuestra pobre humanidad y la punza hasta el fondo en alguna herida o en alguna debilidad”; “la más infeliz *cantaora*, al chillar sus cuatro versos, es capaz de hincar el diente en algún punto que nos duela” (es capaz de *tener duende*, habría dicho García Lorca): hábilmente traduce al inglés unos sesenta cantares. De ahí sigue hacia “antiguas fronteras”, Segovia, Ávila, Toledo, y evoca los romances viejos, de los cuales hace igualmente traducciones: ya había traducido dos en su libro sobre *Las Órdenes militares en España*; ahora traduce íntegros, entre otros, *Abenámbar* y *Fontefrida*. Llega a Madrid, cuya esencia está en la vida de café —el café como ágora—, y allí comenta a Pío Baroja (“tiritante en un mundo de frustraciones, grita pidiendo acción, cualquiera que ella sea”), a Blasco Ibáñez (“no es más que medio novelista”; la otra mitad de él es predicador, pariente en rama colateral de San Vicente Ferrer, y escribe bajo “la gran emoción del siglo XIX”, la emoción de la inevitabilidad de las leyes naturales), a Ganivet (cuyo *Idearium español* es “indispensable para todo el que quiera entender a España”), a Azorín (cuyo “realismo sublimado”, en las descripciones, compara al de Vermeer o Peter de Hoogh). Después se va al oeste, “mundo mucho más antiguo y arcaico en su aspecto que el mundo que acabamos de dejar”, hacia Zamora la de doña Urraca y Toro la de doña Elvira, a Salamanca, donde evoca a Fray Luis de León. Por último, toma “el camino largo” hacia Extremadura, se detiene en Trujillo, “que pertenece al mundo del granito” y así llegamos a la

*Meditación* final. Como adición utilísima hay una *Clave de la arquitectura española*, en dos páginas de letra menuda.

La obra, se ve, no pretende abarcar a toda España; el recorrido geográfico se debe al azar —o a la lógica— de las emociones del momento. Las referencias a la arquitectura son constantes, desde luego, y magistrales; reforzadas a veces con adecuadas ilustraciones. Pero “las ciudades españolas —piensa— son más preciosas que cualquiera de las cosas que contienen, y ése es su milagro definitivo. No se puede hacer el inventario de Toledo o de Cuenca como si fueran museos”. Observa la total identificación de las viejas ciudades con la tierra o la roca en que se asientan: los rojos muros de Daroca son “de igual color y sustancia que las rojas colinas por donde suben”; en Madrigal, “todo tiene el color pardo rosáceo, cálido, amistoso, de los ladrillos regionales”; Motilla del Palancar, en el camino hacia Alarcón, “es toda color de rosa: piedra, argamasa y tejas, todas por igual”; Salamanca “duerme en medio de una inmensa llanura, dorada y silenciosa”. Está siempre atenta a los cambios de color: así, a la hora del ocaso, “el Toledo del Greco es azul de matiz lila; como una ciudad encantada, alza sus torres contra el cielo pálido como cristal, y la oscuridad sube, fría, de las barrancas del Tajo”, y en Salamanca “la piedra leonada se hinche de oro rosado”.

Esta ilustre especialista no padece ninguna de las limitaciones que es usual suponer en la tribu. Su familiaridad con la literatura española sorprende por la amplitud y la seguridad: a veces se revela en una nota fugaz, como cuando habla de Garcilaso (“poeta con don de gracia y buen caballero: otro Sydney” o al nombrar a Menéndez Pelayo, “sabio de tipo antiguo, con saber urbano y maduro”, o cuando describe unos versos de Antonio Machado, “llenos de repeticiones tenues, como tema con variaciones, y de reflejos delicados, como un espejo”; a veces en páginas completas, como las que dedica a las semejanzas y diferencias entre Fray Luis de León y Milton, como poetas, como prosadores y como hombres.

Sorprendente, más aún, y admirable, es su familiaridad con toda la vida española; lo es su gusto por los colores, los olores, los ruidos, el viento, y, sobre todas las cosas, los seres humanos: nunca se cansa de describir la figura y el carácter del español. Páginas especialmente felices son las que consagra a los ejemplares en que el tipo físico alcanza su plenitud mejor: el campesino de cuarenta años y la dama

joven; pero no olvida la dignidad de las ancianas, en quienes la delgadez realza “la belleza de la estructura ósea que sostiene la incomparable hermosura de España”. Igualmente, las páginas donde describe a la mujer española, “que respeta su cuerpo como instrumento perfecto de expresión, el más completo que posee: piensa con todo él, y no solo con la cabeza”; que se educa en la discreción, pero no en la ignorancia de las realidades del mundo, y que en la historia y la literatura florece en figuras ejemplares —la mujer racional y previsora, con capacidad de gobierno y de ejecución, “desde las reinas, doña Urraca y Blanca de Castilla, a través de las religiosas, como Santa Teresa y Sor María de Agreda, hasta las heroínas de Galdós: Leré, y Electra, y Victoria, a quien llamaban *la loca de la casa*”. En suma, este libro es uno de los más hermosos que se hayan escrito sobre España.

► *Revista de Filología Hispánica*, t. 4, núm. 3, julio-septiembre, 1942, pp. 292-294.

JORGE MANRIQUE, *CANCIONERO*. ESTUDIO, EDICIÓN Y GLOSARIO POR AUGUSTO CORTINA, MADRID, 1941—LXXX—+—156 PÁGS. (*CLÁSICOS CASTELLANOS*, NÚM. XCIV, ESPASA CALPE, S. A.)

En esta “segunda impresión renovada” del *Cancionero* de Jorge Manrique el doctor Cortina ha rehecho íntegramente su trabajo de 1929, mediante nuevas investigaciones propias y con ayuda de diversas publicaciones ajenas, entre las cuales se distinguen los trabajos de Ernst Robert Gurtius y Anna Krause. El extenso prólogo contiene la biografía del poeta y la apreciación crítica de su obra, una y otra claras y justas. No hay fronda superflua ni hipótesis innecesarias, pero el poeta y su obra quedan inscritos en el marco social, político y literario de su tiempo. Entre los datos nuevos pueden señalarse la identificación de la madrastra —doña Elvira de Castañeda, tercer mujer del maestre don Rodrigo— a quien dirigió el poeta su composición burlesca “Señora muy acabada...” y la aclaración del acróstico “Guiomar Castañeda, Ayala Silva Meneses” en las redondillas “Según el mal me siguió...”. Como texto de las *Coplas a la muerte del maestre don Rodrigo Manrique*, Cortina adopta el del *Cancionero de Ramón de Llabia*, impreso probablemente en Zaragoza hacia 1490, y anota a pie de página las variantes que aparecen en la *Glosa* de Diego de Barahona (1512). Para las demás obras adopta el texto del *Cancionero general de Hernando del Castillo*. Valencia, 1511. Agrega tres no recogidas antes, las Canciones “Por vuestro gran merecer...” (pág. 61) y “No tardes, muerte, que muero...” (pág. 65), que aparecieron en la edición del *Cancionero de Castillo* hecha en Toledo. (1520), y una *Respuesta* a Gómez Manrique, en cuyo *Cancionero* la había incluido Antonio Paz y Meliá. El texto de las composiciones publicadas en 1511 aparece depurado con enmiendas necesarias, que faltaban en el *Cancionero del siglo XV* colegido por Foulché-Delbosc; todas estas enmiendas se explican a pie de página, donde también se anotan las variantes de la edición del *Cancionero de Castillo* hecha en Toledo, 1520; el doctor Cortina prescinde de las variantes que traen otras ediciones del famoso *Cancionero*

porque ya se señalaron en la reimpresión de 1882 hecha por la Sociedad de Bibliófilos Españoles. En el caso de la obra maestra de Jorge Manrique, habría sido conveniente señalar el origen de las variantes que pasaron al texto generalmente difundido: por ejemplo, el que figura en *Las cien mejores poesías de la lengua castellana* compiladas por Menéndez Pelayo; así, en la segunda copla, “Y pues vemos lo presente” es la forma en que la mayor parte de los lectores modernos conocen el primer verso, en vez de “Pues si vemos lo presente”, y en la copla vigesimosexta “¡Qué amigo de sus amigos!” en lugar de “Amigo de sus amigos” y al final “ya los bravos y dañosos —un león”, en vez de “¡A los bravos y dañosos— qué león!” Y, como la colección de *Clásicos Castellanos* está destinada a todo el público culto y no exclusivamente a eruditos, no sería superfluo explicarle al lector que como en la época de Manrique ocurre una nueva crisis en la pronunciación de la *f*, y en muchas palabras que la contenían se mudó en *h* aspirada, los textos vacilan constantemente y el *Cancionero de Llabia*, por ejemplo, *da fasta, fuessa, Jijo, fazer*, junto a *hazer, deshazer, hablar, hermosura*.

El doctor Cortina da en apéndice las poesías de Rodrigo Manrique y de Pedro Manrique, padre y hermano, respectivamente, del poeta: inclusión loable, porque ellas ayudan a conocer el ambiente literario en que vivió la familia (Pedro Manrique, Conde de Paredes, como poeta, es descubrimiento de Cortina). Pero omite las coplas “en menosprecio del mundo” y “sobre la desorden del mundo”, que es difícil decidir si pertenecen a Jorge Manrique o a Rodrigo Osorio: bien podrían darse en apéndice estas composiciones de atribución dudosa.

En las notas a pie de página, el doctor Cortina sólo da variantes y explica enmiendas. Las explicaciones de palabras o frases quedan ahora relegadas al breve glosario de las páginas 111 a 115: como el lenguaje de Manrique apenas ofrece dificultades, las aclaraciones son para “el lector común”, y a veces se refieren a palabras que no han desaparecido de la literatura, como *brial* o *artero*.<sup>1</sup>

► *Revista de Filología Hispánica*, t. 5, núm. 1, enero-febrero, pp. 72-73, Buenos Aires, 1943.

<sup>1</sup> Advierto una errata en el glosario: en *ál* ‘otra cosa’ se ha olvidado el acento. Igualmente, en la página XXVII, *Benavidez* por *Benavides*.

J. WARSHAW, *JORGE ISAACS' LIBRARY: LIGHT ON TWO  
"MARÍA" PROBLEMS*. PÁGS. 389-898. THE ROMANIC REVIEW,  
1941, XXXII

El catedrático de la Universidad de Missouri publica el catálogo de la biblioteca particular de Jorge Isaacs, según copia que se le envió de Colombia. Con ayuda de esta lista examina dos "problemas": si los doce libros que se mencionan en *María* (cap. XXII) como existentes en la biblioteca de Efraín representaban preferencias personales del autor; si hubo influencia de *Pablo y Virginia* en la novela de Isaacs.

Hay coincidencia, como sería de esperar, entre los libros que leía Efraín hacia 1860 y los que conservaba su creador treinta años después (no se dice si el catálogo se hizo antes o después de la muerte de Isaacs en 1895; en todo caso, no fue mucho antes, según lo revelan fechas como las de *El Doctor Centeno*, de Galdós, 1883; *Sotileza*, de Pereda, 1884, y la edición del *Nuevo Reino de Granada*, de Juan de Castellanos, 1886). Tales coincidencias son, por ejemplo, *Teatro español*, Shakespeare, Chateaubriand, el preceptista Hugh Blair. Son cosas que leía entonces cualquier joven colombiano de cultura mediana, no necesariamente superior<sup>1</sup>; no autorizan a pensar, como dice Warshaw que piensan muchos, que el autor cede aquí a su "costumbre" de retratarse en el novio de María como ser superior, porque pocos volúmenes, y cualesquiera, hasta una *Gramática inglesa*, le bastan para indicar que a Carlos, el rival e interlocutor de Efraín, "no le daba por los libros".

Falta, en la biblioteca de Isaacs, *Pablo y Virginia*: lo cual no demuestra, desde luego, que no la hubiera leído, pero según Warshaw es otro indicio más de que es injustificado suponer influencia de Bernardin de Saint-Pierre en *María*, como repiten tantos críticos. Conviene advertir que quien engendró la suposición de esta influencia, José María

---

<sup>1</sup> Las lecturas de Efraín, según observa Sanín Cano, eran en buena parte románticas, incluyendo autores que el movimiento romántico exaltó, como Shakespeare y los dramaturgos españoles del siglo XVII; difícilmente podrían haber sido otra cosa.

Vergara y Vergara, en el *Juicio* que acompañó la primera edición de la novela (1867), la engendró para negarla, pero señalando el hecho de pertenecer ambas obras al “género sentimental”. Como sucede tantas veces, la suposición que nace en forma restrictiva se amplía después hasta adquirir autoridad de cosa juzgada. La verdad es que en *María* no hay reminiscencias directas de la obra de Saint-Pierre; pero pertenece a la familia de *Pablo y Virginia*, de *Atala* (cuya influencia sí es perceptible) y de la *Graziella* de Lamartine, tres novelas que entonces vivían asociadas en las preferencias de sus innumerables lectores —y sobre todo lectoras— de la América hispana. *María* vino a formar cuarteto con ellas para esos mismos lectores.

Naturalmente, Jorge Isaacs había leído muchos más libros que los anotados en el catálogo, donde falta hasta el *Quijote*; en la América española ha sido y es costumbre leer muchos libros prestados: prestados por amigos, se entiende, porque no abundan las bibliotecas circulantes. Obsérvese qué pocas novelas había —nueve<sup>2</sup>— en la biblioteca de este novelista (son los libros que más se prestan y se pierden), y de ellas eran muy recientes las de Galdós, Pereda y Verne, cinco en total: no había habido tiempo de que se extraviaran. Hay además, pocos libros de versos (y era también poeta Jorge Isaacs): los volúmenes de poesías se prestaban tanto como las novelas.<sup>3</sup> No es sorprendente, por eso, que en la lista predominen las obras científicas, históricas, políticas y jurídicas; no bastan, sin embargo, para justificar el reproche —si lo es— de dispersión intelectual: o son de carácter muy general o tratan de América y especialmente de Colombia; la única ciencia que figura con una serie de obras sistemáticas es la geología: sería interesante averiguar por qué.

► *Revista de Filología Hispánica*, t. 5, núm. 1, enero-marzo, pp. 99-100, 1943, Buenos Aires, 1943.

<sup>2</sup> Hay que restar *El genio del cristianismo*, de Chateaubriand.

<sup>3</sup> En la lista aparecen como dos obras distintas el *Tesoro del Parnaso español*, de Quintana, y las *Poesías selectas castellanas desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros días*: son una sola.

1. *Bis* ‘pardo, oscuro’, en catalán y en francés, procede del latín medieval *bisus* ‘pardo’. Meyer-Lübke lo explica como deformación del grupo relacionado con el teutónico \* *grisi* ‘gris’. Gray prefiere relacionarlo con el indoeuropeo \* *bise-*, uno de cuyos derivados sería el latín *bilis*.

2. *Feudum* ‘feudo’, en latín medieval, se deriva del grupo teutónico del gótico *faíhu*. *Feudum* da el provenzal y antiguo catalán *feu*. Gray trata de explicar con hipotéticas formas preteutónicas la *g* del siciliano *fegu* (junto a *feu*) y la *f* del francés *fief*.

3. *Montmartre*, el nombre de la colina de París, se explica desde principios del siglo IX como derivado de *Monte Martyrum*; una tradición anotada desde 642 (en el Pseudo Fredegario) lo hace provenir de *Mons Mercurii*; pero los *Miracula sancti Dionysii* (831) dicen: “in locum qui olim (ut perhibent) Mons Martis, nunc felici mutatione Mons Martyrum dicitur”; igualmente Abbo (muerto en 923), *De bello Parisiaco* : “armipotens montis super Odo cacumina Martis enituit”. Gray considera imposible la derivación *Mons Mercurii* > *Mons Mercore* > *Montmartre* y apoya la de *Mons Martis* > *Montmartre*. La *r* de la última sílaba sí puede provenir, o de epéntesis, como en *Lingonis* > *Langres*, *Carnutis* > *Chartres*, o de contaminación de *Martfijs* con *Mercfojre* (los dos dioses célticos equivalentes a los romanos parecen haber sido dos aspectos de uno solo), o de etimología popular (*mardi* se interpretaba desde el siglo XII como derivado de *martyrii dies*). La epéntesis que propone Gray es mero nombre y no explicación del hecho: la explicación ha de ser léxica, como en la contaminación *Mar(i)s* con *Mer(o)re* o en la etimología popular de *martyr*; o ha de ser fonética (caso de repercusión, según la terminología de Grammont): la *r* que figura en la sílaba acentuada (posición fuerte) se reproduce en una inacentuada. La forma *Martre*, procedente de *Martis*, es semejante, en efecto, a *Chartres*, procedente de *Carnutis* a través de \* *Charles*, y a tantos otros casos como *tésor* > *trésor*. *Lingonis* > *Langres* no entra en

cuenta: esta epéntesis necesita otra explicación.

4. \* *Mugus* 'abeto enano', voz pre-románica según Meyer-Lübke, representada en el tridentino *mugo*, etc., provendría —según Gray— de la base indoeuropea \* *meuege* 'resbaloso', de donde el latín *mugil* 'múgil o mújol', propiamente 'viscoso, limoso'. El árbol recibió su nombre de sus exudaciones resinosas (comp. el latín *pinus*).

5. *Por* (español; portugués; francés antiguo > francés moderno *pour*) no procede, por metátesis, del latín *pro*, según comúnmente se dice: debe considerarse, según Gray, supervivencia del preverbo y preposición *por*, del itálico general (cf. *por-rigo*, *por-tendo*, *pol-liceor* en latín, *por-douitu* en úmbrico). *Por*, aislado, aparece en latín vulgar en las inscripciones: ejemplo, *por se el suis*. Cabe preguntar: ¿hay inscripciones de suficiente antigüedad para demostrar la persistencia de *por*, como palabra aislada, en latín?

6. Esp. *trabajar*, port. *trabalhar*, fr. *travailler*: es costumbre derivarlos de \* *tripaliare* < \* *tripalium* 'instrumento de tortura con tres palos o estacas'. Esta derivación le parece a Gray injustificada semántica y fonéticamente (prov. *trebelhar*, cat. *treballar*, le parecen haber sufrido la influencia léxica de *tres*); propone \* *trabāliāre* < \* *trapāliāre*, formado de \* *trāpālium*, a su vez de \* *trapu*, y así hasta el indoeuropeo \* *terepe*. Todas las formas son hipotéticas. Sólo en lenguas germánicas y eslavas se encuentran formas que cabría suponer convergentes, siempre que se aceptara la cadena semántica necesidad > obligación > tarea > trabajo.

► *Revista de Filología Hispánica*, t. 5, núm. 1, enero-marzo, 1943, pp. 100-101, 1943.

## LOS JUECES DE CASTILLO

Menéndez Pelayo incluyó en la edición académica de las obras de Lope de Vega el magnífico drama de asunto medieval *Los jueces de Castilla*, atribuido a Moreto, y en su prólogo<sup>1</sup> explica la inclusión con estas razones: 1, Lope había escrito una obra con ese título y la cita en la segunda lista de *El peregrino* (edición de 1618); 2, “la obra original... se ha perdido: tenemos que suplirla con la de [Moreto], que parece una mera refundición, como lo son todos los dramas históricos de su autor”; además, “apenas hay pieza de su teatro... cuya paternidad no pueda reclamar alguien...: cuando nos encontramos, a nombre de Moreto, con unos *Jueces de Castilla* escritos casi enteramente a la manera de Lope, es no sólo lícita sino muy verosímil la conclusión de que Moreto no hizo más que refundir... y aun pienso que refundió muy poco”; 3, el sentido histórico y el vigor épico de la obra, característicos de Lope y no de Moreto; 4, la irregularidad de estructura, que es concebible en Lope, pero sería anormal en Moreto; 5, muchos pormenores de estilo (comprobados con citas); 6, “la versificación, en que predominan las redondillas, y en cambio se hace poco uso del romance, como no sea para relaciones, que es el sistema de Lope, pero no era el de Moreto y sus contemporáneos”.

En su importantísimo estudio *The chronology of Lope de Vega's comedias* (Nueva York, 1940), S. Griswold Morley y Courtney Bruerton no mencionan *Los jueces de Castilla*. Años atrás, el profesor Morley contó la obra entre las de Moreto en sus *Studies in Spanish dramatic versification of the “siglo de oro”* (Berkeley, 1940).

Ahora bien: en la versificación de *Los jueces de Castilla*, el metro de romance alcanza el porcentaje de 22, mientras el metro de redondilla alcanza el porcentaje de 67. Estas cifras están en flagrante desacuerdo con la versificación de Moreto, dramaturgo del período calderoniano, en quien —como es de uso entre sus contemporáneos— el romance

---

<sup>1</sup> Reproducido en el tomo III de los *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega* y XI de las *Obras completas* de Menéndez Pelayo, Madrid, 1922, págs. 321-236

predomina sobre la redondilla. En Moreto, el porcentaje de los versos de romance es de 45 o más; el de los versos de redondilla, apenas entre 15 y 35.

En cambio, los porcentajes de la redondilla y el romance en *Los jueces de Castilla* coinciden con los que —según los cálculos de Morley y Bruerton— rigen en el teatro de Lope hasta 1618, la fecha límite para su obra primitiva, y perdida, de aquel título:

romances, antes del año 1604, desde o hasta 21.7%; de 1604 a 1609, desde o hasta 23.6%; de 1610 a 1618, entre 13.5 y 40.7%;  
redondillas, antes de 1604, desde 7.4 hasta 99.6%; de 1604 a 1609, entre 41-6 y 90.6%; de 1610 a 1618, entre 26.3 y 75.6 %.

Después de 1618, en Lope mismo los porcentajes se alteran, y los de *Los jueces de Castilla* serían anormales aun en él, tanto para la redondilla como para la del romance.

Según se ve, los cálculos estadísticos sobre la versificación de Lope y de Moreto confirman la suposición de Menéndez Pelayo.

► *Revista de Filología Hispánica*, t. 6, núm. 3, julio-septiembre, 1944, pp. 285-286, Buenos Aires.

## HORACIO EN MÉXICO

A los datos que reúne D. Gabriel Méndez Planearte en su erudita obra *Horacio en México*, México, 1937, y a los que agregaron D. Antonio Castro Leal y el inolvidable Enrique Díez Canedo en la extinguida *Revista de Literatura Mexicana*, 1940, tomo único, págs. 134-138, 318-347 y 363-369 (cf. reseña en *RFH*, 1942, IV, 98 y 100), cabe agregar dos, ya indicados en mi breve trabajo —que Méndez Planearte no utilizó— *Traducciones y paráfrasis en la literatura mexicana de la época de independencia (1800-1821)*, publicado en los *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, de México, 1913, tomo V (hubo tirada aparte): J. J. Z. —iniciales no identificadas— publica en el *Diario de México* dos medianas versiones, una del epodo *Beatus Ule...* (17 de marzo de 1808) y una de la oda VII del libro IV, *Diffugere niues...* (25 de agosto de 1808); la versión que hizo del *Beatus ille...* el jesuita Alegre, en bien modulados endecasílabos, aparece en el *Diario* el 8 de agosto de 1809, y por lo tanto no había quedado inédita, como suponía Méndez Planearte.

► *Revista de Filología Hispánica*, t. 6, núm. 3, julio-septiembre, 1944, p. 286, Buenos Aires.

## EMILIO RODRÍGUEZ DEMORIZI

En este trabajo, el señor Rodríguez Demorizi narra a grandes trazos la historia del idioma español en la isla Hispaniola desde el Descubrimiento hasta nuestros días. Señala hechos interesantes: cómo Colón, en enero de 1494, enviaba indios a España para que se les enseñase el castellano y se les devolviese a América, donde deberían servir de intérpretes; cómo Fray Pedro de Córdoba, primer prior de los dominicos en la isla, predicó en el idioma principal hablado en ella, el taíno, y escribió allí una *Doctrina cristiana para instrucción de los indios*, que se imprimió en México en 1544; cómo Fray Pedro, formó en 1544 un vocabulario taíno, ahora perdido; cómo la isla fue, no sólo el primer país de América donde los españoles adquirieron palabras indígenas, sino también el primero donde algunas palabras españolas adquirieron nuevos significados (“estancia”, “quebrada”, “alzarse”, etc.), según observó Cuervo; qué disposiciones se adoptan para la enseñanza de los nativos (por ejemplo, en real cédula de 1513 se manda enseñar “gramática” —es decir, latín— a los hijos de caciques); cómo conviven, durante breves años del siglo XVI, tres tipos de lenguas: la española, las indígenas (había tres en la isla, según Las Casas), y las africanas de los esclavos negros, pero para 1600 ya sólo existe la española; cómo se formaron bibliotecas (da como ejemplo la de Gonzalo Fernández de Oviedo) y qué libros circulaban a fines de aquella centuria (entre ellos la *Eneida*, los *Diálogos* de León Hebreo, y, con gran difusión, el *Vocabulario* y la *Gramática castellana* de Nebrija); cómo el castellano estuvo amenazado por el francés, de 1795 a 1844, primero a causa de la cesión de la isla que hizo España a Francia (la ocupación francesa sólo duró de 1800 a 1809), y luego a causa de la invasión de los haitianos (1822-1844), hasta su expulsión; cómo los próceres Núñez de Cáceres y Duarte ven en la lengua española un elemento de defensa de la nacionalidad incipiente (el himno de guerra contra los haitianos, escrito por Félix María Del Monte en 1844, decía: “¡Al arma, españoles!”; el autor puso después: “¡Al arma, patriotas!”); cómo la efímera reanexión a España (1861-1865) fue

“empresa defensiva de nuestra hispanidad... en vista del inminente peligro haitiano”; cómo, a la vez que se mantiene el idioma español, aparece en la literatura el matiz criollo, en los *Cantos Dominicanos* de Del Monte, Nicolás Ureña de Mendoza y José María González Santín (1855), en la comedia *Cacharros y manigüeros* de Javier Ángulo Guridi, y posteriormente en los versos dialectales de Juan Antonio Alix (y de Eulogio Cabral, a quien el autor no cita), así como en las *Criollas* de Arturo Pellerano Castro.

Trabajo sintético es éste de Rodríguez Demorizi, pero, dentro de su brevedad, contiene gran número de observaciones atinadas.

► *Revista de Filología Hispánica*, t.6, núm. 4, octubre-diciembre 1944, págs. 409-410, Buenos Aires. Reseña de *Vicisitudes de la lengua española en Santo Domingo*, por Emilio Rodríguez Demorizi, discurso de ingreso en la Academia Dominicana de la Lengua (1944).

## RUFINO JOSÉ CUERVO

La historia intelectual de Rufino José Cuervo es caso único en la América de su tiempo: fue un gramático que se convirtió en filólogo. Es muy distinto el caso de Andrés Bello —él y Cuervo, nadie puede ignorarlo, son las dos figuras egregias en el estudio de nuestro idioma durante el siglo XIX—: Bello fue esencialmente un filólogo pero se vio obligado a escribir extensamente de gramática. Cuando emprende, antes de 1810, su primer trabajo sobre el castellano —el análisis de los tiempos verbales—, lo que se propone es un estudio de lingüística sincrónica, como diríamos hoy. Cuando trabaja, hasta el final de su vida, en la reconstitución del *Cid*, hace filología. Y lo que da incontestable superioridad a su *Gramática* es la amplitud de visión, de doctrina lingüística y de erudición filológica.

Cuervo, al revés de Bello, comenzó como gramático: escribió sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* con el fin de corregir errores del habla en su ciudad natal, aspirante siempre al premio del bien hablar. Obedecía, pues, a imperativos de la sociedad en que vivía. Desde luego, para corregir había que mostrar el buen uso, mediante citas de autoridades. Y Cuervo era ya entonces gran lector y gran observador. Pero a cada edición nueva, de las seis que hubo, desde la príncipe de 1867 hasta la póstuma de 1914, el libro se iba alejando de su propósito didáctico —aunque nunca perdió su estructura de origen— y convirtiéndose en una historia de formas y de giros. Y la historia le jugaba malas pasadas al gramático: a veces las autoridades discordaban y a las formas antes censuradas se les descubrían antecedentes ilustres.

Ya en camino, no podía Cuervo volverse atrás. Toda su obra fue historia del idioma: principalmente historia de uso. Nadie había leído tantos libros españoles como él, si se exceptúa a Menéndez Pelayo, a quien guiaban fines distintos. Sobre cualquier punto que tocara, agotaba los materiales; no queda nada que agregar, salvo nuevos ejemplos que corroboren sus aserciones, a menos que se aspire y se alcance a dar nueva interpretación a los hechos. Le atraían, sobre todo, los hechos

sintácticos. Así pudo concebir y realizar el gigantesco *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, que no llegó a dejar impreso en su totalidad: mientras no lo tengamos entero, todo estudio de la sintaxis castellana habrá de emprenderse bajo la tantálica ansiedad de saber qué materiales estarán escondidos allí aplicables a la investigación iniciada. Quienes debían entregar el libro a las prensas y no lo han hecho son culpables de grave daño.

Fue preocupación permanente de Cuervo, como de Bello la suerte del idioma castellano en América. Hubo momentos en que, contagiado del naturalismo fatalista que era común en la lingüística de su tiempo, creyó inevitable la ruptura de la unidad del castellano. De haber vivido unos años más, se habría regocijado observando las renovadas fuerzas de integración que actúan en nuestro idioma.

► *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, octubre-diciembre, t. 13, núm. 49, 1944, pp. 697-698.

*THE ENGLISH POETS IN PICTURES: KEATS; TENNYSON.*  
*EDITED BY DOROTHY WELLESLEY (WILLIAM COLLINS,*  
*LONDON). LETTERS OF JOHN KEATS. INTRODUCTION*  
*BY HUGH L'ANSON FAUSSET (NELSON & SONS.*  
*LONDON)*

Entre la vasta serie de breves libros que representan la vida de Inglaterra en imágenes, ningunos mejores que los dedicados a los poetas: hasta ahora, que sepamos, Shelley, Keats, Byron, Tennyson. Cada volumen lleva antología —de pocas piezas—, introducción de Dorothy Wellesley, la poetisa a quien descubrió Yeats, y grabados de muy varia especie: retratos del poeta, mujeres que hubo en su vida, amigos, parientes, lugares que frecuentó o que mencionó en sus obras, facsímiles de manuscritos. Son libros que incitan a hojearlos muchas veces: unas, para saludar de nuevo viejas preferencias, como la rima VII de *In memoriam*, con su dolorida desnudez, muy distinta de la vaporosa retórica en que con los años se enmascaró Tennyson:

The noise of life begins again,  
And ghastly through the drizzling rain  
On the bald street breaks the blank day,

otras, para reconstruir, con la diversidad de los retratos, la figura de Shelley, o la de Keats, amistades íntimas de tantos lectores para quienes la falta de su presencia real es inquietud inaplacable: “Ah! did you once see Shelley plain?” Siempre echaremos de menos la efigie de Fanny Brawne, la novia de Keats, a quien los historiadores de la literatura discuten tanto como los de la política a Cleopatra. A falta de la novia, tenemos la hermana, casada con español, Fanny Keats de Llanos, que alcanzó la ancianidad en España; la retrata, al óleo, su hijo Juan Llanos y Keats.

De las admirables cartas de Keats, precisamente, se ha publicado una selección en los Clásicos de la casa Nelson. Más de doscientas cuarenta

cartas del poeta se conservan, y más de la mitad de las conservadas forman este volumen. Nadie, según parece, quería dejar perder línea suya, y mucho debemos a este cariño guardoso.

► *Sur*, núm. 112, diciembre, 1944 pp. 59-60, Buenos Aires.

## LA CUADERNA VÍA

El catedrático del State College de Pensilvania Harrison Haikes Arnold ha publicado cuatro trabajos sobre la cuaderna vía: *Irregular hemistichs in the "Milagros" of Gonzalo de Berceo* en *PMLA*, 1935, L, págs. 335-351; *Synalepha in Old Spanish poetry; Berceo*, en la *HR*, 1936, IV, págs. 141-158; *Notes on the versification of "El Libro de Alexandre"*, en *HispC*, 1936, XIX; *A reconsideration of the metrical form of "El Libro de Apolonio"*, en *HR*, 1938, VI, págs. 46-56.

Arnold cree en la regularidad de la cuaderna vía, por lo menos en Berceo, en el *Libro de Apolonio*, en el *Libro de Alejandro* y en el *Fernán González*. Sobre Berceo, no hay discusión: todos estamos de acuerdo en que, salvo ocasionales desviaciones, su versificación es regular, gracias al método artificial del hiato sistemático entre palabras. Sobre el *Fernán González* cree Arnold que el poema sufrió revisión en manos del copista, "a systematic scribal revision", en el único manuscrito completo que poseemos; cree que así lo demuestran los pocos pasajes del poema que se han encontrado sueltos. Admite, sin embargo, que en la versificación originaria del *Fernán González* hay quizá modificaciones del sistema de Berceo. En cambio, Menéndez Pidal cree que "la cuaderna vía, practicada primero en Aragón [*Apolonio*, probablemente], en León [*Alejandro*] y en una comarca como la Rioja, de origen no castellano [Berceo], al ser acogida después en Castilla por el clérigo cantor de Fernán González sintió una fuerte atracción hacia la ametría de las gestas".

El problema se concentra, pues, en el *Apolonio* y el *Alejandro*. Bien puede creerse (y yo lo creo) que los autores de ambos poemas, conocedores de la versificación regular, aspiraron a escribirla. Mi tesis es que no lo lograron de modo satisfactorio. Arnold cree que sí lo lograron, y supone que la irregularidad en los manuscritos se debe a los copistas. ¡La vieja tesis!

Para regularizar el *Apolonio* y el *Alejandro*, Arnold identifica su versificación con la de Berceo: empleo constante del hiato y, por lo tanto, ausencia total de sinalefas (le doy la razón cuando destruye los

argumentos de los que aceptan la sinalefa en la cuaderna vía); empleo libre de formas llenas o formas apocopadas, según conviene al verso (como *muerte* o *muert*, *corte* o *cori*, los adverbios en —*miente* o —*mient*, —*mente* o —*ment*); los infinitivos *seer* y *veer* son disilábicos, excepto cuando se les añaden las desinencias de futuro y de potencial; la concurrencia de vocales en las desinencias del imperfecto de indicativo (*ie*, moderno *ía*) constituye diptongo, salvo en la primera persona del singular. Nada dice Arnold de la diéresis ni de la sinéresis; al atribuirle a Berceo el uso libre de ellas, no obligatorio, creo que Fitzgerald se excedía. Pero además hay que sustituir palabras (*nul* en vez de *ningún*, o *quisque* en lugar de *cada uno*, por ejemplo), reordenar frases (como *el buen omne* en lugar de *el omne bueno*), aunque haya que cambiarlas de hemistiquio (como “Querría si lo pudiesse de grado lo matar” en vez de “Querría lo de grado si lo pudiesse matar”), restaurar formas, generalmente breves (*tal* en vez de *atal*, *mester* en vez de *menester*, *consejar* en vez de *aconsejar*, entre otras), raras veces largas (*reziante* en vez de *reziert*), y aun palabras supuestamente perdidas (tales como pronombres personales), suprimir palabras sobrantes para la medida justa. El sistema lo admite todo. Analizar estos retoques uno por uno sería tarea excesivamente larga: el lector que quiera podrá compulsarlos, y, si no está convencido de antemano, verá cuáles son admisibles, en principio, y cuáles no. Así y todo, Arnold declara que en el *Apolonio* le quedan treinta y seis hemistiquios demasiado largos y cuarenta y ocho demasiado cortos “para los cuales no ha encontrado solución satisfactoria”; espera encontrarla, y con ella, no cabe duda, “la emoción que da la solución de un acertijo” (“the thrill of the solution of a puzzle”).

Al final de su último trabajo, Arnold da una lista de los tantos por ciento de irregularidad, según los manuscritos, en poemas de clerecía (indica la irregularidad de los hemistiquios, no la de los versos enteros): el ms. Ibarreta de los *Milagros* de Berceo, 3.77; el ms. antiguo de *El sacrificio de la misa*, 5.91; el ms. de *Santa Oria*, basado en el perdido códice en folio, 6.34 5 el ms. A de los *Milagros* (procedente del folio), 8.08; el ms. E de *Santo Domingo* (del folio), 8.84; el ms. incompleto del *Sacrificio* (del folio), 10.57; se salta luego al *Apolonio*, ms. único, 17; *Alejandro*, ms. de París, 20; *Alejandro*, ms. de Osuna, 22; *Loores* de Berceo, 22.8.

El ms. de los *Loores* es aberrante y no hay que tomarlo en cuenta. La diferencia entre Berceo y los autores del *Apolonio* y el *Alejandro* es llamativa: revela, sin más, la mayor regularidad del poeta riojano. Creo que Berceo pudo fallar de cuando en cuando en su aspiración a la regularidad absoluta (no todas las fallas han de atribuirse a los asendereados copistas)<sup>1</sup>: sería excesivo creer que, escribiendo tanto como escribió, en una forma nueva de versificación, hubiera alcanzado la maestría de poetas que crecen oyendo versos regulares, poetas de oído infalible para la medida, como Herrera, o Lope, o Quevedo, o Quintana, o Zorrilla, o Bécquer, o Darío. Hoy que la versificación fluctuante se ha extendido de nuevo en castellano, desde hace treinta años, muchos poetas jóvenes tienen menos seguro que antes el sentido de la medida exacta. Y lo que en Berceo fue descuido ocasional, en los autores del *Apolonio* y del *Alejandro* fue insuficiencia mucho mayor. Los esfuerzos de los regularizadores podrán convencernos de que el verso de esos dos poemas es menos (no *mucho* menos) irregular de lo que parecía, pero no de que iguala al de Berceo. Arnold mismo descubre en el *Apolonio* una fórmula matemática de irregularidad semejante a las que Menéndez Pidal obtuvo en los poemas juglarescos:

$$\begin{array}{c} 8 \ 9 \ 10 \\ 7 \ 6 \ 5 \ 4 \end{array}$$

Esta fórmula revela que el poeta, al alejarse del paradigma que se proponía como meta, pero que no siempre lograba alcanzar, obedecía inconscientemente a una ley psicológica: a medida que la distancia aumenta en magnitud, disminuye en frecuencia.

► *Revista de Filología Hispánica* t. 7, núm. 1, enero-marzo, 1945, pp. 45-47, Buenos Aires.

---

<sup>1</sup> Precisamente el trabajo de Arnold, *Synalepha in old Spanish poetry*, convence —contra su propósito— de que Berceo no se liberó enteramente de la irregularidad.

REMIGIO HUGO PANE, *ENGLISH TRANSLATIONS FROM THE SPANISH, 1484-1943. A BIBLIOGRAPHY.* — NEW BRUNSWICK. RUTGERS UNIVERSITY PRESS. 1944 — VI + 218 PÁGS. INCLUYENDO DOCE DE ÍNDICE DE TRADUCTORES)

Esta bibliografía es la más extensa, hasta ahora, de traducciones de literatura española al inglés. La principal bibliografía, entre las anteriores, informa Mr. Pane en su introducción, contenía solamente 617 números; la actual contiene 1682, desde el *Libre del orde de cavalleria*, de Raimundo Lulio, traducido por el admirable escritor e impresor William Caxton y publicado en Westminster, 1484, hasta las versiones recientes de poesías de Federico García Lorca —cuyo nombre es ya popular entre la gente de letras en los países de habla inglesa—, Jorge Guillén, Pedro Salinas y Rafael Alberti. Los autores traducidos son, salvo excepciones contadas, nativos de la Península Ibérica que escribieron o escriben en castellano, en catalán, como Lulio, Ausías March y Jacinto Verdaguer, y en latín, como Vives, incluyéndose los portugueses cuando emplearon el español: así, Camoens, Gil Vicente, Sã de Miranda, Jorge de Montemayor, Gregorio Silvestre, Francisco Manoel de Mello, Sor Violante do Geo, Sor María do Ceo. Como extranjero a la Península Ibérica que adoptó el castellano como lengua propia se incluye a Colón. Los escritores de la América española quedan fuera, excepto unos pocos de la época colonial, como el Inca Garcilaso de la Vega, peruano, Juan Ruiz de Alarcón, Baltasar de Obregón, Carlos de Sigüenza y Góngora, Francisco Javier Clavijero, Isidro Sariñana, Francisco Javier Gamboa, José Antonio de Villaseñor, mexicanos, Domingo Juarros, guatemalteco, Antonio de Alcedo, ecuatoriano, Alonso de Ovalle, chileno, que escribió en italiano, como Clavijero. No sé por qué se ha omitido a Sor Juana Inés de la Cruz —de cuyas poesías hay versiones de Thomas Walsh, Edna Worthley Underwood, Muna Lee de Muñoz Marín y Beatrice Gilman Proske—, a Luis Jerónimo de Oré, traducido por Maynard Geiger (*The martyrs of Florida*), a Cristóbal de Molina, “el del Cuzco”, traducido por Sir Clements Robert Markham (*Narratives and rites of the Incas*, Londres,

The Hakluyt Society, 1873), y al jesuita chileno Manuel Lacunza. Del siglo XIX sólo aparecen el nicaragüense Rubén Darío y dos cubanos: Gertrudis Gómez de Avellaneda, que pasó gran parte de su vida en España, y Enrique Piñeyro, probablemente porque su libro traducido versa sobre *El romanticismo en España*. Supongo que por inadvertencia se han deslizado, entre los escritores del siglo XX, el argentino Raúl González Tuñón y el mexicano Silvio Zavala<sup>1</sup>. Figuran además todos los cronistas de Indias —incluyendo escritores nacidos fuera de España, como Pedro Mártir, el P. Samuel Fritz y el P. Nicolás del Techo (du Toiet)— y especialmente los que trataron de territorios que ahora forman parte de los Estados Unidos. Echo de menos a Pedro Sancho de Hoz, traducido por Markham en sus *Reports on the discovery of Perú*, Londres, The Hakluyt Society, 1872.

Sorprende que sea tan corto el número de traducciones de literatura española al inglés en más de cuatrocientos años: no llegan a 2700, a pesar de que se cuenta individualmente cada versión de poesía. Si se contaran además todas las traducciones de escritores portugueses y latinoamericanos, no se alcanzaría a 5000, abarcando la literatura de todos los pueblos hispánicos. En castellano sería fácil superar esta cifra en una bibliografía de traducciones de literatura inglesa, a pesar de que apenas comenzaría al declinar el siglo XVIII, si se exceptúan casos anteriores muy aislados, como la *Confessio amantis*, de John Gower, traducida en el siglo XIV. En nuestros días, la traducción de obras extranjeras se ha convertido en vicio pernicioso, con grave daño para la producción vernácula: el mal empezó a observarse en España hace unos treinta años; se observa ya en América, que ahora supera a España en actividad editorial. Pero Inglaterra nunca ha traducido demasiado, y el número de las versiones de obras españolas no guarda proporción con la importancia de las relaciones entre nuestra literatura y la inglesa durante dos siglos: así, la difusión de Fray Antonio de Guevara en las versiones de Lord Berners y de Sir Thomas North, de Fray Luis de Granada, de los cronistas de Indias, de Cervantes, cuya influencia llega hasta Fielding y Sterne.

Shakespeare no alcanzó a conocer el teatro de Lope y de Tirso; el

---

<sup>1</sup> Sobre traducciones de escritores de la América latina (de lengua castellana, portuguesa o francesa) ha publicado dos bibliografías, impresas en mimeógrafo, la Unión Panamericana de Washington.

único asunto que tomó de la literatura española es el de *Two gentlemen of Verona*, procedente de la *Diana* de Montemayor, si se descuenta el *Cardenio*, que se dice escribió en colaboración con John Fletcher, adaptando el conocido episodio del *Quijote*, y cuyo manuscrito habría desaparecido en el incendio del teatro del Globo en 1613 (cf. Henry Thomas, *Shakespeare y España*, en el *HMP*). Contemporáneos de Shakespeare como Thomas Middleton, William Rowley, Philip Massinger, Francis Beaumont, y muy especialmente Fletcher, tomaron asuntos de las novelas de Cervantes y aun de su teatro. Sus sucesores alcanzaron a conocer y aprovechar el teatro del siglo XVII: así, James Shirley, Lord Bristol, Lord Holland, Thomas Killigrew, Richard Fanshawe, el gran Dryden, William Wycherley, John Crowne, John Vanbrugh, Colley Cibber, Richard Steele, directamente o a través del francés adaptan comedias de Lope (a quien se atribuía, desde luego, *La Estrella de Sevilla*), de Tirso, de Alarcón, de Calderón, de Rojas Zorrilla, de Moreto, de Solís, de Antonio Hurtado de Mendoza.

En la lista de Pane los traductores no son muchos, desde luego. Pueden dividirse en tres clases: los traductores profesionales, desde Lazarus Pyott y Anthonv Munday (*Amadís*, c. 1590-1618), Thomas Shelton (el *Quijote*, 1612) y James Mabbe *Guzmán de Alfarache*, 1622; *Novelas ejemplares*, 1640) hasta el norteamericano John Garret Underhill, autor de pulcras versiones de Galdós y de Benavente; los eruditos, como Percy el de las *Reliquias*, Ticknor y el Lord Holland de principios del siglo XIX; los escritores y poetas puros, entre los cuales se cuentan Sidney, Richard Crashaw, que tradujo a Quevedo y recibió influencia de los místicos, Smollett, Byron, Shelley, Southey, Walter Scott, Lockhart, Thomas de Quincey, George Borrow, Edward Fitzgerald, Arthur Symons, Havelock Ellis, y, como norteamericanos, Bryant y Longfellow. Entre los contemporáneos se señalan el dramaturgo Granville Barker, los poetas John Masefield y Stephen Spender, y, como norteamericanos, los novelistas John Dos Passos y Katherine Ann Porter, los poetas Ezra Pound, Edna St. Vincent Millay y William Carlos Williams, la arqueóloga Georgiana Goddard King (de quien habría que anotar, además, las versiones que incluye en su obra póstuma *Heart of Spain*, Harvard University Press, 1941).

Habría sido muy útil dar indicaciones precisas sobre cada traductor: esperémoslas en nueva edición (considerando la utilidad de esta bibliografía, creemos que se reimprimirá). A veces las anotaciones no son

dadas: ¿qué hizo Santayana con el *Quijote* en la colección *Library of the World's Best Literature*: fue “abridgement” “selection” o “adaptation”? ¿Tradujo él mismo, o aprovechó traducción ajena? ¿Y es seguro que hay traducciones en la obra de Clara Leonora Nicolay sobre Cristóbal de Castillejo? ¿Y en la edición escolar que hizo Everett Ward Olmsted de las *Rimas y leyendas* de Bécquer? Y también podría perfeccionarse la ordenación, a fin de permitir apreciación más exacta del número de obras traducidas: los números relativos a traductores — antologías, por ejemplo, o volúmenes que incidentalmente contienen versiones del español— podrían anotarse en serie separada, puesto que cada una de las piezas traducidas figura ya en lista<sup>2</sup>. Ha habido inadvertencias en la anotación de poesías sueltas; así, las versiones del romance del *Conde Amalao*s no están todas juntas: bajo el número 389 parece la de James Elroy Flecker y bajo los números 515, 516 y 517 las de John Bowring, Borrow y Lockhart (se echa de menos la admirable imitación que de este romance hizo Longfellow, de la cual dijo Henley —ignorando la fuente— que eran los mejores versos sobre el misterio del mar). En los nombres de los autores —y aun de los traductores— hay exceso: ¿a quién le hace falta conocer el segundo apellido de Gracián, de Antonio Coello, del P. Isla, de Alcedo, de Arriaza, de Piferrer, de Castelar, de Echegaray, de los Machado, de Eugenio d'Ors, de Pío Baroja? A los escritores se les conoce por su firma, no por las anotaciones del registro civil. ¿Quién reconocerá a Enrique Piñeyro bajo la balumba de “Enrique José Nemesio Piñeyro y Barry”? Para los lectores ingleses y norteamericanos, precisamente, esta profusión nominal no es ayuda sino estorbo. Y aun en inglés ¿para qué agregarle a George Borrow el Henry que no usó en su firma? Finalmente, es de lamentar el increíble número de erratas, desusado en libros de lengua inglesa: supongo que se deberá a dificultades de la época de guerra. Anotaré unas pocas, de los centenares que he advertido: Aldaña por Aldana (pág. 7), Cúpido por Cupido (21), Artega por Arteaga (25), Paseábose por Paseábase (31), Sheldon por Selden (32), Ganzález por González (33), po en lugar de por (33), Araquistán por

<sup>2</sup> La profesora señorita Sara Jaroslavsky, a quien quedo muy agradecido, ha hecho un rápido recuento y me informa que las piezas traducidas (sean obras enteras, fragmentos de obras, poesías o artículos) ascienden sólo a 2427; hay, pues, más de 200 casos de repetición (antologías, obras completas, etc.).

Araquistáin (36), Balbotín por Balbontín (41), Olmstead por Olmsted (42 y 43), princesar por princesas (46), Bernardete por Benardete (47 y 146), Hovard por Hayward (40,), Gatillo por Castillo (63), Smollet por Smollett (69), Middletown por Middleton (80), Ziménez por Ximénez o Jiménez (86), Díaz de Gamez por Diez de Games (63), Diez por Díez (84), Serma por Suma (97), Jeres por Jerez (127: la anotación está repetida en la pág. 203, esta vez con X inicial), Santacilla por Santacilia (129), Theresa por Teresa (132), Hanna por Hannah (187), Sebastien por Sebastián (140), Sicar por Sisear (144), Muños por Muñoz (162), invertebrata por invertebrada (154), Peres por Perez (159), Haklytus por Hakluytus y Croshawe por Crashawe (166), Badagoz por Badajoz (178), Gregorio de Silvestre por Gregorio Silvestre(180), Tafuri por Tafur (185), pudiere por pudiera (202), Agustín por Agustín (204), Daggar por Dagger (200). Todavía se anotan equivocadamente bajo el nombre de Rioja la *Epístola moral a Fabio* (núm. 2254) y la *Canción a las ruinas de Itálica* (núm. 2255): para la última se reenvía al núm. 938, donde se explica que en realidad es de Rodrigo Caro; pero no hay explicación semejante para la *Epístola. La Estrella de Sevilla* todavía aparece como de Lope; Santa Teresa, que nunca escribió sonetos, aparece como autora de uno (supongo que será “No me mueve, mi Dios, para quererte”, cuyo autores probablemente el mexicano Fray Miguel de Guevara); Juan de Valdés, como autor del *Diálogo... de las cosas acaecidas en Roma*, que es de su hermano Alfonso. Alba de Céspedes (núm. 1174) no pertenece a España sino a Italia.

► *Revista de Filología Hispánica*, t. 7, núm. 1, enero-marzo, 1945 pp. 71-74, Buenos Aires.

LAWRENCE B. KIDDLE, *THE SPANISH WORD JÍCARA : A  
WORD HISTORY. WITH AN APPENDIX ON THE  
MANUFACTURE OF JICARAS IN OLINALÁ, GUERRERO.*  
NEW ORLEANS. 1944— (EXTRACTO DE *PHILOLOGICAL AND  
DOCUMENTARY STUDIES*, VOL. I, N° 4. PUBLICATION II,  
MIDDLE AMERICAN RESEARCH INSTITUTE, THE TULANE  
UNIVERSITY OF LOUISIANA, PÁGS. 115-154)

Este trabajo sobre la palabra *jícara* es modelo de investigación. Originariamente la *jícara* es vasija hecha del fruto de la *Crescentia cajete* (árbol que según las regiones se designa con nombres como güira, higüero, totumo, calabacero) o, en segundo lugar, de la *Lagenaria sp.* (calabacero); pero después hubo *jícaras* de diversos materiales, hasta de madera y de piedra. Su nombre proviene del náhuatl de México: *xicalli*, pronunciado šíkál-li, con dos acentos, singulto o saltillo o explosión glotal el primero, acento de intensidad el segundo. Así consta en escritores del siglo XVI. En el siglo XVIII señalan este origen los mexicanos Clavijero (1780) y Alzate (1791); después, con explicaciones, el mexicano Márquez (1820) y el alemán Mahn en sus *Etymologische Untersuchungen*<sup>1</sup>. En náhuatl *xicalli* significaba ‘vasija con ombligo’ (de sik [tli] ‘ombligo’ y ka-li ‘receptáculo o ‘casa’) y se

---

<sup>1</sup> El Diccionario de la Academia trae ahora *xicalli* como étimon de *jícara*; hasta 1884 daba el árabe *cicáya*. Eguílaz (1886) proponía *xáccara*, árabe también. Roque Barcia, latín *scyphus* (!). Ninguna de estas etimologías tiene justificación histórica ni lingüística. Monlau —a quien no cita Riddle— señalaba la procedencia mexicana, pero atribuyéndole equivocadamente a la palabra originaria la significación de ‘coco’. El *Diccionario etimológico* de Monlau, excusable en la España de 1851, y el de Barcia, ya menos excusable, en 1880, disfrutaban ahora de una absurda resurrección en ediciones nuevas. Como ejemplos ilustrativos de los errores de Monlau, v. las palabras americanas de origen indio, bien comprobado, *batea* (según él, del latín *batellas*), *boniato* (del latín *bunias*), *bohío* o *buido* (de *bubo*), *macana* (de la “raíz” *mac*: entre aficionados a la lingüística, las raíces habían pasado de la existencia ideal a la concreta y funcionaban libres y solas), *naguas* (de *nalga*), *sabana* (de *sábana*).

aplicaba tanto a la vasija como al fruto de la *Crescentia*. Los españoles hicieron, de *xicalli*, *jícara*, cambiando la *l* en *r* y la vocal final en la terminación femenina *a*; adoptaron la palabra como nombre de la vasija y del fruto; crearon, además, *jícara* como nombre del árbol<sup>2</sup>. Oviedo trae la forma *xícalo*, con la explicación ‘cántaros o ánforas’; Bernal Díaz dice “aguamaniles... que llaman *xicales*”, quizá con intención de que el acento cayera en la *a* y no en la *i*, pero en otra parte de su libro escribe *xícara*, como palabra hispanizada. La primera aparición de la palabra, según parece, ocurre hacia 1540, en el *Descubrimiento de las Siete Ciudades*, de Fray Marcos de Niza.

Cita Kiddle la descripción que da Oviedo de la *Crescentia*, llamándola *higüero* con nombre taíno. Vienen después las citas de escritores de los siglos XVI y XVII, con minucioso auxilio de notas, sobre la “naturaleza, preparación y venta” de las jícaras entre los aztecas (Fray Juan de Torquemada, Bernabé Cobo, Fray Bernardino de Sahagún, Juan Suárez de Peralta); sobre sus usos: como taza, principalmente para el chocolate (Sahagún, Oviedo, Cervantes de Salazar, Solís, Suárez de Peralta); como jofaina para lavarse las manos (Bernal Díaz, Sahagún); como vasija para depositar alimentos (Torquemada, Sahagún); como vaso para flores (Suárez de Peralta); como colador (Sahagún); como receptáculo para la resina de los árboles de caucho (Torquemada); como cernidor de oro (Bernal Díaz); como medio de cambio o de pagar tributos (Villagutierre Sotomayor, Tezozómoc); como vasija para recoger la sangre en los sacrificios humanos (Torquemada, López de Gómara, Las Casas, Suárez de Peralta). Agregaré este pasaje de fray Francisco Ximénez en su *Historia... de Chiapa y Guatemala*, libro I, cap. 7: “el fruto que dio [el árbol] fue lo que ahora llamamos jícaras”. En España, Lope, en *Servir a señor discreto*, habla de jícaras traídas de China.

La palabra figura en composición, en la toponimia de México, con formas como Xicalco (*x* pronunciada todavía hoy *s*) y Jicaltepec; además, tanto en México como en países continentales a donde se extendía la influencia azteca antes de la Conquista, desde los Estados Uni-

<sup>2</sup> Sobre este tipo, *manzana manzano*, *cereza cerezo*, conformaron los españoles muchos nombres de plantas en América: así, *higuera higüero* (nombre antillano: se le da precisamente al jícaro), *chirimoya chirimoyo*, *guanábana guanábano*, *guayaba guayabo*, *palta palto*, *quina quino*, *totuma totumo*.

dos hasta Costa Rica. Resulta curioso descubrir esta influencia hasta en Cuba: además de Jicarata, que Kiddle menciona, puede recordarse Cascarajícara. En palabras comunes del náhuatl interviene también *xicalli*: p. ej., *xicalcóatl* ‘serpiente de jicara’ y *xicaípapálotl* ‘mariposa de alas matizadas’.

La palabra penetra en el idioma español a través de los cronistas de Indias; en el siglo XVII la hallamos, p. ej., en Tirso y en Moreto. Gonzalo Correas, en su *Arte grande de la lengua castellana* (1626), trae *jícara*, sin más explicación, en una larga lista de palabras acentuadas en la antepenúltima sílaba (pág. 145).

En España pronto pasó a significar ‘tipo especial de taza para tomar chocolate’, y así subsiste hasta hoy (citas de Pedro Antonio de Alarcón, la Pardo Bazán, Blasco Ibáñez, Ramos Carrión, Luis Taboada, Azorín, Martínez Sierra); pero según Kiddle en decadencia, asediada por palabras como *pocilio*, y augura su próxima desaparición del español hablado. Sin embargo, el testimonio de todos los españoles — de muy diversas regiones— a quienes interrogo sobre el caso es unánime en el sentido de que la palabra tiene vida plena en toda España.

Sí ha desaparecido ya o va desapareciendo del habla en la América del Sur, excepto —se dice— en Colombia. En Nuevo México, hoy parte de los Estados Unidos, *jícara* se emplea como nombre de una especie de cesta para guardar alimentos o para adornar las casas (la *jícara* indígena, hay que recordar, está pintada, con representaciones coloridas de aves o plantas y con orlas). En México, en la zona septentrional, circula poco; desde la capital hasta la frontera de Guatemala, y en toda la América Central hasta Costa Rica, se mantiene con gran vitalidad y con la variedad de significados que tuvo entre los aztecas. El significado más común, según datos que ha recogido Kiddle, es el de ‘vasija para bebidas’; según mi experiencia personal —la experiencia es siempre variable—, los usos más comunes son el de ‘vasija para depositar alimentos’ y el de ‘vasija pintada para adorno de la casa’. En Cuba y en Puerto Rico tiene los significados que en México. Pero en Santo Domingo, que es de todas las Antillas la que conserva mayor número de palabras y de costumbres indias en la vida diaria, especialmente en el campo, se dice, con palabra taína, *higüera* (por lo común con *h* aspirada): la *higüera* sirve para depositar alimentos o para vaciar agua; *jícara* es ‘vasija hecha de la cáscara interna del coco’, o bien la cáscara misma, interna o externa, y, como metáfora, ‘cosa de poco valor’.

Como palabras derivadas, anota Kiddle *jicarita*, *jicarica*, *jicarilla*, *jicarón*, diminutivos y aumentativo; *jicarudo*, en México y Nicaragua ‘carilargo’ o ‘ceñudo’; *jicarazo* ‘golpe dado con jícara’ o ‘cantidad de agua que se echa con una jícara’ o —definición de la Academia— ‘propinación aleposa de veneno’; *jicarería* ‘lugar donde se fabrican o se venden jicaras’; *jicarero* ‘fabricante o vendedor de jicaras’; *jicarismo*, palabra inventada por el pintor Manuel Rodríguez Lozano, de México, para designar el pintoresquismo mexicano en el arte. Puedo agregar *jicarista*, que está en el Príncipe de Esquilache (siglo XVII), *Carta al Conde de Lemos*:

Yo no probé en mi vida chocolate,  
ni le pienso probar, aunque disguste  
de tantos xicaristas el combate...  
por lo que tienen de Indias y de embuste...

Como apéndice, reproduce Kiddle el artículo del P. Joaquín Alejo de Meabe sobre la manufactura de jicaras en Olinalá, cuyos artistas populares tienen todavía gran fama; el artículo se publicó en la *Gaceta de Literatura*, con notas de su insigne director, el P. José Antonio Alzate, en 1791.

► *Revista de Filología Hispánica*, t. 7, núm. 3, julio-septiembre, 1945, pp. 288-290, Buenos Aires.

# VARIA



## TRES NOTAS

(Envío de P. H. U. La Habana, 5-II-41.)

Anatole France tenía fama de distraído y de olvidadizo. Su capacidad de olvido llegó a tener forma de vicio. Hace poco, en una charla pública en Cambridge, André Maurois contaba que, hallándose de servicio durante la guerra de 1914, había publicado su primera novela y se la había enviado al patriarca literario; en respuesta recibió una carta muy amable de France, que lo invitaba a visitarlo en París cuando obtuviese licencia para ausentarse del frente. Cuando Maurois obtuvo la licencia, fue a visitar al maestro y descubrió que ya había olvidado el libro y la carta. La conversación fue muy poco animada. Oyendo Anatole France que Maurois prestaba servicios adscrito a un regimiento británico, le pidió que le ayudara a recordar en qué colonia de África se encontraba un inglés amigo suyo. Maurois enumeró, sin éxito, las colonias inglesas de África; pensó que el autor de *Thais* no podría haberse olvidado del Egipto, que además no es propiamente colonia inglesa, pero al fin se atrevió a aventurar:

—¿No será en Egipto?

—¡Ah! Eso es: en Egipto —contestó el patriarca.

Hace unos treinta años, Anatole France fue a Buenos Aires a dar un curso de conferencias sobre Rabelais. En aquella época, disfrutaba de ilimitada admiración entre los argentinos, y uno de los más ricos, el señor Llavallol, le cedió su palacio para que lo habitara. Durante semanas, Anatole France vivió allí espléndidamente. Llavallol se había retirado a vivir en otra parte, y lo visitaba de cuando en cuando.

Posteriormente, Llavallol fue a Europa. Al llegar a París, acudió a casa de Anatole France y le envió su tarjeta. El novelista, según parece, no reconoció el nombre, y no recibió a su generoso hospedador de Buenos Aires. Llavallol contaba que sólo una vez logró ver a Anatole France en Europa: se encontró con él en el pasillo de un vagón de ferrocarril. En el momento en que estuvieron frente a frente, el tren

hizo un movimiento brusco y los dos hombres tropezaron. La cadena del reloj de Llavallol se enganchó en uno de los botones del chaleco de France, y el reloj saltó y quedó colgante. Anatole France desenganchó cuidadosamente la cadena y devolvió a Llavallol sus prendas, diciéndole:

—Le aseguro, señor, que no tengo la costumbre de hacer estas cosas. Pero no lo reconoció.

\*\*\*

Años después de la caída de Porfirio Díaz, un caballero español que había sido cónsul honorario de México en una ciudad oriental de Cuba fue a visitar al anciano guerrero liberal y antiguo dictador autoritario, y en el curso de la visita le dijo;

—El pueblo mexicano ha sido ingrato con usted.

Porfirio Díaz le rectificó: —El pueblo mexicano no es ingrato. Entonces el español rectificó a su vez: —Por lo menos, el pueblo mexicano se ha equivocado. Y don Porfirio:

—El pueblo mexicano no se equivoca.

\*\*\*

Hace dos o tres años, el poeta argentino Fernández Moreno sufrió la pérdida de Ariel, su hijo adolescente. La desgracia lo afectó tanto, que le impidió trabajar durante muchos meses. El Ministerio de Instrucción Pública nunca le suspendió sus sueldos de profesor. Y el jurado de los premios nacionales le acordó el de Literatura, que el poeta llevaba merecido desde mucho tiempo antes. Con el premio nacional, la esposa del poeta decidió comprar una casa. Cuando quiso pagar la comisión usual sobre la compra, el intermediario le dijo: “A Fernández Moreno yo no le cobro nada”. Y cuando quiso pagar la cuenta de trescientos pesos argentinos que importaba la limpieza y desinfección de la casa, el director de la empresa le preguntó: “¿Qué Fernández Moreno es éste? ¿El poeta?” Al responder que sí la dama, el hombre de negocios le dijo: “Para Fernández Moreno, nuestro trabajo es gratuito”.

► *Repertorio Americano*, núm. 909, 15 de marzo de 1941, pp. 73-74.

## LA LITERATURA EN LOS PERIÓDICOS ARGENTINOS

Entre los trabajos emprendidos por los miembros del Círculo “Arnoldo Crivelli”, constituido por graduados del Instituto Nacional del Profesorado Secundario, me ha tocado dirigir las investigaciones sobre la literatura publicada en los periódicos argentinos desde la aparición del primero, ocurrida, como se sabe, en el primer año del siglo XIX.

La prensa de Buenos Aires, en sus comienzos, como la de México y la de Lima, que le precedieron, tuvo fisonomía especial, muy diversa de la que presentan los diarios actuales: las simples noticias ocupaban muy poco espacio; mucho, en cambio, la literatura, o los trabajos de información científica, o las cuestiones económicas, y, desde la Revolución de Mayo, las políticas. Libros, propiamente hablando, no se publicaron hasta muy entrado el siglo; así que el modo mejor de seguir paso a paso el movimiento literario de la Argentina es registrar las publicaciones periódicas. Esta investigación, fácil no, pero llena de interés, la mantendremos hasta alcanzar la época en que la abundancia de publicaciones únicamente literarias — revistas y libros — revele que la prensa de carácter general ha perdido importancia como fuente de información sobre la literatura. Es verdad que dos periódicos, *La Nación* y *La Prensa*, concedieron siempre y conceden todavía amplio espacio en sus columnas a las letras desinteresadas, y que otros, de la capital o de provincias —no todos, ni con mucho— les dedican atención; pero la investigación sobre la literatura en aquellos dos grandes diarios sería largo esfuerzo: esperemos que ellos mismos se decidan algún día a darnos el índice de las colaboraciones y las reseñas de libros que llevan publicadas en tres cuartos de siglo.

Los datos que van a continuación se refieren a los años que preceden a la Revolución de Mayo y se deben a las señoritas Dora Guimpel y María Muñoz Guilmart.

► “La literatura en los periódicos argentinos” [Trabajo de investigación dirigido por P. H. U., con la intervención de Dora Guimpel y Mario

Muñoz Guilmar], *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tercera época, año 2, núm. 4, pp. 245-258; 1945, año 3, núm.: 1, pp. 41-53, núm. 2, pp. 237-267 y núm. 4, pp. 259-283; 1946, año 4, núm. 1, pp. 85-124.

## GUILLERMO VALENCIA

En su tierra natal, la Antioquia de Gutiérrez González y de Sanín Cano, ha muerto Guillermo Valencia, innovador en literatura y conservador en política, poeta precoz en la iniciación y precoz en la renuncia. Muere de setenta años; a los veinticinco tenía ya escritos e impresos en volumen los versos en que se asienta su renombre. No renunció a la poesía al publicar *Ritos* (1898), pero desde entonces apenas hace otra cosa que traducir, poetas recientes de Europa, primero, poetas antiguos de China, después (*Catay*, 1928). Además escribió, para ocasiones solemnes, solemnes discursos, en donde la infalible perfección rítmica de la prosa es halago constante para los oídos que todavía saben escuchar, a pesar de todas las conspiraciones de nuestro tiempo contra la belleza sonora.

No conozco el porqué de la parquedad de su obra. La riqueza le daba el ocio feliz. La política le habrá robado horas, pero no demasiadas. Una vez, o dos, fue candidato a la presidencia de la república; pero los presidentes de Colombia, “república de profesores”, normalmente dejan obra muy vasta, así Núñez, y Caro, y Marroquín, y Suárez. A veces dijo Valencia que las letras no eran su vocación esencial; que él habría querido ser militar o médico. No lo creo: no sólo porque en su mano estuvo siempre el escoger, sino porque uno de sus poemas juveniles, *Cigüeñas blancas*, declara la urgencia martirizadora de la vocación artística, el ansia del “soñado verso, el verso de oro que conquiste vibrando el universo”.

La esencia de su espíritu creo encontrarla en la romántica inquietud de *Cigüeñas blancas* y de *Los camellos*, inquietud que allí sólo se manifiesta en aspiración de hermosura, al modo de Keats, y en afán de correr mundo, de visitar tierras antiguas, las tierras del mármol y la cigüeña, de la pirámide y el camello. Pero del recóndito desasosiego, de la íntima tragedia que hay en cada vida, nada sabemos, en su caso: nada dijo. En *Anarkos* se revela capaz de entender la tragedia social de la pobreza. Si después se llamó conservador en la vida pública, fue de seguro por amor a las tradiciones, no como partidario de ningún

sistema de opresión: así se explica su diario coloquio, en los años que precedieron a su muerte, con Sanín Cano, el espíritu más radicalmente libre de Colombia.

Los poemas en que comúnmente se incide al recordar a Valencia son *Job*, *San Antonio y el centauro*, *Palemón el estilista*, *Las dos cabezas*. Se le llama, por ellos, parnasiano. Pero en ellos, dentro de la estructura de frescos legendarios, se descubren siempre problemas espirituales. Valencia nunca fue impasible, aunque nunca lleguemos a conocer la raíz de todas sus inquietudes.

El tiempo ha mordido en sus poemas, y hoy, fuera de Colombia, donde siempre tuvo fieles, poco se le estima o mucho se le olvida. A las generaciones jóvenes nada les repele tanto como el día de ayer. La posteridad justa, si la hubiere, sabrá escoger en su obra muchos versos hondos y magníficos.

► *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, julio-septiembre, t. 9, núm. 43, 1943, pp. 617-618.

## VICTORIA OCAMPO

Victoria Ocampo llama a sus artículos y conferencias *Testimonios*. Son una de sus maneras —no la única— de dar fe de sus preocupaciones y preferencias. Preocupaciones que se definen como principios: aceptación de nuestra común humanidad; admiración para los ejemplos — personas, casos— en que la esencia humana se acendra y se perfecciona; abolición del odio; deseo de sinceridad, de honestidad, de desnudez espiritual. Y una sola actitud históricamente condicionada: la protesta contra la condición proletaria, todavía proletaria, de la mujer en la sociedad occidental. Si esos principios son pocos y claros, las preferencias son variadas y complejas: desde el olor del campo en San Isidro hasta las fugas de Bach.

En la América nuestra, desde hace cincuenta años, la literatura huele a local cerrado. Antes no éramos así: la literatura se hacía para la calle, y hasta para el campo, como el Martín Fierro y los cantos criollos de las Antillas. Las mujeres, sí, fueron reacias al encierro, y dijeron su rebeldía en versos románticamente violentos. Victoria Ocampo, como Gabriela Mistral, es partidaria del aire y del sol. Devora libros, pero en su biblioteca está prohibido el polvo, y las ventanas están abiertas; además, se sale a leer al jardín. Lo que se le esconde no se le esconde por culpa de los libros, sino porque no está en su camino. Y para la lectura crece como para la religión los reformadores del siglo XVI: no hay más interpretación válida que la personal. ¿Exégesis? ¿Comentarios? Sí, ayudan; pero “sólo la vida tiene el poder de enseñar a leer a Shakespeare, como tiene el poder de enseñar a leer a Dante”.

Sólo de lo que muy personalmente le interesa habla Victoria Ocampo. De lo demás, para qué. Para dar testimonio de su interés, no se le ocurre mejor manera que contar cómo se le despertó. El despertar va unido, en su memoria, al color y sabor del momento: si llovía, si zumbaban abejas o moscas, si se oían campanas, si la maestra estaba de buen o mal humor, si era tiempo de cerezas. Al principio, para la rigidez académica de nuestro público estas uniones sonaban a escándalo. A veces, concedámosle a la bestia policéfala, la evocación se frus-

traba. Después, Victoria ha adquirido mucha malicia literaria y sabe escoger sus recuerdos. Hoy se la lee con la feliz confianza de encontrar siempre en sus escritos sabor y color propios. Pero todavía se defiende de la bestia: “Pido disculpas, ya que se acostumbra hacerlo, por hablar de una experiencia personal. ¿Pero de qué otra experiencia se puede hablar honradamente?” Y explica la función de sus escritos: son “una manera de vivir conmigo misma durante una parte de mis días. Una manera, también, de respiración. Poco importa que estas hojas ennegrecidas sean caducas como las demás, como las del plátano que se asoma a mi ventana. Habrán cumplido su función. El árbol habrá respirado por ellas... Estos testimonios, esta respiración, tienen un sentido. Como la planta que crece de preferencia en un clima; como tal o cual especie animal nacida en este continente y no en aquél... ¿Por qué habrían de tener sentido la planta y el animal, pero no el ser humano?... No les reconozco mejores títulos a las araucarias ni a los teros”.

Cómo es posible comentar graves problemas de la humanidad, vastos temas universales, enlazándolos con sucesos de la vida individual, lo ha demostrado Victoria en su artículo *Vísperas de guerra*; hasta podríamos creer que es mero alarde de destreza si no supiéramos que la autora va viviendo en drama personal todo lo que cuenta. Lo vive así desde el llamado telefónico que la arranca de “esa luna de miel en que me sume siempre el primer contacto con Europa”: ya queda ganado el que comparte el estremecimiento, la alegría de los ojos ante piedras y tierra modeladas por siglos del espíritu. Después, la voz dictatorial que la persigue a través de “la ciudad más conmovedora de Italia”; el respirar de nuevo en París, “la ciudad donde es lícito ser veraz, aunque se corra el riesgo de escándalo”; la orden de probarse máscaras contra gases, en Londres, primer contacto de “la imaginación de la carne” con la idea de guerra; el “alivio de la carne” ante la noticia del supuesto arreglo pacífico de Munich; la conversación del florista, que la devuelve a la inquietud...

Cuando pasamos de las vísperas a la guerra, la ansiedad invade en tumulto las cosas todas. Las memorias escolares de la infancia — Skager-Rak, Kattegat, Sund— se complican con “la lectura discordante de los periódicos”; los países se sienten como personas, las personas como símbolos de pueblos. Todo es emoción personal y hasta posesiva: mi Francia, mi Inglaterra; como antes: mi enemigo el Atlántico,

que en América separa de Europa y en Europa separa de América. “Contra la distancia he vivido en perenne rebeldía”.

Este ejercicio constante de hablar de todas las cosas a través de su íntima relación con ellas ha dado a los escritos de Victoria una vitalidad fresca que difícilmente tendrían si se hubiera impuesto, forzando su espontaneidad, tratarlas en forma impersonalmente docta. Así, en trance de hablar de la literatura inglesa en una exposición de libros, nada mejor que entregarse al azar de la memoria, comenzando por el olor de las estampas y el único naufragio a que se ha asistido en David Copperfield, desde luego. O, al hablar ante escritores de Francia, rememorar las primeras palabras aprendidas en francés y las primeras lecturas. El único tema que Victoria se empeña en tratar objetivamente es el de la situación de la mujer; pero, bajo la aparente objetividad, qué sofocado temblor de irritación contra la estrechez mental, engendradora de la injusticia. Y al fin, la resignación: “nuestros sacrificios — los de las mujeres actuales— están pagando lo que ha de florecer dentro de muchos años, quizá siglos... Es este sentimiento de maternidad hacia la humanidad femenina futura el que debe sostenernos hoy”.

En los dos trabajos extensos de este último libro de *Testimonios*, sobre Virginia Woolf y sobre Emily Brontë, hay otra especie de objetividad: la que se aplica a reunir datos, a contar hechos, a describir libros. Pero este esfuerzo de aliento vigoroso, este “longo studio”, no habría sido posible sin el “grande amore”: el fervor que alcanza a comunicarnos la emoción de contemplar de cerca esas dos extraordinarias personalidades y hasta el afán posesivo que empuja a llamar a la puerta de Virginia Woolf y a visitar la casa y el páramo donde ardió y se consumió el genio de Emily Brontë.

► *Sur*, núm. 89, febrero 1942, pp. 65-67, Buenos Aires.

Miro siempre con temor hacia atrás para darme cuenta, o para dar cuenta, de mis trabajos, porque pocas veces he escrito lo que hubiera querido escribir. De muchacho, es claro, hice versos: todo el mundo debe hacer versos hasta los veinticinco años; después, sólo los poetas. En época de delirio griego compuse una tragedia, en prosa, sobre asunto mítico. Una vez que otra vez he escrito cuentos. Es lo que preferiría haber hecho. Y novelas. Y dramas. Y ensayos. Pero no he hallado tiempo para avanzar en ninguna de las novelas. Ni en ninguno de los dramas que he comenzado. La experiencia me ha demostrado que, tanto para la obra de imaginación como para la del pensamiento libre es indispensable “el descansado ocio”, el buen ocio. Y yo he trabajado siempre en la tarea más devastadora de la fuerza mental y más enemiga del libre juego de la imaginación y del pensamiento: la enseñanza. Al fin, escribo lo que me piden, con ocasión y asunto fijos, *sur commande*, porque había que presentar una tesis de doctorado (de ahí salió el libro *La versificación irregular en la poesía castellana*, que en futura edición pienso llamar, con más justeza, *La poesía castellana de versificación fluctuante*); porque llegaba el centenario de Lope, o el de Ibsen; porque había que preparar una edición de Góngora, o de la *Iliada*; porque había que estudiar tales o cuales temas lingüísticos (Amado Alonso me pidió unas pocas páginas sobre cómo se habla el español en mi país, Santo Domingo, para su *Biblioteca Hispano-americana* del Instituto de Filología, y las pocas páginas se convirtieron en doscientos cincuenta); porque hay que dar unas conferencias en Harvard, en cuya redacción definitiva, después de la versión en borrador que di ante el público de la Universidad, llevo ya dos años de desazón. Para colmo, no sé escribir sino muy despacio.

No digo que, de vivir libre, con ocio para hacer lo que yo quisiera, no habría emprendido uno que otro trabajo de investigación; por mi gus-

---

<sup>1</sup> Nota del editor Juan Carlos Ghiano: “Probablemente escrito hacia 1944”.

to hice, muchos años atrás, mi discutida interpretación psicológica de Juan Ruiz de Alarcón; por mi gusto emprendí, antes todavía, unos estudios sobre el Renacimiento en España, de los cuales sólo llegué a completar el de Hernán Pérez de Oliva. Pero la crítica, que me interesaba precisamente en la época en que hacía versos, ahora no me interesa: de ella sí pienso que la puede hacer todo el mundo, y a cualquier edad. Años van corridos ya, pues, desde que dejé de hacer crítica (a pesar de ello los miopes me llaman crítico): cuando tengo que tratar temas literarios, trato de hacer, a propósito de ellos, estudios de historia de la cultura. Finalmente, a veces he escrito de política: por ejemplo, para defender a mi país contra coerciones injustas de fuera, en 1926 y años subsiguientes, o para declarar cómo concibo el compromiso moral de nuestra América con el futuro, “la utopía de América”.

► Texto publicado por Juan Carlos Ghiano: “Una página inédita de Pedro Henríquez Ureña”, en *La Nación*, Buenos Aires, domingo 23 de mayo de 1976; 3ª. Sec. P. 1; tras consultar el original, depositado en el Archivo de PHU en el Colegio de México, encontramos una nota manuscrita, al final, donde se daba cuenta que había sido escrito el año de 1941.

## DESAGRAVIO A BORGES

Al extranjero que pregunte los mejores nombres de la literatura argentina, toda persona inteligente le dará entre los primeros el de Jorge Luis Borges. Durante cerca de veinte años su obra ha sido permanente y enérgico excitante: con su poesía, que ahora calla, pero que ofrece delicadas notas líricas de intimidad y que ha sabido descubrir la cara singular de muchas cosas de la vida criolla, patios, calles, pampa, antepasados, lances de la historia; con sus inquisiciones filosóficas y literarias, sobre imprevistos problemas de pensamiento y de estilo; sus cuentos, de invención siempre sorprendente. Esta obra es, además, obra íntegra y pulcramente realizada, obra de plenitud intelectual y artística.

Habrán quienes piensen que Borges es original porque se propone serlo. Creo al revés: que Borges será original hasta cuando se proponga no serlo. Lo es hasta en su manera de recordar, de usar de las reminiscencias que le ofrece su lectura innumerable. Lo es, en fin, porque le ha tocado en suerte una de esas pocas miradas que conservan a través de los años la avidez y la frescura de quien acaba de descubrir las cosas y porque sus maneras de decir son siempre nuevas, como ajustadas a sus maneras siempre nuevas de mirar.

► *Sur*, núm. 94, julio 1942, pp. 13-14, Buenos Aires.

## PASADO Y PRESENTE

Cuando Sarmiento se propuso observar de cerca la vida española como clave para comprender los problemas de su Argentina, se adelantó, como siempre, a su tiempo. Para transformar el país, quiso primero explicarse su peculiar configuración cultural. Dijo, en *Facundo*, la parte que se debía al suelo, deshabitado y fértil, y a las maneras de vida que el suelo favoreció. Ahora España había de darle las razones históricas, los fundamentos del tranquilo pasado colonial donde se engendró la inquieta nación independiente. De paso, entre muchas cosas singulares, observó allí signos de “falta de cohesión en el Estado”, imperfecciones de estructura: la España invertebrada.

En toda América, en tiempos de Sarmiento, queríamos olvidar, borrar el pasado colonial. Creíamos que bastaba, para consumir la disolución, el rito mágico de los aniversarios patrióticos. Afortunadamente, no pensaron así los grandes historiadores, López, Mitre, Gutiérrez, Vicuña Mackenna, Barros Arana, Orozco y Berra, García Icazbalceta, y en su trabajo se apoya el de los modernos colonialistas, con incalculable variedad de ramificaciones: la conquista, la colonización, la evangelización, las instituciones políticas y sociales, con sus amplios fundamentos de doctrina, la organización económica, las costumbres familiares, las fiestas, la enseñanza, la imprenta, las letras, las artes mayores y menores; hasta el teatro y la música nos deparan sorpresas.

La cultura colonial, descubrimos ahora, no fue mero trasplante de Europa, como ingenuamente se suponía, sino en gran parte obra de fusión, fusión de cosas europeas y cosas indígenas. De eso se ha hablado, y no poco, a propósito de la arquitectura: de cómo la mano y el espíritu del obrero indio modificaban los ornamentos y hasta la composición. No hace mucho, José Moreno Villa, el original y acre poeta español, que es juntamente crítico de las artes muy perspicaz, ha descrito procesos semejantes en la escultura, y hasta ha buscado para sus formas mixtas el nombre de *tequitqui*, que equivaldría en la vida mexicana al término *mudéjar* con que se designa al arte de los musul-

manes que vivían en tierra de cristianos.<sup>1</sup>

La fusión no abarca sólo las artes: es ubicua. En lo importante y ostensible se impuso el modelo de Europa; en lo doméstico y cotidiano se conservaron muchas tradiciones autóctonas. Eso, desde luego, en zonas donde la población europea se asentó sobre amplio sustrato indio, no en lugares como el litoral argentino, donde era escaso, y donde además las olas y avenidas de la inmigración a la larga diluyeron aquella escasez. Las grandes civilizaciones de México y del Perú fueron decapitadas; la conquista hizo desaparecer sus formas superiores: religión, astronomía, artes plásticas, poesía, escritura, enseñanza. De esas civilizaciones persistió sólo la parte casera y menuda; de las culturas rudimentarias, en cambio, persistió la mayor parte de las formas.

Así, en las ciudades, mientras se construían casas, palacios, fortalezas, templos, a estilo de los países del Mediterráneo, se mantenía la choza nativa: el *bohío* de las Antillas, el *jacal* de México, el *rancho* de la América del Sur. En Cuba, se ha dicho al hacer la historia de la arquitectura local, el siglo XVI fue el siglo del bohío. En unos bohíos, antes de que se edificara su convento de estilo isabelino, vivían los padres predicadores en la ciudad de Santo Domingo cuando en 1510 inician la campaña en defensa de los indios. Fray Alonso de Cabrera, el predicador que tuvo imaginación de novelista, hablando en la corte de Madrid decía que Jesús había nacido “en un ‘bohío’”: la palabra la llevó de Hispaniola, donde se dice que había pronunciado sus primeros sermones. Y el rancho, el bohío, el jacal, existen todavía, si no en las ciudades, sí en los pueblos pequeños y en los campos.

La alimentación campesina mantiene la base aborigen, por lo menos en cuanto a vegetales, con escasas adiciones de origen europeo, en no pocos países: hasta en donde no sobrevive ya el indio puro, como sucede en las Antillas. En México predominan el maíz, los frijoles o porotos, el chile o ají, el cacao y el maguey, con la adición extranjera del arroz y el café. “Patria, tu superficie es el maíz”, dice el poeta mexicano López Velarde. En el Perú predominan el maíz, la papa, el ulluco y la yuca o mandioca. En el Brasil, la yuca y el maíz: “aún ahora, dice Gilberto Freyre en su jugoso libro *Casa grande e senzala*, la mandioca es el alimento fundamental del brasileño, y la técnica de su elaboración permanece, para la mayor parte de los habitantes, casi

---

<sup>1</sup> José Moreno Villa, *La escultura colonial mexicana*, México, 1942.

idéntica a la de los indígenas”.

Los tejidos y la alfarería de los indios atraviesan todo el período colonial y llegan hasta nosotros, con alteraciones sólo superficiales. Pero su empleo está limitado a los humildes. En conjunto, las supervivencias indígenas se mantienen en los campos y los pueblos, mientras las adquisiciones europeas dominan en las ciudades. Tema de Sarmiento, la oposición de ciudad y campo, que en la Argentina del litoral se ha desvanecido ya: “parecen dos sociedades distintas”, decía.

No todo es fusión, desde luego, en la América española, ni la fusión es siempre completa: quedan gruesos núcleos indios a quienes no ha alcanzado, o apenas, la cultura europea, y viven de supervivencias. No son casos graves, como antes creíamos: esas supervivencias —así, las que describe Robert Redfield en su libro sobre Tepoztlán— salvan de la fábrica o de la mina, o de la plantación, al nativo, mientras llega la ocasión de incorporarlo eficazmente, sin desmedro suyo a la cultura de tipo europeo. Grave caso, sí, el del indígena, o el del mestizo, que de la cultura europea no ha adquirido sino el idioma y si acaso la exigua vestimenta, pero que ha caído en la situación de proletario, desconocida para la economía anterior a la conquista, tanto en las tribus de vida rudimentaria como en los “imperios” cuya minuciosa organización evitaba la indigencia. El problema de la América española es todavía su integración social.

De tales temas, en perspectiva histórica, trata el reciente libro de Mariano Picón Salas, *De la conquista a la independencia*<sup>2</sup>; es uno de los primeros intentos de síntesis de las nuevas maneras de considerar los tres siglos coloniales, y está sustentado en vastísimas lecturas y nutrido en viajes.<sup>3</sup> Comienza describiendo “el legado indio”, no el pasado indio como cosa muerta, según se le habría descrito treinta años atrás. Procede luego a estudiar las “primeras formas de transculturación” o de fusión, con los primeros asentos de población europea: “de la edad del bejuco a la edad del cerrojo”, como dice Germán

---

<sup>2</sup> Mariano Picón Salas, *De la conquista a la independencia: Tres siglos de historia cultural hispanoamericana*, México, 1944.

<sup>3</sup> En mis conferencias de Harvard, 1940-41, ahora en prensa, hice otro intento semejante de síntesis, pero con muchos menos extensión que Picón Salas. Sólo disiento de él en matices: por ejemplo, en el capítulo *La sociedad del siglo XVII*.

Arciniegas comentando el proceso en su *América tierra firme*. Señala la aparición de expresiones propias de América en el siglo XVII, principalmente en formas barrocas: aun sin necesidad de influencia indígena, las ideas y las cosas de Europa se transformaban en la tierra nueva, como es natural. José Ortega y Gasset ha dicho que el español se transformó en América, pero no con el tiempo, sino en seguida: en cuanto llegó y se estableció aquí. Por fin, la renovación espiritual del siglo XVIII está representada, en el libro de Picón Salas, por el “humanismo jesuítico”, en el cual descubre asombrosos anticipos de la fermentación revolucionaria que, nutrida por “la ilustración”, había de producir la independencia. El humanismo jesuítico le sirve como símbolo de corrientes vastas y complejas: no eran sólo jesuíticas, porque en ellas participaban miembros de órdenes religiosas diversas, y miembros del clero secular, y, desde luego, gran número de laicos (el siglo XVIII es ya, en gran parte, laico, en oposición con el XVII); no eran sólo humanismo, no sólo cultura literaria e histórica, porque la curiosidad intelectual se extendía a todo. Junto con la arquitectura, que produjo entonces “cuatro de las ocho obras maestras del estilo barroco en el mundo” (y es lástima que Picón Salas no dedique mayor espacio al arte constructivo), el sumo honor de nuestro siglo XVIII está en la pasión del trabajo científico, que durante el siglo XIX no supimos mantener, en matemáticas, astronomía, física, química, zoología, botánica, y el empeño de innovación filosófica, el largo duelo entre Aristóteles y Descartes que se pelea en nuestras universidades y en no pocos seminarios y colegios. Junto a la historia, Picón Salas trae la referencia útil al momento presente: así, cuando describe la tentativa pedagógica de misioneros como Vasco de Quiroga, Pedro de Gante o Bernardino de Sahagún, que “tratan de llegar al alma de la masa indígena por otros medios que el del exclusivo pensamiento europeo, mejorando las propias industrias y oficios de los naturales, ahondando en sus idiomas, ayudándolos a su expresión personal”: pensamiento que “tiene todavía validez en la vida criolla de los presentes días”.

Oportuno y ejemplar es el esfuerzo del distinguido escritor venezolano. Mucho queda, y quedará siempre, por investigar, pero con los materiales ya reunidos es posible emprender obras de conjunto con espíritu de síntesis, sin esperar —larga espera, y vana— a que esté completo el repertorio de los datos. Y tanto más ejemplar y oportuno cuando el autor sabe recordarnos que el pasado es lección para el

presente, si sabemos leer.

► *La Nación*, Buenos Aires, 25 de febrero de 1945; *Letras de México*, año XIV, vol. 5, 1° de abril de 1945.

QUE SOBREVIVA Y SE REANIME  
(ATENCIÓN DEL AUTOR EN EL NÚM. 1000  
DEL *REPERTORIO AMERICANO*)

La obra de Joaquín García Monge en el *Repertorio Americano*, desde 1919, y en libros y revistas anteriores, es única en la historia de nuestro mundo hispano-americano. No hay ejemplo de desinterés como el suyo: quiso ser el propagador de todo lo bueno que entre nosotros se producía, y a ello dedicó todo su esfuerzo, abandonando su propia obra, que a pesar de su parquedad le señalaba como uno de nuestros mejores cuentistas regionales. Poco a poco, a su empeño de divulgación literaria y filosófica se sumó el empeño de difundir las mejores doctrinas políticas y sociales. El *Repertorio Americano* es la más amplia tribuna de nuestra América, bien pobre ahora en tribunas libres. Esperemos que sobreviva, y no sólo sobreviva sino se reanime y se levante del parcial letargo que ahora padece. Es deber de Costa Rica y de toda América no dejarlo perecer.

Pedro Henríquez Ureña  
Buenos Aires, 1944.

► *Repertorio americano*, San José de Costa Rica, 20 de enero de 1946.

DEBATES SOCIOLOGICOS  
EN TORNO A “DEFENSA DE LA REPÚBLICA”<sup>1</sup>

Creo que, realmente, es importante ver dónde aparece la democracia, y de cuál democracia estamos hablando.

Por ejemplo, yo no veo tan claro el paso de “democracia corrompida” a “totalitarismo”. Porque el totalitarismo ha aparecido precisamente en países que no tenían, en sentido estricto, una democracia. Han copiado tales o cuales formas de la democracia francesa, de la semidemocracia inglesa; pero ni Alemania, ni Italia, ni por otra parte Rusia —que se suele citar como país totalitario—, han conocido previamente la democracia completa.

En América, el caso sería posible si el fenómeno se diera en los Estados Unidos, que sí han ensayado la democracia, en la Argentina, que mal que bien la vive. Pero el totalitarismo, a su modo, existe por ahí, en otros países de América que nunca han llegado plenamente a la democracia.

Ahora bien: eso que se ha llamado “la mística” de la democracia, y que para usar una palabra menos comprometedora yo llamaría “el idealismo” de la democracia —palabra que no está ahora muy de moda, pero, en fin, la prefiero—, el idealismo de la democracia existe cuando la democracia es reciente.

Todos los regímenes tienen su idealismo, para no decir su mística. Es decir: hay individuos que tienen la devoción de un ideal cuando el ideal es nuevo.

En realidad, esos idealistas ni siquiera piden ventajas personales. Quieren trabajar por el nuevo sistema que se está implantando, y eso para ellos es una satisfacción suficiente. Además, cuando el régimen demo-

---

<sup>1</sup> Debido a la importancia de los seis “Debates sociológicos” desarrollados por la revista *Sur* (1940-1945), los recogeremos in extenso en un anexo a estas *Obras Completas*, que titularemos “Debates en *Sur* (1940-1945)”. Ahora presentamos las intervenciones más relevantes de Henríquez Ureña. N.d.e.

crático es nuevo, inmediatamente produce ventajas para gran número de individuos. El hecho es muy claro en la historia de los Estados Unidos, donde las ventajas que el individuo sacó de la democracia norteamericana, a fines del siglo XVIII y a principios del XIX, eran tan evidentes que el mundo entero los contemplaba con admiración, y sobre ello se escribían libros. No hay más que recordar el célebre de Tocqueville.

Ahora bien: pasa el tiempo, y la democracia se normaliza, o, como decía un humorista en México, la revolución degenera en gobierno; en suma, se burocratiza la democracia. Es lo que pasa, por ejemplo, con otro ideal muy ligado al de la democracia: la escuela.

Hay un momento en que la escuela provoca un idealismo realmente místico. Es el período de Sarmiento en la Argentina, de otros tantos estadistas y maestros que hacen la política de la escuela en la América española, como Bello, Hostos, Justo Sierra. En el primer momento se hacen maravillas. Pero después, las escuelas se multiplican, y, si no hay escuelas para todos, por lo menos hay escuelas para muchos, a veces para la mayoría, entonces, cuando la escuela se multiplica y se burocratiza, ya deja de ser un ideal. En este momento, la escuela no es un ideal en la Argentina, porque hay muchas y hoy el problema es vitalizarla. He conocido todavía, en parte, la época de esos maestros idealistas; infunden tal entusiasmo en el alumno, que se producen resultados extraordinarios. Se ven salir estudiantes de una simple escuela secundaria, poseedores de una cultura universitaria, porque se les han enseñado tantas cosas, y con tanto interés, que es como si hubiesen cursado una universidad.

Ese entusiasmo inicial es el que después se apaga. Las ventajas de la democracia, como las ventajas de la escuela, llegan a ser realidad para todos. Y entonces ¿qué es lo que ocurre? Que se necesita volver a comunicar aquel entusiasmo con un idealismo nuevo, infundirle un nuevo ímpetu a la democracia. El Sr. Caillois nos propone un nuevo ideal que yo no veo claro. De manera que termino planteando un problema.

► *Debates sobre temas sociológicos: En torno a “Defensa de la República”, en Sur, núm. 71, agosto, 1940, pp. 86-104, Buenos Aires.*

## SOBRE RELACIONES INTERAMERICANAS

Las palabras de Arciniegas han sido tan brillantes en su apariencia de sencillez, que, como siempre que él habla o escribe, abren perspectivas nuevas.

La diferencia que establece entre la América que mira hacia el Atlántico —y por lo tanto hacia Europa— y la América que mira hacia el Pacífico —y por lo tanto hacia el vacío, porque el Oriente está demasiado lejos— es una diferencia muy real que yo he sentido mucho. La distancia respecto de Asia es tan grande, que la comunicación con ella será siempre algo muy tenue. Comunicaciones hay, pero no intercambio real, humano; la inmigración asiática nunca se funde con la población de América.

Observa Arciniegas que de California a Chile hay una base hispánica en la cultura. Lo que los españoles trajeron a América subsiste allí sin la gran alteración que han producido del lado del Atlántico las comunicaciones más constantes con Europa.

Efectivamente; aun en California —donde, naturalmente, el cambio ha sido mucho mayor, porque ha habido cambio de idioma— existe esa raíz hispánica que se ve asomar, ya que no en el idioma, en el gusto. Hay un matiz hispánico en los gustos de mucha gente, en California, y hay una manera de vivir californiana que es tan distinta de la neoyorquina o de la bostoniana, en general de la del Este y de la del Centro, del Middle West, uno se siente en otro medio. No en vano hay que atravesar tan grandes distancias, y mucha parte de ellas desiertas.

José Ortega y Gasset, que tan bien sabe observar lo concreto, cuando fue a Chile (era la primera vez que él atravesaba la América, dejando el lado del Atlántico para conocer el lado del Pacífico) dijo que Chile era cosa muy distinta de lo que conocía de América y que le daba idea, por fin, de lo que había sido la vida colonial. En resumen: la base hispánica se mantiene allí.

Nada más convincente que observar en Santiago de Chile, dando la espalda a la Catedral, las preciosas calles que quedan enfrente y que, a pesar de estar en el centro, son tan de ciudad antigua española, especialmente la calle que queda a mano derecha. Es una calle que podría ser de mi ciudad natal, Santo Domingo.

Y Sarmiento también había observado estas cosas. Sarmiento lo ha visto todo: la diferencia, en América, en el momento de la independencia, entre las ciudades que miran al Atlántico, como Buenos Aires y Caracas —los dos centros de la emancipación sudamericana—, frente a México, donde el movimiento de independencia era un movimiento de base indígena dirigido por los curas de pueblo: una fusión hispano-indígena producía aquel movimiento.

Y una de las cosas más importantes, en este caso, para la América española, o hispánica en general, es que los del Atlántico conozcan a los del Pacífico y viceversa. En este momento se puede decir que los de Pacífico desean conocer el lado del Atlántico y hay que estimular a los del Atlántico para que quieran conocer el lado del Pacífico, que tan lejano les parece, y conocerlo íntimamente, no con ojos de turista.

Porque hay algo más, y es que la América atlántica termina pronto. No es necesario cruzar la Cordillera de los Andes para encontrarse con la América hispano-indígena. He dicho alguna vez que la América central comienza en Córdoba, la antigua Córdoba del Tucumán. Ya, efectivamente, en Córdoba estamos en otra América que no es la América de Buenos Aires, de Rosario, de Montevideo. Es otra cosa: ya abunda el tipo mestizo; ya el modo de ser de la gente es muy distinto; el modo de hablar, entonación y vocabulario; el modo de cantar y bailar; en resumen, todo... Y no en vano el porteño en Córdoba se siente más una cosa pintoresca, que atribuye a las montañas; pero no son las montañas solas, todo es distinto en Córdoba.

En resumen: todos estamos de acuerdo en que es importante conocerlos y movernos. Como ha dicho Arciniegas hoy, y dijo él un día en un artículo, la conquista española arraigó al indio, lo redujo, y no pudo moverse tanto como antes. Eso, en cierto modo. El indio hoy puede moverse, y de hecho se sigue moviendo, trasladándose, desplazándose de un lado a otro dentro de su país, y de un país a otro; pero ya no con el interés de antes, sino por hábito o por curiosidad. En los caminos de México he observado esa movilidad del indio, que se traslada a pie: me

convence de que la humanidad se ha movido siempre, de modo incesante, a pesar de la falta de vehículos; que, probablemente, la humanidad prehistórica se movía tanto como la actual, a pesar de no tener automóviles. Al ver en México las filas de indios que recorren a pie las distancias que otros salvamos en automóviles he pensado: si esto es así, ahora que el indio es dueño de muy poca cosa, ¿qué sería en tiempo de los aztecas? No en vano Moctezuma tenía esas comunicaciones tan rápidas y tan inmediatas que, apenas llegaba alguien a sus costas, ya estaba informado de todo en jeroglíficos minuciosos.

De modo que nuestra necesidad de comunicaciones, si la llevamos a la realidad, hará una gran cosa si le devuelve al indio la posibilidad de moverse, pero no ya como un mero paria que anda buscando cómo acomodarse. En cuanto al conocimiento y los efectos que produce, yo creo que siempre son buenos. Porque, al fin y al cabo, al hombre, adondequiera que va, le encanta encontrar algo curioso, algo nuevo; aunque no sepa apreciarlo, al parecer, le queda el recuerdo.

Decía Charles Lamb, una vez que hablaba de un individuo, con su tartamudeo característico: "Detesto a ese individuo". Y cuando uno de sus amigos le advirtió: "¡Pero Charles, si tú no lo conoces!" él respondió: "Naturalmente: no puedo odiar a un individuo a quien conozco".

Eso se puede aplicar a las relaciones entre México y los Estados Unidos. Hasta 1910, México y los Estados Unidos eran dos vecinos que no se comunicaban. Yo creo que en México podía contar con los dedos de la mano los mexicanos conocidos míos que habían ido a los Estados Unidos; y de los Estados Unidos eran pocos los norteamericanos que habían ido a México. Y en México había, respecto de los Estados Unidos, una gran hostilidad. La guerra del 46 no se había olvidado. Pero vino 1910, y México entró en el período de la Revolución. Entre 1910 y 1920, dos millones de mexicanos se trasladaron a los Estados Unidos. No sería de esperar que esta visita les produjese meramente admiración, pero sí los familiarizó con aquel país. Tampoco pasaron súbitamente a creer en la buena fe de la política norteamericana; pero la hostilidad desapareció: el conocerlos hace que ya no los detesten.

Ahora, ya convenimos todos en la necesidad del conocimiento, el problema inmediato es el de los medios. Y no sé si tenemos en

nuestras manos muchos de esos medios... Nuestra contribución será, por lo pronto, pensar en determinarlos.

► *Debates sobre temas sociológicos: Sobre las relaciones interamericanas*, en *Sur*, núm. 72, septiembre, 1940, pp. 100-123, Buenos Aires.

COMENTARIO A “LOS IRRESPONSABLES”,  
DE ARCHIBALD MACLEISH  
*REUNIÓN DEL LUNES 14 DE JULIO DE 1941*

Parodiando lo que le oí decir una vez a mi maestro Gilbert Murray, diré que pocas veces he oído unas palabras con las que esté más apasionadamente de acuerdo que con las que pronunció González Lanuza.

Hay que volver al punto de partida, respecto de lo que es un intelectual, como propuso el Dr. Krapf.

¿Dónde comienza el intelectual? ¿Dónde acaba? ¿El intelectual es el que escribe? Mussolini escribe. Hitler escribe. Churchill escribe. Igualmente escriben el profesor y el periodista. ¿Dónde está, pues, el límite?

El público no hace la diferenciación. Es decir: la diferenciación entre la palabra pura del intelectual que ha pensado a fondo y la palabra del hombre de acción que se expresa, al fin y al cabo, con los mismos medios que el intelectual que consideramos puro.

La ausencia de límites es una de las causas de la confusión, y la inmensidad del público lector crea —como se ha dicho aquí— una especie de paragolpes, de modo que todas las cosas caen allí y ninguna cae con demasiada fuerza.

No sé si lo que se pide al intelectual es que se vuelva también hombre de acción. Porque cuando se nos cita el ejemplo de Las Casas, se nos está citando el ejemplo de un extraordinario hombre de acción. Y no sólo él, sino sus primeros maestros, los primeros dominicos de América, Fray Pedro de Córdoba y Fray Antón de Montesinos, eran hombres que no sólo pronunciaban sermones o escribían libros, sino que, además de las luchas que tuvieron que sostener en la Corte, tuvieron las luchas en América con los encomenderos. Y eso tuvo consecuencias: por una parte, el resultado práctico de las Leyes de Indias; por otra parte, el resultado teórico de las doctrinas de Francisco de Vitoria. Es verdad, también, que esos hombres tenían el requisito que pide Caillois a los intelectuales: eran religiosos. Eran hombres que habían renunciado a las vanidades del mundo, y por eso tenían gran autoridad

moral.

Estoy muy de acuerdo con González Lanuza cuando afirma que no hay derecho de decir que el intelectual vive a expensas de este mundo que no defiende (si es que la frase de MacLeish está bien traducida).

Efectivamente: el que vive a expensas del intelectual es el mundo. No sé si los meros escritores tenemos derecho de decir que vive a expensas de nosotros. Yo, por lo menos, no tengo esta pretensión. Pero sí sé que el mundo moderno vive a expensas de lo que ha creado el hombre de ciencia: de lo que ha creado el físico, de lo que ha creado el químico, de lo que ha creado el biólogo; vive de eso y lo utiliza para fines contrarios a los de esos hombres creadores. Como lo ha dicho Soddy, el gran físico inglés: la ciencia ha creado mucho de lo que es necesario para vivir en un mundo perfecto; y el político y el hombre de negocios han echado a perder todo eso, utilizándolo para sus propios fines mezquinos.

Desgraciadamente, el físico o el químico o el biólogo no tienen medios de defender su creación contra esos usos; su propia labor les exige especialización y encierro y buena parte de renuncia. Quizás el hombre que hoy más renuncia —como antes renunciaba el religioso— es el hombre de ciencia, el hombre de gabinete.

Creo que lo que dice MacLeish no se aplica bien a la América del Sur. En la América Española se ha hecho toda esta defensa que él pide.

En otro artículo, MacLeish censura a los intelectuales de los Estados Unidos por haber hecho una labor destructora y no constructora en materia social, al juzgar la sociedad en que viven. Con lo cual —afirma MacLeish— han hecho perder a los jóvenes la fe en las grandes ideas del pasado, como democracia y libertad. Y la juventud se ha convencido de que, en la guerra pasada, no se estuvo defendiendo grandes ideales, sino defendiendo intereses que no eran, naturalmente, los de ella.

Pero si el intelectual ha hecho el análisis de la guerra pasada y de todo lo que vino después, y ha descubierto la verdad, no creo que se le pueda censurar por haberla declarado.

Conocemos lo que hacen los escritores norteamericanos, sobre todo los novelistas, con su amarga pintura de la vida norteamericana. Eso creo que habla en favor de la inteligencia norteamericana, y no en su contra. Ellos no defienden, indudablemente, el mundo en que viven;

pero no lo defienden porque quieren otro mejor.

► *Debates sociológicos: Acerca de "Los irresponsables"*, *Sur*, núm. 83, agosto, 1940, pp. 9-126, Buenos Aires.

## ¿TIENEN LAS AMÉRICAS UNA HISTORIA COMÚN?

*REUNIÓN DEL LUNES 13 DE OCTUBRE DE 1941*

La exposición de [Roger] Caillois me parece original y luminosa. Nos demuestra, ante todo, que la idea de las semejanzas y hasta de la posible unidad de las Américas no está fundada en el panamericanismo de origen político.

Hay unas realidades que unen las Américas. Claro está que tenemos que tomar en cuenta lo que las separa, como ha recordado Caillois o ha señalado en otra ocasión Arciniegas: las diferencias de norte y sur, y hasta las de Atlántico y Pacífico.

Es curioso que esta idea de la unidad de las Américas, que ahora se presenta como propósito que viene de los Estados Unidos, como idea que irradia sobre todo de Washington, en su origen fue una idea de la América latina. El primer panamericanista no es Blaine, no es ningún estadista norteamericano; es Bolívar, que concibe el Congreso de Panamá. Y, a lo largo del siglo XIX, se puede encontrar en los latinoamericanos —por ejemplo, en poetas como Andrade, que escribían odas políticas— la idea de una unidad de América.

Hay, pues, las realidades que ha señalado Caillois y la historia de la idea de la unidad de América, hecho muy interesante. Hasta antes de 1889, la idea de la unidad de las Américas pertenece a la América latina; a partir del momento en que Blaine imagina la primera Conferencia Panamericana, Washington es el centro de esa idea, y entonces la América Latina empieza a entusiasmarse menos por ella.

Con relación a las similitudes que ha indicado Caillois, el problema es si esas unidades básicas pueden sobreponerse a las diferencias entre dos Américas que están separadas políticamente y en aspectos de su cultura. Pero es curioso que, por ejemplo, el Brasil, cuya lengua apenas se distingue del español y, en consecuencia, si cualquiera de nosotros va al Brasil y habla español se le contesta en portugués y nosotros lo entendemos perfectamente, es curioso —digo— que el Brasil, a pesar de eso, se mantenga separado de la América de habla castellana, solamente por esa pequeña diferencia. El ningún trabajo que nos toma-

mos cuando vamos al Brasil para hablar portugués se traduce en el ningún trabajo que hacemos por leer portugués. De ahí que, en muchos sentidos, el Brasil permanezca ignorado por la América española. Y, sin embargo, las semejanzas del Brasil con el resto de la América Latina —es decir, con la América de habla española— son muy grandes. Hay diferencias puramente externas, como el hecho de que el Brasil haya sido Imperio durante más de sesenta años; pero es significativo que al fin se haya convertido en república, y que esa república se conduzca exactamente como las demás de la América Latina.

Es hecho que se ha señalado más de una vez cómo ciertos fenómenos sociales y políticos ocurren en la América latina con una identidad cronológica sorprendente. Por ejemplo, en los años de 1880 a 1890, la transformación económica de toda la América latina.

Caillois consideraba que era posible una especie de unidad, sobre la base de que toda la América Latina aprendiera inglés y toda la América de habla inglesa aprendiera el castellano. Eso, indudablemente, sería un acercamiento grande; pero quedan muchas otras cosas.

Quizás, ante todo, es la diferencia de poder lo que salta a los ojos y para muchos es como una barrera. Hay, después, diferencias de tradición: tradición religiosa, pongo por caso. Tradición religiosa que influye de un modo esencial en el carácter de los pueblos.

El protestantismo, sobre todo el protestantismo de tipo puritano, no el protestantismo de tipo episcopal, define al pueblo norteamericano, explica muchos hechos de su historia, y ayuda a explicar su desarrollo económico. En cambio, el catolicismo explica hechos de la vida hispanoamericana. Poco importa que, en este momento, haya mucha indiferencia religiosa, en el Norte como en el Sur: desaparece —si se quiere— el contenido de la religión, pero quedan los marcos y el marco mental del catolicismo y el del protestantismo calvinista.

► *Debates sobre temas sociológicos. ¿Tienen las Américas una historia común?*, Sur, núm. 86, noviembre, 1941, pp. 83-103, Buenos Aires.

MORAL Y LITERATURA  
REUNIÓN CELEBRADA EN ABRIL DE 1945

La esencia de estas cuestiones es el antiquísimo problema de las relaciones entre el arte y la ética. Concibo la respuesta en imagen platónica: Belleza, Bien, Verdad, son Ideas que emanan de una sola y eterna fuente; no hay oposición entre ellas.

¿Y los choques —históricos— entre la obra de arte y la moral de la sociedad en que aparece? El choque ocurre siempre entre la libertad de la creación artística y reglas artificiales de conducta social, destinadas a caducar tarde o temprano. El artista, en tales casos, prescinde de la moralina de sus contemporáneos (Baudelaire, Flaubert, Joyce), o bien sirve a una ética superior, y el tiempo le da la razón (Tolstoy, Ibsen).

¿Es posible hacer gran arte con principios inmorales? No. Ni siquiera con principios de moral mediocre. Puede el artista no discutir la moral convencional de su tiempo (Lope de Vega). Puede discutirla sólo ocasionalmente (Shakespeare: ejemplo, el diálogo de Romeo con el boticario.) O puede contradecirla abierta y sistemáticamente (Shaw). Pero no puede fundar en ella nada alto. Sirve Kipling como terrible ejemplo del fracaso de quien da carne, en su obra, a la moral falsa: en *Kim* pudo haber hecho obra grande con aquel niño que recorre las multitudinarias rutas de la India fascinado por el viejo sacerdote, pero la destrozó echándole encima el fardo del Intelligence Service. Consecuencia: fracaso ético; fracaso estético.

¿Y el arte por el arte? Sí, es una forma de la libertad de la creación. Pero es cosa de muchachos inexpertos o de hombres mutilados el pretender que sólo se puede hacer gran arte cuando se prescinde de todo interés en la religión, en la ética, en la política y en la ciencia. El gran escritor hace gran arte con eso también (los trágicos griegos, Platón, Dante). Y con buenos sentimientos se hace buena literatura (la Sonia de Dostoyevsky, la Señal Benina de Galdós, el Nekliúdiv de Tolstoy.)

► *Debates sociológicos. Moral y literatura. Sur*, núm. 126, abril, 1945, pp. 62-84, Buenos Aires.

## ÍNDICE DE NOMBRES

- Abbad y Lasierra, Fr. Iñigo, 24.  
Abengabirol o Avicebrón, 203.  
Abentofail o Abubaker, 203.  
Abreu Licairac, Rafael, 80.  
Abril, Mariano, 33.  
Acevedo, Alonso de, 92, 108, 109, 143, 144, 156, 183.  
Acosta Vicente, 40.  
Acosta, Cecilio, 31.  
Acosta, José Julián de, 26, 27.  
Acosta, P. José de, 53, 57, 72.  
Acuña, Hernando de, 126, 157.  
Acuña, Manuel, 158, 157.  
Agreda, Sor María de, 221.  
Agüeros, Victoriano, 215.  
Aguar, Mercedes Laura, 83.  
Agustín, San, 208.  
Alarcón, Pedro Antonio de, 214.  
Alas, Leopoldo 242.  
Alba Ixtlilxóchitl Fernando de, 215.  
Alberini, Goriolano, 203.  
Alberti, Rafael, 164, 170, 240.  
Alcaraz, Ramón Isaac, 207.  
Alcázar, Baltazar del, 128.  
Alcedo, Antonio de, 243, 240.  
Alcocer, P. Luis J. de, 16, 73, 74, 73, 243.  
Aldana, Francisco, 133.  
Aleardi, Aleardo, 98.  
Alegre, Fr. Francisco Javier, 230.  
Aleixandre, Vicente, 180.  
Alemán, José María, 44.  
Alemán, Mateo, 54.  
Alenda, Jenaro, 158.  
Alfaro Cooper, José María, 44.  
Alfau y Baralt, Antonio, 80.  
Alfieri, Vittorio, 98.  
Alfonseca, José Dolores, 83.  
Alfonso X de Castilla (el Sabio) 105, 107, 217.  
Alix, Juan Antonio, 80, 232.  
Almazán, Pascual, 213.  
Almeida, Guillermo de, 127.  
Almoína, José, 15.  
Alonso, Amado, 170, 208, 260.  
Alonso, Dámaso, 109, 147.  
Alonso, Manuel Antonio, 26.  
Altamirano, Ignacio Manuel, 213.  
Altusio, Juan, 52.  
Alvarado, P. Diego de, 73.  
Alvarado, Pedro de, 15, 35, 71.  
Álvarez Chanca, Diego, 13, 51, 72.  
Álvarez de Castro, Miguel, 40.  
Álvarez de Velasco, Francisco, 182.  
Álvarez Pérez, Enrique, 32.  
Álvarez Piñeiro, Armando, 83.  
Álvarez, Francisco, 30.  
Alzate, P. José Antonio, 245, 248.  
Ambrogio, Arturo, 49.  
Amechazurra, Isabel, 82.  
Amiama, Francisco Javier, 78.  
Amy, Francisco Javier, 30.  
Ancona, Eligio, 113.  
Andrade, Olegario Víctor, 278.  
Angélico, Fra, 219.  
Anghiera [Anglería], Pedro Mártir de, 51, 70, 241.  
Angiolieri, Ceceo, 93.  
Angulo Guridi, Alejandro, 66.  
Angulo Guridi, Francisco Javier, 18, 66, 77.  
Angulo, Fr. Pedro de, 15, 66.  
Angulo, Luis de, 74.  
Anríquez, Luis, 106.  
Antonio, Nicolás, 16.  
Aragón, Joaquín, 43.  
Arango y Parreño, Francisco de, 65.  
Archambault, Pedro María, 82.  
Arciniegas, Germán, 265, 271, 272, 278.  
Arévalo Martínez, Rafael, 42, 49.  
Argensola, Bartolomé L. de, 109, 148, 156, 183.  
Arguello Mora, Manuel, 44.  
Arguello, Santiago, 48.  
Argujo, Juan de, 109, 183.  
Arias Montano, Benito, 127.  
Arias, Ana Dolores, 43.  
Ariosto, Ludovico, 97, 94.  
Aristóteles, 61, 266.  
Aristy, José Ramón, 83.  
Ariza, Lucas de, 66.  
Arjona, Juan de, 131.  
Arjona, Manuel María de, 154.  
Arnao, Antonio, 162.  
Arnold, Harrison Haikes, 185, 237.  
Arochena, Fr. Antonio de, 37.  
Arosemena, Pablo, 44.  
Arredondo Miura, Alberto, 83.  
Arredondo Miura, Vetilio, 83.  
Arredondo y Pichardo, Gaspar de, 66.  
Arredondo, José María, 216.  
Arriaza, Juan Bautista, 143, 243.  
Arrieta, Rafael Alberto, 168.

- Artivillaga, Alonso de, 37.  
 Asenjo, Federico, 31.  
 Astol, Eugenio, 33.  
 Astrada, Carlos, 203, 205.  
 Asturias, Miguel Ángel, 49, 161.  
 Asunción Silva, José, 46.  
 Ataíde, Tristão de, 204.  
 Avempace, 203.  
 Avenarius, Richard, 205.  
 Averroes, 203.  
 Aybar, Andrejulio, 22, 82.  
 Aybar, Manuel Eudoro, 83.  
 Aycinena, Juan Fermín de, 39, 42.  
 Ayerra y Santamaría, Francisco, 24, 208.  
 Ayllón, Juan de, 133.  
 Ayón, Tomás, 44.  
 Azorín, 219, 247.  
 Azpeitia, Ignacio de, 37.  
 Azuela, Mariano, 213.
- Bach, Johann Sebastian, 216, 257.  
 Bacon, Francis, 61, 205.  
 Báez, Buenaventura, 77.  
 Bain, Alexander, 205.  
 Bainton, R. H., 204.  
 Baldorioty de Castro, Román, 27, 69.  
 Baldwin, Francis, 205.  
 Balmes, Jaime, 203.  
 Bances Candamo, Francisco Antonio, 137.  
 Banchs, Enrique, 164.  
 Banville, Théodore de, 46.  
 Báñez, Domingo, 204.  
 Barahona de Soto, Luis, 124, 130.  
 Barahona, Diego de, 222.  
 Baralt, Rafael María, 67.  
 Barberena, José Ignacio, 43.  
 Barbieri, Vicente, 169.  
 Barbosa, José Celso, 34.  
 Barcia, Roque, 245.  
 Barker, Granville, 242.  
 Baroja, Pío, 219.  
 Barra, Eduardo de la, 125, 162, 242.  
 Barreda, Gabino, 203.  
 Barrionuevo, Francisco de, 86.  
 Barros Arana, Diego, 263.  
 Barrutia, Salvador, 42.  
 Bascuñán, Pineda, 136.  
 Bastidas, Rodrigo, 15.  
 Batres Jáuregui, Antonio, 41, 43.  
 Batres Montúfar, José, 41-43, 113, 157, 184.  
 Baudelaire, Charles, 102, 280.  
 Beaumont, Francis, 242.
- Bécquer, Gustavo Adolfo, 45, 82, 239.  
 Bejarano, Lázaro, 15, 57, 73, 74.  
 Bellay, Joachim du, 102.  
 Bello, Andrés, 116, 155, 186, 194, 195, 201, 204, 242, 233, 234, 270.  
 Bembo, Pietro, 97.  
 Benavente, Jacinto, 242.  
 Benavente, Quiñones de, 135, 160.  
 Benítez Arce de Gautier, Alejandrina, 25.  
 Benítez, Bibiana, 25.  
 Benot, Eduardo, 91, 153.  
 Bentham, Jeremías, 205.  
 Benzoni, Girolamo, 73.  
 Berceo, Gonzalo de, 185, 186.  
 Bergaño y Villegas, Simón, 41.  
 Bergson, Henri, 205.  
 Beristáin de Souza, José Mariano, 37, 39.  
 Berlanga, P. Tomás de, 15, 55.  
 Bermúdez de Castro, Salvador, 190, 191, 195.  
 Bermúdez, Fr. Jerónimo, 124, 128.  
 Bermúdez, Luis Arturo, 80.  
 Bermúdez, Rubén, 49.  
 Bernal, José Antonio, 66.  
 Bernáldez, P. Andrés, 51.  
 Bernárdez, Francisco Luis, 171, 173, 196.  
 Berners, Lord, 241.  
 Berni, Francesco, 94.  
 Berrien, William, 199.  
 Berroa Canelo, Quiterio, 83.  
 Betances, Ramón Emeterio, 27, 31.  
 Betancourt, Pedro de, 38.  
 Betanzos, Fr. Domingo de, 15, 36.  
 Betanzos, Pedro de, 36.  
 Bidó, Amado Franco, 80.  
 Bilac, Olavo, 127.  
 Billini, Francisco Gregorio, 21, 79.  
 Billini, Francisco Xavier, 78.  
 Billini, Hipólito, 80.  
 Billini, Miguel, 83.  
 Blaine, James, 278.  
 Blair, Hugh, 224.  
 Blanco White, José María, 154.  
 Blanco, Julián, E., 27.  
 Blasco Ibáñez, Vicente, 219, 247.  
 Bobea, Pedro Antonio, 77.  
 Bocanegra, Fr. Matías de, 125.  
 Bocángel, Gabriel de, 125.  
 Boccaccio, Giovanni, 96.  
*Boecio*, 100.  
 Boehme, Jakob, 205.  
 Boiardo Matteo, María, 96.  
 Bolívar, Simón, 61, 201, 278.

- Bonafoux, Luis, 32.  
 Bonilla y España, José Antonio, 77.  
 Bonilla y San Martín, Adolfo, 112, 204.  
 Bonilla, Alejandro, 77.  
 Bonó, Pedro Francisco, 77.  
 Borges, Jorge Luis, 8, 172, 179, 262.  
 Born, Bertrán de, 100.  
 Borrero, Dulce María, 161.  
 Borrero, Juana, 161.  
 Borrow, George, 242, 243.  
 Boscán, Juan, 107, 109, 110, 116, 117, 119, 121, 122, 124, 159, 183, 184, 190.  
 Bosch, Juan E., 23, 83.  
 Botticelli, 219.  
 Bowring, John, 243.  
 Bradley, 205.  
 Braga, Theophilo, 106, 127.  
 Brandam, Diego, 106.  
 Braschi, Mario, 31.  
 Brau, Salvador, 32.  
 Brawne, Fanny, 235.  
 Brenes Mesen, Roberto, 50.  
 Bristol, Lord, 242.  
 Brontë, Emily, 259.  
 Browning, Robert, 21, 81.  
 Bruerton, Courtney, 228, 229.  
 Brull, Mariano, 203.  
 Bruno, Giordano, 205.  
 Bryant, 242.  
 Buil (o Boyl), Bernardo, 57.  
 Buonarroti, Miguel Ángel, 97.  
 Burgos, Francisco Javier de, 158, 184, 158.  
 Buschiazzo, Mario, J., 59.  
 Bustamante, Carlos María, 17.  
 Byron, Lord, 42, 43, 235, 242.
- Caballero, José Agustín, 65.  
 Cabral, Eulogio, 80, 232.  
 Cabral, Manuel del, 23.  
 Cabrera Quintero, Cayetano, 152.  
 Cabrera, Fr. Alonso de, 15, 57, 72, 264.  
 Cabrera, Rafael, 43.  
 Cabrera, Raúl, 83.  
 Cáceres Espinosa, Pedro de, 14.  
 Cáceres, Antonio de, 37.  
 Cadalso, José, 153.  
 Cadena, Fr. Felipe, 38.  
 Caillois, Roger, 270, 275, 278, 279.  
 Caldas, Francisco José, 62.  
 Calderón de la Barca, Pedro, 52, 125, 136, 160, 161, 190, 242.  
 Calderón, Fernando, 157.
- Calderón, Fr. Diego, 216.  
 Calsamiglia, Eduardo, 49.  
 Camargo, Jerónimo, 160.  
 Camoens, Luis, 126, 240.  
 Campoamor, Ramón de, 157.  
 Camprodón, Francisco, 162.  
 Canales, Nemesio R., 33.  
 Cáncer, Jerónimo de, 136.  
 Cañas, Juan José, 43.  
 Cañizares, José de, 152.  
 Caonabó, 85.  
 Capdevila, Arturo, 169.  
 Capitolino, Jove, 21, 81.  
 Cardenio, 133, 242.  
 Cardona, Rafael, 50.  
 Cardoza y Aragón, Luis, 49.  
 Carducci, Giosué, 95, 98, 110.  
 Carlos V, 86.  
 Carnoda, Jeraro, 49.  
 Caro, Miguel Antonio, 158.  
 Caro, Rodrigo, 132, 244.  
 Carrasco de Figueroa, Bartolomé, 131.  
 Carrera Andrade, Jorge, 180.  
 Carrillo y Ancona, Crescendo, 215.  
 Carrillo, Alonso, 185.  
 Carro, V. D., 205.  
 Carvajal y Rivera, Fernando de, 15.  
 Carvajal, Micael de, 57, 72.  
 Casal, Julián del, 166.  
 Casanova y Estrada, Ricardo, 42.  
 Caso, Antonio, 30, 203, 207.  
 Caso, obispo Huerta, 40.  
 Castañeda, Elvira, 222.  
 Castañeda, Francisco, 43.  
 Castañeda, Rodrigo de, 222.  
 Castelar y Ripoll, Emilio, 43, 243.  
 Castellanos, José, 78.  
 Castellanos, Juan de, 53, 57, 72, 86, 124, 129, 171, 224.  
 Castellanos, P. Rafael Conrado, 82.  
 Castillejo, Cristóbal de, 116, 243.  
 Castillo Negrete, 215.  
 Castillo, Luis María, 83.  
 Castillo, P. Florencio de, 39.  
 Castillo, Rafael Justino, 82.  
 Castro Leal, Antonio, 206, 230.  
 Castro, Apolinar de, 78.  
 Castro, Eugenio, 127.  
 Castro, Guillén de, 118, 132.  
 Castro, Jacinto E., de, 83.  
 Castro, Víctor Manuel de, 83.  
 Católicos, Reyes 13, 51, 200.

- Cavalcanti, Guido, 96.  
 Centenera, Barco, 53.  
 Ceo, Sor Violante do, 240  
 Cervantes de Salazar, 53.  
 Cervantes y Saavedra, Miguel de, 36, 54, 118, 125, 142, 156, 241, 242, 246.  
 Céspedes, Alba de, 244.  
 Céspedes, Pablo de, 125.  
 Cestero, Ferdinand R., 33.  
 Cestero, Manuel Florentino, 83.  
 Cestero, Mariano Antonio, 19, 77.  
 Cestero, Tulio Manuel, 22, 69, 82.  
 Cetina, Gutierre de, 115, 119, 126.  
 Chacel, Rosa, 177, 180.  
 Chariteo, 97, 115 (Bernardo Gareth).  
 Chasseriau, Théodore, 18.  
 Chateaubriand, Francois René, 84, 224, 225.  
 Chaucer, 103, 219.  
 Chavarría, Lisímaco, 48.  
 Chávez, Carlos, 199.  
 Cherrington, Ben M., 199.  
 Churchill, Winston, 275.  
 Cibber, Colley, 242.  
 Cienfuegos y Acero, Álvarez de, 215.  
 Cieza de León, Pedro de, 53, 215.  
*Clarín*, véase Alas, Leopoldo.  
 Clarinda, 132.  
 Clark, Jaime, 158.  
 Claudio, Pablo, 85.  
 Clavijero, Francisco Javier, 62, 215, 240, 245,  
 Clavijo, José, 73.  
 Cleopatra, 235.  
 Cobo, Bernabé, 72, 246.  
 Coello, Adán, 49.  
 Coello, Antonio, 243.  
 Cohén, Hermann, 204.  
 Cohén, Luis, 83.  
 Coimbra, Leonardo de, 204.  
 Coiscou, D. Máximo, 58.  
 Coll y Toste, Cayetano, 24, 32.  
 Collenuccio, Pandolfo, 96.  
 Colón, Bartolomé, 86.  
 Colón, Cristóbal, 13, 19, 24, 35, 51, 53-55, 60, 63, 70, 72, 77, 231, 240  
 Colón, Diego, 14, 56, 71, 87.  
 Colón, Fernando, 72.  
 Colonna, Vittoria, 97.  
 Colson, Jaime, 83.  
 Colunje, Gil, 64.  
 Compiuta, Donzella, 96.  
 Comte, Augusto, 205.  
 Condillac, Étienne Bonnot de, 61.  
 Contreras, Álvaro, 43.  
 Copperfield, David, 259.  
 Corchado, Manuel, 31.  
 Córdoba, Fernando de, 204  
 Córdoba, Fr. Matías de, 40.  
 Córdoba, Fr. Pedro de, 1540, 72, 231, 275.  
 Córdoba, José Antonio, 40.  
 Córdoba, Sebastián, 126.  
 Corrales de Chavarría, Rosa, 48.  
 Correas, Gonzalo, 247.  
 Cortés, Hernán, 15, 53, 56, 71.  
 Cortés, José María, 208.  
 Cortina, Augusto, 222, 223.  
 Cortón, Antonio, 32.  
 Cosco, Leandro de, 51.  
 Coto, Juan, 49.  
 Crashaw, Richard, 242.  
 Crisóstomo Laímur, Juan, 203.  
 Crowne, John, 242.  
 Cruz Varela, Juan, 156, 210.  
 Cruz, Fernando, 42.  
 Cruz, José María, 49.  
 Cruz, Manuel de la, 17, 65.  
 Cruz, Ramón de la, 152.  
 Cruz, Sor Juana Inés de la, 24, 125, 151, 156, 182, 240.  
 Cuéllar, María de, 85.  
 Cuervo, Rufino José, 231, 233, 234.  
 Cueva Maldonado, Arz. Francisco de la, 59.  
 Cueva, Juan de la, 130.  
 D'Annunzio, 95, 98, 99.  
 D'Ors, Eugenio, 203, 243.  
 Dall'Ongaro, Francesco, 94.  
 Dante Alighieri, 93, 96.  
 Darío, Rubén, 44-49, 81, 82, 92, 105, 109, 110, 163, 164, 166, 172, 179, 181, 184, 186, 191-193, 196, 210, 239, 241, 242.  
 Dati, Giuliano, 51.  
 Daubón, José Antonio, 31.  
 Dávalos, Marcelino, 213, 214.  
 Dávila Fernández de Castro, Felipe, 77.  
 Dávila, Virgilio, 30.  
 Degetau González, Federico, 33.  
 Del Monte y Echevarría, Tomás, 80.  
 Del Monte y Medrano, Leonardo, 66.  
 Del Monte y Tejada, Antonio, 17, 66, 75.  
 Del Monte, Domingo, 17, 65, 66, 75.  
 Del Monte, Félix María, 18, 75, 231.  
 Del Monte, Josefa Antonia, 77.  
 Del Monte, Manuel Joaquín, 77.  
 Deligne, Gastón Fernando, 21, 22, 81, 85.

- Deligne, Rafael Alfredo, 22, 82.  
 Dengo, Omar, 49.  
 Derkes, Eleuterio, 31.  
 Desbordes-Valmore, Marcelline, 102.  
 Descartes, René, 61, 266.  
 Deschamps, Enrique, 83.  
 Deschamps, Eugenio, 22, 82.  
 Despradel, Fidelio, 83.  
 Despradel, Lorenzo, 83.  
 Despujols, Gral. Eulogio, 25.  
 Deústua, Alejandro, 203.  
 Diamante, Juan Bautista, 137.  
 Díaz Covarrubias, Juan, 213.  
 Díaz de Gamarra, Juan Benito, 204.  
 Díaz del Castillo, Bernal, 35-37, 53, 246.  
 Díaz Gebuta Quej, Francisco, 37.  
 Díaz Ordóñez, Virgilio, 83.  
 Díaz, Callecerrada, 132.  
 Díaz, Francisco, 43.  
 Díaz, Hernando, 115.  
 Díaz, Porfirio, 252.  
 Diego, José de, 33.  
 Diéguez, José Domingo, 39.  
 Diéguez, Juan, 42.  
 Díez Canedo, Enrique, 117, 168, 194, 208, 230.  
 Díez de Leiva, Fernando, 73, 74.  
 Dilthey, Wilhelm, 205.  
 Dionís, (rey), 105.  
 Domenchina, 171.  
 Domínguez, José Antonio, 44.  
 Donne, John, 104.  
 Donoso, Ricardo, 41.  
 Donzella, Compiuta, 96.  
 Dos Passos, John, 242.  
 Dostoyevsky, Fedor, 278.  
 Drake, Francis, 60, 62, 74.  
 Dryden, John, 72, 185, 242.  
 Duarte, Juan Pablo, 67, 77, 231.  
 Dubeau, José, 80.  
 Dueñas, Juan de, 134.  
 Dujovne, León, 204.  
 Durón, Rómulo Ernesto, 49.  
  
 Echavarría de Del Monte, Encarnación, 20, 77.  
 Echeagaray, 243.  
 Echeverría, Aquileo, 48.  
 Echeverría, Esteban, 157, 188, 242, 214.  
 Eguiara y Eguren, Dr. Juan José de, 37.  
 Eguílaz, 245.  
 Eguren, José María, 174, 175.  
 Elhúyar, Fausto de, 58.  
 Eliot, Thomas Stern, 103.  
  
 Ellis, Havelock, 242.  
 Elizaburu, Manuel de, 30.  
 Encina, Juan del, 115.  
 Enríquez de Guzmán, Feliciano, 133.  
 Enriquillo, 80, 84-87.  
 Ercilla, Alonso, 53, 108, 128.  
 Escobar, Federico, 44.  
 Escobedo, Federico, 35.  
 Escóiquiz, Juan, 153, 154.  
 Escoto, Manuel, 49.  
 Espaillat, Ulises Francisco, 19, 77, 85.  
 Esparragosa, Narciso, 40.  
 Espinosa, Fr. Alonso de, 15, 16, 36.  
 Espinosa, Pedro, 133, 185, 187.  
 Espinosa, Sor Leonor, 73.  
 Espronceda, José, 157, 184.  
 Esquilache, 132, 248.  
 Esteves, José de Jesús, 34.  
 Estrada, Domingo, 48.  
  
 Facio, Justo A., 48.  
 Fanshawe, Richard, 242.  
 Faura, Vicente Antonio, 62, 73.  
 Fausset, Hugh l'Anson, 235.  
 Felipe II, 200.  
 Felipe, León, 180.  
 Feltz, Leonor María, 83.  
 Fernández de Agüero, Juan Manuel, 204.  
 Fernández de Castro, Baltasar, 16, 73.  
 Fernández de Castro, Felipe Dávila, 77.  
 Fernández de Castro, Manuel, 66.  
 Fernández de Enciso, Martín, 72.  
 Fernández de Lizardi, José Joaquín, 208.  
 Fernández de Moratín, Leandro, 109, 172, 180, 190, 211.  
 Fernández de Oviedo, Gonzalo, 15, 53, 57, 72, 73, 86, 231, 246.  
 Fernández Guardia, Ricardo, 50.  
 Fernández Juncos, Manuel, 32.  
 Fernández Moreno, 169, 252.  
 Fernández, Fr. Alonso, 36.  
 Fernández, León, 44.  
 Ferrater Mora, José, 203.  
 Ferrer, San Vicente, 219.  
 Feuillet, Tomás Martín, 44.  
 Fiallo Cabral, Arístides, 83.  
 Fiallo, Fabio, 22, 81, 82.  
 Fielding, Henry, 241.  
 Figueira, Fernán, 104.  
 Figueroa, Francisco de, 130.  
 Figueroa, Sotero, 31.  
 Fitzgerald, Edward, 242.

- Fitz-Gerald, John Driscoll, 185, 238.  
 Flaubert, Gustave, 280.  
 Flecker, Elroy, 243.  
 Fletcher, John, 242.  
 Flores, Domingo, 42.  
 Flores, Dr. José, F., 40.  
 Florit, Eugenio, 164, 180.  
 Fonseca, Pedro, 203, 205.  
 Fontanesi, G., 204.  
 Fornaciari, Rafael, 92.  
 Forner, Juan Pablo, 154.  
 Foscolo, Ugo, 98.  
 Fouillée, 205.  
 Foulché-Delbosc, 112, 222.  
 Foxá, Francisco Javier, 18, 66, 75.  
 Foxá, Narciso, 26.  
 France, Anatole, 251, 252.  
 Franco Bidó, Augusto, 80.  
 Franco Bidó, Pablo, 83.  
 Franco, Isaías, 78.  
 Franco, Sacchetti, 96.  
 Freyre, Gilberto, 200, 264.  
 Frías, Heriberto, 213-215.  
 Fritz, P. Samuel, 241.  
 Fuentes Matons, Laureano, 64.  
 Fuentes y Guzmán, Francisco A. de, 37, 40.  
 Furlong, P. Guillermo, 59.
- Gagini, Carlos, 49  
 Galindo, Francisco E., 43.  
 Gallardo, Bartolomé, 115.  
 Gallego, Juan Vicario, 20, 78, 154, 290.  
 Galván, Rafael Octavio, 83.  
 Galván. Ml. de J., 8, 19, 70, 75, 77, 80, 83-87.  
 Gálvez de Montalvo, Luis, 130.  
 Gama Frei, Basilio de, 127.  
 Gamboa, Francisco Javier, 240.  
 Gamboa, Isaías, 49.  
 Gámez, José Dolores, 44.  
 Ganivet, Ángel, 219.  
 Gante, Pedro de, 266.  
 Gaos, José, 203.  
 Garay Heredia, Manuel, 66.  
 Garay, Dr., 131.  
 Garcí Aguirre, Pedro, 40.  
 García Calderón, Francisco, 28.  
 García Calderón, Ventura, 45.  
 García de Carvajal y Campofrío, Alonso y, 73.  
 García de la Huerta, Vicente, 153.  
 García Godoy, Federico, 21, 79.  
 García Gómez, Arístides, 82.  
 García Goyena, Rafael, 41.  
 García Granados de Saborio, María Josefa, 41.  
 García Icazbalceta, Joaquín, 263.  
 García Lorca, Federico, 173, 219, 240.  
 García Máynez, Eduardo, 204.  
 García Mella, Arístides, 82.  
 García Monge, Joaquín, 50, 268.  
 García Morente, Manuel, 203.  
 García Prada, Carlos, 182.  
 García Rodríguez, Manuel, 83.  
 García, José Gabriel, 19, 58, 77.  
 García, Vicente, 104.  
 Garcilaso de la Vega, 92, 107, 109, 116-119, 121, 122, 124, 155, 164, 183, 184, 190, 220.  
 Garcilaso de la Vega, Inca, 54, 204, 240.  
 Gareth, Bernardo, 115.  
 Garita, Juan, 44.  
 Garret, John, 242.  
 Garrido, Luis Emilio, 82.  
 Garrido, Miguel Ángel, 82.  
 Gassendi, Pierre, 61.  
 Gautier Benítez, José, 31.  
 Gautier, Manuel María, 78.  
 Gautier, Théophile, 31.  
 Gavidía, Francisco, 186, 191, 192.  
 Geiger, Maynard, 240.  
 Gentil, Bertomeu, 115.  
 Geraldini, Alessandro, 15, 53, 72.  
 Gerchunoff, Alberto, 204.  
 Gerundio, Fr., 17.  
 Ghiano, Juan Carlos, 260.  
 Gil de Liendo, Rodrigo, 16, 73.  
 Gilson, E., 204.  
 Giner de los Ríos, Francisco, 33, 180, 203.  
 Girón de Castellanos, P. Antonio de, 73.  
 Giusti, Guiseppe, 94.  
 Glück, Christoph Willibald, 216.  
 Goddard King, Georgiana, 218-221, 242.  
 Goethe, Johann Wolfgang, 43.  
 Gómez Carrillo, Agustín, 43.  
 Gómez Carrillo, Enrique, 47, 48.  
 Gómez Charinho, Payo, 105.  
 Gómez de Avellaneda, Gertrudis, 45, 188, 241.  
 Gómez de Huerta, Jerónimo, 132.  
 Gómez Hermosilla, José Mamerto, 154-155.  
 Gómez Manrique, 222.  
 Gómez Moya, Manuel Ubaldo, 80.  
 Gómez Pereira, 204  
 Gómez, Ignacio, 43.  
 Gómez, Juan Carlos, 157, 189, 211.  
 Gonçalves Dias, Antonio, 78.  
 Góngora, Luis de, 108, 109, 118, 125, 144, 156, 160, 208, 240, 260.

- Gonzaga Inclán, Luis, 215.  
 González Carvajal, Tomás, 154.  
 González de Eslava, Hernán, 208.  
 González de la Calle, Pedro Urbano, 205.  
 González del Valle, 211.  
 González García, Matías, 33.  
 González Ginorio, José, 33.  
 González Lanuza, Eduardo, 169, 275.  
 González Lavastida, Ignacio, 80.  
 González Martínez, Enrique, 167, 173, 196, 206.  
 González Prada, Manuel, 181, 163, 182.  
 González Rucavado, Claudio, 49.  
 González Santín, José María, 18, 77, 232.  
 González Tuñón, Raúl, 241.  
 González Zeledón, Manuel, 48.  
 González, Fernán, 237.  
 González, Fr. Diego, 125, 153.  
 González, Fr. Zeferino, 204.  
 González, Juan Gualberto, 153, 154, 172.  
 González, Juan Vicente, 61.  
 González, P. Manuel de Jesús, 82.  
 Gordils, José, 30.  
 Gorjón, Hernando de, 56, 60.  
 Gorostiza, José, 173, 179, 181.  
 Gottheil, R., 205.  
 Gower, John, 241.  
 Gracián, 203, 243.  
 Granada, Fr. Luis de, 241.  
 Grandgent, Charles Hall, 92.  
 Granja, Conde de la, 137.  
 Granville, Stephen Spender, 242.  
 Gray, Louis H., 42, 43, 226, 227.  
 Greco, El, 220.  
 Griffin, Charles C., 199, 200.  
 Grijalva, Juan de, 85.  
 Grober, Gustav, 92.  
 Grocio, Hugo, 52.  
 Gruendler, 205.  
 Grullón Eliseo, 80.  
 Guaorocuya, 85.  
 Guerra, Ignacio, 83.  
 Guevara, Fr. Antonio de, 52, 241, 244.  
 Guevara, Fr. Miguel de, 244.  
 Guevara, Henando de, 85.  
 Guillén, Jorge, 164, 168.  
 Guimpel, Dora, 253.  
 Guinizelli, Guido, 96.  
 Gurtius, Ernst Robert, 222.  
 Gutiérrez Espinosa, Felipe, 26.  
 Gutiérrez González, 255.  
 Gutiérrez Nájera, Manuel, 46, 81, 166.  
 Gutiérrez y Lardizábal, Carlos F., 44.  
 Gutiérrez y Lozano, Carlos, 43.  
 Guzmán, Diego de, 73.  
 Guzmán, Juan de, 73.  
 Guzmán, Martín Luis, 214.  
 Ha-Levi, Yehuda, 203.  
 Hall, Eduardo, 42.  
 Hanssen, Friedrich, 107, 111-113.  
 Hartzenbusch, Juan Eugenio, 157, 158.  
 Hebreo, León, 203, 204, 231.  
 Heine, Heinrich, 82.  
 Henley, 243.  
 Henríquez de Guzmán, Alonso, 73.  
 Henríquez Gómez, Antonio, 136.  
 Henríquez Ureña, Max, 23, 83.  
 Henríquez y Carvajal, Federico, 21, 79.  
 Henríquez y Carvajal, Francisco, 21, 80.  
 Henríquez, Camilo, 155, 187, 201.  
 Henríquez, Enrique, 21, 79.  
 Heredia y Mieses, José Fco., 17, 66, 75, 77.  
 Heredia y Mota, Nicolás, 77, 80, 86.  
 Heredia y Solá, Manuel de Jesús, 78.  
 Heredia, José María, 17, 27, 39, 65, 66, 75, 155, 156, 162, 210, 211.  
 Hermann, 205.  
 Hernández Arana Xahilá, Francisco, 37.  
 Hernández de Araujo, Carmen, 31.  
 Hernández Franco, Tomás, 23, 83.  
 Hernández, Gaspar, 68.  
 Hernández, J. R., 215.  
 Herrera y Reissig, Julio, 166, 171, 172, 174.  
 Herrera, Antonio de, 53, 79.  
 Herrera, Darío, 48.  
 Herrera, Fernando de, 122, 128, 239.  
 Herrera, Flavio, 49.  
 Heureaux, Ulises, hijo 83.  
 Hidalgo, Juan, 157.  
 Higüemota, 85.  
 Hita, el Arcipreste de, 111, 186.  
 Hitler, Adolfo, 275.  
 Hojeda (Ojeda), Alonso de, 15, 71.  
 Hojeda, Fr. Diego de, 134.  
 Holland, Lord, 242.  
 Homero, 132.  
 Hoogh, Peter de, 219.  
 Horacio, 42, 128, 155, 208, 230.  
 Hostos, Eugenio María de, 18, 20, 27, 29, 30, 34, 67, 69, 80, 81, 204, 270.  
 Hoz, Pedro Sancho de, 242.  
 Hugo Pane, Remigio, 240, 241.  
 Hugo, Víctor, 48, 186.

- Hull, Corder, 14.  
 Humara, Rafael, 214.  
 Humboldt, Alexander von, 58, 61.  
 Hurtado de Mendoza, Antonio, 242.  
 Hurtado de Mendoza, Diego (siglo XVI), 54, 116.
- Ibáñez, Sara de, 169,  
 Ibsen, Henryk, 260, 280.  
 Icaza, Amelia Denis, 44.  
 Iglesias de la Casa, José, 153.  
 Imendia, Carlos Arturo, 43.  
 Incháustegui Cabral, Héctor, 83, 180.  
 Incháustegui, Joaquín S., 80.  
 Ingenieros, José, 203.  
 Iriarte, Tomás de, 153, 162, 184, 185, 187, 195, 211.  
 Iriarte-Aguirrezábal, J., 205.  
 Irisarri, Antonio José de, 40.  
 Isaacs, Jorge, 224, 225.  
 Isla, Padre, 242.  
 Itaparica, Frei Manoel de Santa María, 127.  
 Iturbide, 206.  
 Iturriaga, P. Manuel María (o Mariano), 39.
- Jacobi, Heinrich, 205.  
 Jaroslavsky, Sara, 242.  
 Jáuregui, Juan de, 135, 171.  
 Jenofonte, 78.  
 Jimenes Grullón, Juan Isidro, 22.  
 Jiménez, José María, 80.  
 Jiménez, Juan Ramón, 167, 171, 173, 176, 177, 181, 194.  
 Jiménez, Manuel de Jesús, 44.  
 Jiménez, Ramón Emilio, 83.  
 João de Deus, 127.  
 Jovellanos, Gaspar Melchor de, 84.  
 Joyce, James, 280.  
 Juan Manuel, el Príncipe, 101, 110.  
 Juarros, Domingo, 240.
- Kant, 28, 205.  
 Keats, Fanny, 235.  
 Keats, John, 103, 235, 255.  
 Keniston, Hayward, 122.  
 Keyserling, Conde de, 205.  
 Kiddle, Lawrence B., 245-248.  
 Kierkegaard, Soren, 205.  
 Killigrew, Thomas, 242.  
 King, Georgiana Goddard, 219-221, 242.  
 Kipling, Rudyard, 280.  
 Korn, Alejandro, 203, 205,
- Krapf, Dr., 275.  
 Krause, Anna, 222.
- Labarca, Amanda, 201, 202.  
 Labra, Rafael María de, 32.  
 Lacunza, Manuel, 241.  
 Laforgue, Jules, 103.  
 Lainfiesta, Francisco, 42.  
 Lamarche, Ángel Rafael, 23.  
 Lamarche, José, 80.  
 Lamarche, Juan Bautista, 83.  
 Lamartine, Alphonse de, 43, 210, 225.  
 Lamb, Charles, 273.  
 Lancaster, Joseph, 201.  
 Landívar, Rafael, 38.  
 Lang, Henry Roseman, 106.  
 Lange, Curt, 199.  
 Laparra de Lacerda, Vicenta, 42.  
 Lardé de Venturino, Alicia, 49.  
 Larra, Mariano José de, 33.  
 Larrazábal Blanco, D. Carlos, 58.  
 Larreinaga, Miguel, 40.  
 Larroyo, Francisco, 204.  
 Las Casas, Bartolomé de, 13-15, 35, 53, 56, 57, 72, 73, 86, 87, 43, 56, 231, 246, 275.  
*Lauxar* (Osvaldo Crispo Acosta), 165.  
 Lavastida y Heredia, Alfredo, 80.  
 Lawrence, David Herbert, 52.  
 Ledesma, Pedro de, 208.  
 Lee de Muñoz Marín, Muna, 240.  
 Leiva y Mosquera, Tomasina de, 16, 73.  
 León, Fr. Luis de, 127, 219, 220.  
 Leonardo, Lupercio, 131.  
 Leopardi, Giacomo, 98, 109.  
 Lida, Raimundo, 203.  
 Liébana, Pedro de, 36.  
 Liendo Goicoechea, José Antonio, 39, 40.  
 Liendo, Cristóbal de, 16.  
 Liendo, Francisco de, 73.  
 Limardo, Rodolfo Ovidio, 80.  
 Linares, Fr. Tomás de, 60.  
 Llanos, Juan, 235.  
 Llavallol, 251, 252  
 Llerena, Cristóbal de, 16, 59, 60, 73, 74, 207.  
 Llorens, Francisco Javier, 203.  
 Locke, John, 61.  
 Lockhart, 242.  
 Lomas Cantoral, Jerónimo, 126.  
 Longfellow, 242.  
 Longinos Martínez, José, 40.  
 López de Gómara, Francisco, 53, 246.  
 López de Zarate, Francisco, 136.

- López Pinciano, Alonso, 91.  
 López Velarde, Ramón, 175, 264.  
 López, José Ramón, 22, 82.  
 López, Luis Carlos, 175.  
 López, Vicente, 263.  
 Loureda, Ignacio, 39.  
 Louys, Pierre, 47.  
 Lozano, Abigail, 191.  
 Lugo, Américo, 22, 58, 59, 82.  
 Lugones, Leopoldo, 163, 166, 172.  
 Lugris Freiré, Manuel, 178.  
 Lulio, Raimundo, 203, 240.  
 Luperón, Gregorio, 19, 77.  
 Luz Caballero, José de la, 565, 203.  
 Luzán, Ignacio de, 152.
- Mabbe, James, 242.  
 Machado, Antonio, 167, 220, 243.  
 Machado, Francisco Javier, 80.  
 Machado, Manuel Arturo, 83.  
 Machado, Manuel, 167, 172, 243.  
 MacLeish, Archibald, 275, 276.  
 Madre de Dios, Fr. Ambrosio de la, 37.  
 Madrigal, Antonio Delfín, 77.  
 Magallanes Moure, Manuel, 176.  
 Mahn, 245.  
 Maimónides, 203, 204.  
 Maldonado, Rodrigo Claudio, 73.  
 Maldonado, Sor Juana de, 37.  
 Malón de Chaide, Pedro de, 128.  
 Manrique, Jorge, 222, 223.  
 Manrique, Pedro, Conde de Paredes, 223.  
 Manrique, Rodrigo, 223.  
 Manuel, Francisco, 127, 136, 161.  
 Manzoni, Alessandro, 98, 109.  
 Mapes, Erwin K., 46.  
 Maquiavelo, Nicolás, 93, 97.  
 March, Ausías, 240.  
 Marasso, Arturo, 46.  
 Marchena de Leyba, Amelia Francisca, 80.  
 Marchena Ruiz de Cueto, José (Abate), 154.  
 Marchena, Eugenio de, 80.  
 Marchena, Héctor de, 83.  
 Marco Aurelio, 17.  
 Marietta, Fr. Juan de, 16, 36.  
 Marín, Francisco Gonzalo, 30.  
 Marín, Ramón, 30.  
 Markham, Sir Clements Robert, 240, 240.  
 Marot, Clément, 102.  
 Marquina, Eduardo, 164, 168.  
 Marroquín, Francisco, 35, 36.  
 Marroquín, Lorenzo, 255.
- Martí de Eixalá, Ramón, 203.  
 Martí, José, 28, 29, 81, 166.  
 Martínez de Castro, Manuel, 213.  
 Martínez de la Rosa, 162, 211.  
 Martínez de Meneses, Antonio, 137.  
 Martínez de Porras, Francisco, 60.  
 Martínez Estrada, Ezequiel, 173.  
 Martínez Sierra, Gregorio, 164, 214.  
 Martínez Sobral, Enrique, 49.  
 Martínez y Mosquera, Miguel, 73.  
 Martínez, Cristóbal, 49.  
 Martínez, Fr. Diego, 16, 63.  
 Martínez, Rufino, 83.  
 Marure, Alejandro, 42.  
 Masefield, John, 242.  
 Masferrer, Alberto, 48.  
 Massinger, Philip, 242.  
 Mata Tejada, Juan de, 66.  
 Mateos, Juan Antonio, 213.  
 Matienzo Cintrón, Rosendo, 31.  
 Matos Bernier, Félix, 33.  
 Matta, Guillermo, 158.  
 Maurois, André, 251.  
 Maury, Juan María, 91, 107, 109, 185.  
 Mawr, Bryn, 219.  
 Mayorga Pavas, Román, 48.  
 Maza, Fr. Diego de la, 73.  
 McReon, R., 204.  
 Meabe, P. Joaquín Alejo de, 248.  
 Médicis, Lorenzo de, 93, 97.  
 Medina, José Toribio, 58.  
 Mejía, Demetrio, 213.  
 Mejía, Diego, 131.  
 Mejía, Félix Evaristo, 83.  
 Mejía, Juan Tomás, 78.  
 Melchor Cano, 203.  
 Meléndez Bazán, Antonio, 73.  
 Meléndez Valdéz, Juan, 153.  
 Meléndez y Muñoz, Mariano, 213.  
 Meléndez, Concha, 215.  
 Melgarejo Ponce de León, Francisco, 73.  
 Mello, Francisco Manoel de, 240.  
 Mena, Juan de, 112.  
 Méndez Pereira, Octavio, 50.  
 Méndez Planearte, Gabriel, 206, 230.  
 Méndez, Diego, 15.  
 Mendoza, Cristóbal, 61.  
 Mendoza, Elvira de, 16, 73, 74.  
 Menéndez Pelayo, Marcelino, 20, 31, 39, 40, 41, 78, 98, 104, 110, 111, 113, 115, 116, 204, 211, 220, 223, 228, 229, 233, 237, 239.  
 Menéndez Pidal, Ramón, 239.

- Menéndez Samará, Adolfo, 203.  
 Meneos Franco, Agustín, 43.  
 Menzini, Benedetto, 94.  
 Mercado, José, 30.  
 Meriño, Fernando Arturo de, 19, 70, 77.  
 Mesa, Cristóbal de, 118.  
 Mestanza, Juan de, 36.  
 Metastasio, Pietro, 43.  
 Meyer-Lübke, Wilhelm, 226, 227.  
 Meyerson, 205.  
 Michaëlis de Vasconcellos, Carolina, 106, 123.  
 Micheo, Juan José, 42.  
 Mickiewicz, Adam, 31.  
 Middleton, Thomas, 242.  
 Mijares de Solórzano, José, 60.  
 Milá y Fontanals, Manuel, 91, 95, 106.  
 Milla, José, 42, 43.  
 Millares Carlo, Agustín, 16.  
 Millay, Edna St. Vincent, 242.  
 Milton, John, 220.  
 Miró, Ricardo, 49.  
 Mistral, Gabriela, 164, 169, 257.  
 Mitre, Bartolomé, 263.  
 Mociño, José Mariano, 462.  
 Moctezuma, 46, 273.  
 Mojica, Pedro de, 86.  
 Molina Vigil, Manuel, 43.  
 Molina, Cristóbal de, 240.  
 Molina, Juan Ramón, 48, 49.  
 Molina, Luis de, 203.  
 Molina, Rega, 176.  
 Molina, Tirso de, 140, 40, 41, 43, 56, 188.  
 Molinari, Ricardo, 173, 177, 179, 180, 204.  
 Molinos, Miguel de, 203.  
 Molza, Franceso Maria, 97.  
 Mongan, Agnes, 218.  
 Monge, José María, 30.  
 Monlau, 243.  
 Montaigne, Michel de, 52, 53.  
 Montalvo, Juan, 84.  
 Montemayor, Jorge de, 109, 118, 125, 183, 240, 242.  
 Montes, Eugenio, 178.  
 Montesinos, Fray Antón, 15, 72, 275.  
 Monteverde, Manuel de, 18, 66, 75.  
 Monti, Vincenzo, 109.  
 Montolio, Andrés Julio, 83.  
 Montolíu, Manuel de, 93.  
 Montt, Manuel, 201.  
 Montufar, Lorenzo, 41.  
 Moore Ernest R., 209.  
 Moore, Thomas, 42.  
 Moratín, Leandro, 162.  
 Moratín, Nicolás de, 53.  
 Moratín, Nicolás, 153.  
 Morazán, Francisco, 43.  
 Morcillo, Fox, 203, 177.  
 Moreau de Saint-Méry, M. L., 71.  
 Morell de Santa Cruz, Pedro A., 17, 62, 73.  
 Moreno del Christo, Gabriel B., 78.  
 Moreno Jimenes, Domingo, 83.  
 Moreno Villa, José, 263.  
 Moreto, Agustín, 229, 242, 247.  
 Morillas, Francisco, 73, 74.  
 Morley, S. Griswold, 228.  
 Moscoso de Morel, Mercedes, 82.  
 Moscoso de Sánchez, Anacaona, 82.  
 Moscoso, Juan Elias, 82.  
 Moscoso, Rafael María, 82.  
 Mota de Reyes, Antera, 83.  
 Mota, Félix, 77.  
 Mota, Mercedes, 83.  
 Moya de Vázquez, Trina, 83.  
 Moya, Casimiro Nemesio de, 21, 82.  
 Mozart, 216.  
 Mumford, Lewis, 204.  
 Munday, Anthony, 242.  
 Muñoz del Monte, Francisco, 75, 157, 182.  
 Muñoz Guilmar, Mario, 254.  
 Muñoz Rivera, Luis, 33.  
 Murguía, Clemente, 203.  
 Murray, Gilbert, 275.  
 Musset, Alfred de, 48.  
 Mussolini, Benito, 275.  
 Múxica, Adrián de, 86.  
 Nalé Roxlo, Conrado, 180.  
 Navarrete, Fr. Manuel de, 156, 208.  
 Navarro Tomás, Tomás, 117, 122, 127.  
 Nebrija, Antonio de, 231.  
 Negri, Ada, 95.  
 Negrón Sanjurjo, Quintín, 33.  
 Nervo, Amado, 166, 172.  
 Neumann Gandía, Eduardo, 31.  
 Newport, Christopher, 62.  
 Newton, Isaac, 61.  
 Nicolay, Clara Leonora, 243.  
 Niza, Fr. Marcos de, 246.  
 Noel, D. Martín S., 59.  
 Nolasco, Félix María, 82.  
 Nolasco, Flérida de, 216, 217.  
 Nort, Sir Thomas, 241.  
 Nouel, Adolfo Alejandro, 82.  
 Nouel, Bienvenido Salvador, 83.

- Nouel, Carlos, 78.  
 Novo, Salvador, 180.  
 Nunes, Ayras, 106.  
 Núñez Cabeza de Vaca, Alvar, 15.  
 Núñez de Arce, Gaspar, 172.  
 Núñez de Balboa, Vasco, 15, 35.  
 Núñez de Cáceres, José, 18, 60, 63, 67, 75, 83, 231.  
 Núñez, Fr. Vicente, 216.  
 Nys, E., 205.
- Obregón, Baltasar de, 240.  
 Ocampo, Silvina, 173.  
 Ocampo, Victoria, 257, 260.  
 Ochoa, Anastasio de, 155.  
 Ochoa, Antonio, 209.  
 O'Gorman, Edmundo, 208.  
 Olavarría y Ferrari, Enrique de, 213.  
 Olmedo, Alonso de, 155.  
 Olmsted, Everett Ward, 243.  
 Oña, Pedro de, 108, 125, 128.  
 Oré, Luis Jerónimo de, 240.  
 Orena, Baltasar de, 36.  
 Oroz, Rodolfo, 129.  
 Orozco y Berra, Manuel, 263.  
 Ortea, Francisco C., 32, 80.  
 Ortea, Juan Isidro, 31, 80.  
 Ortea, Virginia Elena, 22, 82.  
 Ortega y Gasset, José, 203, 266, 270.  
 Ortega, Francisco, 156, 206.  
 Ortega, Ramón, 49.  
 Ortíz, Fr. Tomás, 15.  
 Osorio, Rodrigo, 223.  
 Otero Nolasco, José E., 82.  
 Ovalle, Alonso de, 240.  
 Ovando, Nicolás de, 19, 86, 87.  
 Ovando, Sor Leonor de, 16, 73, 74.  
 Ovidio, Francesco d', 92, 101.
- Pacheco, Fr. Alonso, 16, 73.  
 Padilla Dávila, Manuel, 30.  
 Padilla de Sanz, Trinidad, 33.  
 Padilla, Fr. Pedro de, 118.  
 Padilla, José Gualberto, 27.  
 Pagaza, Obispo Joaquín Arcadio, 39.  
 Palancar, Motilla del, 220.  
 Palestrina, Giovanni Pierluigi da, 216.  
 Pallás, Azarías, 49.  
 Palma, José Joaquín, 47.  
 Pané, Fr. Ramón, 13, 20, 57, 72, 79.  
 Pane, Remigio Hugo, 240-244.  
 Pantaleón Castillo, José, 80.
- Pantaleón de Ribera, Anastasio, 134.  
 Pardo Bazán, Emilia, 247.  
 Parini, Guisepe, 94, 98.  
 Pascoli, Giovanni, 95, 98, 99, 174.  
 Pattee, Richard F., 200.  
 Paulo III, 56.  
 Payno, Manuel, 213, 214.  
 Paz Salgado, Antonio, 38.  
 Paz y Meliá, Antonio, 222.  
 Paz, Ireneo, 213.  
 Paz, Juan Carlos, 199.  
 Paz, Octavio, 180.  
 Pedreira, Antonio Salvador, 34.  
 Pegueiro, Luis José, 73.  
 Pellerano Alfau, Arturo Joaquín, 83.  
 Pellerano Castro, Arturo, 22, 232.  
 Pellerano de Henríquez, Luisa Ozema, 82.  
 Pellerano, José Francisco, 80.  
 Pellicer, Carlos, 180, 181, 206.  
 Penson, César Nicolás, 21, 79.  
 Peña y Reinoso, Manuel de Jesús de, 20, 78.  
 Peralta Barnuevo, Pedro de, 152.  
 Peralta, Manuel María de, 44.  
 Perdomo y Heredia, Josefa Antonia, 20, 78.  
 Perdomo y Martínez, Eugenio, 78.  
 Perdomo, Apolinar, 22.  
 Pereda, José María de, 224, 225.  
 Perelló, Lorenzo Justiniano, 83.  
 Pérez Alfonseca, Ricardo, 83.  
 Pérez de Guzmán, Fernán, 99, 113, 114, 182.  
 Pérez de Herrera, Cristóbal, 131.  
 Pérez de Oliva, Hernán, 261.  
 Pérez Galdós, Benito, 33, 221, 223, 225, 242, 280.  
 Pérez Ramírez, P. Juan, 207.  
 Pérez Salazar, Francisco, 206-208.  
 Pérez, Bartolomé Olegario, 22, 82.  
 Pérez, Gonzalo, 126.  
 Pérez, José Joaquín, 20, 68, 78-80, 192.  
 Perrín, Guillermo, 163.  
 Peticari, Giulio, 94.  
 Pesado, José Joaquín, 213.  
 Petoefi, Sandor, 31.  
 Petrarca, Francesco, 93, 96, 98, 99, 109, 115, 120, 125.  
 Peynado, Francisco José, 83.  
 Peynado, Jacinto Bienvenido, 83.  
 Pflaum, H., 204.  
 Pichardo, Bernardo, 83.  
 Pichardo, Esteban, 18, 66, 75.  
 Pichardo, José Francisco, 78.  
 Pichardo, Sebastián, 66.

- Picón Salas, Mariano, 265.  
 Piferrer, 243.  
 Pina Benítez, Manuel, 78.  
 Pindemonte, Ippolito, 109.  
 Pineda de Polanco, Balas, 38.  
 Piñeyro, Enrique, 241, 243.  
 Pistoia, Cino da, 96.  
 Pizarro, Francisco, 15, 52, 57, 71.  
 Poe, Edgar Allan, 48.  
 Poey, Felipe, 65.  
 Poliziano, 97.  
 Ponce de León, Juan, 15, 24, 73.  
 Pondal, Eduardo, 178.  
 Porcel, José Antonio, 152.  
 Porter, Katherine Ann, 242.  
 Portilla, Antonio, 38.  
 Post, Frans, 199.  
 Pound, Ezra, 242.  
 Poveda, Fr. José Ignacio de, 60.  
 Power, Ramón, 26.  
 Prampolini, Santiago, 34, 50, 71.  
 Príncipe, Miguel Agustín, 206.  
 Proske, Beatrice Gilman, 240.  
 Proust, Marcel, 47.  
 Prud'Homme, Emilio, 21, 80.  
 Pucciarelli, Eugenio, 203.  
 Puello, Ana Josefa, 83.  
 Pujol, Juan, 104.  
 Pulci, Luigi, 96.  
 Pumarol, Pablo, 80.  
 Puyol y Alonso, Julio, 11.  
 Pyott, Lazaras, 242.
- Quevedo V., Francisco de, 47, 118, 125, 134, 239, 242.  
 Quincey, Thomas de, 242.  
 Quintana, Manuel José, 20, 78, 84, 154, 190, 215, 225, 239.  
 Quiñones de Benavente, Luis, 135, 160.  
 Quiñones Sunzín, Francisco, 40.  
 Quiñones y Escobedo, Fr. Francisco de, 35.  
 Quiñones, Francisco Mariano, 27, 40.  
 Quiroga, Obispo Vasco de, 201.  
 Quiroga, Vasco de, 57, 266.  
 Quirós, Arce de, 73.
- Rabelais, François, 53  
 Racine, Jean, 192.  
 Ramírez de Fuenleal, Obispo Sebastián, 56, 57, 201.  
 Ramírez, Alonso, 24.  
 Ramírez, Ambrosio, 206, 208.
- Ramírez, Fr. Diego, 16, 60, 73, 74.  
 Ramos Carrión, 247  
 Ramos, Nicolás de, 72.  
 Ramos, Samuel, 204.  
 Ravelo, Fr. José Félix, 66.  
 Ravelo, Temístocles, 80.  
 Read, J. Lloyd, 213-215.  
 Rebolledo, el Conde, 135.  
 Recasens Fiches, Luis, 203.  
 Redfield, Robert, 265.  
 Rega Molina, Horacio, 176.  
 Reina, Casiodoro de, 74.  
 Reina, Jerónimo J., 49.  
 Remesal, Fr. Antonio de, 36, 38, 215.  
 Rengifo, Juan Díaz (o Diego de García), 91.  
 Reyes, Alfonso, 179.  
 Reyes, Cosme Gómez Tejada de los, 134.  
 Reyes, P. José Trinidad, 39, 43.  
 Ribera, Julián, 217.  
 Ribera, Luis de, 132.  
 Riddle, 245.  
 Riepele, Pío M., 39.  
 Río, Andrés del, 58.  
 Rioja, Francisco de, 109, 125, 183.  
 Rischer, Carli, 64.  
 Riva Palacio, Vicente, 213.  
 Rivadavia, 201.  
 Rivera Maestre, Francisco, 41.  
 Rivera, Fernando de, 38.  
 Roa Bárcena, José María, 215.  
 Robleto, Hernán, 49.  
 Rocabertí, Hug Bernart de, 104.  
 Rodríguez Beltrán, Cayetano, 213.  
 Rodríguez Cabrero, Luis, 33.  
 Rodríguez de Sosa, P. Tomás, 16, 73, 74.  
 Rodríguez de Tió, Lola, 31, 67.  
 Rodríguez Demorizi, Emilio, 58, 83, 231, 232.  
 Rodríguez Galván, Ignacio, 188.  
 Rodríguez Lozano, Manuel, 248.  
 Rodríguez Objío, Manuel, 20, 76.  
 Rodríguez y Montano, Manuel de Jesús, 80.  
 Rodríguez, Cayetano Armando, 82.  
 Rodríguez, Félix Francisco, 83.  
 Rojas Garcidueñas, José, 207.  
 Rojas Zorrilla, Francisco de, 106, 150, 242.  
 Rojas, Agustín de, 132.  
 Rojas, Arístides, 67.  
 Rojas, José María, 18.  
 Rojas, Ricardo, 142.  
 Román y Rodríguez, Miguel, 80.  
 Román, Alejandro, 77.  
 Romay, Tomás, 66.

- Romero, Concha, 199.  
 Romero, Francisco, 203.  
 Ronsard, Pierre de, 52, 102.  
 Roque de Duprey, Ana, 31.  
 Rosa, Ramón, 43.  
 Rosario Sánchez, Francisco del, 77.  
 Rowley, William, 242.  
 Rueda, Salvador, 163, 192, 211.  
 Rufo, Juan, 108, 143, 156.  
 Ruiz Aguilera, Ventura, 191, 195.  
 Ruiz Araujo, Isaac, 43.  
 Ruiz Belvis, Segundo, 27.  
 Ruiz de Alarcón, Juan, 140, 156, 207, 240.  
 Ruiz de Alarcón, Pedro, 207.  
 Ruiz de León, Francisco, 152.
- Sá de Miranda, Francisco, 106, 122-124, 127, 183.  
 Saa, Anrique de, 106.  
 Saavedra Guzmán, Antonio, 129.  
 Sabuco, 204.  
 Saco, José Antonio, 65.  
 Sáenz Ovecuri, Diego, 36.  
 Sahagún, Fr. Bernardino de, 53, 246, 266.  
 Saint-Pierre, Bernardin de, 224, 225.  
 Salado Álvarez, Victoriano, 213.  
 Salas Barbadillo, Alonso Jerónimo, 134.  
 Salas, Pedro de, 134.  
 Salazar, Agustín de, 137, 182.  
 Salazar, Ambrosio de, 186, 187.  
 Salazar, Eugenio de, 37, 57, 72, 74, 124, 142.  
 Salazar, Ramón A., 39.  
 Salinas, Juan de, 135.  
 Salinas, Lope de, 131.  
 Salinas, Pedro, 181, 240.  
 Sama, Manuel María, 30.  
 Samaniego Félix María de, 153.  
 San Gimignano, Folgore di, 93.  
 San Juan de Dios, 24.  
 San Martín, Fr. Tomás de, 15.  
 San Martín, Zorrilla de, 78, 158.  
 Saname, José Policarpo, 74.  
 Sánchez de Viana, Pedro, 130.  
 Sánchez Guerrero, Juan José, 80.  
 Sánchez Reulet, Aníbal, 203.  
 Sánchez y Carvajal, Altagracia Luisa, 80.  
 Sánchez y Valverde, Fr. Antonio, 17, 62, 73, 74.  
 Sánchez, Francisco del Rosario, 77.  
 Sánchez, Mariquita, 61.  
 Sánchez, Miguel, 131.  
 Sánchez, Socorro, 77.
- Sánchez, Tomás Antonio, 185.  
 Sánchez, Francisco, 203.  
 Sanín Cano, Baldomero, 224, 256.  
 Sanjurjo, Carmela Eulate, 32.  
 Santa Clara, Antonio de, 24.  
 Santa Cruz, Domingo, 199.  
 Santa Eulalia, P. José María, 40.  
 Santángel, Luis de, 13.  
 Santayana, George, 204, 243.  
 Santillana, el Marqués de, 112, 114.  
 Santo Tomás, Fr. Juan de, 204.  
 Sanz del Río, Julián, 203.  
 Sariñana, Isidro, 240.  
 Sarmiento, Domingo Faustino, 201, 263, 265, 270, 272.  
 Sartorio, José Manuel, 155.  
 Schiller, Friedrich, 205.  
 Scott, Walter, 84, 242.  
 Segura, Bartolomé de, 64.  
 Selva, Salomón de la, 49.  
 Séneca, 203.  
 Serafí, Pere, 104.  
 Serra, Fr. Junípero, 201.  
 Serra, José María, 77.  
 Serretta, Mariangela, 99.  
 Servet, 204.  
 Sessé, Martín de, 62.  
 Shakespeare, William, 30, 103, 104, 219, 224, 242, 257, 280.  
 Shaw, Bernard, 280.  
 Shelley, Percy Bysshe, 168, 235, 242.  
 Shelton, Thomas, 242.  
 Sheridan, Frances, 17.  
 Shirley, James, 242.  
 Shotwell, James T., 219.  
 Sidney, 242.  
 Sierra, Justo, 213, 247.  
 Sigüenza y Góngora, Carlos de, 24, 137, 208, 240.  
 Silva, José Asunción, 46, 92, 166.  
 Silvestre, Gregorio, 124, 126, 240.  
 Sitwell, Sacheverell, 58.  
 Smester, Rosa, 83.  
 Smith, Robert C., 199.  
 Smollett, 242.  
 Sócrates, 28.  
 Solano, José, 59.  
 Soler y Meriño, Mariano, 83.  
 Solís, Antonio de, 242.  
 Somoza, José, 152.  
 Soto Hall, Máximo, 49.  
 Soto, Fr. Domingo de, 203, 205.

- Soto, Joaquín, 49.  
 Soto, Marco Aurelio, 43.  
 Southey, 242.  
 Spengler, Oswald, 53.  
 Spinoza, 177.  
 Stahl, Agustín, 32.  
 Stampa, Gaspara, 97.  
 Stecchetti, 94.  
 Steele, Richard, 242.  
 Stein, Arnold, 104.  
 Stengel, Edmund, 92.  
 Sterne, 242.  
 Suárez de Peralta, Juan, 246.  
 Suárez de Peralta, Marco Fidel, 203, 246  
 Symons, Arthur, 242.
- Taboada, Luis, 247.  
 Tapia y Rivera, Alejandro, 26.  
 Taracena, Miguel de, 38.  
 Tasso, Torquato, 94, 98.  
 Tassoni, Alessandro, 94.  
 Techo (du Toiet), P. Nicolás del, 241.  
 Tejada Páez, Agustín, 133.  
 Tejada, Luis de, 59, 136.  
 Tejera, Apolinar, 21, 80.  
 Tejera, Emiliano, 58, 70, 77, 80, 83  
 Tejera, Emilio, 83.  
 Tejera, Juan Nepomuceno, 77.  
 Tennyson, 235.  
 Tercero, Juan Luis, 215.  
 Teresa, Santa, 221, 244.  
 Terrazas, Francisco de, 129, 208.  
 Tezozómoc, 215, 246.  
 Thoma, Henry, 242.  
 Thomas, Isaiah, 16, 71.  
 Thompson, James, 201.  
 Ticknor, 242.  
 Timoneda, Juan de, 128.  
 Toledo, Francisco de, 203.  
 Tolstoy, Leon, 280.  
 Torah, Mischnah, 204.  
 Torquemada, Fr. Juan de, 246.  
 Torre, Francisco de la, 130.  
 Torres Bodet, Jaime, 170.  
 Torres Naharro, Bartolomé de, 115.  
 Torres Rioseco, Arturo, 215.  
 Torres Vargas, Diego de, 24.  
 Torres Villarroel, Diego de, 38, 106.  
 Torres, Bartolomé, 215.  
 Torres, Tomás de, 15.  
 Tostado de la Peña, Francisco, 60, 73.  
 Toussaint, Manuel, 207.
- Tovar, Martín, 41.  
 Trejo, Predro De, 206.  
 Trillo y Figueroa, Francisco de, 136.  
 Trinidad Reyes, P. José, 39, 43.  
 Trissino, Giangiorgio, 94.  
 Troncoso de la Concha, Manuel de Jesús, 83.  
 Troncoso Sánchez, Pedro, 57.  
 Trujillo, Rafael, 14.  
 Turcio, Froilán, 49.
- Uedelhofen, M., 205.  
 Ulloa, Luis de, 134.  
 Unamuno, Miguel de, 203.  
 Underhill, 242.  
 Underwood, Edna Worthley, 240.  
 Urbina, Luis G., 166, 172, 173, 215.  
 Ureña de Henríquez, Salomé, 20, 30, 78- 80.  
 Ureña de Mendoza, Nicolás, 18, 59, 77, 157, 232.  
 Urríes y Azara, 204.  
 Utrera, Fr. Cipriano de, 58, 60.
- Vaca de Guzmán, José María, 153.  
 Valbuena, Bernardo de, 24, 26, 57, 73, 149, 156.  
 Valdés, Alfonso de, 244.  
 Valdés, Francisca Cleofes, 77.  
 Valdés, Juan de, 244.  
 Valdivielso, Fr. José de, 109, 144, 156.  
 Valencia, Guillermo, 167, 255, 256.  
 Valencia, Manuel María, 77.  
 Valencia, Pedro de, 204.  
 Valera, Cipriano de, 75, 185.  
 Valéry, Paul, 103.  
 Valle Caviedes, Juan del, 137.  
 Valle Inclán, Ramón del, 167, 178, 181.  
 Valle, Gonzalo, 211.  
 Valle, José Cecilio del, 39, 40, 43.  
 Valle, Rafael del, 30.  
 Valle, Rafael Eliodoro, 49.  
 Vallejo, César, 171, 179, 180.  
 Valtierra, Fernando, 37.  
 Valverde Téllez, P., 207  
 Valverde, Manuel María, 77.  
 Valverde, Melitón, 77.  
 Vanbrugh, John, 242.  
 Vaqueiras, Raimbaut de, 101.  
 Varela, Félix, 65, 203.  
 Vargas y Ponce, José, 154.  
 Varona, Enrique José, 18, 66, 203, 204.  
 Vasconcelos, José, 203.  
 Vassallo, Ángel, 203.

- Vaz Ferreira, Carlos, 203.  
 Vaz Ferreira, María Eugenia, 174.  
 Vázquez, Fr. Francisco, 38.  
 Vázquez, Gabriel, 203.  
 Vázquez, Juan Adolfo, 203.  
 Vázquez, P. Juan, 73.  
 Vega, Lope de, 45, 54, 106, 138, 228, 280.  
 Vega, Damián, 131.  
 Velado, Calixto, 43.  
 Velázquez, Diego, 85.  
 Velázquez de Cárdenas y León, Joaquín, 58.  
 Velázquez de Cuéllar, Diego, 15, 66.  
 Velázquez de Medrano, Diego, 73.  
 Velázquez de Velasco, Luis José, 131.  
 Velázquez y Hernández, Federico, 83.  
 Vélez de Guevara, Juan, 137.  
 Vélez de Guevara, Luis, 134.  
 Ventadour, Bernart de, 100.  
 Veracruz, Fr. Alonso de la, 203.  
 Verdaguer, Jacinto, 240.  
 Verdi, Giuseppe, 216.  
 Vergara y Vergara, José María, 225.  
 Verlaine, Paul, 45, 102, 193.  
 Vermeer, 219.  
 Verne, Julio, 225.  
 Vespucci, Américo, 51.  
 Vicente, Gil, 106, 240.  
 Victoria, Alejandro, 77.  
 Victoria, Juan Cheri, 83.  
 Vicuña Cimentes, Julio, 161, 165, 195,  
 Vicuña Mackenna, Benjamín, 263.  
 Vidarte, Santiago, 156.  
 Vila-Lobos, Heitor, 199.  
 Villaespesa, Francisco, 168.  
 Villagutierre Sotomayor, 246.  
 Villalpando, Johán de, 115.  
 Villamediana, el Conde de, 134.  
 Villarino, María de, 171.  
 Villaseñor, José Antonio de, 240.  
 Villaurrutia, Antonio de, 73.  
 Villaurrutia, Jacobo de, 17, 40, 73.  
 Villaurrutia, Xavier, 73.  
 Villaverde, Cirilo, 65.  
 Villaviciosa, José de, 135.  
 Villegas, 135.  
 Villena, Enrique de, 112.  
 Viñaza, el Conde de la, 91.  
 Víquez, Pío, 44.  
 Virués, Cristóbal de, 131.  
 Vitoria, Francisco, 203-205, 275.  
 Vives, Juan Luis 203.  
 Vives, Luis, 203, 204, 240.  
 Vizcarrondo, Julio L., de, 31.  
 Vossler, Karl, 92.  
 Walsh, Thomas, 240.  
 Warshaw, J., 224-225.  
 Washington, George, 278.  
 Wellesley, Dorothy, 235.  
 Weyl, Nathaniel, 200.  
 Weyl, Sylvia, 200.  
 Whitehead, Ralph Radcliffe, 199.  
 Wilcock, Juan Rodolfo, 171.  
 William, Caxton, 240.  
 Williams, William Carlos, 242.  
 Woolf, Virginia, 259.  
 Wycherley, William, 242.  
 Ximénez, Fr. Francisco, 246.  
 Xirau, Joaquín, 203.  
 Zafra, Juan Bautista, 78.  
 Zambrano, María, 203.  
 Zamora, Antonio de, 152.  
 Zapata, Luis, 126.  
 Zappi, G. B. Felice, 98, 99.  
 Zaragüeta, Juan, 203.  
 Zarate, Fernando de, 137.  
 Zavala, Jesús, 46.  
 Zavala, Silvio, 241.  
 Zeno Gandía, Manuel, 33.  
 Zepeda, Jorge, 49.  
 Zorita, Alonso de, 57, 72.  
 Zorrilla de San Martín, José, 78, 158.  
 Zorrilla, José de, 189-192, 210, 239.  
 Zorrilla, Rojas, 106, 150, 242.  
 Zorro, Juan, 106.  
 Zubiri, Xavier, 203.  
 Zúñiga, Adolfo, 43.